

CAROLINA MÉNDEZ

# Sin ver atrás



Nova Casa Editorial

Carolina Méndez

# **Sin ver atrás**



**Nova Casa** Editorial

Publicado por:

**Nova Casa Editorial**

[www.novacasaeditorial.com](http://www.novacasaeditorial.com)

[info@novacasaeditorial.com](mailto:info@novacasaeditorial.com)

© 2017, **Carolina Méndez**

© 2017, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

**Joan Adell i Lavé**

Coordinación

**Abel Carretero Ernesto**

Portada

**María Alejandra Domínguez**

Maquetación

**Daniela Alcalá**

Revisión

**Jesús Espínola**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

# Índice

[Portadilla](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[1 Kara](#)

[2 Owen](#)

[3 Kara](#)

[4 Owen](#)

[5 Kara](#)

[6 Owen](#)

[7 Kara](#)

[8 Owen](#)

[9 Kara](#)

[10 Owen](#)

[11 Kara](#)

[12 Owen](#)

[13 Kara](#)

[14 Owen](#)

[15 Kara](#)

[16 Owen](#)

[17 Kara](#)

[18 Owen](#)

[19 Kara](#)

[20 Owen](#)

[21 Kara](#)

[22 Owen](#)

[23 Kara](#)

[24 Kara](#)

[25 Owen](#)

[26 Kara](#)

[27 Kara](#)

[28 Owen](#)

[29 Kara](#)

[30 Owen](#)

[31 Kara](#)

[32 Kara](#)

[33 Kara](#)

[\*\*Epílogo\*\* Owen](#)

[Escena extra](#)

[Carolina Méndez](#)

## **Sinopsis**

Kara tiene un pasado del que no se siente muy orgullosa. Reírse de las personas menos agraciadas y hacer la vida imposible a los chicos inteligentes es algo de lo que está profundamente arrepentida, pero la vida tiene maneras de hacerte pagar todo lo que haces, y Kara no es la excepción a ello. Owen Bates ha trabajado muy duro para eliminar todos los gramos de grasa con los que cargó durante su adolescencia. Las palabras hirientes de Kara, junto con las burlas de los demás, además de causarle daño le dieron el empujón que necesitaba y lo impulsaron a adelgazar. Sin embargo, ese pasado sigue persiguiéndolo después de varios años. Ellos se reencuentran de nuevo y Kara está segura de que es el karma que quiere hacerle pagar todo aquello. Y él, Owen, no piensa desaprovechar la oportunidad que le ha dado la vida para poder vengarse de Kara y todo lo que le hizo pasar.

«Tarde o temprano a todos nos alcanza el amor o el karma. Pero a veces  
llegan en el mismo paquete».

JOAQUÍN SABINA.

## Prólogo

Owen observó a la chica pelinegra en el pasillo de la escuela y soltó un suspiro tembloroso. Se encontraba nervioso. Tres años había pasado queriéndola en silencio, así como muchos chicos más, y por fin iba a atreverse a hacer algo para que ella lo notara. A pesar de que su hermana había tratado de convencerlo de que no lo hiciera, de que Kara no era una buena persona y le haría mucho daño, él la ignoró y decidió arriesgarse. Después de todo, para ganar había que decidirse y atreverse.

Era cierto que Owen no era el tipo de chico con el que Kara solía ser vista. Era algo rellenito y no demasiado alto —tal vez un par de centímetros más bajo que ella—, tímido y aplicado, reservado, algo callado y no tan sociable, pero aun así a las chicas —a la gente en general— solían llamarles la atención sus ojos tan azules. Claros y amables, pero intensos; tan brillantes como el mismo cielo y cautivadores en demasía. Esa era una de las cosas que, confiaba, tenía a su favor.

Armándose de valor y tomando una profunda respiración, caminó con paso inseguro hacia donde ella y su grupo de amigos se hallaban reunidos y carraspeó para que notaran su presencia.

Nadie lo hizo.

Seguían charlando, riéndose, hablando en voz alta... e ignorándolo. No le importaba, estaba acostumbrado a que la gente no lo viera. Eso le gustaba, no llamar la atención, era por esa razón que solía caminar por los pasillos con la vista fija en el suelo, pero no en aquella ocasión. En aquel momento no iba a conformarse con pasar desapercibido, por eso fue que cuando por fin atisbó una oportunidad de presentarse ante ella, cuando las chicas que la rodeaban abrieron un pequeño hueco en su círculo, Owen dio un paso adelante... y entonces exhaló admirado. De cerca, Kara Rosseau era mucho más bella de lo que se podía apreciar en la lejanía. Tenía una piel blanquísima e impoluta; una boca bien delineada con labios llenos y rosados. Su cabello era negro, tan



oscuro que la mayoría de las personas se preguntaba si no estaba teñido, pero lo que más llamaba la atención en ella, eran sus ojos.

Ver los ojos de Kara era como perderse en las profundidades del mar azul. Largas pestañas espesas rodeaban esos orbes rasgados y lo sumían en un estado de hipnosis del cual no sabía cómo salir.

A sus quince años, ella ya derrochaba sensualidad y Kara era consciente de ello por completo. Muchas veces había usado su apariencia a su favor.

—Hola, K-Kara —tartamudeó el muchacho mientras sostenía el pequeño pastelillo en su mano temblorosa. Su voz había sido baja, pero aun así logró captar la atención de la ojiazul, quien enarcó las cejas al verlo dirigirle la palabra.

Su larga cabellera enmarcaba aquel bello rostro y caía lisa por sus estrechos hombros y su espalda. Aquellos ojos rasgados contemplaban a Owen con curiosidad y algo más que el chico no alcanzó a comprender, pero que le hizo sentir cierta molestia bajo la piel.

—¿Te conozco? —cuestionó cruzando los brazos bajo su pecho. Sus amigas soltaron risitas al escuchar el tono divertido de Kara.

—Soy Owen. Owen Bates. Est-tamos juntos en t-todas las clases. Yo solo... —un repentino nerviosismo zumbó por sus venas y le hizo olvidar las líneas que había ensayado—. Yo quería saber si tú... Si nosotros... —tomó una profunda respiración y solo lo soltó—: ¿Quisieras ir al baile conmigo?

El grupo de adolescentes rio con fuerza al escuchar la pregunta del chico. Kara sonrió sin humor, pero admirando su valentía. El baile de bienvenida era la próxima semana y aunque él sabía que lo más probable fuera que ella ya tuviera pareja, no perdía nada con preguntar e intentarlo.

Kara elevó su ceja nuevamente e hizo una mueca, como si algún olor desagradable la hubiera alcanzado.

—¿Qué te hace pensar que no tengo pareja todavía? —inquirió con seriedad, como si de algún modo, Owen la hubiera insultado.

Los ojos del chico se abrieron una fracción más y comenzó a negar con la cabeza, sintiéndose asustado.

—Yo no q-quería decir eso, s-solo pensé...

—Que iría contigo —interrumpió ella. Asintió pensativa, luego sus ojos se fijaron en los de él y sonrió; mostró una sonrisa que no comunicaba nada

bueno—. Mira... Piggy —la risa de la gente alrededor no se hizo esperar al escuchar aquel despectivo apodo—. La verdad es que todavía no tengo pareja, pero es porque no he elegido entre tantas propuestas que he tenido — señaló. Carcajeó sin humor y lanzó el cabello por encima de su hombro, preparándose para lo que diría a continuación.

»Y aun si no tuviera de dónde elegir —murmuró mientras daba un paso más cerca de él—, créeme cuando te digo que no iría con un alguien tan gordo, ñoño y grasoso como tú. Tú y yo somos de niveles muy diferentes — le dio una mirada despectiva y Owen solo deseó desaparecer al ver que la gente se empezaba a congregarse en el pasillo para enterarse de lo que pasaba —. Hazle un favor al mundo y píérdete, ¿sí? Nadie quiere ver tu asquerosa cara.

Las risas de todos los que estaban en el pasillo se hicieron cada vez más fuertes al decir Kara estas últimas palabras y girar sobre sus talones para dejar al muchacho absorbiendo aquellas hirientes palabras. Su cabeza comenzaba a girar y sentía que iba a vomitar en cualquier momento. Se sentía incómodo, herido..., humillado.

—¡Piggy!

—Lárgate de aquí, obeso.

—Me das asco, Owen.

Las burlas se volvieron cada vez más estridentes, al igual que los insultos, y por un minuto imaginó que las paredes se comprimían a su alrededor; deseó que la tierra bajo sus pies se abriera para tragárselo y ahorrarle aquella horrible situación en la que se encontraba. Su visión estaba empezando a oscurecerse, comenzaba a entrar en pánico, así que salió corriendo de ahí; se abrió paso entre la gente a empujones antes de desmayarse o vomitar frente a todos; no necesitaban más razones para hacerle burla y él no quería proporcionárselas.

Corrió sin parar hasta llegar al gimnasio, el cual sabía que se encontraba desocupado en ese momento, y se escondió tras las gradas que se encontraban allí. Se hizo un ovillo en una esquina del aula y trató de relajarse, pero era casi imposible. Respiró profundamente una y otra vez, liberando el aire poco a poco. Sintió cómo una lágrima se derramaba por su mejilla por la humillación pública que acababa de sufrir y la limpió con rapidez sintiéndose furioso consigo mismo por ser tan débil.

Kara podía ser la niña más bonita que hubiera visto en su vida, pero tenía un alma podrida. Lo que había hecho solo era capaz de hacerlo una persona sin vida, sin corazón. Lo confirmó durante todo ese año siguiente, cuando la pelinegra continuó humillándolo y haciéndolo menos frente a sus demás compañeros. ¿Y todo por haberse atrevido a invitarla al baile?

La chica logró con su actitud que aquel enamoramiento desapareciera y en su lugar surgiera el desprecio. Kara tomó el cariño que Owen sentía por ella y lo convirtió en odio, transformó la admiración en rencor, la atracción en repulsión... y él se dijo que eso no se iba a quedar así. Algún día obtendría su venganza.

Algún día, Kara Rosseau pagaría con creces todo el sufrimiento que le había hecho pasar.

# 1

## Kara

La vida siempre encuentra la manera de hacerte pagar el daño que haces a los demás. Puedes llamarlo karma si quieres, yo todavía no sé cómo decirle, pero sé que existe. Una fuerza invisible que te devuelve todo lo que haces en esta vida. Comprobé su existencia de la peor manera. Hice tanto mal... y la vida se encargó de devolverme todo con creces.

Newton tenía tanta razón al decir que cada acción tiene su reacción. Cada acto tiene su consecuencia, cada suceso tiene su resultado... En esta vida cosechas lo que siembras.

Habían pasado años desde que había encontrado placer al humillar a los demás, pero yo seguía pagando por todo aquello. ¿Que si me arrepentía de lo que hice? Por supuesto. No tuvieron que pasar años para que el arrepentimiento llegara. Bastaban un par de segundos tras ver la humillación pública de los chicos que torturaba para sentirme como una escoria. Había estado buscando hacer ver a los demás miserables para no ser la única sintiéndose así, pero al final siempre me encontraba peor. Ver en sus ojos cómo se desmoronaban por dentro... Yo mantenía mis paredes arriba y traía abajo las de los demás con unas cuantas palabras.

Por mucho tiempo mantuve la esperanza de que alguien dijera algo, que no se dejara hacer por mí y me plantara cara, que me hiciera pagar por la degradación que llevaba a cabo, pero nadie se había atrevido.

Yo era la abeja reina en aquel lugar. Yo mandaba. Era mi reino y los demás mis súbditos. Era admirada por muchos y odiada por más. No era raro que nadie se atreviera a ir en mi contra, puesto que era peligroso nadar contracorriente; si te atrevías a ser diferente, era como si pintaras un blanco sobre tu frente deseoso de ser atacado.

Los adolescentes podíamos llegar ser crueles, sobre todo si sentíamos que no teníamos nada que perder.

Como yo.



Coloqué las manos a los lados del lavabo del baño y miré el reflejo que me devolvía el espejo frente a mí.

Azul. Mis ojos eran de un color azul oscuro, pero ese día en especial me recordaban al color del mar en medio de una tormenta; profundos y sombríos, como si miles de secretos se ocultaran debajo de la superficie, secretos que muy pocos —por no decir nadie— conocían.

Reí sin humor cuando este pensamiento ridículo llegó a mi mente. A veces, en mis peores días, podía ser bastante dramática. El color de mis ojos no tenía nada que ver con lo que sentía ese día en especial, pero combinaba a la perfección con mis emociones.

Había despertado muy temprano debido a una pesadilla que me había dejado temblando y el amargo sabor de boca que tenía no se fue ni siquiera después de haberme tomado mi café. Había imaginado que aquellos horribles sueños habían quedado atrás, pero me di cuenta del gran error que cometí al pensar aquello.

Noté las bolsas oscuras debajo de mis ojos y agradecí que existiera el maquillaje y Photoshop, de otra manera las fotos de la sesión que acababa de terminar no hubieran servido de nada. Buscaban a una chica guapa y llena de vitalidad, no a una que pareciera enferma; estado que yo aparentaba.

Dejé escapar un suspiro cansado y me incorporé para lavarme las manos antes de empezar a maquillarme. Las sequé por encima de mi blusa y traté de ignorar lo mucho que estaban comenzando a marcarse mis costillas debajo de la ropa. Tomé una gran cantidad de corrector en la yema de mis dedos y lo apliqué de tal manera que disimulara las sombras causadas por el poco sueño que estaba teniendo esos últimos días. Me pinté los labios de un color vino, apliqué algo de rímel y, enderezando mis hombros, planté una sonrisa en mi rostro.

No iba a dejar que nadie viera lo débil que me sentía y tratara de aprovecharse de ello. Si algo no había cambiado con el tiempo, era que

seguía siendo muy orgullosa.

Una llamada entrante hizo vibrar mi celular contra la superficie del lavabo y sonreí al darme cuenta de que era Reil, fotógrafo de la agencia y gran amigo mío, por no decir el —único— mejor.

—Ya voy, ya casi termino —contesté. El murmullo de voces al otro lado me dijo que aún seguía en el edificio.

—Bien, te espero en mi auto entonces.

Colgó sin darme la oportunidad de estar de acuerdo y no pude hacer más que apresurarme. Tomé mi pequeño bolso sobre el mostrador, guardé mi maquillaje y salí del baño de los vestuarios con rumbo al estacionamiento. A pesar de que no me sentía de buen humor, caminé con los hombros rectos y el mentón ligeramente alzado. No me importaban los murmullos de las demás modelos diciendo lo zorra que yo era; por ahí había salido el rumor de que me había acostado con solo Dios sabe cuánta gente para ser la imagen de aquel producto tan vendido, pero no le tomaba importancia.

Ser bonita y buena en lo que hacía no parecían ser suficientes razones ante sus ojos para merecer aquello. Creían que tenía que escalar aprovechándome de los demás y no me sorprendía. Por mucho tiempo había sido así. Humillando a la gente, pisando y pasando sobre ellos. Pero esta vez no. El trabajo tan codiciado por las demás lo había obtenido yo con mis méritos y el portafolio que Reil me había ayudado a armar.

Coloqué unos lentes oscuros sobre mi rostro una vez que salí del edificio y caminé con paso decidido hacia su auto, no sin pasar por alto las miradas que me lanzaban los demás; miradas llenas de deseo y odio, tanto de hombres como mujeres.

Sonreí. A pesar de todo me gustaba seguir siendo capaz de despertar esas emociones tan fuertes en los demás. Me gustaba sentirme importante.

Encontré a Reil apoyado sobre la puerta de su coche hablando con una rubia alta y flaca, una de las modelos con las que de vez en cuando él hacía sesiones. Cuando sus ojos ocultos tras las gafas de sol me vislumbraron, una sonrisa torcida apareció en sus labios.

—Nos vemos luego, Lena —escuché que decía a la rubia antes de separarse de la puerta y encaminarse hacia mí. Quitó sus gafas colocándolas en la cima de su cabeza y me encontró a medio camino, sus ojos analizando mi aspecto—. Te ves muy flaca, Ross —señaló frunciendo el ceño, haciendo

alusión a mi apellido—. ¿No has estado comiendo bien?

Me quité las gafas y sonreí cínica.

—Igual que siempre —respondí.

—Eso significa que no.

Señaló con un movimiento de su cabeza la cafetería que estaba cruzando la calle, lugar donde me tocaba trabajar entre semana también, y asentí entendiendo lo que quería decir. Caminamos en silencio la corta distancia hasta llegar al pequeño edificio y buscamos una mesa desocupada cuando estuvimos dentro del local. Una vez que hayamos una, su mano acunó mi codo para dirigirme entre la larga y espesa fila de gente que esperaba que la atendieran.

Debía comenzar a pensar en trabajar los fines de semana también, seguro tendría más propinas y el dinero extra no me vendría mal.

—Entonces... —tomamos asiento y lo vi arquear las cejas, sonriendo—. Te tengo algunas sorpresas —informó. No pude evitar dar un respingo, asombrada.

—¿Ah, sí?

—Así es. Por eso quería verte —sacó un sobre y una pequeña tarjeta que tendió en la superficie frente a mí—. Hablé con mi casero y resulta ser que el apartamento a mi lado está vacío. La renta es bimensual, más barata que la tuya y al parecer el lugar está amueblado.

Recordé la conversación que habíamos tenido unos días antes, donde le contaba que me estaba costando ponerme al día con la renta, que había subido los meses anteriores. Entre la inscripción a la universidad y los víveres de la semana, contando que no había recibido mi paga de la agencia, me las había visto muy difícil para hacer rendir el dinero.

Miré con agradecimiento el sobre que empujó hacia mí y aplané mis labios sin poder encontrar algo bueno para decir.

—Gracias —susurré.

—No es nada. Esto —continuó señalando la tarjeta— es una membresía del gimnasio al que va mi amigo. Está muy completo, incluso tiene piscina y está pagado por los próximos seis meses para que no te preocupes por nada.

Durante una de las sesiones, alguien había mencionado que me faltaba un poco de tonificación en piernas y abdomen. Reil había estado ahí cuando las

palabras malintencionadas hicieron eco en el estudio y no me sorprendía el que me hubiera ayudado con esto también.

Elevé mi mirada a la suya y me mostró una de sus sonrisas de medio lado. Tragué saliva con dificultad. Las palabras se me habían atascado en la garganta. Reil siempre estaba ayudándome y yo no sabía cómo devolverle todo aquello que hacía por mí.

—Reil, gracias. Yo... —guardé silencio. No sabía qué decir.

Su sonrisa se ensanchó al interpretar mi silencio y estiró el brazo sobre la mesa para tomar mi mano.

—No es nada, Ross.

Acaricié mis nudillos con su pulgar y sonreí enternecida. Él siempre decía que no era nada, pero en verdad era todo para mí. Después de aquello nos pusimos al día. Pedimos algo para comer, hicimos bromas y me contó acerca de la boda fuera del país para la que lo habían contratado ese fin de semana.

—¿Entonces supongo que llevaré la mudanza yo sola? —cuestioné. Arrugué la nariz y el semblante de mi amigo cayó con culpabilidad.

—Lo siento. Sabes que si pudiera...

Lo corté elevando la mano y reí. Me ayudaba en todo lo que podía, ¿y se sentía culpable por eso?

—Era broma. No importa, además sabes que no tengo muchas cosas para mover.

Sus hombros se relajaron visiblemente y una tierna sonrisa partió sus labios. Miró la hora que señalaba el reloj en la pared tras de mí y soltó una maldición. Se puso de pie.

—Debo irme, mi vuelo sale en unas horas y no he terminado de empacar.

Dejó algunos dólares sobre la mesa para pagar su ensalada y el sándwich que yo había pedido, entonces se acercó a besar mi mejilla.

—¿Te vas todo el fin de semana?

—Sí. Probablemente me quede más tiempo a dar la vuelta en España o algo. Te traeré un recuerdo.

—Cuídate —pedí.

—Y tú. El lunes empiezas la universidad, ¿no? —asentí sonriendo nerviosa y él revolvió mi pelo—. Mucha suerte entonces. Con la mudanza y la



universidad —le dio un pequeño golpe a mi nariz con su dedo—. Te visitaré cuando vuelva. Hasta haremos fiesta de inauguración en tu piso.

Puse los ojos en blanco al ver que su sonrisa se ampliaba. Era tan típico de él querer hacer una fiesta por cualquier razón.

Volvió a acercarse para depositar un beso en mi frente y entonces se marchó. Yo solté un suspiro. En un par de días volvía a la escuela... y no sabía si estaba lista para ello.

«Esta vez será diferente», me dije.

Esperaba con todo el corazón que así fuera; que las cosas fueran mejor.

## 2

# Owen

La puerta del apartamento se abrió y Reil entró apresurado al piso. Se palpaba los bolsillos y murmuraba entre dientes alterado y apresurado.

No pude evitar reír. Cada vez que tenía que salir de viaje era lo mismo. Daba vueltas por todo el apartamento con una expresión de concentración en el rostro, como pensando y repasando que todo estuviera en orden, mascullando entre dientes e ignorando a quien estuviera en la misma habitación.

Tomando el control remoto, silencié el programa que estaba viendo y clavé mis ojos en él, quien ahora estaba repitiendo en voz alta lo que debía hacer; una manía suya.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —inquirí. Mi amigo parpadeó al escucharme, como si no se hubiera percatado de mi presencia ahí hasta que hablé.

—En... —miró la hora en su celular y maldijo entre dientes—. En poco más de una hora y media, y debo estar en el aeropuerto una hora antes.

Lo vi cruzar el pasillo a grandes zancadas y cerrar su habitación de un portazo. Reil podía ponerse de mal humor cuando las cosas no iban como quería. Volví mi atención a la televisión, sabiendo que no podía hacer nada por él, y comencé a pensar en la semana que me esperaba en un par de días. No era lo que había estado buscando cuando me gradué, pero había sido una gran propuesta y no pude rechazarla. No todos tenían un trabajo bien remunerado haciendo lo que habían estado estudiando justo después de graduarse. Se podía decir que yo era afortunado.

Algunos minutos después, Reil salió de su cuarto mientras hablaba con alguien por teléfono, arrastrando una maleta tras de sí y con una mochila colgando del hombro.

—Ahora sí, me voy —informó cuando cortó la llamada—. No espero durar más de diez días, así que estaré de vuelta para pagar mi parte del alquiler.

—Sabes que no me importa pagarlo completo —dije encogiéndome de hombros, y no mentía al decirlo.

Yo lo había estado pagando por mí mismo antes de conocer a Reil, durante la universidad. Cuando lo conocí por medio de una compañera, él estaba desempleado y acababa de llegar a la ciudad; no tenía dónde quedarse así que no dudé en ofrecerle la habitación extra. Él aceptó agradecido... y el resto es historia.

Él consiguió un empleo poco después en una agencia de modelaje, así que comenzó a ayudar con los gastos necesarios para el departamento; de repente su arte —así lo llamaba él— se hizo bastante reconocido, por lo que debía ir de aquí para allá a hacer uno que otro trabajo. El dinero ya no era un problema para Reil, y solía decir que había sido gracias a que le eché una mano cuando más lo había necesitado.

Revisó algo en su celular y asintió haciendo una mueca. Dudaba de que me estuviera prestando atención en ese momento, pero me sorprendí al darme cuenta de que sí lo hacía.

—Sí, lo sé, pero ese no fue el acuerdo al que llegamos —guardó su teléfono en el bolsillo de su pantalón y clavó sus ojos en el televisor—. El lunes empiezas a dar clases, ¿no?

—Ajá.

—Buena suerte entonces. Trata de no ligarte a ninguna estudiante —se rio de su propio chiste y sacudí la cabeza reprimiendo una sonrisa—. Oh, por cierto, Ross se muda a nuestro edificio. ¿Le echas un ojo por mí?

—¿Tu dizque amiga? —pregunté burlón.

Reil solía decir que esa chica era solo una amiga, pero yo lo conocía bien. Él no se interesaba en cualquiera ni ayudaba a nadie que no le proporcionara algún beneficio a cambio. Estaba casi completamente seguro de que era su amiga con derechos, pero él se empeñaba en negarlo una y otra vez.

Su semblante se volvió serio al escuchar mi burla y supe que venía uno de sus discursos a continuación.

—Con ella no es así —murmuró—, ella es...

—Especial. Diferente y todo eso. Sí, ya lo he oído antes —la divertida

incredulidad en mi tono era bastante notoria.

—Me creas o no, así es —acomodó el tirante de la mochila sobre su hombro y abrió la puerta. Parecía molesto, protector tal vez—. Ha pasado por mucho y necesita amigos. ¿Me harías el favor de presentarte si la ves este fin de semana? No te matará saludarla y echarle una mano con su mudanza si ves que la necesita.

Hice una mueca por su petición y suspiré pasando una mano por mi mandíbula.

—Este fin de semana no estaré —confesé. Había quedado en que ayudaría a mi hermana a planear una sorpresa para nuestros padres por sus bodas de plata.

Veinticinco años de casados no los cumplían todas las parejas, y menos en los tiempos que vivíamos, donde los matrimonios eran meros convenios. Ahora el mundo era un lugar donde las relaciones parecían desecharse en vez de ser arregladas, donde las promesas parecían ser insignificantes y fácilmente olvidadas, donde el amor parecía tener fecha de caducidad.

—Ni modo entonces. Igual creo que empieza sus clases el lunes. Capaz y te toca ser su maestro —dijo sonriendo como si supiera un secreto que yo no y lo encontrara divertido.

—Capaz y sí. ¿Cómo dijiste que era?

—Alta, bonita... La reconocerás en cuanto la veas, créeme. Tiene pinta de modelo.

Hizo un movimiento con sus manos, como refiriéndose a un reloj de arena, y sonreí de medio lado. Luego decía y quería hacerme creer que no tenía nada con ella, que no sentía nada más por ella que amistad.

Atracción, por lo menos de su parte, sí había.

—Porque es una —señalé.

—Bueno, sí. Pero ella... ¡Bah! Olvídalo. Te darás cuenta por ti mismo —sacó el celular para checar la hora una vez más y se apresuró a salir—. Maldición, ya se me hizo tarde. ¡Nos vemos!

—¡Suerte! —grité, esperando que hubiera alcanzado a oírme.

Me dejé caer sobre el respaldo del sofá y exhalé cuando la calma se hizo presente en la habitación. A pesar de que Reil era un gran amigo, apreciaba más la soledad y el silencio. Siempre había sido un chico solitario y eso era

algo que no había cambiado con el paso de los años, a diferencia de mi apariencia.

Cerré los ojos, disfruté unos minutos de la tranquilidad en casa, y entonces me acordé que debía ir al gimnasio, que desde hacía algunos años se había vuelto parte de mi rutina. Por nada del mundo iba a volver a ser aquel tipo relleno del que todos se mofaban.

En ocasiones sentía que debía agradecer a todos aquellos imbéciles que se burlaban de mí durante la escuela, por darme el empujón que necesitaba para comenzar a cuidarme, pero entonces recordaba lo mal que lo había pasado aquel largo periodo y el agradecimiento moría, aquel pensamiento se marchitaba.

Me puse de pie, atrayendo la portátil que estaba a mi lado en el sillón, y la encendí para ponerme en contacto con Lena. Iría a su departamento a ver los detalles del regalo que quería darle a mamá y papá, pero primero dispondría todo para el lunes y mi inicio como docente.

Estaba convencido de que este nuevo trabajo no era solo un nuevo inicio en mi vida laboral, y esperaba con muchas ansias que la vida me sorprendiera; que le diera un giro inesperado a mi cuadrículada existencia.

### 3

## Kara

Así que ahí estaba yo en mi primer día de clases como universitaria, con los nervios saltando en mi estómago y la emoción picando mi piel. Sentía que iba a devolver todo el contenido de mi estómago, así que era algo bueno el que no hubiera desayunado; de esa manera no corría peligro de quedar en ridículo. ¿Quién iba a decir que me sentiría tan vieja? ¿Tan... fuera de lugar? Ciertamente, apenas tenía veintitrés años, pero ver a todos los demás luciendo de dieciocho o diecinueve, llenos de vida, algunos sin preocupaciones... me hacía sentir mayor, como si no encajara en aquel sitio.

Caminé deprisa entre la multitud de estudiantes que se reunían con sus amigos para comparar sus horarios, salones y profesores. Me sentía molesta porque dificultaban el paso. ¿Qué acaso no podían irse a un lugar en donde no estorbaran? Sí, bien, debo admitir que había iniciado el día con el pie izquierdo y por eso me encontraba un pelín de mal humor.

Primero que nada, el café se había acabado en mi departamento, lo que significaba un día de mierda. Realmente podía ser un monstruo cuando no obtenía mi dosis diaria.

De cafeína, quiero decir.

En segundo lugar, el cheque que supuestamente me iban a mandar de la agencia el día anterior nunca llegó, lo que significaba esperar un día más para comprar mis útiles. Por ahora tenía un cuaderno reciclado con unas cuantas hojas en blanco y una pluma a la que estaba por acabársele la tinta.

Tercero, no había podido dormir en toda la noche porque mi nueva vecina o vecino había estado toda la noche con la música a todo volumen. ¿Es que no sabía que la gente tenía que madrugar? Pero lo perdono porque seguramente no estaba informado de que tenía una nueva vecina.

Cuarto y último: a mi auto se le desinfló una llanta cuando venía de camino a la universidad, así que tuve que recorrer el último kilómetro —aproximadamente— caminando con rapidez.

Con mis tacones.

Nuevos.

Sabía que debía haber llevado mis zapatillas deportivas, pero había querido lucir bien el primer día y por eso mis pobres pies estaban pagando las consecuencias. Solo esperaba que no fuera un presagio de cómo me iría el resto del semestre.

Esquivé a las amigas que se abrazaban y a los chicos chocando puños, y me dirigí al salón donde se impartiría mi primera clase. Tomé asiento en uno de los últimos lugares, donde no fuera a llamar la atención, y acomodé mi cuaderno y pequeño bolso en mi regazo, esperando a que llegara mi profesora, la señora Carmichael. Según las referencias que me habían dado de ella, era una de las mejores docentes de la universidad, solo que ya estaba algo mayor y era un poco sorda, o eso me habían dicho, por lo que se desesperaba y perdía los nervios con facilidad.

Saqué un pequeño espejo y comencé a retocarme la pintura de labios. Estaba a punto de terminar cuando todos los estudiantes empezaron a entrar a la habitación deprisa y sin orden. Algunas chicas comenzaron a murmurar y soltar risitas tontas y eso me desubicó un poco.

«Por favor, díganme que yo no era así a su edad».

Hice una mueca arrugando la nariz y sacudí la cabeza. Justo detrás de las chicas susurradoras entró una señora en sus treinta y tantos seguida por un tipo bien parecido vestido con una camisa blanca ajustada y unos pantalones formales negros.

«Bueno, hola, ahí tú».

Cuando giró y dio la espalda a los estudiantes, tomé una gran respiración. ¡Su trasero era algo de otro mundo!

—Buenos días estudiantes de nuevo ingreso —dijo la mujer con voz autoritaria—. Mi nombre es Ria Walker y soy su rectora. He venido para darles la bienvenida y para informarles que la señora Carmichael estará ausente por un par de semanas, y en su lugar impartirá su clase uno de los más recientes, pero brillantes estudiantes graduados —hubo algunos murmullos emocionados por parte de las chicas y me enderecé en mi asiento

tratando de ver bien al nuevo maestro—. Si tienen alguna duda, por favor, no duden en comunicarse conmigo. Que tengan buen día.

Y con esto, salió, dejándonos con el nuevo y apetecible profesor.

«Qué hombros, qué espalda...».

Antes de que mis pensamientos pudieran tomar una dirección indebida, empezó a hablar, y aquella voz me pareció tan cautivante como su apariencia.

—Buenas tardes alumnos, mi nombre es Owen Bates y como ya escucharon, estaré supliendo por un tiempo a la señora Carmichael. Voy a impartir la materia de Economía, así que si tienen alguna duda... sobre la materia —recalcó cuando una chica levantó de prisa la mano, seguramente para preguntar si tenía novia—, con mucho gusto las responderé.

Un pequeño ceño de concentración apareció en mi frente. Owen Bates. ¿Por qué se me hacía familiar ese nombre? Y sus ojos también. Sentía que ya los había visto antes en algún lugar.

«Piensa, Kara, piensa».

—Bueno, si no tienen ninguna duda empezaré con el pase de lista. Angus...

—Presente.

No podía sacarme de la cabeza que lo conocía de alguna parte, pero por mi vida que no podía acordarme de dónde. Estudié su postura con curiosidad. Parecía tan dueño de sí mismo y no me sorprendía. Alguien luciendo así era consciente de que tenía el mundo a sus pies.

Lamentablemente así se manejaba la sociedad. La belleza daba cierta sensación de superioridad, de éxito, daba más oportunidades; la buena apariencia abría más puertas. Y aquel hombre era bello a rabiar. La vista clavada con concentración en la hoja frente a él, el ligero escaneo que daba al aula cuando escuchaba las respuestas a su pase de lista, su pose segura, relajada, confiada...

Hasta que ya no. Hasta que de repente su cuerpo se tensó. Sus ojos escanearon entre la multitud en busca de alguien y se detuvieron en mí, su mirada taladrando agujeros en mi cabeza.

«¿Qué?».

Ese tipo parecía odiarme sin razón.

—Rosseau —gruñó. El sonido reverberó por mi columna vertebral, haciendo que mi piel se erizara en respuesta.



Dios, hasta enojado se escuchaba sexi. De repente, viendo sus oscuras cejas enmarcando esos furiosos ojos azules, eléctricos, la comprensión llegó a mí. Esa mirada... yo la conocía.

Mis ojos se abrieron como platos y mi mandíbula casi cayó al piso al recordarlo.

—¿Piggy? —pregunté incrédula en voz alta y chillona, antes de poder refrenar mi lengua. La clase entera estalló en carcajadas y yo me encogí sobre mí misma queriendo desaparecer.

«¿Por qué, oh, por qué tenías que ser tan impulsiva, Kara?».

Su mirada era glacial mientras apretaba la mandíbula y decía entre dientes:

—Señorita Rosseau, la espero en mi oficina después de clases —me lanzó una mirada llena de odio y rencor, luego prosiguió con el pase de lista como si nada.

Solté un suspiro mientras me hundía en mi asiento e intentaba desaparecer por arte de magia.

Genial, la guinda del pastel en mi día de mierda.



Después de que mi asqueroso primer día en la universidad terminó, me dirigí a dirección para preguntar por la oficina de Owen Bates y me encaminé hacia allá. Vagué con rapidez entre los pasillos poco transitados siguiendo las indicaciones que me habían dado. El resto de las clases que había tenido me las pasé distraída tratando de recordar lo más que pudiera sobre Owen.

Recordaba algo sobre él invitándome al baile de bienvenida en la secundaria, pero después de eso era borroso. Solo recordaba algunos malos ratos, donde él terminaba humillado y yo más vacía que nada.

Dios, yo en definitiva había sido una perra. No me habría sorprendido que él sacara un arma y me disparara en cuanto tomara asiento. Seguro que me odiaba, aunque ya hubieran pasado años desde aquella época. Yo me odiaría. O por lo menos me guardaría rencor. Es que esas cosas no se olvidan con facilidad. Mejor dicho, no se olvidan nunca; uno solo logra superarlo, y a veces ni siquiera eso.

Cuando llegué al lugar indicado, tomé una respiración profunda y toqué la puerta tres veces.

—Adelante.

Abrí la puerta despacito y me asomé para encontrarlo concentrado en los papeles sobre su escritorio, luciendo muy apuesto. Pasé saliva con dificultad y me relamí los labios.

¿Por qué no había lucido así en la secundaria?

—Soy yo —dije en voz baja.

Owen levantó su vista de lo que sea que estuviera revisando y la posó en mí. La mirada concentrada y pensativa que tenía fue reemplazada casi de inmediato por una abiertamente hostil. Y no había dudas de que el sentimiento era dirigido a mí.

—Pase, señorita Rosseau. Tome asiento, por favor —hice lo que me pidió y me senté frente a su escritorio. Viéndolo de cerca lucía aún mejor.

«Dios, ¿por qué permitiste que me burlara de este chico?».

Detuve mi diatriba interior cuando se inclinó hacia atrás para recargarse en su asiento y solo se quedó ahí mirándome, haciéndome sentir nerviosa, expectante por lo que vendría a continuación.

Habría dado mi bubi izquierda por saber lo que estaba pensando en ese momento.

—¿Me reconoces, Kara? —preguntó calmado después de algunos segundos, pero la mirada de odio puro y sin destilar seguía ahí.

—Eh, creo que sí.

—¿Crees? —arqueó una ceja con aire interrogante y relamí mis labios una vez más. No sabía por qué de repente estaban tan secos.

—Sí, no estoy muy segura. Íbamos a la misma secundaria, ¿no?

—Y al mismo bachillerato —completó.

Cruzó sus brazos —muy bonitos, por cierto— sobre su pecho, las mangas de su camisa aferrándose a sus bíceps y poniéndome nerviosa, haciéndome más consciente de lo bien que lucía ahora.

Tragué saliva con dificultad.

—Oh, vaya. Esto es incómodo.

Sacudió su cabeza al escucharme y rio sin humor.

—No creo que te acuerdes de las cosas que me hiciste, ¿cierto, Kara? Siempre fuiste demasiado egoísta como para que te importara si lastimabas a

la gente.

Hice una mueca al escucharlo. Estaba totalmente de acuerdo en eso con él. Yo había sido una niña tonta y mimada, la cual solo había querido demostrar ser mejor que los demás.

—Sí, yo... Recuerdo casi todo de hecho. Mira, Owen...

—Profesor Bates, por favor —me interrumpió con un tono de voz prepotente. Su mirada adquirió un brillo divertido cuando me vio apretar la mandíbula.

—Profesor Bates —repetí con lentitud. Tomé una profunda respiración para tratar de calmarme y continué—: solo quiero que sepa lo mucho que lo siento, ¿sí? Era una niña mimada e inmadura que se sentía superior a todos, pero he cambiado, de verdad, y estoy muy arrepentida de las cosas que hice. No me siento orgullosa de cómo era y... lo siento —concluí. Él solo me observó con incredulidad.

—Para ser sincero, lo dudo mucho. ¿Sabe qué es lo que creo? —odiaba que me hablara de manera tan impersonal. Sacudí la cabeza y él continuó—. Creo que solo lo dice porque ahora soy su profesor —negó con la cabeza y chasqueó la lengua—. Tuve un enamoramiento por ti durante algunos años, y otros más los pasé odiándote. Cada día te burlabas de mí y cada día se reforzaba mi idea de que algún día pagarías por todo eso, por lo que me hiciste pasar a mí y a los demás. Y, ¿sabes qué más? —me quedé en silencio esperando a que continuara. Él sonrió—. Creo que ese día ha llegado.

## 4

# Owen

Verla después de tantos años aún no disminuía el impacto que su belleza tenía en mí. Claro, lucía diferente, pero seguía siendo igual de hermosa como siempre. Incluso más, aunque eso no quería decir que su alma no siguiera siendo tan sucia y asquerosa como lo había sido en la escuela.

Cuando había visto su nombre en la lista fue... Dios, fue extraño. El aire se había atorado en mi garganta y mis músculos se tensaron por instinto, como si estuviera preparándome para atacar. Y no había estado tan lejos de la realidad.

Había imaginado mucho tiempo cómo sería cuando volviera a ver a esos ojos. Tan azules como los míos, pero mucho más oscuros, fríos y desprovistos de compasión. Imaginé todo lo que le diría, lo que le haría — porque no me conformaría solo con palabras—, pero nada me preparó para encontrarme con sus ojos abiertos con sorpresa.

Parecía tan... inocente ahí sentada, como si no matara ni una mosca, cuando la verdad era todo lo contrario. Su cabello antes largo, ahora se encontraba apenas por debajo de su mandíbula, casi rozando sus hombros. Su rostro parecía más delgado y algo en sus ojos había cambiado también.

El brillo malicioso en ellos se había ido, pero suponía que solo había perfeccionado su técnica para disimular su maldad. Ella era buena en eso. Maldición, ¿por qué tenía que seguirme afectando así? ¡Habían pasado muchos años, por el amor de Dios, tenía que superarlo! Pero no. Solo había bastado verla entrar a mi cubículo, con las caderas moviéndose de lado a lado y ese pequeño salto que daba con cada paso, para recordar por qué Kara Rosseau me había tenido en la palma de su mano.

Viéndola ahí frente a mí luciendo asustada y confundida, me encontraba

dividido entre gritarle o dejar que mi mente desarrollara poco sanas fantasías con ella. Tenía que admitir que a veces me había preguntado cómo lucía en la actualidad, y ahora lo sabía. Igual que siempre, pero más alta. Su presencia impactaba más.

Entraba a un lugar y sentía como si el aire fuera aspirado de la habitación. La visión de su rostro me dejaba noqueado, como siempre había sido en el pasado. Kara no era solo una mujer bonita; tenía una presencia que demandaba atención y un porte elegante y al mismo tiempo sensual. Siempre lo había tenido, pero el tiempo solo había logrado acentuar todas sus buenas características físicas.

Observé con placer cómo empezaba a retorcerse incómoda en su asiento bajo mi escrutinio y supuse que fue porque me había quedado viéndola mucho tiempo. Sonreí de medio lado con arrogancia.

Me había tomado años de dieta y ejercicio para poder lucir así, y sabía que ahora lucía muy bien. La cantidad de atención femenina que había tenido en ese periodo de tiempo era una prueba de ello.

—Mira, quisiera poder arreglar esto —murmuró—. No quiero que lo que pasó se interponga en nuestra relación maestro-alumna. Solo... perdóname, ¿sí? De verdad, lo siento muchísimo. No te imaginas cuánto —se apresuró a decir.

Suspiró y acomodó un mechón de cabello detrás de su oreja. Sus ojos azules se clavaron en los míos viéndose tristes, pero no le creí. No me fie de lo que veía.

¿Sería verdad que había cambiado? Por el bien de todos, eso esperaba.

—Mira, Kara. No creo que pueda perdonarte tan fácil. Todas tus malas decisiones me han afectado durante mucho tiempo, y el rencor no desaparece así de repente. Dame tiempo, trataré no tomarla contra ti en clase. Sé separar el aspecto personal y profesional —miré dentro de sus ojos para ver si estaba comprendiendo—. Y por lo que más quieras, no vuelvas a decir ese apodo frente a la clase. Me debes respeto como tu profesor —quise sonreír cuando estrechó sus ojos hacia mí, pero lo disimulé—. ¿Entendido?

Lamió sus labios y mi mirada cayó directamente a su boca. Debía dejar de hacer eso.

—Sí, Owe... Profesor —se corrigió cuando le lancé una mirada de advertencia. Bueno, ahora que todo había quedado claro, solo tenía una

pregunta más por hacer.

—Y a todo esto, ¿qué haces en primer semestre? Se supone que tu generación debió haberse graduado el año pasado, ¿no? ¿Reprobaste? — quise saber.

Parpadeó varias veces, aturdida. La había tomado con la guardia baja, pero no le tomó mucho tiempo recuperarse. Se enderezó y me observó con unos ojos fríos a los que estaba acostumbrado.

—Tuve que esperar un tiempo para poder trabajar y así conseguir el dinero para pagar mis estudios. Trabajé estos últimos años, ahorré bastante y hasta hace poco tuve la cantidad suficiente para inscribirme —dijo con voz endurecida.

Me quedé en silencio un momento y fruncí el ceño al recordar las veces que Kara había llegado con sus amigas a presumir el último teléfono móvil que le habían regalado o su costosa ropa de marca. Todo el mundo había sabido que Kara Rosseau nadaba en billetes.

Tomando valor, me atreví a cuestionarle ese dato.

—Bueno, si no mal recuerdo, tu familia era adinerada —dije tentativamente, tratando de no molestarla mucho. Ella se encogió de hombros, despreocupada, y luego desvió su mirada a un punto en la pared a su lado.

—Digamos que ellos no quisieron apoyarme para continuar con mis estudios —abrí los ojos sorprendido por la información—. Ahora, si eso es todo, tengo que ir a terminar de organizar mi departamento.

Asentí aturdido por la información que acababa de brindarme y no pensé demasiado en la última oración que escapó de sus labios.

—Ah, sí, claro. Nos vemos luego, Kara.

—Adiós, profesor Bates.

Puse los ojos en blanco y entonces la observé ponerse de pie y marcharse. Cerré los ojos y froté mi frente una vez que ya no escuchaba sus pasos alejándose. Después de haber hablado con ella me sentía exhausto.

Suspiré.

Ese semestre iba a ser más difícil de lo que había imaginado.



Ya eran más de las ocho cuando estacioné mi auto frente al edificio de departamentos en donde había estado viviendo los últimos cuatro años, desde que me gradué de la preparatoria.

Mis padres no habían podido pagarme los estudios y tuve que solicitar una beca, además de tener dos empleos y solicitar un préstamo a la universidad. Había sido bastante difícil el poder mantenerme y estudiar, pero lo había logrado y ahora vivía bien. No rodeado de lujos, pero sí estable, sin deudas, y era lo único que podía pedir.

Me estacioné al lado de un pequeño carro blanco que no reconocía de antes. Bajé, puse la alarma de mi auto y luego subí al segundo piso. Pasé frente a dos departamentos vacíos antes de detenerme en la última puerta —la mía— y abrirla.

Me quité la camisa y los pantalones y subí la música a todo volumen para que ahogara mis pensamientos y preocupaciones. Empecé a limpiar el desastre que tenía, ya que Reil no lo había hecho antes de irse. Recordé lo que me había dicho de su amiga Ross, que se iba a mudar a nuestro mismo edificio, pero no vi nada nuevo así que imaginé que todavía no había empezado su mudanza o que había cambiado de opinión.

Una vez que terminé de limpiar, fui a tomar una ducha refrescante. Ese día había sido duro y merecía un tiempo para mí solo en la ducha. Me habría gustado ir al gimnasio a liberar un poco de estrés, pero me sentía demasiado cansado. Mejor lo repondría al día siguiente.

Cuando salí, me envolví en una toalla verde antes de ir a la cocina a prepararme algo de comer. Un sándwich estaría bien. Acababa de sacar los ingredientes cuando una canción se acabó y en el corto periodo de silencio entre una canción y otra escuché que tocaban la puerta con fuerza. Fruncí el ceño preguntándome quién podría ser, fui a apagar la música y me dirigí a atender a quien se encontrara fuera.

Abrí la puerta de un tirón y me congelé al ver quién estaba del otro lado.

—Tiene que ser una broma.

## 5

# Kara

Llegar al departamento y relajarme en un baño de burbujas era lo único bueno que podía sacar de este asqueroso día. Hasta que la música empezó.

¿Otra vez, en serio? Bufé incrédula. ¿Qué una chica no podía tener un tiempo relajante en silencio?

Tomé los audífonos y el iPod que había dejado descansando en la orilla de la tina y los coloqué en mis oídos. *Ain't it fun* de Paramore empezó a sonar y yo me hundí más en el agua con cuidado de que no se fuera a mojar nada por fuera de la bañera.

Aún se escuchaba la canción del departamento contiguo, pero la mayor parte del ruido era amortiguada por mi propia música. Hasta que una canción —si es que se le podía llamar así— casi tumbó mis paredes.

*Hammer smashed face* era tan ruidosa y molesta. Quiero decir, me gustaba la música pesada, pero solo cuando me ejercitaba, no a todo volumen al final de un día tan estresante. Me levanté furiosa y grité con frustración. Me puse la ropa que usaba para dormir, sin importarme el que el agua siguiera chorreando por mi cuerpo, antes de salir del departamento y empezar a aporrear la puerta por donde salía la molesta música.

Mi corto cabello negro ya había empapado mi blusa por completo, pero yo me hallaba tan enojada que lo ignoré. Solo quería que apagaran la maldita música.

Estaba empezando a darme una migraña —seguramente por haberme saltado el desayuno y la comida— y lo que menos quería era seguir escuchando aquella estruendosa canción. Volví a golpear la puerta. Con cada segundo que transcurría sin que atendieran, mi molestia crecía.



Recargué mis brazos en el marco de la puerta y tomé profundas respiraciones para calmarme un poco antes de hacer algo loco, como tumbar la puerta yo misma. Mi fuerte carácter no podía salir justo ahora. Me había tomado mucho tiempo poder controlarme, pero tener un día de mierda coronado por un ruidoso vecino de mierda era el colmo.

No sé cuánto tiempo estuve con el rostro bajo y los ojos cerrados tratando de aligerar mi dolor de cabeza, pero sentí cuando abrieron la puerta.

—Tiene que ser una broma —murmuró una voz conocida. Elevé mi mirada y me topé con un muy bonito pecho desnudo. Mi mirada viajó más abajo sin poder evitarlo. Tragué saliva.

Elevé mis ojos con lentitud, barriendo todo su cuerpo en el proceso, notando que mi vecino solo tenía puesta una toalla alrededor de sus caderas.

¿Ese bulto era normal o era que estaba feliz de verme?

Cuando mis ojos se engancharon con unos ojos azul eléctrico, gimoteé lastimera.

—Esto es una broma de muy mal gusto.

—¿Tú eres Ross? —quiso saber, incrédulo. Mis ojos se abrieron aún más si era posible al escuchar su pregunta. Ese apodo... Dios, no. Solo había una persona en el mundo que me decía así a mí y no quería creer que...

—¿Eres el compañero de Reil? —observé su mandíbula apretarse y gemí afligida al comprobar mis sospechas—. Dios, ¿qué te he hecho? —pregunté mirando hacia el techo.

Un fuerte portazo me hizo dar un salto en mi lugar y apreté la mandíbula al encontrarme frente a una oscura superficie de madera.

¿Me acababa de dejar afuera? ¿Solo así? ¿Acababa de cerrarme la puerta en las narices?

«Ah, no».

Abrí la puerta sin permiso y pasé escaneando los alrededores.

—¿Dónde estás? —grité por encima de la música. Esa vez no iba a salirse con la suya.

—¡Kara, maldita sea! ¡Sal de mi departamento, ahora! —alcancé a escuchar desde otra habitación.

Me encaminé hacia el sonido de su voz pisoteando fuerte. Parecía una niña haciendo una rabieta, pero no me importaba. Él no me iba a amargar la

estadía en el nuevo departamento.

—No hasta que me escuches —repliqué cruzando los brazos sobre mi pecho. Cuando salió de nuevo a la sala de estar, ya estaba vestido con unos *jeans* desgastados y apenas se estaba poniendo una camiseta blanca, dejándome ver por última vez su cuerpo delgado. Apenas alcancé a reaccionar cuando me lanzó una camiseta negra y asintió hacia mí.

—Póntela, se te ve todo —dijo con un gruñido. Fruncí el ceño y bajé la vista a mi pecho. Sentí mi cara calentarse cuando me di cuenta de que era cierto.

Mi blusa era blanca. Se había empapado por no secar mi cuerpo antes de ponérmela. No llevaba sostén.

Está de más decir que fue una mala idea salir así.

Cuando me la coloqué, me sentí más confiada; menos vulnerable. Su mirada se encontró con la mía y observé su mandíbula tensa.

—¿Qué quieres? —preguntó molesto. Yo reí. ¿De verdad no sabía? Porque era más que obvio para mí.

Le lancé una mirada molesta y elevé mis manos al cielo.

—¿Es que no puedes escuchar música como la gente normal?

—No —contestó cortante. Apreté mis muelas ante su respuesta y estallé.

—¿Es que acaso estás sordo?! —hizo una mueca y se tapó un oído.

—Eh, baja la voz. Me vas a reventar un tímpano —se quejó.

Eso era el colmo. Sacudí la cabeza al tiempo que dejaba escapar una risa áspera y seca, sin humor.

—¿Que te voy a reventar un tímpano? Estás loco, Bates.

—Profesor...

—No —lo interrumpí—. Aquí, justo ahora, solo eres el imbécil de mi vecino. En clase te trataré de lejos y con respeto, pero *aquí* —hice énfasis en la palabra—, no. Y menos si insistes en no dejarme dormir con tu música ruidosa.

Sus ojos se desviaron por encima de mi cabeza y luego me miró divertido.

—Apenas serán las nueve. ¿Desde cuándo duermes tan temprano?

—Ugh, cállate, idiota, y solo bájale a la música. O juro que iré por el casero.

—A mí no me amenes, Rosseau, que puedo hacerte muy difíciles las cosas. Tanto aquí como en la universidad. Esta vez yo soy el influyente y tú eres... nadie —dijo con una mueca de desprecio mirándome de los pies a la cabeza.

Mi temperamento empezó a hervir dentro de mí y temí explotar.

¿Pero quién demonios se creía que era? ¿No se había jactado tan solo horas atrás de ser lo suficientemente maduro como para separar su vida personal y la profesional?

—¡Ya te pedí perdón! ¿Qué más quieres que haga? No puedo cambiar el pasado. Si pudiera... —sentí un nudo formarse en mi garganta.

Si hubiera tenido el poder de cambiar todo lo que hice, lo habría hecho sin dudar. Había estado bajo mucha presión desde que mi familia me había dado la espalda, desde que Beck se había marchado, y sentía que en cualquier momento podía derrumbarme. Mordí mi labio con fuerza hasta saborear la sangre y eso me calmó. No le iba a dar el placer de dejarlo verme llorar.

—Uno recoge lo que siembra, Kara. Si siembras tormentas...

«Cosechas tempestades».

Ah, maldita sea. Lo sabía, no tenía que recordármelo. Lo sabía mejor que nadie. Agaché mi cabeza antes de soltarme llorando y asentí.

—Lo sé, lo siento. Solo... no le subas mucho a la música, ¿sí? Hoy tuve un día horrible y... —me interrumpí. ¿Por qué le estaba contando eso? A él no le interesaba mi vida—. Solo... baja el volumen —pedí en un murmullo.

Y aún con la cabeza gacha salí de su departamento, cerrando la puerta con suavidad tras de mí. Entré a mi piso, me dirigí a mi habitación y me hice un ovillo en el colchón sin comer nada antes. Una vez que cerré los ojos, los recuerdos empezaron a inundar mi cabeza y las lágrimas mis ojos.

«Hija, eres demasiado hermosa como para ser inteligente. No desperdicies tu tiempo tratando de ser algo que no eres.

»¿Piensas desperdiciar tu aspecto sentada tras un escritorio? Nadie te va a tomar en serio.

»La única manera en la que te vaya bien en los estudios es si te acuestas con tus profesores, hija. Tú y yo sabemos que no tienes la capacidad intelectual para conseguir una carrera.

»Tu destino debería ser el mismo que el mío. Solo ser una esposa bonita

que cuida a sus hijos. No necesitas una carrera. Puedes conseguir a un hombre con dinero.

»Si tan decidida estás a estudiar, entonces hazlo. Pero no cuentes con nosotros, que ya te lo hemos advertido. Te esperaremos aquí cuando recapacites acerca de tu futuro».

Las molestas palabras de mi madre giraban en mi mente una y otra y otra vez. ¿Por qué no podía ver que era capaz de lograr lo que me propusiera? No era la típica muñeca Barbie descerebrada. Solo porque no hubiera tenido buenas calificaciones en la secundaria y preparatoria no significaba que fuera tonta. Solo había sido demasiado ingenua y egoísta como para pensar que era más importante ser popular, tener novios y ser la reina del baile de graduación.

Era cierto que no entraba a clases y no entregaba tareas, pero no era porque no supiera cómo hacerlas. Lo poco que miraba en las clases, a lo que prestaba atención, se quedaba grabado en mi mente, pero a nadie parecía importarles eso.

Apreté los párpados mientras las lágrimas quemaban detrás de ellos. No iba a llorar más por eso. Tenía que poder demostrar a todos lo equivocados que habían estado conmigo. Yo podía lograr lo que se me propusiera. Pero tener a un profesor que me pusiera las cosas aún más difíciles era un obstáculo que no había previsto. Y no era cualquier profesor, era uno al que había humillado incontables veces en la escuela secundaria... Y al parecer él quería su revancha.

De repente el sueño me envolvió y me hundí en él con el pensamiento de que iba a lograrlo sin importar nada. Iba a demostrar mi valía, así tuviera que pasar por encima de los demás; así tuviera que volver a pasar por encima de Owen Bates.

## 6

# Owen

Un sonido estridente me hizo despertar casi de inmediato. La alarma del despertador.

Gruñí adormilado y apagué el ruidoso aparato. Un día nuevo estaba iniciando, por lo que me restregué los ojos con mis puños cerrados tratando de alejar el sueño. Solo esperaba que el día fuera mejor que el pasado. El día anterior había sido... interesante. Lo que menos había esperado era que Kara fuera mi nueva alumna... y vecina.

Eso era extraño. Demasiado. ¿Acaso el destino la había puesto frente a mí para hacerle pagar todo lo que me había hecho? ¿O era una simple coincidencia? No lo sabía, pero estaba seguro de que, de alguna manera, iba a sacar provecho de esto, de encontrarnos de nuevo.

Con un suspiro cansado, retiré las sábanas de mi cuerpo y entré a la ducha. El agua fresca pareció relajar un poco la tensión de mis músculos y lo agradecí. Quince minutos después me encontraba poniéndome una camisa oscura y unos pantalones color crema.

Coloqué un poco de café en la cafetera, la prendí y en lo que se preparaba encendí el estéreo y puse la música en un volumen bajo. No quería que la chihuahua rabiosa que tenía como nueva vecina tocara mi puerta a estas horas exigiéndome apagarla mientras espuma escurría de su boca. No estaba de ánimo para tratar con ella.

Cuando faltaba un poco menos de media hora para que las clases empezaran, salí del departamento y vi que ella lo hacía también.

Estaba a punto de decirle algo sarcástico e hiriente cuando elevó su mirada a la mía y vi sus ojos apagados. Parecía cansada, triste, así que me mordí la lengua y mantuve mi boca cerrada. Me dio un brusco asentimiento de cabeza

antes de ponerse sus gafas negras, elevar el mentón y bajar las escaleras hacia el estacionamiento.

Fruncí el ceño ante eso. Fue... raro. Parecía como si se hubiera blindado a sí misma ante mis ojos. Como si se hubiera puesto una armadura invisible.

¿Seguramente la estaba pasando mal?

«No me interesa».

Ignoré la punzada de culpabilidad que vino con el pensamiento y seguí mi camino.



La universidad se encontraba a menos de veinte minutos de mi departamento, por lo que llegué cuando faltaba un cuarto para la hora siguiente. Me dirigí a firmar mi entrada y luego me encaminé al salón donde algunos alumnos ya se encontraban sentados. Busqué a Kara entre la multitud de rostros, pero no la pude encontrar.

¿Se estaba saltando la clase? ¿Había pedido cambio de salón? No creía que fuera así. Kara no parecía ser una cobarde que huía en vez de enfrentar las cosas. ¿O tal vez eso había cambiado con el tiempo también?

Me dije que debía dejar de pensar en ella. Me concentré en la clase que iba a dar y cuando llegó la hora de empezar, pasé lista y comencé.

—Hoy vamos a ver el balance entre la oferta y la demanda. Supongo que leyeron el tema que les encargué ayer, así que preguntaré al azar.

Tomé la lista y la escaneé con la mirada. Estaba por elegir un nombre cuando escuché un golpe en la puerta que me distrajo. Era Kara.

—Buenos días, profesor, ¿puedo pasar? —inquirió. Sonreí burlón al verla y asentí.

—Adelante.

Kara pasó, tomó asiento y sacó un cuaderno que parecía viejo para luego mirarme; yo aún no había quitado mi vista de ella. Me puse de pie, rodeé mi escritorio y me recargué en el borde cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Señorita Rosseau, ¿podría, por favor, decirme en qué consiste el balance perfecto entre oferta y demanda? Ya que llegó tarde a clases supongo que fue por desvelarse haciendo tareas —me burlé. Kara exhaló molesta y me lanzó

una mirada que casi me hizo reír.

—La verdad es que no pude leer mucho porque tengo un idiota por vecino que no entiende lo que significa volumen bajo y no me deja concentrarme. Lo siento mucho, profesor —me dio una falsa sonrisa con los labios cerrados y ladeó su cabeza.

Yo apreté la mandíbula y asentí irritado.

—Bien. En ese caso usted tiene tarea extra —sin darle otra mirada busqué entre la multitud—. Josh, dígame en qué consiste el balance perfecto entre oferta y demanda.

El alumno comenzó a darme la explicación, pero por el rabillo del ojo pude ver a Kara con sus manos en puños presionando sus ojos.

«Punto para Bates».

La clase continuó sin contratiempos y muy pronto acabó, por lo que comencé a recoger mis cosas aprisa para salir antes de que las estudiantes me arrinconaran. Otra vez.

—Disculpe, profesor —me llamó una voz conocida. Eché un vistazo por encima de mi hombro y me encontré con Kara mirándome a través de sus ojos entrecerrados.

—Rosseau. Dígame, ¿qué se le ofrece?

—¿Estás loco?! —gritó-susurró al ver que nadie se acercaba—. No puedo hacer una investigación de campo para mañana, esos trabajos toman semanas. Y aún si se pudiera hacer en un día, yo tengo que trabajar.

Giré mi cuerpo por completo para enfrentarla y elevé mis cejas.

—Y ese es mi problema porque...

—Porque no voy a lograr terminarlo a tiempo.

—Sí, bueno, debió haber pensado eso antes de no hacer la tarea. Quien no cumple con lo que pido, trabaja doble. Estas son las consecuencias de sus actos, Rousseau, y por una vez en su vida debe hacerse responsable por ellos —la miré esperando a que me retara, pero no lo hizo. Solo se quedó ahí viéndome, pareciendo querer rogar un poco de misericordia.

Si esperaba que se la diera bien podía esperar sentada. Por mi parte no la iba a tener. Me di la vuelta sin decir nada más y salí del salón, no sin antes escuchar un «imbécil» murmurado a mis espaldas.

«Como sea».



El gimnasio para mí era como un templo. Era donde llegaba y gastaba todas mis inquietudes y preocupaciones, todo el estrés y la angustia. Llegaba y daba todo de mí en ese lugar hasta casi caer inconsciente por el agotamiento, así cuando salía me sentía más ligero y menos agobiado.

Ese día no era la excepción. Llegué golpeando un saco de boxeo con todas mis fuerzas. Lo golpeé hasta que los músculos de mis brazos, hombros y espalda quemaban. Lo único que quería hacer era desaparecer el malestar que Kara había traído a mi vida junto con su llegada tan solo un par de días atrás.

Dos días y ya sentía la molestia bajo la piel. Estaba esperando a que hiciera su movida, que tratara de humillarme de nuevo, que pisoteara a los demás. No le creía cuando decía que aquello había quedado atrás, lo que me tenía tenso en la espera de su movimiento.

Di golpe tras golpe al golpe hasta que pude sentir cómo mis nudillos iban abriéndose tras la venda. Lo único en lo que estaba concentrado era en el ardor de mis músculos, en el dolor de mis puños, en el aire entrando y saliendo de mis pulmones, el sudor corriendo por mi rostro, pecho y espalda.

Y luego escuché los silbidos que me hicieron poner alerta.

El gimnasio al que yo asistía era conocido por ser uno de los más completos, y si había silbidos dentro del gimnasio significaba... alguien nuevo. Para ser más específico, una mujer nueva.

Una guapa mujer nueva.

Y para mi mala suerte, recordé a Reil pidiéndome que lo ayudara a conseguir una membresía. No me había dicho para qué la quería en ese entonces, pero sabía que no era para él. Odiaba los gimnasios, así que la otra opción era...

Giré para ver la causa de tanto alboroto y sí, tal y como temía, allí estaba ella con su ropa deportiva pareciendo algo desubicada por tanta atención.

Casi reí. Ella sabía cómo lucía. ¿En verdad le sorprendía que se la estuvieran comiendo con los ojos?

—¡Hey, Owen! ¡Ven a conocer a la chica nueva! —gritó uno de mis compañeros de entrenamiento.

Dudé en si acercarme o no, pero al final decidí que nada perdía. Me



acerqué con lentitud tratando de no ver nada más que no fuera su rostro. Llevaba una camiseta ajustadísima que realzaba su figura y unos pantaloncillos negros que parecían una segunda piel sobre ella. Vestida así, ¿cómo quería pasar desapercibida? Los hombres éramos criaturas visuales y Kara era una criatura digna de ser vista.

Cuando estuve lo suficientemente cerca como para ser notado por ella, crucé los brazos sobre mi pecho y su mirada viajó hasta ahí antes de regresar a mis ojos.

—No esperaba verte por aquí —dije, sorprendiendo a todos los presentes por hablarle con tanto desdén a un espécimen de mujer como lo era Kara.

Ella solo sonrió con frialdad e imitó mi postura siguiéndome el juego, la mirada de los demás saltando de ella a mí.

—¿Se conocen? —cuestionó Dan, el entrenador que me había hablado anteriormente, rompiendo el silencio por fin.

—Sí, es mi ruidoso vecino —contestó Kara con una pequeña sonrisa que no auguraba nada bueno. Miró alrededor a todos los que tenían su atención y mordiendo su labio, preguntó—: ¿Alguien que me muestre las instalaciones?

Cuando Dan la tomó por el brazo sacándolos de la multitud y llevándola a dar un recorrido, ella giró su cabeza para verme y me guiñó un ojo. Nada más desapareció al final del pasillo, todos se me acercaron a lanzar preguntas.

—¿Quién es?

—¿Cómo se llama?

—¿Cuántos años tiene?

—¿Está soltera?

Su cuestionamiento me estaba sacando de quicio. Se suponía que era un gimnasio, pero parecían viejas en un mercado. Todos estaban haciendo preguntas estúpidas, pero la que se llevó el premio fue:

—¿Te la estás tirando?

Casi reí ante esa, sin embargo, no lo hice. Ciertamente, Kara estaba buena y tenía un rostro precioso, pero no la toleraba; la odiaba demasiado como para desearla.

«Síguete diciendo eso, Owen. Tal vez algún día te lo creas».

Después de negar que estuviéramos enrollados y que tuviera pareja, los escuché comenzar a murmurar cosas desagradables acerca de ella. Hice una

mueca ante las vulgares maneras que describían ciertas partes de su cuerpo y me molesté al escuchar a unos apostando acerca de llevársela a la cama.

¿Es que acaso tenían quince años?

No sabía qué me molestaba más, el que quisieran acostarse con ella o el que Kara estuviera recibiendo tanta atención; no la merecía. Era una persona horrible, así que, antes de poder refrenar mi lengua, dije algo que sabía desviaría su atención y lujuriosos deseos lejos de ella.

—Tiene sida.

## Kara

—Entonces, Kara... —el chico que trabajaba en el gimnasio estaba tratando de ligar conmigo sin ningún tipo de disimulo. Su nombre era Dan, si recordaba bien—. ¿Estás soltera?

«Vaya, qué directo».

Hice una mueca ante su falta de tacto. ¿Dónde había quedado el querer quedar bien con una? Ahora solo se lanzaban sobre ti. Nada de seducción previa. ¿O acaso tenía cara de abrirme de piernas a la primera? Esperaba que no.

Asentí mirando los alrededores y sonreí sin humor.

—Sí —contesté con sencillez.

Solo había pedido que me enseñaran las instalaciones para librarme de la mirada condenadora de Owen, y ahora que estaba lejos de él... Bueno, no me interesaba establecer una conversación con alguien que solo buscaba meterse en mis pantalones.

—Oh, eso es bueno —dijo demasiado ansioso, a lo que yo solo rodé los ojos.

—Si tú lo dices.

El resto del trayecto trató de convencerme de que debería salir con él algún día pronto. Traté de rechazarlo con la mayor amabilidad posible. Creo que llegó un punto en el que se molestó de que no quisiera tener nada que ver con él —que no estaba nada mal, por cierto— y juro que pude escucharlo decir que de todas maneras no estaba tan buena.

Entonces, ¿para qué se molestaba en invitarme a salir? A veces no entendía a los hombres. Decían ser muy maduros y luego andaban por ahí actuando

como niños rencorosos.

Ignoré el mal humor que parecía haber adoptado Dan y lo seguí alrededor de las instalaciones. Me mostró dónde se encontraba la piscina y en ese instante decidí que ahí era donde estaría pasando mi tiempo libre. Siempre había amado nadar.

De pequeña le había rogado a mi madre que me inscribiera en clases de natación y, a pesar de que ella no entendía mi fascinación por el agua, cedió. Durante años estuve practicando aquel deporte, hasta que mi madre dijo que mis hombros estaban comenzando a ensancharse.

¡Pecado imperdonable en una mujer!

Había dejado de asistir regularmente, pero de vez en cuando me fugaba para perderme en las profundidades de la piscina pública. Ella nunca se enteró.

—Por alguna razón no mucha gente la usa, así que es toda tuya si lo deseas —dijo Dan con un tono aburrido. De verdad parecía haberse cansado de insistirme.

—Gracias. Creo que me verás por aquí seguido —le guiñé un ojo y vi el brillo pícaro en su mirada al darme un rápido repaso de arriba abajo. Supe sin dudas que me estaba imaginando en bikini, o probablemente desnuda mientras nadaba, pero no dije nada. La realidad estaba lejos de ser esa.

—Puedes empezar cuando quieras —indicó.

—¿Cuándo quiera? ¿Qué tal ahora? —pregunté ladeando mi cabeza y cruzando los brazos bajo mi pecho. Parpadeó un par de veces, confundido, y luego una lenta sonrisa se extendió por su rostro. Mirándolo bien, no era para nada feo.

—¿Vienes preparada? —quiso saber. Me encogí de hombros.

—No.

Soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Puedes nadar con cualquier cosa, menos con prendas de algodón. Te daré la llave por si quieres venir antes de las ocho de la mañana o después de las seis de la tarde. A esas horas respectivamente abrimos y cerramos esta área.

Sonreí.

—Me parece perfecto, muchas gracias —sonreí con sinceridad y observé

cómo Dan dejaba su papel de ligón solo para ser un tipo apuesto y agradable—. ¿Qué tal si regresamos ahora?

—Claro.

Regresamos al área de las máquinas, pero esta vez no fue un trayecto incómodo. Dan me contó que llevaba alrededor de tres años entrenando ahí y que esperaba algún día poder abrir su propio gimnasio. Le conté sobre mi trabajo como modelo y camarera para pagar mis estudios y él no mostró ninguna señal que me pudiera alertar. Casi me daban ganas de decir que sí a su invitación a comer.

Casi.

—Entonces dices que eres vecina de Owen —murmuró con calma. Me tensé y asentí rígida—. ¿Hay algo... —carraspeó—. ¿Está pasando algo entre ustedes dos?

Por un momento me quedé de piedra sin saber muy bien qué decir, luego mis ojos se abrieron como platos ante la ridícula sugerencia y por último me eché a reír. Pero no una risa ligera y femenina; no, señor. Fue una risa profunda y escandalosa.

Eché la cabeza hacia atrás y reí con fuerza por aquel ridículo escenario. ¿Owen y yo saliendo juntos? Ni en un millón de años.

¡Él me odiaba! Y yo, en el corto tiempo que había pasado a su lado, me di cuenta de que no soportaba su presencia. Me hacía sentir incómoda.

Cuando recuperé la compostura abrí mis ojos y encontré a Dan mirándome como si me hubiera salido un tercer ojo. Entonces él también se echó a reír contagiado por mí.

—Lo siento mucho por eso —dije cuando se calmó—, yo solo... —solté otra pequeña risita y sacudí la cabeza—. No, no hay nada entre nosotros, Dan. Owen me odia —me encogí de hombros—. Además, es mi maestro.

—Oh, ¿en serio?

—*Sip*.

Suspiró y frotó su nuca.

—Entonces, ¿no aceptas salir conmigo? —repitió. Lo miré fijamente yladeé el rostro, ante lo que él pareció incomodarse.

—Mira, Dan, no te conozco bien, pero, corrígeme si me equivoco, tú pareces un tipo al que se le dan muy bien las aventuras de una noche —él

dudó un poco antes de asentir con reticencia—. Me lo imaginé. Ahora, yo no soy así. Ya no. Y tampoco tengo tiempo para tener ninguna relación, así que... Lo siento, pero no —sacudí mi cabeza para dar más énfasis a mi negativa y él asintió pensativo.

—Ya veo —me miró con diversión—. ¿Qué tal ir a tomar un helado? Ni siquiera tiene que ser en la noche —lo observé irritada. ¿Acaso no entendía?—. Como amigos —aclaró rápidamente.

Bueno, viéndolo así... no me vendría nada mal un amigo además de Reil.

—Vale —acepté. Él sonrió—, pero... —su sonrisa se esfumó casi de inmediato y no pude evitar soltar una risa—. No te hagas esperanzas de que acabaré en tu cama al final de la noche porque no pasará.

Dan se irguió y sonrió confiado.

—La esperanza muere al último.

Sacudí mi cabeza con divertida irritación.

—Vamos ya, anda. Tus pupilos te han de estar extrañando.



Al llegar a donde habíamos estado antes del recorrido, nos dimos cuenta de dos cosas:

1. Todos los hombres habían pasado de verme con deseo a verme con... ¿asco? No sabía, pero parecían evitarme ahora.

2. Owen se reía entre dientes, cosa que de inmediato me hizo sospechar.

¿Qué había hecho?

Estreché mis ojos hacia él, como si de alguna manera pudiera leer su mente. Con desconfianza, tomé la toalla que había estado llevando en mi pequeña mochila y la coloqué sobre mis hombros; me acerqué a una de las caminadoras que estaban vacías y el chico que había estado corriendo a un lado, paró, recogió sus cosas y se movió a una más alejada de mí con rapidez.

«¿Pero qué...?».

Miré a Owen, quien estaba concentrado levantando una barra con bastante peso. Mi mirada se desvió a Dan, quien estaba hablando con algunos tipos. Su ceño se frunció y luego me miró a los ojos, escuchando con atención lo que le decían.

Su mirada se movió al tipo que hablaba y sacudió la cabeza. Le dijo algo al tipo y antes de que aquel pudiera responderle, se acercó a mí.

—¿Qué pasó? —cuestioné preocupada. Su rostro parecía confundido y molesto.

—Bates. Les dijo a los chicos que... —desvió su mirada al suelo y luego a un lado, evitando mis ojos—. Que tienes...Uhm, que tienes sida —esto último lo dijo en un susurro.

Abrí mis ojos incrédula y mi boca cayó un poco abierta.

—¿Que hizo qué? —inquirí indignada—. Oh, joder, él no hizo eso —arrojé mi toalla al suelo y, antes de que Dan pudiera detenerme, salí hecha una furia hacia donde se encontraba Owen. Esta vez me iba a escuchar.

Solo bastaron un par de pasos para enfrentarlo. Él estaba a punto de levantar una pesa del suelo, cuando lo empujé y tropezó sin caer.

—Eh, cuidado —dijo sin verme.

—Tú ten cuidado, estúpido —gruñí. Levantó sus ojos azules hacia mí y luego sonrió.

¡El descarado sonrió!

—Veo que ya escuchaste lo que dicen por ahí —se burló, sus ojos claros brillando con diversión.

Tuve que contenerme para no arrancarle los ojos en ese mismo momento.

—¿Por qué soltaste esa mentira sobre mí? ¿Qué te he hecho? —inquirí un poco dolida, cuando entonces recordé—. Olvídalo, no respondas esa pregunta.

—No, ¿sabes qué? Te responderé. Lo que pasa es que estabas obteniendo demasiada atención masculina y yo decidí que quería que pensarán eso. No te conocen, pero tener esa enfermedad es lo más cercano que se me ocurrió a cómo eres por dentro. Enferma. Eres una persona horrible y... ¡No lo sé! Solo no quería que te prestaran tanta atención —confesó, pareciendo aturdido por sus propias palabras.

Fruncí el ceño tratando de asimilar lo que había dicho. No quería que me prestaran atención. Bien. Eso quería decir que...

Sonreí.

—Estás celoso —señalé.

Su rostro antes furioso dio paso a la confusión y luego al horror.

—¿Qué? ¡Claro que no!

—Mmm-hmm —crucé los brazos sobre mi pecho—. Estás celoso porque no te pongo atención a ti.

Owen soltó una risa amarga y negó con la cabeza.

—Claro que no, mujer, tú no eres mi tipo. Lo siento, Rosseau, pero soy más un hombre de trasero que de pechos —explicó haciendo referencia a mi pequeño pero redondeado trasero. Sonrió burlón y yo apreté mis dientes.

«Idiota».

—Sí, bueno, tienes suerte, ya que yo soy más una mujer de cerebro que de músculos —me encogí de hombros con despreocupación. Su mirada antes divertida se endureció al instante, al igual que su mandíbula.

—Yo tengo bastante cerebro.

—Si tú lo dices.

—Y lo uso más que tú.

—Bien por ti.

—¿Por qué no vas a desnudarte para una revista, eh? La universidad no es un lugar para muñecas huecas como tú —escupió. Antes de poder controlarme, mi mano se había estampado con su mejilla con una fuerza que ni yo misma había sabido que tenía.

—Nunca vuelvas a decirme eso —dije a través de mis dientes apretados, mi cuerpo temblando de rabia y humillación—. Nunca, ¿entendiste?

Él asintió desconcertado ante mi explosión y me di la vuelta para irme antes de que las lágrimas empezaran a correr por mi rostro. No me había dado cuenta de que el gimnasio había quedado en un silencio sepulcral durante nuestra «discusión».

Pasé por un lado de Dan y él me detuvo por el brazo con el ceño fruncido.

—Hey, ¿estás bien? —preguntó preocupado. Negué con la cabeza.

—No lo creo. Mañana nos ponemos de acuerdo para salir, ¿vale? Ya me tengo que ir —elevé mis ojos enrojecidos a los suyos pensativos y asintió.

—Claro. Ten cuidado.

—Lo haré.

Se acercó a besar mi mejilla y le brindé una sonrisa temblorosa. Empecé a



caminar hacia la entrada y abrí la puerta, pero antes de salir le eché otra mirada a Owen, quien no me había quitado la mirada de encima. Estaba tan tenso que parecía que podía romperse en cualquier momento.

Elevé mi barbilla, giré orgullosa el rostro y salí.

«¿Con que así estamos jugando, eh, Bates? Perfecto».

## 8

# Owen

Cuando llegué a casa después del gimnasio, me sentía agotado física y mentalmente. Las cosas que le dije a Kara, lo que dije de ella... No me sentí bien después de saber que la había herido; al contrario, me sentía como una completa y total basura.

Ese no era yo. Ese *no* era para nada yo. ¿Qué me estaba pasando?

Me dirigí al estéreo para encenderlo y poner música, pero luego recordé lo mucho que le había molestado a Kara el día anterior. Suspirando, lo encendí a un volumen moderado. Fui a darme una ducha rápida para deshacerme del sudor y el sentimiento de suciedad que me cubrían.

Me volví a preguntar qué me estaba sucediendo. Yo jamás había tratado a una mujer tan mal, ni siquiera cuando se lo merecía, y aunque con Kara era diferente, sentía que era inevitable; como si algo dentro de mí estuviera programado para reaccionar así ante ella.

Terminé de bañarme, me vestí con unos pantalones deportivos y me dirigí a la cocina para ver qué podía comer. Sabía que debía ingerir algo, pero la culpa estaba hecha un nudo en mi estómago, quitándome el hambre. Por un momento pensé en ir a disculparme con Kara, pero lo más probable era que me rompiera la nariz nada más abrir la puerta. O que me pateara en las bolas. Además... estábamos a mano. O eso era lo que quería suponer.

Tantos años de humillación de ella, tanto tiempo planeando mi venganza, alguna forma de hacerle pagar las cosas que me hizo, para que ahora mi conciencia viniera a hacer acto de presencia. Y ni siquiera había hecho algo tan malo, ¿cierto?

Sacudiendo la cabeza cerré la puerta de la nevera y me dirigí a mi habitación antes de perder mi orgullo y dignidad e ir a disculparme con ella.

Me tumbé sobre la cama y puse mi antebrazo sobre mis ojos pensando en este último par de días. Todo me había estado yendo bien, incluso, pensándolo bien, debería agradecerle a Kara. Bueno, no hasta ese extremo, pero si ella nunca me hubiera molestado por mi apariencia, probablemente nunca me hubiese animado a bajar de peso.

Resoplé dándome cuenta de a dónde estaban dirigiéndose mis pensamientos.

¿Darle las gracias a Kara? ¿En serio? ¿Acaso me estaba volviendo loco?

Seguramente había trabajado demasiado duro y se me había zafado un tornillo durante el entrenamiento. Después de que Kara se había ido, Dan me abordó y me dijo que no debía ser un completo imbécil con ella; que, si miraba bien, me daría cuenta de que ella también tenía una vida dura.

Lo mandé a volar y le dije que no se entrometiera. Además, ¿a él qué diablos le importaba lo que yo hiciera o dejara de hacer con Kara? No eran nada. Ni siquiera estaban saliendo. Pero claro, él planeaba meterse en sus pantalones y defenderla podía hacerlo ganar puntos con ella.

El sonido de mi teléfono me sacó de mis cavilaciones. Me puse de pie con rapidez y lo encontré en el bolso trasero de los pantalones que había arrojado sobre el suelo. Menos mal que no se había roto.

Sonreí al ver la foto de una bella rubia sonriéndome desde la pantalla.

—Hola, Lena.

—*Hola, Owen. ¿Cómo estás?* —preguntó con su dulce voz. Sonreí con tristeza y me dejé caer en la cama de nuevo.

—Bueno... bien —mi voz sonaba insegura y ella, que me conocía mejor que nadie, lo notó de inmediato.

—*¿Qué sucede, todo bien?*

—Pues así que digas bien, bien... no —admití. Un suspiro se escuchó al otro lado de la línea. Oí voces amortiguadas al otro lado e imaginé que Lena había intentado tapar la bocina.

—*Espera, estoy hablando con Owen.*

—*¿Quién está contigo?* —inquirí.

—*No es nadie, solo... un compañero de trabajo.*

Quise creerle a pesar de que en el fondo sabía que no era verdad. Decidí mejor no preguntar. Si ella quería que supiera que salía con alguien, me lo

contaría eventualmente.

—Si tú lo dices —dije con sorna, dejándole ver que, a pesar de todo, sabía la verdad. Ella soltó una risita y luego escuché cómo se cerraba una puerta—. ¿Te encerraste en el baño? —quise saber. Era una rara costumbre que ella tenía, encerrarse en el baño o caminar por toda la casa mientras hablaba por teléfono.

—*Puede ser...* —sonreí.

—Cuéntame para qué me llamas.

—*Bien, pero no quiero que te enojas* —casi podía escucharla morder su labio, debatiéndose entre contarme o no.

—No te prometo nada.

Doblé mi brazo libre por detrás de la cabeza y coloqué un tobillo sobre el otro. Lena exhaló, armándose de valor, lo cual no me relajó en absoluto.

—*Me ofrecieron un trabajo* —informó, tomándome por sorpresa. Eso no lo había esperado.

Lena era toda una hija de mami y papi. A pesar de tener veintidós años, se negaba en redondo a volar del nido. Se rehusaba a conseguir un trabajo, a madurar, y esto... no era para nada algo que hubiera previsto en su futuro a corto plazo.

Después de la sorpresa inicial, vino el regocijo.

—Vaya, eso es genial. En serio, Lena, es muy bueno —la felicité—. ¿Y en qué estarías trabajando?

—*Yo...* —soltó una risa nerviosa—. *Ah, bueno, fijate que es gracioso lo que...*

—Lena —la interrumpí. La forma en la que empezaba a divagar hizo que me pusiera alerta—. ¿De qué te ofrecieron trabajo?

Escuché su suspiro y luego, en poco más que un murmullo:

—*De modelo.*

—No —dije tajante un segundo después. Mi hermana menor no andaría desnudándose por ahí o lo que fuera que hiciera una modelo.

—*Pero Owen...*

—Dije que no, Lena, y no voy a cambiar de opinión.

—*¡Ni siquiera sabes qué es lo que haré!* —gritó furiosa.

Sabía que no le gustaba que le dijera qué o no hacer, pero en esto no iba a ser indulgente con ella. No iba a permitir que mi hermanita, la niña que había tenido que cuidar desde siempre, se fuera por un camino tan frívolo.

—Lena..., tú sabes que yo deseo lo mejor para ti —murmuré más calmado—. Eres inteligente y aplicada, podrías encontrar empleo en cualquier otra parte que desees. Si quieres puedo ayudarte a...

—No —me interrumpió—. *No voy a ceder en esto, Owen. Siempre he dejado que decidas por mí, pero esta vez no. Ya estoy mayorcita como para poder tomar mis propias decisiones. Y si me equivoco, bien; por lo menos sabré que fue por mi culpa. Tengo que aprender a caer y levantarme, tengo que empezar a explorar mis opciones y jamás lograré hacerlo si dejas que sigas decidiendo por mí. Te amo, pero por una vez no voy a obedecerte* —y dicho esto, colgó.

Dejé caer el teléfono a mi lado en el colchón y me volví a cubrir el rostro con las manos en señal de frustración. Estaba pensando en cuál sería la manera más eficaz para hacer a Lena cambiar de opinión cuando escuché un grito, un golpe sordo y luego vidrio quebrándose al otro lado de la pared.

Kara.

Me incorporé de la cama lo más pronto posible y salí de mi departamento sintiéndome de repente preocupado. Tal vez su persona no fuera completamente de mi agrado, pero no por eso la dejaría morir o lo que fuera que estuviera pasando al otro lado de la pared. Me acerqué a su puerta y levanté el puño para tocar..., pero dudé cuando escuché sollozos amortiguados al otro lado.

¿Qué habría pasado para ponerla así? ¿Podría haber sido mi culpa? No lo creía. Ella lucía demasiado fuerte y segura de sí misma como para que un comentario tan superficial la lastimara..., pero la duda comenzó a molestarme.

¿Y si en verdad era yo el culpable de su llanto?

Reuniendo el valor necesario, toqué la puerta y la llamé.

—¿Kara? —el silencio fue la única respuesta que obtuve así que volví a tocar—. ¿Kara, estás bien? Soy Owen —dije sintiéndome idiota. ¿Quién más iba a ser?—. Yo... escuché ruidos y quería saber si todo está en orden.

Me quedé ahí esperando durante un minuto completo antes de escuchar pasos acercándose y deteniéndose frente a la puerta. Pensé que me abriría y

me recibiría con una mirada molesta o algo parecido, que me diría que me perdiera, pero pasó todo lo contrario.

—Estoy bien, Owen, no te preocupes. Ahora vuelve a tu lugar —susurró. Su voz era un murmullo apenas perceptible. Ni siquiera abrió la puerta para contestarme, lo que solo hizo que, en mi mente, la viera un poco más vulnerable y menos perra.

—Bueno, si necesitas algo... estoy aquí al lado.

Escuché una risa. Una seca y amargada risa, sin ningún rastro de humor. —Seguro, lo tendré en cuenta —dijo con ironía.

Su respuesta sarcástica me molestó. Eso era lo que me ganaba por preocuparme y querer ser amable.

¿Por qué lo había hecho, en primer lugar? No tenía idea. Ya no podía recordarlo.

—Como sea.

Me di la vuelta y caminé el par de pasos que me separaban de mi lugar cuando, por equis razón, decidí detenerme.

El sonido de un golpe seco seguido por uno de arrastre contra la puerta de madera, me hizo imaginarla dejándose caer por la superficie de esta y sentándose en el suelo. Luego los sollozos continuaron.

Bajos, apenas perceptibles, amortiguados, pero ahí estaban. Kara seguía llorando... y por más que quería, sentía que no podía dejarla sola así.

¿Qué era lo que había sucedido para romper su coraza de acero, esa que siempre parecía llevar puesta? Tal vez el tiempo simplemente la había cambiado como ella me dijo. Sea como fuere, yo era débil ante las mujeres que lloraban y al parecer Kara no era la excepción.

Recargué mi cabeza en la pared y cerré los ojos, quedándome ahí por un par de minutos, escuchando los quejidos y sonidos lastimeros que salían del departamento donde vivía quien había sido mi mayor pesadilla durante la secundaria. El edificio era tan calmado y silencioso que era casi seguro que los del piso de abajo también podían escucharla llorar. Con mi conciencia lastimándome, maldiciéndome interiormente por no poder ser capaz de alejarme, me acerqué de nuevo a su puerta y me arrodillé.

—¿Kara? —los sollozos cesaron de inmediato, dejando el lugar, ahora sí, en absoluto silencio—. Sé que nunca tuvimos una buena relación... De

hecho, nunca tuvimos ninguna relación —corregí—, a excepción de ti humillándome y eso, pero... Bueno, eso ya no importa. El punto es que, si necesitas algo, aquí estoy. De verdad. Cualquiera cosa a cualquier hora. Incluso si solo necesitas desahogarte y que alguien te escuche, soy buen oyente.

Continué unos segundos más ahí frente a su lugar, tal vez un minuto completo, esperando escuchar algo, sin embargo, fue el silencio la única respuesta que obtuve. Suspirando, me puse de pie y entré a mi departamento con la seguridad de que había hecho lo correcto. Había dado el primer paso para terminar con esa... enemistad, rivalidad o lo que fuera que hubiera entre nosotros.

Había elevado mi bandera blanca.

## Kara

Llegué furiosa a mi departamento y azoté la puerta tratando de escurrir un poco de la rabia que sentía. Odiaba a Owen y, no importaba cómo, lo iba a hacer pagar. Había tratado de demostrarle lo mucho que estos últimos años me habían hecho cambiar, de verdad que lo había intentado, pero él insistía en hacerme la vida difícil y yo no me iba a quedar de brazos cruzados.

Me dirigí a cambiarme de ropa para la sesión de fotos que tendría en la noche, cuando recibí una llamada. Qué inoportuna podía ser la gente a veces. Soltando un suspiro cansado, dejé mi ropa sobre la cama y me dirigí a contestar el teléfono, mis dedos cruzados pidiendo porque no fuera mi madre.

—¿Sí? —respondí aún molesta.

No creía que el coraje se me fuera a pasar con tanta facilidad. Todavía podía sentir el nudo que tenía en el estómago después de la confrontación con... Con ese... Ugh, con ese tipo que se creía lo mejor del mundo. Sí, bien, estaba bueno, pero no significaba que podía tratarme así, que debía de tomar represalias por las cosas que había hecho tantos años atrás cuando era una niña inmadura que no sabía nada de la vida. Estaba arrepentida, se lo había dicho, pero no le entraba en la cabeza.

—*Uhm, ¿Kara, te pillo en mal momento?* —cuestionó una familiar voz. Mi cuerpo se relajó casi de inmediato y sonreí con tristeza. Pasé una mano por mi rostro y sacudí la cabeza en una negativa aún a sabiendas de que él no podía verme.

—Uh, no. ¿Qué pasó, Reil?

—*Quería saber si te llamaron de la agencia* —dijo con lentitud. De inmediato supe que no me iba a gustar lo que diría—. *Dina enfermó. No va a poder cubrirme esta semana. Están posponiendo las sesiones para dentro de*



*dos semanas* —murmuró.

Apreté el puente de mi nariz y exhalé molesta. Eso era lo único que me faltaba.

—A ver, Reil. Es la tercera o cuarta vez que hacen esto. No tengo problema con posponerlo, ya lo sabes, pero necesito el dinero. No me han mandado el cheque que me prometieron y debo comprar mis cosas, ¿sí? Te admiro. Muchísimo. Te quiero también. Si no fuera por ti quién sabe dónde estaría en estos momentos, pero no puedo seguir aplazando mis sesiones por más tiempo, así que, o consigues a un suplente de tu confianza que sí cumpla cuando debe o... —dejé de hablar. No quería que pareciera que estaba amenazándolo.

La verdad era que solo estaba frustrada por mi situación económica. A pesar de que Reil me había hecho las cosas más sencillas, seguía batallando. Necesitaba comer y para poder hacerlo necesitaba que me entregaran mi cheque. Cierto que no era una modelo básica, solo temporal, pero la agencia tenía la obligación de pagarme.

Un silencio tenso se instaló entre nosotros. Crucé los dedos esperando que dijera que vendría o se haría cargo, pero el alma se me cayó a los pies cuando en lugar de eso dijo que no podía hacer nada por mí y se despidió prometiendo llamarme en un par de días. Me molesté muchísimo.

¡Yo no tenía un par de días!

Reil había sido descubierto cuando hizo una pequeña muestra de fotografías en la cual yo había sido su modelo principal dos años atrás. Fue por eso que él y yo habíamos formado una amistad tan estrecha. Nos encontramos y ayudamos cuando más lo habíamos necesitado. Reil había pasado por mucho, al igual que yo, aunque nunca habíamos hablado de eso. Teníamos nuestros secretos y no queríamos ventilarlos.

Un segundo después de escuchar que cortaba la llamada, grité frustrada y arrojé el teléfono a la pared sin importarme si se rompía. Era algo tonto por hacer, ya que no tenía manera de comprar otro, pero estaba tan molesta que no me importaba. Un jarrón se interpuso en mi camino cuando anduve hacia mi habitación, así que también lo aventé al piso, no importándome en absoluto si llegaba a pisar los pedazos de vidrio roto. Nada me importaba en ese momento. *Nada*.

Estaba molesta y dolida. Estaba frustrada. Estaba... rompiéndome. Parecía

que nada me podía salir bien. Y luego las palabras que Owen había dicho en el gimnasio seguían resonando en mi cabeza.

«La universidad no es un lugar para muñecas huecas como tú».

Dejé salir una pesada respiración al recordar a las personas que, a lo largo de mi vida, me dijeron palabras similares. Los recordé uno por uno, sus palabras, el tono de lástima, las miradas llenas de malicia... y luego, como si sentirme miserable no fuera suficiente, algo se rompió dentro de mí y comencé a sollozar con fuerza. No habría podido evitarlo, aunque lo hubiera intentado. Tenía tanto tiempo guardándome todo... y simplemente era hora de dejarlo salir.

De mi cuerpo salían sonidos llenos de lamento, pero provenían de lo profundo de mi alma. Eran ecos de mi desesperación, porque estaba segura de que era el karma regresándome todo. Todas las personas a las que había herido siendo tan solo una mocosa engreída, todos aquellos a los que hice sufrir, estaban obteniendo su venganza sin siquiera mover un dedo.

«Si tan solo pudiera regresar el tiempo...».

Me encontraba hecha un ovillo sobre mi cama, lamentándome por las consecuencias que pagaba, cuando escuché que golpeaban la puerta.

—¿Kara? —oí que alguien me llamaba. No dije nada, no quería que me vieran de esa manera y pensé que se irían si no hablaba, pero me equivoqué. De igual manera volvieron a tocar—. ¿Kara, estás bien? Soy Owen. Yo... escuché ruidos y quería saber si todo está en orden.

Fruncí el ceño y me enderecé un poco al escuchar quién era. ¿Qué hacía Owen frente a mi puerta? O, mejor dicho, ¿por qué quería asegurarse de que todo estuviera bien? Acababa de humillarme tan solo una hora atrás frente a un gimnasio lleno de hombres, por lo que no le quedaba el papel de chico preocupado. Me puse de pie y caminé hasta la puerta dispuesta a decirle unas cuantas cosas. Coloqué mi mano en la perilla..., pero en el último segundo me arrepentí. Mis hombros se hundieron. No quería que me viera tan dolida y vulnerable por lo que solo me quedé ahí donde pudiera escucharme con claridad.

Aclaré mi garganta para que mi voz no saliera rota y tomé una profunda respiración.

—Estoy bien, Owen, no te preocupes. Ahora vuelve a tu lugar —dije en voz baja, casi en un susurro. ¿A dónde se había ido todo mi enojo? Parecía

haberse esfumado dejando en su lugar un cansancio abismal.

No escuché pasos alejándose, por lo que supe que estaba todavía frente a mi puerta. Solo pasaron un par de segundos en silencio, entonces escuché su voz dubitativa.

—Bueno, si necesitas algo... estoy aquí al lado.

Me reí sin ganas, el enojo volviendo por arte de magia. ¿De verdad me estaba ofreciendo su ayuda? Eso era el cinismo en persona.

—Seguro, lo tendré en cuenta —solté, tratando de que el sarcasmo fuera evidente en mi voz. Era bastante obvio que no iba a recurrir a alguien que se empeñaba en hacerme quedar mal.

—Como sea —masculló. Parecía haberse enojado una vez más.

Escuché sus pasos alejarse y me dejé caer en el suelo, mi espalda recargada en la puerta de entrada. La breve distracción que me había proporcionado Owen se estaba disipando, dejándome solo con mis remordimientos y problemas por lo que comencé a llorar de nuevo.

Al parecer no había dejado salir todo lo que me torturaba. Si seguía a ese paso me iba a deshidratar. No sé cuánto tiempo me quedé ahí tirada deseando poder regresar el tiempo, cuando escuché unos pasos que se paraban frente a mi puerta.

—¿Kara? —era Owen, de nuevo. Limpié las lágrimas de mi rostro con rapidez, como si él fuera capaz de verme, y enderecé mis hombros. Lo que fuera que viniera a decirme, no iba a herirme más. No iba a darle ese poder —. Sé que nunca tuvimos una buena relación... De hecho, nunca tuvimos ninguna relación, a excepción de ti humillándome y eso, pero... Bueno, eso ya no importa. El punto es que, si necesitas algo, aquí estoy. De verdad. Cualquier cosa a cualquier hora. Incluso si solo necesitas desahogarte y que alguien te escuche, soy buen oyente —se ofreció. En su voz era evidente la lástima y lo odié por eso.

No me gustaba que sintieran lástima por mí y mucho menos que se ofrecieran a ayudarme como si fuera un caso de caridad, así que lo maldije para mis adentros. Evité decirle algo. No iba a caer en su juego para que luego volviera a hacerme quedar mal, a humillarme frente a una multitud. Podría haberlo tratado mal en la secundaria, pero ya le había pedido perdón. Había sido una cría en aquel entonces, ya había madurado; se suponía que él también, pero si no quería darse cuenta y deseaba seguir actuando como un

adolescente, entonces bien podía darle razones para odiarme de verdad e iniciar una guerra.

Al día siguiente llegué temprano a la universidad y solicité una reunión con la rectora. Si Owen quería jugar sucio entonces eso era lo que haríamos.

Lamentablemente no pude comunicarme con Ria esa mañana. Era una mujer ocupada y tenía espacio disponible hasta el día siguiente. Tomé los escasos quince minutos que me ofrecían y luego me dirigí a mis clases sintiéndome mejor que el día anterior. El llanto había servido.

Por suerte, esa mañana no tenía Economía, por lo que me salvaría de verle la cara a ese... tipo. Solo pensar en él me hacía hervir la sangre, y no precisamente porque me pusiera caliente. Bueno, sí, eso también lo hacía un poco, pero más que nada era la rabia que me provocaba con su sonrisa déspota y su actitud inmadura. Owen Bates sabía de qué hilos tirar y cuáles botones pulsar para hacerme enojar con una facilidad que no mucha gente poseía.

El día transcurrió con prontitud y cuando menos lo esperaba ya me encontraba dirigiéndome a mi trabajo como camarera en ese restaurante que parecía haberse puesto de moda de un día para otro. El ambiente en Butner's era muy agradable y los empleados eran amables conmigo, por lo que había decidido quedarme trabajando más tiempo ahí en lugar de hacer mi carrera de modelo a tiempo completo.

Me alegraba mucho haber decidido eso porque, de haberlo dejado, me habría quedado en bancarrota y, con toda seguridad, de patitas en la calle. Sin universidad, trabajo ni casa me hubiera visto obligada a regresar a casa de mis padres con el rabo entre las piernas y a concederles la razón con respecto a que yo era una buena para nada.

Y prefería morir mil veces antes que tener que rendirme y regresar.

Cuando entré al fresco interior del local, Marien, mi compañera y amiga, me saludó con su típica sonrisa cálida.

—Kara, ¿cómo estás? —preguntó con esa vocecilla que animaba a todo el mundo. Me acerqué para saludarla con un beso en la mejilla y luego me coloqué detrás del mostrador junto a ella para atar un mandil alrededor de mi cintura.

—No me quejo. ¿Qué tal tú, cómo te va con Said?

Sus ojos se iluminaron ante la mención del hombre que amaba, su

prometido, y no necesitó más motivación para soltarse contándome todo respecto a los preparativos de su boda. Me gustaba verla tan alegre, por lo menos sabía que alguien estaba disfrutando de su felicidad con plenitud. Ella lo merecía.

Después de que Tisha, nuestra jefa, nos pidiera dos veces que comenzáramos con nuestros deberes, la plática cesó y cada quien se dirigió a su puesto de trabajo: Marien detrás de la barra y yo en el área de las mesas, esperando a que un nuevo cliente llegara. El reloj avanzaba y el trabajo aumentó, por lo que me mantuve demasiado ocupada hasta que llegó mi hora de salida. Estaba exhausta y lo último que quería era ir al gimnasio, pero tenía también muchas ganas de entrar a la piscina a perderme un rato del mundo. Me dirigí a la parte trasera para recoger mis pertenencias cuando Marien me llamó nuevamente con un semblante de disculpa.

—Kara, ha llegado otro cliente y Tisha pidió que te encargaras de él — hizo una mueca sabiendo que no me gustaría y yo puse los ojos en blanco. A mi jefa le gustaba fastidiarme solo porque no había querido salir con su hijo. Con un resoplido me dirigí de nuevo a la zona de mesas y a la única persona que se encontraba sentada ahí.

—Buenas tardes, ¿desea ordenar algo? —una chica rubia me miró por encima de su menú y luego sonrió con malicia. De inmediato la reconocí. Tuve que morderme la lengua para no arrojarle la libreta en el rostro cuando me dio esa lenta y odiosa mirada despectiva. Me dio un repaso de arriba abajo y su sonrisa se ensanchó.

Sentía que, de algún modo, se estaba burlando de mí.

—¿Me das un momento? —inquirió burlona—. Es que estoy esperando a alguien más.

—Claro.

Me alejé unos pasos y esperé a que llegara su invitado. Miré mi reloj, estudié mis uñas, chequé las puntas de mi cabello y por fin, después de lo que pareció una eternidad, las puertas se abrieron. Mi respiración se atascó.

—Lena, querida —dijo el hombre acercándose a la chica. Ella se puso de pie, envolvió los brazos alrededor de su cuello y luego lo besó con fuerza.

Aparté mi mirada avergonzada de haber encontrado al dueño de la agencia para la que trabajaba ocasionalmente comiéndose a una chica por lo menos quince años menor que él. Eso no era todo. Ella *era* una de sus modelos

básicas. ¿Así había conseguido ella algunas de las campañas? Recordé todas las veces que me advirtieron de ese tipo y cómo le gustaba meterse entre las piernas de las modelos con un futuro brillante, prometiéndoles el mundo entero solo para luego desecharlas dejándolas sin trabajo ni dignidad.

Cerré mis ojos con fuerza y pedí al cielo que no me reconociera. Yo me había salvado en aquel entonces de sus tretas porque Reil era su fotógrafo y había fingido una relación conmigo solo para protegerme. El hombre perdió el interés en mí después de eso. Armándome de valor, me dirigí a ellos, los atendí y, después de un corto tiempo, se dispusieron a marcharse.

Agradecí que él no me hubiera reconocido y que ella no hubiera parecido tener la intención de decirle quién era yo. Limpié la mesa y tras despedirme, salí del lugar. Aquel pequeñísimo encuentro sorpresa y las revelaciones de este me habían asustado y drenado las pocas energías que tenía. Subí a mi auto y me dirigí al departamento, donde me esperaba una pequeña nota azul presionada en mi puerta. Miré hacia el departamento de al lado y me pregunté si había sido Owen quien había dejado eso ahí. La caligrafía era de un hombre, sin dudar, y eso me hizo sentir... extraña. ¿Una treta?

*Sin rencores.—O.*

Volví a mirar la nota y algo en esas letras me hizo sonreír. Entré a mi lugar sin pensar en el significado de aquel pedazo de papel y me dije que no importaba. Aquella nota no iba a cambiar nada importante en mi vida.

## 10

# Owen

Después de que salí del complejo de apartamentos vi el auto de Kara llegar y sonreí recordando la nota que adherí en su puerta. Esperaba que tomara eso como una bandera blanca y pudiéramos poner un alto al fuego.

Me había equivocado al pensar que iba a sentirme mejor tomando venganza contra ella. Después de todo, ella misma había confesado su error y me había pedido perdón una y otra vez diciendo que era una chiquilla inmadura cuando hizo todo aquello... y tenía razón. Ahora era yo quien estaba actuando como un niño inmaduro.

No deberíamos simplemente juzgar a las personas por su pasado. El que esté libre de culpa que tire la primera piedra, ¿no? Yo tampoco había sido un santo después de todo.

Encendiendo mi coche, salí del estacionamiento y me dirigí al gimnasio a descargarme un poco. El ejercicio era la segunda mejor opción para deshacerse del estrés. La primera era el chocolate, pero eso me llevaría a ganar de nuevo todo ese peso que me costó perder y no me gustaba la idea de volver a pesar más de cien kilos.

Encendí la radio y *Animals* de Maroon 5 inundó el pequeño espacio dentro de mi coche. Tarareé la letra y golpetee mis dedos al ritmo de la melodía cantando la canción que, no me había dado cuenta, sabía de memoria. De alguna manera mis pensamientos vagaron de nuevo a Kara. ¿Se podía decir que éramos enemigos? Ella parecía verme de esa manera y era porque yo no se lo había puesto fácil en los días pasados. En el gimnasio, en la universidad, en su departamento... Parecía que el destino había decidido ponernos lo más cerca posible, pero la pregunta era: ¿Para vengarme o para aprender a dejar ir el rencor?

Cuando llegué al gimnasio, apagué el motor y bajé mi mochila encontrándome con Dan en la entrada. Se encontraba de brazos cruzados y parecía tener la intención de no dejarme pasar. Abrí la boca para saludarlo, pero él habló antes de que yo tuviera la oportunidad.

—¿Y Kara? —elevé mis cejas ante su tono molesto.

—En su departamento, supongo. ¿Por qué?

—Quedamos en que hoy nos pondríamos de acuerdo para salir luego, pero no ha aparecido por aquí en todo el día. Tú no tuviste nada que ver con eso, ¿cierto? —inquirió con sospecha. Resoplé.

—No. No la he visto en todo el día, hoy no me tocó darle clase, así que no he sabido nada de ella —decidí omitir la parte en donde la veía entrar al complejo. No necesitaba darle cada detalle sobre mis encuentros con Kara.

Dan lució sorprendido por un momento y luego dejó caer sus brazos a los lados.

—Había olvidado que también era tu alumna —expresó, mirando por encima de mi hombro y sonriendo a lo que fuera que estuviera viendo—. ¿Le pediste perdón por lo de ayer? —preguntó.

—Uhm, algo así.

—¿Algo así? —su mirada se clavó de nuevo en mí y debo admitir que me intimidó un poco.

—Le ofrecí una tregua —informé, a pesar de que no tenía por qué darle explicaciones. Sus ojos se entrecerraron en mi dirección antes de bajar la voz.

—Lo que yo quiero es que te disculpes con ella —murmuró. Abrí mi boca para decirle que no se metiera en donde no le llamaban, pero en eso una chica llegó al lado de Dan. Bueno, no solo una chica.

Era Kara.

—Por poco no vengo —dijo ella poniéndose de puntillas para besar su mejilla—. Hoy tuve mucho trabajo y estoy exhausta, pero tal vez unas cuantas vueltas a la piscina mejoren mi humor y terminen de agotarme.

—Es bueno que vinieras —Dan le sonrió y de repente me sentí incómodo ahí frente a ellos sin decir nada. Carraspeé y ambos me miraron.

—Hola, Owen —saludó ella. No había nada en su voz que me demostrara cómo se sentía respecto a nuestra tregua. No se escuchaba molesta, pero tampoco feliz. Era como... si no me conociera. Indiferente, lejana.



Debería haberme aliviado..., pero no lo hizo.

—Oh, cierto —Dan colocó un brazo sobre sus hombros y frunció el ceño. ¿Un día de conocerse y ya se tenían tanta confianza? —. Owen quería decirte algo.

Arrugué más la frente y sacudí la cabeza sin saber de qué hablaba.

—Uh, no, yo no tengo...

—Sí, Owen. Recuerda lo que querías decirle sobre lo de ayer —me interrumpió Dan. Lo miré a los ojos y me di cuenta de que en verdad quería que me disculpara con ella. Aquí, frente a él al parecer. Pasé mis manos por mi rostro en un intento de controlarme.

—Cierto. Bueno, Kara, lamento lo que dije de ti ayer —susurré en verdad arrepentido. No sabía qué era lo que se había apoderado de mí para decir aquellas barbaridades y la consciencia me remordía.

—No hay problema —dijo ella. Su tono seguía siendo plano.

—Hablaré con los chicos y les diré que no era verdad —agregué.

—Como sea —se giró hacia Dan y le sonrió, ignorándome por completo —. ¿Entramos? Cuanto más rápido comience, más rápido terminaré.

—Claro —Dan le abrió la puerta y la dejó pasar justo antes de girarse a verme—. Por lo menos lo intentaste —se encogió de hombros y entró al lugar tras Kara, mientras yo me quedaba ahí pensando en la reacción que ella había tenido. O más bien en su falta de reacción.

¿Había aceptado la tregua? Esperaba que sí porque si no lo hacía... sentía que las cosas se iban a poner feas. Yo no me iba a dejar aplastar como antes, al igual que sabía que ella tampoco se dejaría.



Después de que terminé mis rutinas, casi dos horas después, salí del gimnasio hartado de los chicos. Una vez que les notifiqué que lo que había dicho de Kara era mentira, volvieron al ataque. Querían saber por qué había dicho algo tan horrible sobre ella y si estaba celoso.

¡No lo había estado!

Si querían una prueba de que no eran celos, se las di. Pude aguantar ver los coqueteos entre ella y Dan sin decir nada. Aunque me molestaba toda la

atención que le prodigaban. No era como si fuera la mujer más linda del gimnasio.

O tal vez sí lo era...

Me recordaban a los tipos en la preparatoria, siempre detrás de ella como lobos hambrientos acechando a su presa, buscando el momento oportuno para atacar. Excepto que Kara nunca había sido la presa, sino el depredador.

Cuando llegué a mi departamento unas horas después, me sorprendí al encontrar una enorme maleta en el recibidor. Eso solo podía significar que Reil había regresado de su viaje mucho antes de lo previsto.

¿No había dicho diez días? Apenas habían pasado cinco desde que se fue.

—¿Reil? —llamé. No respondió.

El lugar estaba en completo silencio, lo que podía significar que mi amigo había caído rendido en su cama o que había salido a buscar un poco de distracción. Quise optar por la segunda opción. Encogiéndome de hombros encendí la música a un volumen bajo y me dirigí a la ducha. Necesitaba con desesperación quitarme todo el sudor que me hacía sentir pegajoso.

Después de terminar de lavarme, me quedé un par de minutos bajo el agua fresca y luego escuché la música detenerse de manera repentina. Saliendo del baño, me puse un cambio de ropa y fui a la sala de estar donde me encontré a mi hermana, Lena, de pie estudiando una de las fotografías, tomadas por Reil, que colgaban en la pared.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con brusquedad, a lo que ella dio un salto por el susto y se llevó una mano al pecho.

—Diablos, Owen, casi me matas —se acercó a mí y besó mi mejilla—. Hola, hermanita, ¿cómo estás? Yo muy bien gracias, ¿y tú? —puso los ojos en blanco y bufó—. Solo venía a ver cómo estás. Tenía ganas de verte y decidí darte una vuelta por acá —giró sobre sus talones al decir esto y se encaminó a la cocina encogiéndose de hombros—. Además, mi mamá ha estado llamando para preguntar cuándo irás a visitarla. Dice que...

—Sí, sí, ya me imagino —la interrumpí—, pero no he tenido tiempo. Entre el trabajo y... otras cosas, no he tenido las fuerzas para poder ir y soportar sus discursos.

Pasé la mano por mi cabello húmedo y Lena comenzó a preparar café. Sabía sobre mi adicción a esta bebida y agradecí que ella lo preparara, ya que cuando lo hacía yo, siempre terminaba con un horrible sabor y una

consistencia extraña.

Después de que me dio un sermón sobre ser un hijo responsable y bla, bla, bla, dirigimos la conversación a temas más seguros. El trabajo, sus estudios y su repentina carrera como modelo. No me quiso explicar mucho sobre eso, pero la dejé estar. Ya era una mujer que sabía lo que hacía y que tomaba sus propias decisiones. Confiaba en que tendría buen juicio. Quería confiar.

Nos terminamos el café y ella se despidió con la promesa de que vendría la próxima semana. No era que la esperara con ansias, pero tenía que estar al pendiente de ella porque, al fin y al cabo, la amaba. Era mi hermana menor; a quien tenía que cuidar y proteger de todo y todos.

No importaba sobre quién tenía que pasar con tal de lograrlo.



Al día siguiente me levanté más temprano de lo habitual y llegué a la universidad veinte minutos antes de lo necesario. Me tomé un café de la máquina que se encontraba en rectoría y luego ordené mi horario.

Ese día tenía clase de Economía con Kara y, por alguna razón, me encontraba nervioso. Ella no había sido abiertamente hostil ni amigable después de haberle presentado mi bandera blanca, por lo que no sabía a qué atenerme. ¿Me haría la vida de cuadritos? ¿Se haría mi amiga? ¿Se comportaría como si yo no existiera? Todas esas dudas me asaltaron al mismo tiempo y, sin darme cuenta, llegó la hora de dirigirme a clases.

Fui a la dirección a firmar y me topé con la rectora, Ria.

—Buenos días, señora —le brindé una sonrisa amistosa y ella frunció los labios con desaprobación.

—Bates, a mi despacho. Ahora —se dio la vuelta y comenzó a caminar, yo justo detrás de ella completamente confundido. Llegamos a su despacho y se sentó detrás del escritorio, haciéndome una seña para que tomara asiento frente a ella—. ¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó con dureza, al tiempo que abría una carpeta y empezaba a escribir en una hoja.

—Eh... No —me vio por debajo de sus pestañas con una mirada hostil y luego entrelazó los dedos de ambas manos, sus codos en el filo de la mesa.

—Hoy he recibido una queja de una estudiante que asegura... ¿Cómo dijo? Ah, sí. Asegura que la tienes en su contra. Mencionó que le encargaste una

investigación de campo y que debía llevarla a cabo en dos días. Ambos sabemos que eso no es posible, así que, ¿podrías explicarme lo que está pasando?

Apreté la mandíbula con la noticia. Así que, después de todo, Kara quería seguir peleando. Bien.

—Mi error, señora Walker. Fue un malentendido que le prometo no volverá a suceder —me disculpé.

—Uhm, eso espero —selló algunas hojas y continuó hablando sin mirarme —: eres una persona muy inteligente, Bates, y estoy segura de que no te gustaría perder tu trabajo.

Después de salir de su lugar con esa advertencia, me dirigí al salón de clases con el ánimo enfurecido. Estaba muy molesto con Kara, pero en cierto modo sabía que tenía razón. Me había excedido con esa tarea tan pesada, solo que no había imaginado que iría a quejarse con la rectora.

¡Podía haber perdido mi trabajo!

Pero ¿qué podía esperar de ella? Siempre se había preocupado por sí misma en primer lugar. Era una mujer egoísta que no pensaba en los demás y eso no había cambiado. Tras una tensa caminata, llegué al aula y lo primero que hice fue escanear alrededor. No había rastro de Kara. Resoplé y dejé las cosas sobre mi escritorio dando así inicio a la clase, aunque la mayor parte me la pasé distraído pensando en la plática que tendría con ella. Porque hablaríamos, me aseguraría de que así fuera. Cuando llegara a casa Kara me iba a escuchar.

No iba a dejar que esta vez se saliera con la suya.

## 11

# Kara

Después de hablar con la rectora y explicarle el motivo por el que había solicitado una reunión, un mal sabor se instaló en la boca de mi estómago. Su mirada seria y su manera brusca al decirme que resolvería ese asunto fue lo que me puso los nervios de punta. ¿En qué demonios me había metido? O peor aún, ¿por qué no podía aceptar el acuerdo de paz que Owen me había ofrecido? Me había pedido perdón frente a Dan y admitió que había mentido frente a todo el gimnasio. Incluso se ofreció a ser mi oyente cuando necesitara desahogarme.

Entonces, ¿por qué no podía dejar las cosas como estaban? Todo sería mil veces más sencillo así. Pero, como siempre, me gustaba complicar las cosas; incluso cuando una salida fácil se presentaba ante mí, como en esta ocasión, yo tomaba el camino más complejo.

Me sentía tan mal por haber actuado así, tan culpable porque sabía lo que venía, que decidí saltarme su clase ese día. No podía soportar verlo durante dos horas y hacer como si nada. Así que, en lugar de asistir a Economía, tomé las llaves que Dan me había entregado y me dirigí al gimnasio. A la piscina para ser exacta. Necesitaba liberar un poco de estrés, sacar un poco de energía acumulada y meditar en lo que estaba haciendo. Lo que más quería era estar en paz. Requería de la estabilidad que no había tenido durante los últimos años de mi vida. No necesitaba más problemas con nadie, ya suficientes tenía con el gran agujero en mi cuenta bancaria.

Me estaba quedando sin dinero y en lugar de pensar en alguna manera de salir de ese embrollo, en vez de buscar alguna alternativa, me encontraba metiéndome en otro pleito con ese *nerd* de ojos azules. Ese sexi *nerd* con increíbles ojos azules. Ese alto, guapo, sexi *nerd* de...

«Concéntrate, Kara», me regañé. Debía enfocarme en mi bienestar económico y en los estudios. Solo en esas cosas. No quería, no podía ni debía desviar mi atención a otro problema por más apuesto que este fuera.

Cuando llegué al gimnasio y entré, lo primero que noté fue que solo había un par de chicos demasiado concentrados en sus rutinas como para haberme visto llegar. Eso era bueno. Me gustaba pasar un poco desapercibida, aunque no muchas veces lo lograba; mi casi metro ochenta no me ayudaba para nada —uno con setenta y siete para ser más precisa—. Y mi piel pálida tampoco contribuía.

Casi sentía que cuando saliera a la calle y el sol me diera de lleno, me pondría a brillar como los vampiros de aquella película. Era por eso que había comenzado a usar bronceador en lata, así no corría el riesgo de conseguir cáncer de piel, y eso solo hacía que mis ojos azules resaltaran más. No tenía queja por ello, creía que eran mi mejor atributo y era mejor que me miraran a los ojos durante una conversación que a cualquier otro lugar por debajo de mi cuello. Era incómodo cuando pasaba eso.

«Hola, mis ojos están acá».

Caminé por el estrecho pasillo que guiaba al área de la alberca y una vez dentro cerré con llave. No quería que nadie me interrumpiera. Fui al casillero que me había adjudicado y saqué mi traje de baño negro. Un sencillo, aburrido e insípido traje de baño de una sola pieza. Odiaba los bikinis. Fui al baño a cambiarme y luego salí de nuevo, tomé impulso y me tiré un clavado a la piscina para empezar a patallar una vez en el fondo de esta.

La frescura del agua contra mi piel me relajaba a un nivel que no muchas cosas podían. Ni pastillas ni téis ni hipnosis; nada podía relajarme más que el agua rodeándome. Era por eso que a veces podía pasar más de una hora en la tina, solo escuchando el chapoteo y sintiendo las pequeñas olas que mis movimientos creaban. Solo yo, el agua y mi respiración.

Hasta Owen.

«Joder, Kara, ya deja de pensar en él». Era mi consciencia la que me traicionaba. Me recordaba que podía haberlo metido en problemas y por eso mis pensamientos regresaban constantemente hacia él, ¿verdad? Eso era lo que quería creer, era lo más saludable.

Cuando mis pulmones quemaron por sostener la respiración durante mucho tiempo, saqué la cabeza del agua y tomé una profunda bocanada de necesario

oxígeno. Restregué mis ojos para quitar las gotas de mis pestañas y exprimí mi cabello, solo para comenzar a bracear de una punta de la alberca a la otra. No sé cuántas vueltas di o cuánto tiempo pasé nadando, pero luego mis músculos comenzaron a protestar y, cuando saqué mi mano, noté que mis dedos estaban arrugados como pasitas.

Decidí que había sido suficiente. Fui a una orilla y coloqué una pierna en el borde, después de haber tomado impulso para poder salir. Cogí la toalla que había dejado cerca y me sequé con prisa para después ponerme mi blusa roja y un pantalón corto negro. Me calcé mis zapatillas y luego, con la toalla en mano, salí del lugar cerrándolo de nuevo bajo llave.

Solo quería salir de ahí e ir a dormir una larga, larga siesta; me encontraba exhausta. Dudaba seriamente de poder caminar hasta la salida sin caer dormida, mucho menos iba a poder conducir. Estaba tan concentrada pensando en alguna manera rápida de espantar el sueño, que no me di cuenta de que alguien me hablaba hasta que se plantó frente a mí y, sin poder evitarlo, choqué contra su cuerpo.

—Ay, lo sien... ¡Oh! Hola, Dan —saludé algo más animada. Una gran sonrisa se plantó en su rostro al verme y yo le correspondí el gesto.

—Kara. Hola.

Recargué mi hombro en la pared del pasillo cuando sentí un ligero mareo. Si no lo hacía era probable que cayera sentada. Mis piernas temblaban del cansancio y mis ojos casi se cerraban por sí solos, sin hablar del tremendo dolor de cabeza que podía sentir acercándose.

Kara «Mala Suerte» Rosseau. Así es como debieron haberme nombrado mis padres.

—Yo... no te vi —dije reprimiendo un bostezo que, al final de cuentas, salió a flote. Traté de tapar mi boca con mi mano, pero estaba demasiado cansada para siquiera intentar levantar el brazo. ¿Qué estaba sucediendo conmigo?

—Sí, lo noté... Oye, ¿te encuentras bien? Te ves algo cansada —resoplé. Eso era el eufemismo del siglo. Cansada no se acercaba a cómo me sentía en ese momento en realidad. Me sentía desfallecer en cualquier instante. Quise decirle algo, pero no pude abrir la boca. Joder, qué cansancio—. ¿Kara? —vi cómo los ojos de Dan se tornaban oscuros por la preocupación y, dos segundos después, todo se volvió negro.



«Ah, mi cabeza».

Ese fue el primer pensamiento que tuve cuando abrí los ojos e intenté incorporarme. Un intenso dolor me taladraba la sien y me hizo reposar la cabeza nuevamente sobre la almohada donde se había encontrado descansando. No tenía claro dónde estaba ni cómo había llegado ahí.

«¿Qué ha pasado?».

Varias preguntas y algunos recuerdos acudieron a mi mente. Solo pude hacer una mueca y soltar un quejido lastimero. En definitiva, me había llevado un buen golpe. Soltando el aire entre dientes por el dolor, me incorporé un poco y me di cuenta de que estaba recostada en una pequeña cama blanca frente a una estantería llena de... ¿medicamentos? ¿Acaso estaba en el hospital o algo así?

Con mucho esfuerzo me levanté del duro colchón y planté mis pies descalzos en el piso fresco. ¿Dónde estaban mis zapatos?

Llevé una mano a mi frente cuando sentí un rayo de dolor lacerando mi cerebro y me encontré con una enorme bola sobresaliendo de ella, justo en el lugar donde suponía que me había golpeado.

—Auch —me quejé, sobando con delicadeza el lugar magullado. Si antes tenía alguna duda sobre mi asquerosa suerte, ahora se había disipado. Yo tenía la peor del mundo.

—Lo siento —me sobresalté ante el sonido inesperado. Mis ojos viajaron hasta donde Dan se encontraba de pie con una mano sosteniendo la perilla de la puerta. Ni siquiera había escuchado cuando la abrió.

—¿Por qué te disculpas? —pregunté en voz baja. Los sonidos fuertes solo hacían que mi cabeza punzara más.

—No alcancé a... —hizo un gesto con sus manos señalando el piso—. No lo vi venir y no pude detener tu caída —hizo una mueca de dolor y yo lo imité.

—¿Fue muy feo? —quise saber.

—Solo abollaste el piso —chasqueó la lengua y yo sacudí la cabeza, incrédula.

—¿De verdad? —si eso en verdad había ocurrido, entonces había sido un



golpe demasiado feo. Me alegraba de haber estado inconsciente en ese momento.

—Nah, aterrizaste sobre la toalla que llevabas. Pero digamos que jamás volverá a ser la misma —negó con la cabeza fingiendo tristeza y una risa escapó de mí. Me miró al escuchar el sonido y una esquina de sus labios se elevó—. Le dimos una digna despedida.

Fruncí el ceño, notando que no se había referido solo a él.

—¿Dimos?

—Sí. El golpe resonó por todo el lugar y los chicos vinieron a ver lo que ocurría. Matt y Noah me ayudaron a limpiar la escena del crimen mientras yo te traía acá —hizo un gesto señalando la habitación y mi mirada estudió el entorno. Cuatro paredes blancas me rodeaban y el único mobiliario era una cama, un estante y un banquito. Me recordaba a la enfermería de la secundaria.

—¿Mi propio hospital? —pregunté divertida.

—Y tu propio enfermero —subió y bajó sus cejas repetidamente en un gesto pícaro, por lo que solté una carcajada, de la cual me arrepentí al instante en que mil luces explotaron tras mis parpados. Solté una maldición y Dan rio—. Vaya boquita tienes —escuché sus pasos acercándose a mí y luego sentí su mano sobre mi espalda—. ¿Qué fue lo que pasó, Kara? Me asustaste bastante.

—Yo... no lo sé, solo recuerdo sentirme débil y mareada después de haber nadado un poco —fruncí el ceño intentando pensar en cualquier razón que pudiera haber causado mi primer desmayo, pero nada se me ocurría.

—¿Mareos? ¿Crees que sea posible que...? Bueno, que tú...

Parecía incómodo tratando de encontrar la manera de decir lo que estaba pensando.

—Solo dilo, Dan. Que esté embarazada —su rostro cayó avergonzado y puse los ojos en blanco—. No, no hay ninguna posibilidad.

—¿Segura?

—Doscientos por ciento segura —no iba a decirle que hacía un par de años que no tenía nada de nada, ni siquiera un beso de pico. Eso era deprimente. Ya podía verme como una solterona con veinte plantas, porque incluso los gatos me abandonarían, lo podía sentir.

Pero... no era como si yo hubiera estado buscando tener algo de acción. No importaba lo que se había dicho de mí durante la preparatoria, yo no había dejado de ser virgen sino hasta los diecisiete años con mi primer novio formal. No me gustaba acostarme con alguien por quien no sintiera cariño. Los rollos de una noche no me iban. Ni los de amigos con derechos.

—Me alegra saberlo —lo miré de reojo y me sonrió con tanta dulzura que me hizo sentir cálida y en casa por primera vez en mucho tiempo—. ¿Desayunaste antes de venir aquí? —inquirió mientras abría una de las puertas del estante frente a mí.

—No —confesé. Ante mi respuesta se giró y me dio una mirada de reproche.

—No deberías saltártelo.

—Lo sé, es solo que no tenía hambre —ni comida en casa, pero eso no se lo iba a decir. Al escuchar aquello me miró con los ojos entornados y se cruzó de brazos, su cadera recargada en la pared.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —preguntó con lentitud y, por un momento, consideré mentirle. Pero Dan se estaba ganando mi confianza muy rápido, demasiado, y no quería alejarlo, no quería mentirle. Quería... quedarme cerca. Que *él* se quedara cerca.

—Ayer —dije sin dudar, pero sin dar más detalles. Él se dio cuenta de que ocultaba algo porque se acercó más a mí.

—¿Ayer a qué hora?

«Joder».

Mordí mi labio inferior y bajé la mirada, como si estuviera tratando de recordar.

—Creo que... como a las nueve.

—¿De la noche?

«¡Ya deja de preguntar, maldita sea!».

—Uh, no.

—¡Kara! —me regañó.

—Dan...

—Ah, Dios mío, Kara. ¿Estás loca o es que eres de esas mujeres tontas que creen que dejando de comer tendrán un mejor cuerpo? No puedes pasar más

de un día sin comer, por eso te desmayaste. ¿No comes y luego vienes y haces ejercicio? Dios, sí que eres vanidosa —continuó despotricando furioso y yo solo me quedé en silencio escuchándolo, viéndolo perder los estribos y comenzando a levantar la voz. Manoteaba furioso y los músculos de su cuello se tensaron, pero me quedé en la misma posición durante todo su discurso. No hice ningún gesto... hasta que concluyó con un—: pensé que eras diferente a las demás modelos, Kara. Me decepcionas.

Esas dos últimas palabras hicieron que sintiera algo parecido a un golpe en el estómago.

«Me decepcionas».

Esa era la frase que solían dedicarme mis padres cuando sacaban algún tiempo de sus apretadas agendas para «conversar» conmigo. Solo me recriminaban mis errores y sus discursos siempre terminaban igual. Con esas dos palabras que, de haber sido armas, me habrían matado.

Y es que a veces la gente no se pone a pensar en lo mucho que las palabras lastiman. Yo siempre he sido consciente de ello y es de lo que más me arrepiento; de que mis palabras siempre eran pensadas y dichas para lastimar. Quería que la gente se sintiera menos, como yo; quería que quedaran marcados, así como yo lo estaba. Fui tan tonta. Lastimé a tantas personas con las palabras y al final nunca me sentí mejor, siempre terminé sintiéndome peor que antes de decirlas.

Me puse de pie ignorando el dolor de cabeza y me dirigí a la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó molesto. Lo miré por encima de mi hombro, mi semblante plano. No quería demostrarle ninguna emoción.

—A mi casa.

—Pero...

—No me conoces —lo interrumpí—. No conoces las circunstancias que me están rodeando, por las cuales hago o dejo de hacer las cosas, y en lugar de preguntarme, en vez de querer investigar qué es lo que pasa, me juzgas. Así que no vengas a decirme que yo te decepciono a ti, porque eres tú quien me decepciona a mí; soy yo quien te creía diferente —antes de que pudiera decirme algo más, abrí la puerta y salí de ahí como si me llevara el diablo.

No iba a llorar, ya lo había hecho lo suficiente.



Llegué a mi departamento, pero no pude llegar a mi cama. Me hice un ovillo frente a la puerta principal y me quedé viendo a la nada, pensando en todo lo que había pasado y en lo que eso me había convertido.

Yo era una mujer fuerte. La vida me había devuelto todo el mal que había hecho a las personas, pero pude superar cada golpe que me lanzaba, lo seguía haciendo, día tras día. No me había desmoronado —aunque había estado a nada de alcanzar ese punto unos años atrás— y no tenía ninguna intención de hacerlo. Si las peores circunstancias no habían acabado conmigo, nada lo haría. Nada. Nadie tenía ese poder porque yo no se los daba.

Pero seguía doliendo. El que no quisiera demostrarlo no significaba que el dolor no estuviera ahí. Había perfeccionado mi máscara durante largos años y ahora nadie era capaz de ver a través de ella si yo no quería, si no los dejaba.

Mis pensamientos regresaron a Dan.

¿Que por qué no le había dicho la verdad para sacarlo de su error? Era sencillo: no quería causar lástima. Mi orgullo era más grande que el Everest y prefería durar una semana sin comer antes que pedir ayuda. Mucha gente lo veía como un defecto, yo lo miraba como una cualidad. Era ese orgullo el que me impulsaba a seguir adelante, a ser mejor, a llegar más lejos; era ese orgullo el que no me había permitido lucir débil frente a las personas, el que había colocado una máscara en mí para que los demás pensaran que nada me afectaba; era ese orgullo el que me impulsaba a demostrarle a todos de lo que era capaz; era ese orgullo el que me iba a sacar del hoyo en el que me encontraba estancada.

Era gracioso cómo había pasado de querer estar cada vez más cerca de Dan a querer estar lo más alejada posible. Odiaba a la gente que juzgaba sin conocer, sin estar bien informada. Yo había sido una de esas personas y fue con el tiempo que aprendí a no criticar antes de conocer todos los lados de la historia. Cuando te azotan tantas desgracias al mismo tiempo y sales completa —no ilesa— de ellas, aprendes bastantes cosas.

Pero había una cosa que aún no aprendía a hacer muy bien. Perdonar y dejar ir. Eso era lo más difícil para mí, por lo que entendía la sed de venganza de Owen. Entendía que quisiera hacerme pagar todo lo que hice. Lamentablemente yo, a diferencia de él, nunca había sido de las que se

dejaban hacer sin pelear.

Estaba pensando en eso, cuando tocaron a la puerta. Me encontraba tan cansada y adolorida que no pensé en quién podría ser. Me puse de pie con gran esfuerzo y un ligero mareo me asaltó de nuevo. Sentí girar mi cabeza y luego, otra vez, un golpe a la puerta.

—Ya voy —dije en voz alta. Di los dos escasos pasos que me separaban de la entrada y abrí la puerta para revelar a un muy molesto Owen del otro lado.

—¿Me puedes decir qué carajos fue lo que...?! Oh Dios, Kara. ¿Qué te pasó?

Su molestia se evaporó en el instante en que vio mi rostro y eso solo me hizo sentir peor. Sabía que venía a preguntarme por lo que le había dicho a la rectora, pero parecía haberlo olvidado mientras acunaba mi rostro con una de sus manos y lo giraba para ver mejor el golpe. Estaba segura de que lucía horrible. Yo no le había echado ningún vistazo y no quería hacerlo.

—Me caí —dije en voz baja, avergonzada. No me sorprendería si pensaba que era torpe. Me miró a los ojos al escuchar mi murmullo y elevó las cejas sorprendido. Me sentí cohibida ante su colorida mirada.

—¿Te caíste? —repitió incrédulo.

—Sí —sonó más como pregunta que como afirmación y me golpeé mentalmente por ello. Owen soltó un suspiro y se adentró a mi lugar sin pedir permiso—. ¿A dónde vas? —quise saber.

—Voy a buscar algo para ponerte ahí, se ve horrible y se va a infectar si no lo lavas. Ven aquí —ordenó. No me moví de mi lugar, por lo que gruñó y regresó por mí. Me tomó de la mano y me llevó al baño. Tuve que hacer un esfuerzo monumental para ignorar el calor de su palma contra la mía—. Primero quiero que me digas cómo pasó todo esto, después tenemos que hablar sobre otro asunto.

Exhalé resignada y me senté en la taza cerrada del baño, dejando que Owen me curara mientras yo ocasionalmente siseaba o soltaba algún quejido por el ardor. Sin embargo, la verdad era que estaba tratando de distraerme de sus cuidados.

No mucha gente se había tomado la molestia de cuidarme así, por lo que un nudo se formó en mi garganta al ver a aquel hombre ser tan cuidadoso conmigo. Owen, a quien yo había lastimado tanto en el pasado y a quien seguía perjudicando en el presente, me estaba cuidando como si de verdad le

importara que estuviera bien.

Una lágrima escapó de mi ojo y él la ignoró, seguramente pensando que era por el dolor físico. No lo corregí. No quería que supiera lo mucho que me afectaba ese hermoso gesto que tenía.

—No tienes que hacerlo —susurré. Por un momento pensé que no me había escuchado, pero luego una de las esquinas de sus labios se curvó.

—Lo sé. Es solo que quiero hacerlo —dijo sin dejar de examinar mi herida. Parpadeé sorprendida ante su confesión.

¿Quería cuidar de mí?

—Yo...

—No digas nada, Kara, a menos que sea para contarme lo que pasó. Cómo fue que... Carajo, debió ser un golpe muy feo.

—Lo fue —admití.

Sus brillantes ojos se fijaron en los míos y tragué saliva al verlo sonreír y ladear el rostro con curiosidad.

—Bien, entonces desembucha. Quiero cada detalle.

## 12

# Owen

Vi cómo Kara inhalaba profundo y luego exhalaba con lentitud. Parecía... nerviosa, supongo. Pero yo me quedé en cuclillas frente a ella, que estaba sentada en la taza del baño, esperando a que me dijera lo que había pasado, que me contara qué le había ocasionado esa fea herida.

—Hoy fui a la universidad a hablar con la rectora —comenzó. Sus mejillas enrojecieron de vergüenza. Ella sabía que yo estaba enterado de lo que había pasado y parecía estar arrepentida—, después de eso no me sentí muy bien que digamos y decidí no entrar a tu clase. Yo...

—¿Te sentías mal? —la interrumpí. Kara asintió sin dejar de mirar los azulejos que cubrían el piso.

—Sí, pero no... No como tú crees; no físicamente. Era algo más, como si mi conciencia estuviera molestándome, diciéndome que lo que había hecho no estuvo bien. No creía poder mirarte durante toda la clase sin sentirme peor, por eso decidí irme al gimnasio y despejar mi cabeza un poco. Nadar siempre me ha relajado y pensé... Bueno, imaginé que me ayudaría a aclarar la mente o algo parecido —elevó sus tristes ojos y los fijó en los míos—. Perdóname, Owen. No sé por qué hice lo que hice —susurró.

De verdad se escuchaba arrepentida o, mejor dicho, culpable. Aunque deseaba creerle, no podía perdonarla tan fácil por eso. Había puesto en juego mi trabajo, el único que tenía, y ella debía saber lo difícil que era conseguir uno bajo la situación económica tan fea en la que vivíamos, pero no le había importado.

Sacudí la cabeza y fue mi turno de desviar la mirada al suelo.

—Sigue —pedí. Solo unos segundos pasaron en silencio antes de que comenzara a hablar de nuevo.

—Entonces fui al gimnasio, pero... no desayuné antes —admitió. Le lancé una mirada de reproche al escuchar aquello, pero ella hizo como si no la hubiera visto—. No tenía hambre. Nadé unas horas, o minutos, no estoy segura, y cuando salí después de haberme cambiado, comencé a sentirme demasiado cansada. Me mareé, sentía que me iba a caer en cualquier momento... y eso fue lo que pasó. Me desvanecí. Por fortuna estaba conversando con Dan antes de desmayarme y fue él quien me llevó al extraño intento de enfermería que tienen en el gimnasio.

—¿Hay una enfermería? —pregunté asombrado. Casi cuatro años yendo a ese lugar y ni siquiera sabía que tenían una de esas. Kara sonrió e hizo una mueca de dolor al mismo tiempo. Llevó su mano a su frente, pero la detuve antes de que pudiera tocarla y la coloqué sobre su regazo de nuevo—. No la toques —solicité. Ella parpadeó confundida por mi orden.

—Mmm... Sí. Yo no lo sabía tampoco, pero apenas llevo tres días, así que no puedo decirte que me haya sorprendido.

—Bueno, a mí sí —admití—. Llevo cuatro años ahí y jamás había escuchado sobre un minihospital en las instalaciones.

Una pequeñísima sonrisa tiró de sus labios al escucharme y sus ojos bajaron de nuevo a su regazo. Seguí su mirada al punto donde estaba clavada y observé que todavía no soltaba su mano desde que la había desviado de tocar la herida en su frente. Como si sujetarla quemara, quité mi mano y me puse de pie en un intento por poner más distancia entre nosotros.

—Uh, ya está desinfectada, solo es cuestión de ponerte una pomada y gasa. ¿Tienes algo de eso aquí? —inquirí nervioso con voz insegura y algo brusca.

¿Por qué me había puesto así su contacto? Solo era una mano que había estado sosteniendo. Una suave, pequeña y delicada mano, pero al fin y al cabo nada del otro mundo.

Kara asintió y señaló un pequeño mueble blanco detrás de mí.

—La caja azul tiene varias cosas que pueden servir —dijo. Asintiendo, me di media vuelta y comencé a hurgar dentro de la pequeña caja. Tampones, toallas sanitarias, pastillas anticonceptivas... ¿crema antiverrugas? Hice una cara de asco y solté el tubo como si quemara. Parecía más un kit de emergencias femenino que un botiquín médico.

—¿Kara? No encuentro nada que... Uh, pueda servirte para... el golpe —dije vacilante después de revisar dos veces el contenido para asegurarme de



que no se me pasaba nada.

—¿Qué? Pero si yo... ¡Esa caja no! Dios, Owen. Era la azul, no la verde —giré mi rostro para verla cubriendo sus mejillas enrojecidas con las manos y sus ojos abiertos con horror. Quise sonreír por su evidente vergüenza, pero preferí no hacerlo. Hasta yo me había avergonzado al ver lo que guardaba ahí.

—Oh, lo siento —saqué la otra caja azul (porque yo las miraba del mismo color) y rebusqué en ella hasta encontrar lo que quería. Alcohol, bolas de algodón, pomada y gasas—. Ahora siéntate de nuevo para poder ponerte esto —exigí esquivando su mirada.

¿Crema antiverrugas? Seguía sin poder creerlo.

Ella obedeció; tomó asiento en el váter y luego comencé a limpiar la herida con alcohol, ya que agua y jabón no eran suficiente y lo sabía. Ignoré sus quejas y protestas y pronto me encontré aplicándole la pomada con suavidad. No quería lastimarla después de todo. La esparcí por toda su frente, ceja y parte del cuero cabelludo sin pronunciar palabra, antes de colocar una gasa y asegurarla con un poco de cinta blanca.

—La crema no es mía —confesó rompiendo el silencio una vez que terminé de poner todo en su lugar. Me alejé un poco para poder ver su rostro que seguía colorado y sonreí elevando las cejas.

—No importa.

—Pero no es mía, de verdad. Es de una... Eh... Compañera del trabajo. Modelo, quiero decir, no camarera. Me pidió que se la guardara porque no quería que su novio se enterara y que...

—Kara, ya. Está bien, de verdad —dije riendo para cortar su diatriba. No sabía por qué trataba de convencerme de que no era suya—. No me importa si es tuya o no. No me importa de quién sea, ¿sí? Así que para el discurso.

Su rostro cayó. Asintió poniéndose de pie y dándome la espalda.

—Lo siento. Yo... Uhm, gracias. Por curarme y eso.

—No hay de qué.

—Creo que me empezaré a cambiar para irme al trabajo ahora. Eh... Gracias otra vez —dijo en voz baja.

No entendía el porqué de su repentino cambio de humor, pero supuse que fue por haberle dicho de una manera tan cortante que no me interesaba saber

quién era la propietaria de la crema escalofriante.

—De acuerdo —solté dubitativo, un poco arrepentido de la manera dura en la que la había cortado—. Estoy al lado por si necesitas cualquier cosa, ya sabes. Lo digo en serio —esta vez mi tono fue suave.

—Sí, gracias.

—Ya deja de agradecerme, no fue nada —abrí la puerta del baño y di dos pasos fuera antes de asomar mi cabeza por la puerta y ver a Kara recargada en la pared; su rostro inclinado hacia arriba y sus ojos cerrados—. Y no te olvides de comer algo.

Sus ojos se abrieron con sorpresa y sentí una punzada de algo desconocido al verlos irritados por lágrimas contenidas. Ella trató de esconderse, pero ya era tarde para hacerlo. Ya la había visto con los muros abajo.

—Sí, claro —dio un paso adelante y sacudió su corto pantalón negro. Quiso pasar a mi lado para poder salir del baño, pero la detuve colocando una mano sobre su codo. Se giró a verme con la duda pintada por todo su rostro.

«Solo vete, Owen. Ya has hecho demasiado aquí», me dije. Pero había algo en las reacciones de Kara que me hacían creer que su vida no era tan fácil como había pensado en un principio.

¿Por qué solo un puñado de palabras podía lograr que reaccionara así? Yo la había conocido cuando tenía puesta una coraza de acero que la protegía de todas las palabras hirientes, insultos y puñaladas por la espalda de sus supuestas amigas. ¿Por qué había cambiado eso? ¿Por qué ahora?

Suspirando, alivié un poco en el agarre de su brazo, pero no la solté.

—Yo... lo siento. No quería hacerte sentir mal, herirte u ofenderte. Perdóname si eso fue lo que hice. No sé por qué... Yo solo... Lo siento —me disculpé. Las palabras se agolpaban en mi cabeza, pero no podía encontrar las correctas, por lo que mi disculpa terminó sonando rara, forzada.

Kara escuchó con atención lo que decía, y de repente su rostro se transformó. Su mirada cambió con rapidez de confusión a... nada. Su expresión se cerró en banda y ya no fue posible para mí saber lo que ella estaba sintiendo.

«Esa es la Kara que conozco». —No sé por qué pides perdón, Owen. No me has ofendido y mucho menos me has herido. No sé de dónde sacas esas tonterías. Ahora, si me disculpas, tengo que cambiarme para ir al trabajo —se soltó de mi agarre y elevó la barbilla antes de pasar frente a mí.

Sin querer decir nada más, asentí a pesar de que ella no podía verme, di media vuelta y salí de su lugar para entrar al mío. Me dirigí a mi habitación, donde comencé a guardar las cosas que usaría en el gimnasio en una pequeña maleta. Necesitaba liberar todo este peso que tenía instalado encima y no había mejor manera de hacerlo que boxeando o levantando pesas.

Pocos minutos después, bajé las escaleras del complejo y me dirigí al estacionamiento. Arrojé mi mochila en el asiento del pasajero de mi auto y lo encendí antes de salir del aparcamiento con rumbo al único lugar donde podía relajarme: mi amado santuario, el gimnasio. El trayecto no duró mucho tiempo, en unos pocos minutos ya me encontraba bajando de mi coche y entrando al gimnasio donde Dan rápidamente me abordó.

—Hola, Owen. ¿Por casualidad no has visto a Kara? —preguntó. Parecía estar preocupado y podía notar algo parecido al arrepentimiento en él.

—Sí. De hecho, vengo de su departamento. ¿Por qué?

—Es que... —rascó su nuca, nervioso, y desvió la mirada a los chicos que levantaban pesas detrás de mí—. Digamos que la cagué con ella. Le dije muchas cosas sin pensar antes y ella se molestó, y con toda la razón del mundo. La juzgué sin saber en realidad lo que pasaba y yo solo... quiero disculparme con ella, ¿sabes? Me agrada y no quiero que algo tan tonto y sin sentido me quite la oportunidad de conocerla mejor —concluyó.

Lo miré por lo que pareció una eternidad, sopesando sus palabras, sin embargo, no sabía qué decirle. No sabía qué era lo que quería de mí, por qué me decía esto.

Y, sobre todo: ¿Qué le había dicho a Kara?

—¿Y quieres que yo...?

—Bueno, sería de gran ayuda si me dijeras dónde vive —explicó. Yo me reí y sacudí la cabeza.

—No me quiero meter en problemas con ella. Si tú metiste la pata, entonces arréglalo solo. Espera a que venga al gimnasio o yo qué sé, pero no me metas a mí en esto que ya estoy en su lista negra —acomodé la mochila sobre mi hombro, escaneé que no hubiera nadie a nuestro alrededor y luego me acerqué un poco más a él—. ¿Puedo...? Quiero decir, ¿se puede saber qué es lo que pasó para que la molestaras? —inquirí, la curiosidad pudiendo conmigo. Dan resopló y pasó una mano por su rostro.

—No sé si sabes que sufrió un desmayo hoy —asentí—. Bueno, fue

porque no comió nada y yo pensé que... Pues, que era anoréxica o algo así, después de todo es una modelo —volví a asentir para que supiera que prestaba atención a sus palabras. Dan tomó una profunda respiración y la soltó en un lento suspiro—. Yo... no sé qué es lo que está pasando, las circunstancias que la rodean, pero no parecen ser muy bonitas. La acusé de ser una vanidosa y ser igual a las demás en su oficio —explicó resoplando.

»Hubieras visto su rostro, Owen. Fue como si la hubiera abofeteado o algo peor. No sé por qué no comió, no sé por qué reaccionó así, pero sí sé que su vida no es fácil. Solo ver sus ojos... Dios, tengo ganas de golpearme a mí mismo por la mirada que puse en su rostro.

Dan sacudió su cabeza y yo me quedé pensando en lo que me había contado sobre Kara. Ella me había dicho que no había tenido hambre, pero al parecer Dan pensaba que era por otra situación diferente. ¿Acaso estaba enferma? ¿No tenía tiempo? ¿No tenía dinero? Había tantas opciones y era difícil escoger solo una como la correcta.

—Eh, bueno yo... Si quieres puedo hablar con ella. No es que seamos buenos amigos o algo así, pero es mi vecina y alumna, algo debo de poder hacer por ti —ofrecí. Dan asintió ante mi oferta y se relajó visiblemente.

—Me harías un gran favor. Gracias, amigo.

—No hay de qué —le mostré una sonrisa y me dirigí a cambiarme antes de ir a mi casillero para dejar mis cosas. Mientras hacía mi calentamiento, mis pensamientos divagaron por muchos temas. Kara. Lena. La universidad. Mis padres.

Tenía que ir a visitarlos, no quería ser un hijo malagradecido, pero tampoco quería exponerme a sus preguntas y a que quisieran presentarme a otra candidata para novia. Bastante vergüenza había pasado la primera vez. Solo recordar el feo incidente hacía que mi carne se pusiera de gallina.

Me encontraba bastante concentrado levantando una barra demasiado pesada, que no noté el cuerpo que se acercaba a mí.

—Hola, tú.

Levanté mi mirada a la persona que proyectaba una sombra sobre mí y sonreí, dejando la barra sobre su soporte. Me puse de pie y sequé mi sudor con una toalla que tenía a mi alcance.

—Marien, ¿cómo estás? —me encontraba sorprendido de verla ahí teniendo en cuenta que no la miraba desde hacía dos años atrás. Cuando

terminó conmigo.

La pequeña y linda rubia se encogió de hombros y me mostró una sonrisa tímida.

—No me quejo. ¿Cómo estás tú?

—Bien —murmuré. No sabía qué más decir. Había tantas cosas que quería confesarle...

Nos quedamos un momento en silencio, la tensión instalándose entre nosotros por la última vez que nos habíamos visto, antes de que me animara a dar un paso adelante y abrazarla estrechamente contra mi pecho, casi con desesperación. Ella me devolvió el abrazo sin importarle la humedad en mi piel y yo suspiré, contento por tenerla otra vez así de cerca.

Joder, cómo la había extrañado.

## Kara

Cuando salí del trabajo mi cabeza palpitaba.

Había sido un día demasiado movido, clientela en abundancia inundó el lugar y yo no pude hacer nada más que renunciar a mi hora de comida. Aunque igual no había tenido nada que comer, por lo que no lamentaba mucho la distracción de mi estómago molesto.

Lo bueno había sido que por fin recibí mi paga y, junto con las propinas del día, tenía para poder abastecer mi despensa con comida decente. No era la primera vez que pasaba días de hambre, pero era la primera vez que me afectaba tanto. La última vez había estado sumida en una horrible depresión después de lo que había sucedido y lo que menos había querido era comer, sobrevivir, seguir adelante. Solo quería dormir para que el dolor cesara; quería tener un accidente y perder la memoria o, en el mejor de los casos, dejar de respirar. Y eso que solo había tenido diecinueve años.

«Tienes toda una vida por delante», solía decirme la gente; sin embargo, ellos no sabían. No sufrían en carne propia lo que yo, y eso solo me hacía querer mandarlos a la mierda. A ellos, a Beck, a mis padres, a la vida. Todo. Quería mandar todo a la mierda y solo rendirme, pero eso solo les habría dado la razón a mis progenitores, y mi orgullo y terquedad no me lo permitieron. Luché bastante por salir del profundo hoyo en el que había estado metida, y casi cuatro años después de todo el drama, ahí estaba; una sonrisa falsa pintada en mi rostro y la mirada brillante de nuevo.

Cualquier rastro de la niña rota que había sido estaba escondido en un oscuro y lejano lugar dentro de mi mente, muy bien guardado. No pensaba dejar que esa oscuridad volviera algún día para absorberme. De lo que había sido solo me habían quedado lecciones; moralejas aprendidas y una madurez

con la que solo un espíritu con mil heridas de batalla contaba. Yo era un alma vieja en un cuerpo joven, aunque a veces salía a flote toda esa basura que me encantaba escupir.

No siempre pasaba, había aprendido a controlarlo; solo cuando me sentía amenazada de nuevo, cuando pensaba que podía ser herida una vez más, era entonces cuando mis defensas se activaban. ¿Qué mejor defensa que el ataque? Sin embargo, en esos últimos años solamente una persona había logrado que saliera a la luz la niña tonta y asustada que había sido.

Me subí al auto cuando la noche ya estaba cayendo, y me dirigí al supermercado a comprar todo lo necesario para llenar mis estantes y el refrigerador. Hice cálculos mentales para apartar el dinero de la universidad y la renta, y luego me gasté casi todo lo demás en alimentos. Una vez que llegué a mi departamento y subí todas las bolsas de víveres, me dispuse a comer. Encendí mi reproductor de música, *Centuries* de FOB comenzando a sonar, y yo bailé alrededor de la cocina sacando los ingredientes necesarios, encendiendo la estufa y cantando; todo al mismo tiempo.

Estaba preparando un poco de pasta cuando escuché por sobre la música que tocaban la puerta. Me pregunté quién podría ser a las nueve de la noche. No era muy tarde, pero tampoco tan temprano como para recibir visitas, menos unas inesperadas, así que me tomé mi tiempo pidiendo que, quien sea que fuera, se rindiera y diera media vuelta para dejarme comer en paz. Quería disfrutar de la primera comida decente que tendría en casi dos días.

Cuando escuché que continuaban tocando, apagué la música. Me serví una considerable porción en el plato y apreté los dientes al escuchar que volvían a golpear. La única manera en la que podía librarme de esa persona era despachándola de inmediato, por lo que fui a abrir la puerta. Cuanto antes se fuera, antes podría disfrutar la pasta que olía tan bien.

—Espero que tengas hambre —dijo Owen antes de pasar a mi lado sin permiso, como si fuera el dueño del lugar.

Me di la vuelta con la boca abierta y vi que llevaba una bolsa marrón en una mano y una caja de *pizza* en la otra. La bolsa tenía una mancha oscura en el fondo y supuse que era grasa. Arrugué mi nariz con disgusto.

—Uh... —no sabía qué decir ante su repentina presencia llenándolo todo—. Yo... ¿Sí? De hecho, estaba a punto de comer —le señalé el plato servido sobre mi pequeña mesa y él se le quedó viendo un par de segundos antes de

pestañear y encogerse de hombros.

—Solo quería asegurarme de que comieras algo, pero ya vi que interrumpo. ¿Deseas que me vaya? —sus ojos no emitían censura ni reproche, pero igualmente no lo quería cerca de mí. Siempre que nos encontrábamos próximos, mi cerebro y mi boca parecían desconectarse y yo terminaba diciendo cosas de las que me arrepentía. No sabía por qué su cercanía me hacía actuar de manera tan cruel, pero era mejor evitarlo. No quería más cargas en mi conciencia.

—La verdad es que sí —confesé en un susurro. Una punzada se clavó en mis entrañas al verlo parpadear herido, confundido, pero la ignoré. Owen solo se quedó ahí, de pie, viéndome durante lo que pareció una eternidad, pero luego sus ojos se desviaron a la mesa y asintió.

—Bien —dejó la bolsa marrón sobre mi mesa—. Esto... lo traje para ti, espero que... Uh, que sea de tu agrado. Que te guste —confesó, luego pasó caminando a mi lado.

Sabía que se estaba marchando. Sabía que era mejor que lo hiciera. Sabía que no era una buena idea que estuviéramos juntos más tiempo del necesario..., pero, después de todo, él había ido a llevarme comida. Se había preocupado por mí cuando no tenía el deber de hacerlo. Parecía querer hacer las cosas menos tensas entre nosotros... y yo no lo estaba ayudando.

La puerta se abrió.

—Espera —dije en voz baja, dándole la espalda, antes de poder detenerme. Hice una mueca cuando no escuché la puerta cerrarse y suspiré. Aún no se había ido—. Quédate mejor —pedí.

Casi pude escuchar su confusión e incomodidad. Casi reí, pero me encontraba igual de confundida que él por mi repentino cambio de opinión y no lo hice. Durante algunos segundos lo único que pude escuchar fueron los latidos de mi corazón golpeando en mis oídos. Mi respiración era un poco errática y mis dedos se habían curvado ansiosos formando un puño.

Me volví para encararlo y me encontré con su mirada indecisa.

—No quiero incomodarte —susurró. Me obligué a sonreír para tranquilizarlo.

—No lo haces —mentí. Claro que me incomodaba, aunque todavía no podía distinguir por completo el porqué. ¿Era por el pasado que teníamos? ¿Ese que nos seguía persiguiendo? ¿O era porque me hacía sentir pequeña y



miserable?

El que estuviera tratando de llevarse bien conmigo me hacía sentir peor de lo que lo habría hecho el que siguiera teniéndome rencor. Prefería sus ataques, sus represalias en venganza, a sus sonrisas sinceras. Solo hacía que la consciencia me remordiera más.

Tal vez esa era su venganza, mi castigo.

Sonriendo me acerqué hasta él y le quité la caja de *pizza* de las manos para posarla sobre la oscura superficie de la mesa. Volví a mirarlo y me encontré con sus ojos clavados en la caja de *pizza*, por lo que me atreví a tomarlo de la mano y halarlo hasta obligarlo a sentarse en una de las sillas. Puse un plato frente a él y yo me senté al otro lado, justo delante de su mirada escrutadora. Sin mediar ninguna palabra, me puse a comer lo que había preparado unos minutos atrás.

Él no dijo nada cuando se sirvió, ni yo tampoco. Solo comimos en un extraño, pero nada incómodo silencio. Intercambiábamos miradas de vez en cuando, miradas que decían muchas cosas, y lentamente la tensión fue creciendo de nuevo entre nosotros. Pero... esta tensión, era una completamente diferente a la que solía envolvernos. No era del tipo «quiero sacarte los ojos». Más bien algo así como ignorar el elefante rosa en la habitación, el tema que no queríamos tocar: el pasado. Queríamos pasarlo por alto, por lo menos yo quería hacerlo, pero no sabía cómo lograrlo. Necesitaba disculparme primero, pero un simple gracias no serviría para purgarme de la culpa ni para que él lo olvidara todo.

Cuando terminamos de comer, Owen se puso de pie y llevó su plato al fregadero para lavarlo. El sonido del agua corriendo me relajó, como siempre lo hacía, y me encontré sonriendo sin ninguna razón aparente. Recordé todos esos días en la playa con mi familia, cuando todo parecía ser perfecto. Cuando era feliz mientras jugaba entre las olas y no tenía ninguna preocupación. Cuando me sumergía en la piscina y cualquier pensamiento malo desaparecía de mi mente, solo dejándome a mí. Solo yo y nadie más que yo.

—Creo que ya me voy —la voz de Owen me trajo de regreso al presente, y solo por dos segundos quise llorar al recordar aquellos tiempos donde todo había sido fácil. Donde nunca había pasado hambre ni frío ni me había hundido en la peor de las depresiones. Sacudí la cabeza y le mostré una sonrisa que no llegó a mis ojos.

—Está bien.

—Gracias por... dejarme comer aquí.

—No, al contrario. Gracias a ti por preocuparte —dije con sinceridad. Él sonrió de lado y mi estómago cayó en picada.

—No es nada —su voz salió en poco más que un susurro y acomodó las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones—. Supongo que nos veremos mañana en clases.

Reí abiertamente y Owen frunció el ceño confundido, lo que me hizo reír más.

—Mañana es sábado, Owen. No hay clases.

Su ceño se relajó y me sonrió mostrando todos sus dientes blancos.

—Oh, qué tonto. Lo siento.

—No importa, todos nos equivocamos —solté restándole importancia con un ademán de mi mano. Su mirada sobre mí era intensa, y entonces lo que dije caló poco a poco en mi interior.

—Tienes razón, todos lo hacemos —susurró. Sabía que se refería a aquella época y todos los errores que cometí, pero por alguna razón no me sentía atacada.

—Pero la mayoría de las veces aprendemos de nuestros errores, ¿no crees? —inquirí. Él asintió con una sonrisa triste.

—Lo creo —miró por sobre su hombro hacia la puerta y carraspeó—. Creo que ya es tarde, debería dejarte descansar.

—Como quieras —dije encogiéndome de hombros—. De igual manera mañana no trabajo ni nada, por lo que me despierto hasta tarde.

—Igual yo —informó. Parecía no querer irse y yo no quería que se fuera. No quería quedarme sola con los pensamientos y recuerdos que me torturaban todas las noches cuando el silencio me rodeaba.

Cuando hizo amago de irse, me puse de pie causando que mi silla chillara por el arrastre.

—¿Quieres ver una película? —pregunté. Casi de inmediato me quise golpear.

¿No había pensado poco tiempo antes que lo mejor era que no pasáramos mucho tiempo juntos? ¿Entonces por qué le había preguntado aquello?

No lo sabía con precisión, pero sí sabía que no quería que me dejara sola.

Giró de nuevo sobre sus talones y escrutó mi rostro con sus ojos serios. Vi sus hombros relajarse. Una de las esquinas de su boca se arqueó hacia arriba.

—Claro. ¿Qué tienes en mente?

—Uh... —recordé que yo tenía un par de películas románticas, pero dudaba de que él quisiera ver algo así—. ¿Tienes tú algo bueno? Yo tengo... películas de chicas. No sé si prefieres traer algo mejor.

No tuve que preguntarle dos veces. En cuanto terminé la oración él ya estaba saliendo por la puerta tras decirme que volvería rápido. Alrededor de tres minutos después, regresó con varias bolsas de palomitas y un montón de películas de acción, de zombis o ciencia ficción. Una llamada *Insidious* llamó mi atención.

—Es de terror —me advirtió una vez que le dije que esa estaría bien.

—Puedo verla —levanté mi barbilla, orgullosa y él rodó los ojos.

—Como quieras.

La pusimos en el reproductor, nos sentamos en mi sofá y cuarenta minutos después yo ya estaba tapándome los ojos y los oídos; mi cuerpo estaba pegado a su costado y podía sentirlo vibrar de risa.

—¿Quieres que la cambie? —cuestionó divertido.

—Sí, por favor. En lo que tú pongas otra yo iré por palomitas.

—De acuerdo.

Fui a la cocina de nuevo y puse a preparar las botanas, una sonrisa pintada en mi rostro. Me la estaba pasando muy bien con Owen, algo que nunca hubiera imaginado, y agradecía el no estar perdida en la oscuridad con mis culpas y remordimientos.

Cuando regresé, Owen estaba viendo los cortos del principio.

—¿Y ahora qué veremos? —pregunté sentándome a su lado.

—*El Transportador*. ¿Alguna vez la has visto? Es de acción —negué con la cabeza y elevé mi mirada a la suya.

Estábamos demasiado cerca, tanto así que su aliento soplaba sobre mi mejilla. Aspiré el suave olor de la mantequilla y bajé mi mirada a su boca llena. Me pregunté cómo sería besarlo. ¿Serían sus besos suaves y dulces o duros y exigentes? ¿Serían un punto intermedio? ¿Qué sabor tendrían sus

labios? Sentí el calor trepándose por mi cuello y agradecí en silencio que estuviera oscuro alrededor. En la penumbra pude ver su garganta moverse al pasar saliva y volví a elevar mi mirada a sus ojos. No podía decirlo a ciencia cierta, pero parecían estar clavados en mis labios.

—Kara...

—¿Sí? —mi voz era un susurro. Me incliné un poco más hacia adelante y mis párpados comenzaron a cerrarse. Su aliento bailó sobre mis labios.

—La película ya comenzó —susurró. Sus palabras fueron como una cuerda que me jaló de regreso a la realidad, como una cubeta de agua fría.

Me separé de él.

—Oh, cierto.

Me senté lo más alejada posible sin que pareciera que lo evitaba y comencé a ver la televisión; la vergüenza de haberme visto necesitada, casi sobre él, todavía a flor de piel. Arriesgué una mirada en su dirección y vi que una de sus comisuras estaba levantada en una sonrisa satisfecha. Entrecerré mis ojos hacia él.

¿Se estaba burlando de mi actitud?

Como si escuchara mis pensamientos, se giró a verme y su sonrisa se amplió. No parecía burlón, más bien... complacido. Era un gesto tan sincero, tan contagioso, que muy pronto me encontré devolviéndolo. Era difícil tratar de estar molesta cuando no me había sentido tan bien desde... Bueno, desde hacía mucho tiempo atrás. Regresé mi mirada al televisor y seguí viendo la película, la sonrisa nunca borrándose de mi rostro; parecía querer quedarse ahí. No sé cuándo pasó, pero de repente, con la cálida compañía de Owen, me encontré cayendo profundo en un sueño tranquilo.

Esta vez sin gritos desgarradores, llantos lastimosos ni cuerpos sin vida atormentándome en mis sueños.

## Owen

Giré el rostro hacia un lado cuando la película acabó, solo para encontrar a Kara profundamente dormida. Estaba hecha un ovillo en el lado contrario del sofá, justo en la esquina, al parecer en el lugar más alejado posible de mí.

Sonreí divertido. Podía escuchar pequeños ronquidos escapar de sus labios, haciéndola lucir menos intimidante y más vulnerable a lo que normalmente parecía. Sus facciones siempre duras y aceradas ahora se hallaban suavizadas, sus largas pestañas abanicando sus mejillas y su pequeña boca mullida y tentadora abierta solo lo suficiente para dejar escapar ligeras respiraciones que movían un mechón de cabello que caía por su frente.

Kara era... Joder, ella era hermosa. Incluso después de tanto rencor que le guardaba por la forma de mierda en la que me había tratado, después de odiarla y prometer que me vengaría, podía verlo. No iba a mentir y decir que no me sentía atraído hacia ella, porque en verdad lo hacía. Demasiado para mi propio bien y comodidad. Yo era un estúpido insecto y ella era la luz que me seducía, que me atrapaba, para después acabar conmigo. No importaba cuánto peligro corría acercándome a ella, no parecía poder mantenerme alejado. De hecho, ni siquiera sabía por qué había ido a su piso con una *pizza* en la mano y unas donas glaseadas en la otra.

¿Qué había querido lograr con eso?

Después de la visita de Marien, de haber platicado y quedado en que saldríamos la próxima semana, había salido del gimnasio con toda la intención de llegar al departamento, ducharme y cenar algo; pero justo cuando el pensamiento de un poco de comida llegó a mí, recordé a Kara; su rostro cansado, ojeroso, y las noticias de que no había comido.

¿Cuánto tiempo había pasado sin comer? No tenía ni la más remota idea,

pero sabía que no podía pasar más tiempo así; no era bueno para su salud, por lo que, contra toda lógica, giré mi auto en dirección a la pizzería más cercana y compré una *pizza* grande. Las donas estaban en un local contiguo, así que no tuve que caminar mucho para conseguir las. No debía preocuparme por ella. No quería preocuparme por ella, pero de igual manera lo hacía. Parecía estar lejos de mi control. ¿Por qué? No lo sabía. Mi cabeza trabajaba de una manera muy extraña. Lo único que podía agradecer era que mi atracción por ella fuera solo eso, una atracción física, que no hubiera sentimientos de por medio. Eso solo iba a complicarlo todo más.

Kara murmuró algo entre sueños y una pequeña sonrisa tiró de sus labios. Parecía estar en paz. Sonreí al pensar en ello y supe que ya era hora de marcharme. Me puse de pie y, aunque en el fondo no quería hacerlo, salí del apartamento tratando de no hacer mucho ruido; lo que menos quería era despertarla y ponerla de mal humor. Me la había pasado muy bien con ella, viendo películas como dos viejos amigos, pero se sentía... raro. No en el mal sentido, solo en una manera diferente, inesperada. En definitiva, era algo que no había visto venir.

La *bully* y el *nerd* viendo películas, comiendo *pizza* sin tratar de lastimarse el uno al otro en el proceso. ¿Quién lo diría?

Entré a mi departamento bostezando y sintiendo que el cansancio se apoderaba de mi cuerpo. Me encontraba exhausto física y mentalmente. Las rutinas de ejercicio habían llevado mi cuerpo a la máxima capacidad, y ver a Marien solo... Ella me había hecho sentir cosas que creía muertas y enterradas. Tratar de desentrañar mis sentimientos solo me había agotado más. No había estado preparado para verla y revivir tantas cosas buenas y malas que habíamos vivido juntos; no me había encontrado listo para sentir lo que sentí. Después de que ella había desaparecido sin ninguna razón lógica aparente, me había convencido de que era lo mejor para ambos; que, si ella me hubiera querido de verdad, entonces no se habría alejado... Pero de igual manera su abandono dolió. Mucho.

El corazón quiere lo que quiere, no importa si es bueno o malo para ti. Simplemente elige y tú tienes que vivir con el sentimiento. Si ella eligió alejarse, entonces habría tenido sus razones. Yo no era quién para juzgarla, aunque sí merecía explicaciones y ella lo sabía. Fue por eso que volvió, según me dijo. Quería explicarme y disculparse por ser —y cito— una completa perra que no sabía lo que era mejor para ella.

Estaba arrepentida y bla, bla, bla, así que me pidió una oportunidad para explicar las cosas. Yo no estaba muy seguro de querer dársela. Ciertamente, quería explicaciones, pero no me encontraba preparado para saber. Si ella me pedía una segunda oportunidad o algo similar... no sabía lo que haría. Nuestra relación había sido rota, y por más que tratáramos de remendarla, nunca sería la misma que alguna vez fue. Siempre estarían esas marcas, cicatrices de lo que se interpuso, y la desconfianza, la inseguridad de nunca saber si me volvería a dejar.

No estaba dispuesto a correr ese riesgo y vivir con el miedo de que se marchara de nuevo. La había querido muchísimo, sabía que podía volver a hacerlo con la misma intensidad, pero no podría sobrevivir a otro corazón roto.

Me encaminé a mi habitación y, sin siquiera cambiarme de ropa, me tumbé sobre la cama y caí profundamente dormido.

El fin de semana pasó sin más. Vi a Kara salir de su apartamento el sábado en la mañana y no la volví a ver hasta el domingo en la noche, cuando yo regresaba de una salida con Marien. En ambas ocasiones me sonrió con sinceridad, ninguna sombra de malicia en ella, y solo pude creer que la noche del viernes había sido como una tregua entre nosotros; una promesa de que ya no volveríamos a atacarnos mutuamente.

La salida con Marien solo había sido una oportunidad que tomó para contarme que estaba comprometida, pero que no podría casarse y seguir con su vida si no me daba explicaciones del porqué me abandonó. Y aunque me dolió, fue menos aflictivo de lo que había esperado. Ella y este tipo, Said, se casarían dentro de un par de meses y quería invitarme. Dijo que, a pesar de todo, siempre fui un buen amigo; que no quería que saliera por completo de su vida. Lo encontré algo egoísta porque ella ni siquiera preguntó si yo estaba bien con eso, si yo estaba bien con ser solo su amigo.

Cuando le pregunté la razón por la que me había abandonado solamente dijo:

—Nunca me conociste realmente. Yo no te dejé que lo hicieras, que vieras cómo era en realidad, y no podía dejar que siguieras creyendo que me amabas cuando en realidad no sabías nada sobre mí.

Y había tenido mucha razón al decir eso. A pesar de que siempre la traté bien, de que la quería y ella parecía quererme, nunca hablamos sobre nuestros

pasados. Parecía que ambos habíamos querido guardarlo solo para nosotros y no abrirnos, no confiar. Nuestra relación había estado condenada mucho antes de siquiera empezar. Pero, según me había contado, su futuro esposo era todo lo contrario a lo que ella había esperado y que, sinceramente, era todo lo que necesitaba y que en mí nunca encontró.

No puedo negar que escucharla decir aquello, caló. Aunque no tanto como había pensado que dolería.

El lunes por la mañana fui a clases y todo estuvo en calma. Kara había hecho su tarea atrasada y la presentó sin rechistar. Vimos tema nuevo y, tras una hora, me retiré del aula, no sin antes asegurarme de dejar más tarea. Ahora sabía por qué los profesores lo hacían. Me sentía poderoso viendo las caras de desilusión en los alumnos.

¿Malvado? Puede ser, pero era mi venganza por tantos años de tortura.

Iba caminando con rumbo a mi despacho, cuando una voz a gritos llamó mi atención.

—Profesor Bates. Profesor. ¡Profesor, espere, por favor! —llamaba desesperada una voz femenina. Suponía que era el único profesor Bates en la facultad, así que giré sobre mis talones y me encontré con una chica que venía corriendo en mi dirección.

—¿Sí?

Fruncí el ceño al ver el pálido rostro. Su respiración estaba acelerada y una gota de sudor corría por su sien, el cabello que llevaba atado adhiriéndose a su cuello y rostro. La chica se dobló por la mitad apoyando las manos sobre sus rodillas en un intento por recobrar el aliento.

—Yo... Joder, qué calor... Esto...

—Respira —dije riendo. Ella me mostró una sonrisa fugaz y se incorporó para luego girar el rostro en busca algo. Una vez que su pecho dejó de moverse con brusquedad y ella cesó de escanear su alrededor, pregunté—: ¿En qué puedo ayudarte?

La morena me miró con ojos muy abiertos y sacudió la cabeza, causando que su coleta se deshiciera un poco más y mechones cayeran a los lados de su rostro enrojecido. Estábamos de pie en el centro del patio, el sol golpeándonos de lleno haciendo que el calor se sintiera demasiado sofocante.

—Oh, no, no, no. Yo solo... Me pidieron que lo detuviera —explicó. Elevé una ceja en confusión y sacudí la cabeza, desconcertado. ¿Le habían pedido



que me detuviera?

—¿Quién?

—Uh...

—Yo —una tercera voz a mi costado interrumpió a la chica. Giré mi rostro y encontré a Lena ahí de pie. Se giró hacia la muchacha de la cual nunca supe el nombre y le extendió una mano con un billete—. Muchas gracias y perdón por la molestia.

—No hay problema —dijo la chica sonriente mientras tomaba el billete, se daba la vuelta y desaparecía en el gran campus. La miré hasta que dobló en una esquina, chocando con un chico y tumbando así todos los libros con los que cargaba.

—Owen, he venido por ti —dirigí mi atención hacia mi hermana y elevé ambas cejas.

—¿Por mí?

—¿Estás sordo o qué? Te acabo de decir que vengo por ti. Mi mamá llamó y dijo que quería invitarnos hoy a comer, ya que alguien no se digna a visitarla —puso ambas manos sobre sus caderas y me dio una mirada llena de molestia—. Así que más te vale que no tengas planes, y si los tienes, los cancelas —dijo autoritaria.

Pasé una mano por mi cabello, despeinándolo, y suspiré. No había quedado con nadie, pero no estaba de muy buen humor; no quería escuchar los regaños de mi padre y los reproches de mi madre. No tenía ganas de verlos ese día, pero sabía que no podía zafarme de esta situación tan fácil.

—Vale. Solo deja que vaya a mi apartamento a cambiarme y nos vemos allá.

—No, no, no, no. No, señor. Usted se va conmigo ahora mismo. Te conozco y sé que buscarás cualquier pretexto para no ir —me tomó del brazo y comenzó a caminar con paso seguro hacia el estacionamiento.

Mi hermana era insistente y podía obtener lo que quisiera con su actitud. En cierta manera admiraba eso de ella. Era capaz de tomar lo que deseaba y no sentirse mal por nadie. Yo por el contrario... era un blandengue y, para mi mala suerte, a veces la gente se aprovechaba de eso. Tenía un problema para decir que no.

Suspiré y dejé que mi hermana me arrastrara hasta donde se encontraban

nuestros autos, uno al lado del otro.

—Yo no haría eso —murmuré en voz baja. Claro que sí lo haría, totalmente, pero prefería quitarme el peso de los hombros antes que huir de la situación.

—Sí, lo harías. Ahora subirás a tu coche y yo te seguiré —se dio la vuelta y me miró con las cejas enarcadas antes de entrar en su pequeño Volkswagen rojo y encenderlo.

«Dios, por favor, ayúdame a salir vivo del almuerzo con mis padres».



Regresé a casa alrededor de las cuatro de la tarde y me cambié para dirigirme al gimnasio. No iba a perder mi rutina del día solo porque mi familia me había hecho enojar hasta casi el punto de explosión. Sabían cómo llevarme al límite, pero no sobrepasarlo; eran conscientes de que, si me hacían explotar, nada sería igual entre nosotros.

Equipé mi mochila con lo necesario y luego me la eché sobre el hombro, todavía pensando en la plática que me habían dado. Salí del departamento y puse seguro en la puerta. Reil había salido de nuevo a otro de sus viajes y, aunque el lugar no era muy lujoso, no quería correr el riesgo de que lo asaltaran y me dejaran sin mis pocas pertenencias.

Vi a Kara saliendo de su piso al mismo tiempo que yo y le sonreí. Lucía ropa deportiva y me imaginé que se dirigía al gimnasio también. Me sonrió de vuelta y luego comenzó a caminar para salir del edificio sin siquiera saludarme. Eso me sacudió un poco.

—¿Me evitas? —pregunté dando un par de zancadas para poder alcanzarla. Ella miró por encima de su hombro e hizo una mueca divertida.

—No seas paranoico, Bates —sacudió la cabeza riendo—, solo se me hizo tarde y no quiero esperar más. Ya sabes lo lleno que se pone el gimnasio a estas horas —rodó los ojos y asentí en acuerdo.

—Y lo difícil que es encontrar un espacio libre en el estacionamiento.

—Uf, ni se diga.

—Sí, ya veo. ¿Así que prefieres adelantarte y dejarme sin lugar para aparcar? Eres mala —bromeé. Ella soltó una carcajada y me miró por debajo de sus pestañas.

—Nada que no supieras ya —expresó cuando llegamos al estacionamiento. Vi que comenzaba a caminar hacia su auto y una idea cruzó en ese instante por mi mente.

—Oye, Kara, ¿y si mejor vamos en un solo coche? Digo, nos dirigimos al mismo lugar y todo eso, así que... —me encogí de hombros sin terminar la frase y la vi asentir con una expresión pensativa.

—Vale —dijo después de algunos segundos—, en tu auto porque el mío casi no tiene combustible —se acercó a la puerta del pasajero y yo sonreí por lo rápido que accedió. ¿Acaso era que quería pasar un poco más de tiempo conmigo o en verdad no tenía combustible?

Desbloquéé el auto y Kara ingresó antes que yo, cerrando la puerta con suavidad tras ella.

—Abrocha tu cinturón —pedí al encender el coche.

El pequeño espacio se había inundado con el olor de su perfume y yo me sentía algo así como hipnotizado por el aroma. Cautivado es una mejor palabra. Era un olor que tenía el nombre de Kara grabado por todos lados. Dulce y suave, pero seductor.

Carraspeé intentando despejar de mi mente los pensamientos sobre Kara siendo seductora.

—Entonces... —dijo ella cuando pasaron un par de minutos en silencio.

Reí. Estaba tan inmerso en mis propios pensamientos que ni siquiera me había dado cuenta del silencio tan extraño que se había apropiado del lugar.

—Entonces... —repetí. Ella bufó divertida y acomodó un mechón de cabello detrás de su oreja.

—¿Cómo has estado? —cuestionó de repente.

—He estado mejor. ¿Qué tal tú, has estado comiendo? —le di una mirada de reojo y vi cómo mordía la uña de su pulgar.

—Bien, supongo. Y sí, ahora sí he podido —admitió, la última palabra atrapando mi atención totalmente.

—¿Podido?

Observé que la incomodidad la embargaba y la hacía removerse nerviosa sobre su asiento.

—Eh... Sí. Digamos que no comía por... razones de causa mayor —sus palabras salieron más como una pregunta que como afirmación, algo que no

pasé por alto.

—¿Estabas enferma o algo así?

—Dios, Owen. ¿Siempre eres tan entrometido? —preguntó dejando escapar una risa seca, desprovista. Yo me tensé al notar que estaba indagando de más, que la había disgustado, y me arrepentí por haberme preocupado.

—Lo siento —me disculpé. Fue lo último que dije antes de llegar al gimnasio. Terminamos el recorrido en silencio, a pesar de que quería decir algo más. Llegamos, tomé mi mochila del asiento trasero y esperé a que Kara saliera del coche para poder bloquear las puertas, pero ella se quedó ahí sentada mirando a la nada—. Kara...

—Perdón —dijo en un susurro que me hizo parpadear confundido.

—¿Por qué?

Me miró con sus grandes ojos azules y sonrió con tristeza.

—Por... todo. Por ser una perra contigo cuando éramos más chicos y por ser una bruja contigo ahora. No estoy acostumbrada a que alguien muestre algún signo de preocupación por mí y suelo tomarlo como una amenaza. No me estoy tratando de excusar, pero juro que no es mi intención hacerte sentir mal, Owen. Eres un tipo genial y yo no... Tú no mereces que te trate, así como lo hago, así que... Lo siento. Por todo —repitió. Se encogió de hombros y desvió la mirada por la ventana a la gente que entraba y salía del local.

—Kara, yo... —pasé una mano por mi rostro al no encontrar nada para decirle.

—No tenía dinero para comprar comida —continuó—. Entre la renta del departamento, las cuotas de la universidad, el material y el combustible para el coche, me quedé sin dinero para la comida —recargó su frente en el cristal y cerró los ojos. Un peso se instaló en mi pecho al escuchar aquello y la vi esbozar la más diminuta sonrisa—. No es la primera vez que pasa, así que no te sientas mal por mí. Casi puedo oír cómo me tienes lástima.

—No es eso, Kara. No es lástima —murmuré.

—No me mientas, ¿quieres? Ya he tenido mi cuota de mentirosos para toda la vida —abrió la puerta y giró su rostro para verme—. Gracias por traerme, le pediré a alguien más que me lleve, no quiero molestarte de regreso —estiré mi mano para sujetar su muñeca cuando se disponía a salir.

Miré mi agarre sobre ella y luego vi sus ojos, fijos en el lugar donde mis dedos la sostenían. ¿Qué diablos estaba haciendo? No sabía, pero sentía que debía decirle algo más. Cualquier cosa, solo no podía dejar que se fuera así sin más. ¿No había sido la noche del viernes un avance entre nosotros? No quería retroceder a lo que éramos antes, a todo ese veneno que destilábamos, como una serpiente que se prepara a atacar cuando se ve amenazada.

Con suavidad dejé su brazo libre y ella no se movió para salir. Lo tomé como una buena señal. Pasé saliva con dificultad y suspiré.

—No me molesta, Kara. Yo me ofrecí a que viniéramos juntos así que nos vamos a ir juntos, ¿entiendes? No quiero... —«Que alguien más te lleve». Relamí mis labios y tomé aliento cuando este pensamiento me asaltó—. Solo... espera por mí, ¿sí? Nos iremos juntos y luego podemos ir por un helado y hablar sobre esta tarea tuya que está llena de errores, o podemos ver una película como el viernes; podemos hacer lo que tú quieras, ¿está bien? Solo... espérame —pedí, casi supliqué. El viento soplando con ligereza era lo único que se oía en esos momentos, junto con el martilleo de mi corazón.

¿Que por qué seguía insistiendo en estar cerca de Kara? Porque ella había cambiado, así de simple. Y quería... desentrañar sus pensamientos. Deseaba saber sus secretos y comprender su pasado. Quería conocer a la nueva Kara. Quería darnos una oportunidad de conocernos.

Me sentía algo vulnerable mostrándole que anhelaba pasar más tiempo con ella, pero Kara no era menos inmune. Ambos estábamos tratando de abrirnos un poco, pero cuidándonos, protegiéndonos para no salir lastimados de nuevo. No confiábamos todavía, pero estábamos en ese camino.

Ella me sonrió débilmente y asintió, su expresión volviéndose un poco más alegre.

—Vale.

## Kara

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien como esa noche.

Acababa de regresar de comer un helado con Owen y me sentía radiante; feliz, despreocupada... libre. Estuvimos bromeando todo el rato acerca de los chicos del gimnasio que parecían estar más enamorados de sí mismos que de sus novias, de los extraños maestros de la universidad con sus peculiares hábitos, sobre mí no sabiendo economía y acerca de él no sabiendo bailar. Temas triviales que no me incomodaban. Fue todo agradable, relajante.

Después de que acabamos de comer, justo cuando subíamos a su coche para regresar, se disculpó por ser tan entrometido. Yo le resté importancia con un gesto de la mano. Suficiente disculpa había sido el que me invitara a comer. Además, no tenía nada que perdonarle. No había sido grosero ni entrometido, solo se había preocupado por mí y yo lo sabía. Owen se había portado de maravilla conmigo incluso cuando tenía razones de sobra para ni siquiera dirigirme la palabra; pero ahí estaba él, interesándose por mí, por mi bienestar, y cerciorándose de que comiera.

Ni siquiera mis padres habían prestado tanta atención a mi salud y bienestar. Pero bueno, así era Owen; adonis por fuera, osito cariñosito por dentro. Era un amor de persona y lamentablemente yo era una chica débil ante la tentación. Podía manejar a los hombres apuestos y a los hombres dulces. Pero ¿un hombre apuesto y dulce? Era mi perdición. Owen tenía etiquetas de PRECAUCIÓN, PUEDE OCASIONAR UN CORAZÓN ROTO por doquier, algo que no estaba segura de poder manejar con cuidado. E incluso con ese conocimiento, incluso sabiendo que todo esto no podía terminar bien para mí, me encontraba queriendo pasar más tiempo con él, con el Owen que nunca me di la oportunidad de conocer en la escuela secundaria;

ese al que le hice la vida miserable sin ponerme a pensar en nada más.

Dios mío, ¿por qué incluso se preocupaba por mí? Si yo hubiera sido él, me habría mandado a la mierda sin pensarlo dos veces. Sin embargo, él parecía ver a la chica rota que tenía en el interior, y si su actitud era una señal, era un hombre al cual le gustaba arreglar las cosas. Y al parecer a las personas también. Lamentablemente, si lo que buscaba era arreglarme, si lo que quería era componerme, se llevaría una enorme decepción al ver que yo estaba destrozada más allá de la reparación. Piezas mías estaban perdidas y dispersas por todas partes, rotas en diminutos fragmentos difíciles de encontrar. Y no era una exageración.

Una parte de Kara Rosseau murió el día en que perdió lo que más había amado. Dejé de ser yo misma el día en que terminé con lo único que pudo haber hecho mi vida mejor. Merecía sufrir el resto de mis días por lo que hice y sin embargo..., tenía la esperanza de que tal vez algún día dejara de doler tanto.

—¿Estás bien? —preguntó Owen al notar mi cambio de actitud. Nos hallábamos subiendo a la segunda planta del edificio donde nuestros departamentos se encontraban. Elevé la mirada a sus ojos azules y esboqué una sonrisa tentativa.

—Sí, todo bien. Solo estaba pensando; recordando algunas cosas —me encogí de hombros—. Nada importante —mentí. Su ceño se frunció cuando llegamos frente a mi puerta. Él sabía que todavía no me abría del todo, no era tonto, pero no dijo nada para presionarme a decirle la verdad y lo agradecí—. Me la pasé muy bien hoy. Gracias, Owen, necesitaba la distracción.

Acomodé un mechón de cabello tras mi oreja y el rebelde volvió a caer sobre mi rostro, tapando así un ojo. Owen siguió el movimiento con su mirada y luego fijó sus ojos en los míos, esbozando una lenta sonrisa.

—No fue nada, también me la pasé increíble. Tal vez luego podamos hacerlo de nuevo —ofreció encogiendo sus hombros de una manera despreocupada. Suspiré contenta con la idea de que volviéramos a salir y asentí.

—Eso me gustaría. Suena bien.

—Sí, lo hace —el tono de su voz sugería que él también se encontraba ansioso y esperé que no fuera solo mi mente queriendo ver cosas donde no las había.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos antes de que me diera la vuelta y abriera la puerta de mi lugar con suavidad.

—Buenas noches, Owen —susurré mirando sobre mi hombro. Él seguía clavado en el mismo lugar con las manos dentro de sus bolsillos.

—Dulces sueños.

—Igual. Que descanses.

Cerré la puerta con lentitud y me recargué en ella rememorando la intensa mirada de ese hombre que me ponía la piel de gallina. Una tonta sonrisa se pintó en mi rostro mientras me dirigía a mi habitación como una niña emocionada, cuando escuché la puerta de al lado cerrarse. Mi estómago se sentía revuelto por la idea de volver a salir con él. Eran... ¿eran esas mariposas?

Sacudí la cabeza sin ser capaz de dejar de sonreír como boba y luego me dirigí a darme una ducha rápida. Salí sintiéndome todavía en las nubes, entonces me tumbé sobre las frescas sábanas y caí directo a un sueño tranquilo.



La semana siguiente pasó volando. A pesar de que Owen y yo seguíamos viéndonos solo «profesionalmente», o sea, como maestro y alumna, para que me ayudara con mis trabajos en la materia, yo me encontraba cada vez más ansiosa por esos momentos.

Sí, me sentía atraída por él y sabía que él se encontraba atraído hacia mí, pero no era precisamente la razón por la que quería verlo. Él me hacía sentir... mejor; me hacía sentir valiosa y digna de su tiempo. Nos estábamos haciendo más cercanos cada vez, pero tanto como esto me emocionaba, me asustaba hasta decir basta.

Me encontraba anhelando poder estar junto a él y aspirar su aroma a limpio mientras él solo señalaba los errores en mis trabajos y trataba de explicarme la manera correcta en la que se hacían las cosas. Yo solo asentía ante sus consejos, pero la verdad era que me encontraba demasiado atrapada en sus gestos, enviciada con la manera fluida en la que se movía y embriagada por el tono de su voz varonil. No prestaba mucha atención a lo que me decía, pero eso solo servía para poder encontrarlo después con la excusa de que no había



entendido.

¿Quedaba como una tonta? Podía ser, pero no me importaba en absoluto. Hacía mucho tiempo que nadie me dedicaba su tiempo de una manera tan desinteresada sin buscar nada a cambio e iba a aprovechar cada segundo de su atención; no importaba si después terminaba con un pequeño enamoramiento por Owen Bates. A decir verdad, estaba segura de que ya lo había comenzado a desarrollar. Él era dulce, amable y atento, sin contar su atractivo, sin embargo, él no había tratado de hacer ningún movimiento conmigo. No era como si lo fuera a rechazar de todos modos. Al contrario, esperaba con intensidad el momento en el que por fin se atrevería a ceder ante la atracción que ambos sentíamos y diera el primer paso.

El viernes nos encontrábamos sentados en su pequeño sofá después de que yo había salido de trabajar. Su *laptop* estaba abierta sobre sus muslos, mis hojas de estudio desparramadas sobre mis piernas y una que otra descansando en el piso. Estábamos hombro con hombro y él me decía algo sobre la caída de la bolsa de valores, o algo parecido, pero mi atención estaba concentrada en su fuerte brazo y en el calor que desprendía contra mi piel. Estaba absorta en el ligero aroma a jabón que desprendía y llenaba mis fosas nasales, en la vibración que sentía contra mi cuerpo cuando él hablaba.

Me estaba volviendo adicta a Owen y eso que ni siquiera nos habíamos besado todavía. Hombre, no podía imaginar cómo me encontraría si ya hubiera probado sus labios. Deseaba hacerlo, sentirlos presionados contra mi boca, contra mi cuello, contra mi... ¡Santa cachucha!

Sentí el calor empezar a inundar mi rostro y cuello al imaginar cosas que no debería estar imaginando, y menos con Owen sentado al lado mío.

—... y por eso la curva de la gráfica sube, ¿entiendes?

«¿Huh?».

Parpadeé al darme cuenta de que había terminado una explicación y yo no había captado nada por estar pensando en sus labios sobre mi cuerpo. Y su lengua.

Carraspeé incómodamente acalorada.

—Oh, sí, claro —mentí—. Por eso la curva sube y...

Aclaré mi garganta sin saber cómo continuar. Acomodé un mechón de cabello tras mi oreja y seguí viendo fijamente la pantalla de su *laptop* como si hubiera estado prestando atención todo ese tiempo. Observé con atención una

gráfica de barras azules, amarillas y rojas, pero no tenía ni la menor idea de lo que representaban.

—Ni siquiera sabes de lo que hablo, ¿cierto? —preguntó divertido. Despegué mis ojos de la pantalla y los enfoqué en los suyos. Se arrugaban en las esquinas por la sonrisa que me mostraba y eso solo aumentaba su atractivo.

Tragué saliva.

¿Por qué tenía que ser tan guapo? Me dolía verlo, literalmente. Dentro de mí dolía una necesidad de contacto que llevaba mucho tiempo apagada y él había encendido con solo una sonrisa en mi dirección. Necesitaba encontrar rápido a un hombre antes de hacer algo loco como lanzarme sobre él y rogarle que me tocara.

—Lo siento, no sé dónde tengo la cabeza —dije riendo nerviosa. Sentí cómo se removía a mi lado para sentarse de una manera que me encarara. Frunció el ceño un poco y ladeó la cabeza mientras examinaba mi rostro con atención.

—¿Estás bien, Kara? Te ves un poco colorada.

«¡Maldición!».

—Uh, sí, solo estoy un poco mareada —«por tu olor», pensé, pero sabiamente evité decirlo.

Elevó su mano a mi frente y tocó la piel de ahí antes de hacer una mueca.

—Estás caliente —señaló preocupado.

«No sabes cuánto».

—¿De verdad? —mi voz se escuchaba sin aliento por su toque. Esperaba que no se diera cuenta de lo mucho que me afectaba. No quería quedar en ridículo frente a él.

—Sí, bastante —dejó la portátil junto a mis piernas y se puso de pie—. Creo que mejor dejamos esto hasta que te sientas mejor, ¿vale?

Suspiré aliviada porque mi dulce tortura terminaba.

—Gracias —me puse de pie y comencé a recoger mis apuntes—. Entonces nos vemos el lunes —dije despreocupada. Miré hacia Owen y le di una sonrisa temblorosa cuando vi que él seguía con un surco en la frente. Se encontraba escaneando mi rostro con esos ojos azules y yo estaba tratando de evitarlos. No quería delatarme. Sabía que mis ojos podían ser demasiado

reveladores en ocasiones.

Pero es que los suyos eran tan azules...

—¿Segura que estás bien? —volvió a preguntar.

«¡No, mierda! ¡No estoy bien, Owen! Necesito con desesperación un hombre. Te necesito a ti. Necesito que me beses y me toques y...».

—Todo perfecto —dije interrumpiendo mis pensamientos descarrilados. Sonreí lo más convincente posible y él me miró sin estar del todo seguro.

—Bueno... Si necesitas cualquier cosa ya sabes que aquí estoy.

—Claro. Gracias —giré sobre mis talones y caminé hasta la puerta, abriéndola y saliendo al pasillo lo más rápido posible. Cerré con un chasquido silencioso y exhalé frustrada cuando el silencio me rodeó.

No quería estar sola. Se estaba acercando el aniversario de aquel fatídico día y no quería tener tiempo para pensar en ello y lamentarme, pero ahora no podía abrir la puerta y preguntarle a Owen si podía quedarme un poco más de tiempo. Luciría como una tonta. Además de que no quería seguir sintiéndome como una babosa cuando se me acercaba. Algo en él hacía que mis facultades se apagarán con su cercanía.

Di dos pasos hacia mi puerta y luego escuché la de Owen abrirse.

—¿Kara? —llamó. Giré ante el sonido de su voz y elevé las cejas con sorpresa.

—¿Olvidé algo?

—Uh, no creo. Solo quería saber... —se rascó la nuca en un gesto... ¿nervioso? Sí, parecía nervioso—. ¿Quieres ver una película o algo? Si te sientes bien lo suficiente como para hacerlo, quiero decir. No es obligatorio, pero ambos estamos solos y... Dios, no sé lo que estoy diciendo. Solo olvídale. Eh, nos vemos mañana —se dio la vuelta y volvió a entrar a su apartamento mientras yo me quedaba ahí pasmada sin terminar de asimilar lo sucedido.

¿Qué diablos había pasado?

Me debatí entre tocar su puerta y decirle que sí quería ver una película, y entrar a mi departamento, hacerme bolita y llorar con mis recuerdos. Ambas eran buenas opciones para mí, igual ya estaba acostumbrada a la soledad; a sentir mi rostro húmedo con gotas llenas de remordimiento y culpa durante estas fechas.

Me mordí y el labio y me coloqué frente a su puerta. Tal vez otro día me quedara llorando hasta entrada la madrugada para no perder la costumbre, sin embargo, esa noche vería una película con Owen. Esperaba que fuera una de terror, así tendría una excusa para acurrucarme contra él.

Elevé mi puño, pero antes de que pudiera tocar, su puerta se abrió de nuevo y reveló a un Owen sorprendido por mi presencia justo afuera de su lugar. Nos quedamos viendo unos segundos y luego sonreímos tímidos con el conocimiento de que ambos queríamos pasar más tiempo juntos. Él abrió la puerta sin decir nada y yo pasé a su lado sin chistar.

—Iré a preparar palomitas. Las películas están dentro del compartimento de esa mesa —dijo señalando el lugar donde su *laptop* seguía abierta—. Si quieres elige una y páusala —sugirió. Yo asentí y me dirigí a buscar algo bueno para ver.

Abrí las puertitas que había mencionado y me encontré con una gran variedad de películas. Desde piratas hasta extraterrestres, desde romance hasta películas bizarras; había misterio, acción y ciencia ficción. Comedia y drama. Owen tenía un enorme repertorio y me gustaba que no fuera de los chicos a los que solo les gustaba la sangre y armas.

Cuando vi las películas basadas en libros de Nicholas Sparks solté un chillido. ¡Esas películas me hacían llorar como desquiciada! Creo que me enamoré un poquito más de él en ese instante.

—¿Has encontrado algo interesante? —mis ojos dejaron las películas para dirigirse al dueño de esa voz seductora y sentí un calor trepar por mi cuello ante el pensamiento que había tenido justo antes de que él hablara. Elevó una ceja al notar mi sonrojo y sonrió—. ¿Qué clase de cosas encontraste por ahí, eh? Por tu reacción diría que la extensa colección porno de Reil.

Abrí los ojos como platos al escuchar aquello y luego solté una carcajada.

—¿Qué? ¡Dios, no! —dije sin dejar de reír—. Solo algo que... Olvídalo. No es nada importante.

—Uh-huh. Haré como que te creo. Entonces, ¿ya decidiste?

—Aún no. Estoy entre *Conejitas cachondas* y *Enfermeras calientes*. ¿Tú qué dices? —pregunté en broma. Owen me mostró una sonrisa de dientes completos y luego dejó el recipiente con palomitas al lado de su portátil.

—Prefiero la de *Colegialas traviesas*, esa me puede. O *Policías malas*. Uf, esa es buena —replicó siguiéndome el juego. Volví a carcajearme sin poder

evitarlo y él me imitó.

—Dios, Owen. ¿Acaso tienes algo con las mujeres en uniforme?

—Puede ser.

Sacudí la cabeza, divertida, y me sentí feliz de que fuera tan fácil estar con él. Extendí una mano con la película que quería ver y sonrió satisfecho.

—Tú sí sabes lo que es bueno, Kara —tomó *Rápido y furioso* entre sus largos dedos y la puso en la entrada de su *laptop* antes de sentarse a mi lado, muy cerca, y traer el tazón de palomitas entre nosotros. La película comenzó y muy pronto me encontré mordiéndome las uñas ante los giros peligrosos que daban y las balas que esquivaban. Sentía la adrenalina correr por mi cuerpo, los nervios a flor de piel y luego miedo cuando un coche explotó con alguien dentro.

—¡No! —grité frustrada con mis manos en puños golpeando sobre mis muslos. Escuché una carcajada a mi lado y giré un poco el rostro para ver a Owen sonriendo con amplitud, su cuerpo temblando por la risa silenciosa y su mano cubriendo su boca en un intento por disimular la diversión que le daban mis reacciones.

Elevé una ceja y esta vez él no pudo evitar reír con fuerza.

—Lo siento —dijo sin arrepentirse realmente. Podía ver cómo se partía de la risa, así que entrecerré mis ojos hacia él y crucé mis brazos sobre mi vientre.

—Uy, sí. Puedo ver lo arrepentido que estás por burlarte de mí —solté con ironía. Él estiró su brazo y pausó la película cuando los créditos comenzaron a salir, el lugar quedando en un repentino silencio.

—No me estaba burlando —cantó—. Solo... Uh... —guardó silencio al no encontrar las palabras correctas y golpeé mi hombro con el suyo.

—Solo te divertía mi sufrimiento, ¿verdad?

—Que no.

—¿Entonces? —cuestioné. Owen se encogió de hombros y desvió su mirada al cojín del sillón donde un hilo sobresalía, sin dejar de sonreír. Comenzó a jugar con él y se quedó en silencio tanto tiempo que pensé que no iba a responder.

—Te ves... linda —confesó, y de nuevo se encogió de hombros—. Me causaron gracia tus reacciones, pero no me burlaba de ti. Me gusta ver tus

expresiones tan... sinceras. Solo es eso, pero no me burlaba.

Traté de pensar en algo más que no fuera su boca diciendo que yo era linda, pero no lo logré. ¿Era tonto emocionarse por algo así? Él pensaba que era linda y yo quería bailar feliz, sin embargo, mantuve mi cara de póker.

—Uh-huh.

Owen soltó una risa ante mi expresión incrédula y se acercó a mí, nuestros ojos encontrándose a pesar de que solo una tenue luz iluminaba la habitación. Tragué saliva nerviosa por su cercanía y vi cómo su mirada se desviaba hacia mis labios.

«Santos macarrones con queso».

Si no dejaba de verme así, no respondería ante mis actos.

—¿Sabes? —susurró muy bajo. Sus ojos se encontraron de nuevo con los míos y luego se hizo para atrás poniendo más distancia entre nosotros—. El lunes ya es el último día que seré tu maestro y estoy malditamente feliz de que así sea —dejó caer su cabeza un poco para atrás y yo sentí que mi estómago se contraía, sus palabras encajándose en mí como miles de cuchillos diminutos.

—Oh —fue lo único que logré decir.

—Sí.

Nos quedamos en silencio unos minutos y en un instante me encontré pensando en lo que tendría que hacer el día siguiente. Era sábado, lo que significaba que debía ir al cementerio como lo hacía cada semana. Iría a dejar unas flores e iba a imaginar cómo podrían ser las cosas en ese momento si tan solo no hubiera cometido el peor error de mi vida; ese que me perseguiría hasta mi misma tumba.

Recordé que en menos de una semana se cumplirían cuatro años desde aquel horrible incidente y sabía que me encerraría para lidiar yo sola con el dolor que siempre venía puntual. Incluso mi cuerpo parecía estar sincronizado, acostumbrado, porque cada noche antes de la fecha, tenía pesadillas y revivía todo en mi mente sin poder impedirlo. Y lo peor era que se seguía sintiendo real, como si lo viviera por segunda vez. Luego, cuando despertaba, me derrumbaba y me rompía.

Sentí las lágrimas formándose, quemando detrás de mis ojos ante los recuerdos, y me puse de pie en un movimiento brusco. Owen debió de sentirlo porque abrió los ojos y me miró con un gesto confundido.

—¿Kara?

Había pensado que estar con él aliviaría un poco mi dolor, que no pensaría en nada de eso, pero al parecer me había equivocado. El alivio en sus palabras de saber que ya no me vería en la escuela me lastimó más de lo que alguna vez estaría dispuesta a admitir ante cualquier persona. Incluso ante mí.

—Yo... tengo que irme —me escuché decir—. Ya es tarde y ambos debemos descansar —giré sobre mis talones y me dirigí a la puerta sin dejarlo decir nada.

—Kara...

—Gracias por todo, Owen —lo interrumpí. Le di una sonrisa apretada por encima de mi hombro y luego salí al pasillo para abrir mi puerta y encerrarme en mi propio lugar, donde nadie podía ver cómo me despedazaba y me dejaba caer de nuevo.

Giré la manija de mi puerta, pero entonces un ligero tirón en mi brazo me hizo darme la vuelta y toparme con los aturridos ojos de Owen.

—¿Me puedes decir qué mierda te pasa? Estamos riendo un segundo y al siguiente parece no poder soportar estar justo a mi lado. ¿Acaso eres bipolar y yo no me había dado cuenta? —exigió con una pequeña sacudida que convirtió mi dolor en rabia.

¿Qué se creía para hablarme así? Él no era nadie.

Me solté con un jalón de mi brazo y empujé su duro pecho, pero apenas y se movió. Sabía que estaba actuando como loca, pero no me importaba. Estaba dolida y molesta y solo quería descansar. De repente todo se sintió como una montaña sobre mis hombros y temí por un momento que Owen me vería caer a pedazos, que vería a la Kara débil, no a la que me había empeñado durante tanto tiempo en mostrarle a la gente; esa chica dura que no aceptada mierda de nadie.

—Solo estoy haciéndote un favor, ¿sí? Si tanto te alivia el no tener que ver mi cara diariamente entonces bien puedo evitarte esa molestia dejándote solo, ¿no crees? —siseé. En el fondo sabía que estaba siendo ridícula y eso me hizo enfurecer más. Mis puños estaban apretados al igual que mi mandíbula y vi cómo el conocimiento pasó en los ojos de Owen. El desconcierto se transformó en vergüenza y luego finalmente en frustración.

—Joder, Kara, tú no entiendes nada —replicó.

—¿Ah, no? Bueno, pues entonces, explícame —me crucé de brazos y

elevé mi barbilla en un gesto desafiante.

—No estoy aliviado de no verte, solo de no ser tu maestro —trató de explicar, pero nada mejoró. ¿No era lo mismo que había dicho antes?

—No veo cómo eso cambia algo.

—Solo... cállate y déjame hablar —apreté mis labios en una fina línea y él me fulminó con la mirada—. Digo que estoy aliviado de no ser tu maestro porque ahora sí podré hacer lo que he querido durante tanto tiempo, Kara. No porque no quiera verte. Solo... por fin seré libre para hacer lo que me provocas querer hacer.

Su mirada furiosa dio paso a una... ¿hambrienta? Oh Dios. ¿Acaso estaba entendiendo bien lo que me quería decir? Tragué saliva nerviosa ante la perspectiva.

—¿Y eso qué sería? —pregunté en un susurro. Owen dio un paso más cerca de mí y luego sus manos ahuecaron mi mandíbula haciéndome temblar entera. Sus ojos escanearon mi rostro y su aliento sopló sobre mis labios y mejillas. Mis manos fueron a sostener sus brazos cuando su mirada se fijó en mi boca entreabierta.

—Esto —exhaló, antes de presionar nuestras bocas juntas en un beso abrasador.



## Owen

¡Dios!

Sus labios eran tan suaves y templados, tan adictivos que no podía separarme, a pesar de saber que debía hacerlo. Por fin sentía cómo la tensión que habíamos estado acumulando durante las semanas pasadas explotaba entre nosotros. Tanta química acumulada y guardada bajo llave había explotado al fin y desembocado en este acto tan pasional. Me perdí en Kara. Indagué en su boca con mi lengua y ella me correspondió con frenesí, soltando un gemido que me puso la piel de gallina. El ardor del ósculo me estaba haciendo delirar. Aferré mis manos a su pequeña cintura y la hice caminar hasta mi puerta sin dejar de explorar el interior de su cálida cavidad. Era tan suave y dulce que me estaba haciendo perder la cabeza solo por ese contacto, uno que había estado ansiando desde hacía mucho tiempo atrás.

Deseaba tanto eso, la deseaba tanto a ella. Quería tenerla desnuda y tumbada para hacerle muchas cosas placenteras, pero en mi departamento, donde me sintiera con el poder del lugar; donde ella fuera mi presa y no al contrario como siempre había sido. Abrí la puerta a tientas y nos hice pasar hasta llegar al sillón y tumbarnos sobre él, ella a horcajadas sobre mí, mis manos aferrando sus caderas con fuerza y sus dedos tratando de enredarse con desesperación en mi cabello corto.

Nos estábamos devorando, atacando. Nada era ya más suave o dulce que su boca y aliento combinándose con el mío. Nuestros movimientos eran furiosos, apasionados, llenos de desesperación y miedo por no saber a dónde nos estaba conduciendo esto.

—Owen... —exhaló un gemido tembloroso cuando mis labios comenzaron a vagar y pasaron por su mandíbula, por su cuello y clavícula, descendiendo

con dirección a ese escote que me había estado provocando durante toda la película y antes, cuando le había estado dando tutorías. El recuerdo de que yo era su maestro me trajo de vuelta a la fría realidad con pesar y me hizo apoyar mi frente sobre su esternón. Nuestras respiraciones eran pesadas, cortas y rápidas, y era más que evidente lo «feliz» que me encontraba en ese momento por su cercanía.

«Solo tres días más», repetía en mi cabeza. Tres días más y podría hacer lo que quisiera con Kara sin tener que preocuparme por meterme en problemas en la universidad. Las relaciones maestro-alumno estaban terminantemente prohibidas y no quería perder buenas oportunidades de trabajo por ello. Tal vez piensen que nadie se daría cuenta, que nadie se iba a enterar de lo que hiciéramos en mi departamento, pero yo no quería correr el riesgo y meternos en problemas a ambos. Ninguno lo merecía.

Suspirando, tomé de las caderas a Kara y la hice sentarse a mi lado con un movimiento fluido y delicado. Odiaba sentirme tan vulnerable y expuesto, sobre todo con aquella mujer que me había lastimado, me había vapuleado y humillado cuando solamente éramos unos niños. ¿Quién me aseguraba que no iba a volver a hacerme lo mismo? Ella decía haber madurado, yo lo notaba también, pero igual tenía mis dudas acerca de su repentino cambio de actitud.

¿Qué fue lo que había pasado con ella para lograr que abriera los ojos? Necesitaba saberlo con urgencia para poder matar esa duda que me torturaba.

Apoyando los codos sobre mis rodillas, enterré el rostro entre las manos. Estaba confundido y ese beso me había dejado aún más aturdido. Mi cabeza era un caos total y todo por esa mujer que estaba sentada a mi lado. No sabía qué era lo que yo quería en ese momento y estaba aterrado de la voz en mi mente que me decía «quieres a Kara» una y otra vez. Tenía razón, lo aceptaba, pero ¿hasta qué punto? ¿Solo físicamente? Seguro que era eso. Solo quería pasar un buen rato con ella, sin compromisos ni nada complicado. Cada quien libre de hacer lo que quisiera con quien se le antojara, ¿no?

Pues no. Únicamente pensar en otro hombre tocándola, teniendo el derecho de hacerle lo que yo *quería* hacerle, me hacía desear golpearlo. ¡Quería golpear a un hombre hipotético! Me estaba volviendo loco; loco por ella y las cosas que hacía en mi interior; cosas que no podía ni quería descifrar. Era patético.

Levanté mi rostro y encontré a Kara abrochando los botones de su blanca blusa ajustada con manos temblorosas y apresuradas. Ni siquiera me había

dado cuenta de cuándo la desabotoné en mi desesperación por sentir su piel contra la mía. Por lo menos no la había roto por la mitad.

En un movimiento rápido y nervioso, ella se puso de pie acomodando su cabello tras su oreja. Sus labios estaban hinchados, sus ojos brillantes y abiertos con vulnerabilidad, esquivando mi mirada. Pasaba sus dedos sobre su cabeza en un intento por peinarse, pero seguía viéndose hermosamente desaliñada. Eso solo me hizo querer besarla de nuevo. Es que ella era tan... *Dios*, no podía expresarme con claridad. Hermosa era una palabra insignificante para describirla.

—Yo... —comencé a decir, pero Kara me interrumpió con un gesto rápido de su mano. Sacudió la cabeza y llevó dos dedos a sus labios enrojecidos e hinchados por nuestros besos.

—Hagamos como que esto nunca pasó, ¿sí? Tratemos... intentemos olvidarlo. Solo... Ay, joder, solo ha sido un error, un loco impulso que debimos haber controlado mejor —expresó sin poder mantener la calma. Podía ver en sus ojos un sentimiento que no había estado ahí un par de minutos atrás, pero no sabía qué era con exactitud.

¿Miedo, tal vez? Sí, esperaba que estuviera diciendo eso porque estaba asustada y no porque en verdad creía que era un error. ¿Cómo podía ser un error algo que se sentía tan bien? ¿Cómo no podíamos estar bien?

—Kara, esto no fue...

—Una buena idea. No fue una buena idea, Owen, y sería mejor que no se repitiera —finalizó fijando sus ojos en los míos. Vi su barbilla temblar y dos parpadeos rápidos antes de que se diera la vuelta y saliera de mi lugar, la puerta cerrándose con suavidad tras ella.

Hice una mueca y apreté los puños en mis ojos, arrepentido por no haber seguido con lo que había comenzado entre nosotros. Lo hice por impulso, tal y como ella dijo, pero en definitiva no se sentía como un error. Tal vez ya nunca sabría lo que era estar con Kara y no podía aceptarlo. Estar con ella era lo que más quería en el mundo justo en ese instante. Maldiciéndome interiormente alrededor de mil veces, me puse de pie y fui a tomar la ducha más fría del mundo.

Salí, me tumbé sobre la cama solo con ropa interior y continué insultándome. La mirada en sus ojos antes de darse la vuelta... ¿Qué había sido eso? Era un sentimiento malo, era consciente de eso, pero no podía decir

exactamente lo que era así que cerré los ojos y recordé su beso. Sus dulces labios, sus manos urgentes, su suspiro y luego mi nombre saliendo en una exhalación desesperada.

¡Mierda! Quería volver a repetirlo todo, pero ahora sin interrumpirlo. Ansiaba perderme en ella; en su olor y sabor. Deseaba quitar esa mirada de dolor de sus ojos azules, pero sobre todo quería...

Me senté de golpe. Era eso lo que había visto en su mirada: dolor. Dolor puro y crudo. La pregunta era por qué. No era como si no la deseara o como si la hubiera rechazado, pero las mujeres siempre entendían todo a su manera. No importaba la intención que uno tuviera o que tratara de explicarse, al final ellas tenían la última palabra. O en este caso, la última impresión.

Me incorporé con rapidez y me vestí con unos *jeans* y una camiseta blanca de cuello en v. No me puse zapatos, solo hui de mi apartamento y fui a tocar la puerta de Kara como si la vida se me fuera en ello. No quería malentendidos entre nosotros. Solo Dios sabía de qué manera reaccionaría si se sentía herida.

Golpeé con fuerza la superficie blanca de madera y escuché algo romperse al otro lado seguido de una maldición.

—¿Kara? —pregunté algo preocupado. ¿Se habría lastimado de nuevo? Esa mujer parecía resultar herida en cada momento que podía. No me respondió, por lo que seguí insistiendo con los golpes en la puerta. No me iba a marchar de allí hasta aclarar todo lo que había pasado.

Elevé mi mano para golpear la puerta por quinta o sexta vez, cuando esta se abrió de golpe y me dejó ver a una Kara de ojos irritados.

—¿Qué quieres? —espetó. A pesar de que se notaba que había estado llorando, su barbilla estaba alzada y sus ojos entrecerrados con desafío, cosa que solo me hizo querer besarla de nuevo una y otra vez.

Cuando no le respondí de inmediato, salió de su lugar y cerró la puerta tras ella. Adoptó una postura de brazos cruzados, tratando de aparentar indiferencia, pero en estas últimas semanas la había conocido mejor y podía decir que se sentía herida.

—¿Puedo pasar? —pregunté tentativo. Me removí un poco en mi lugar ante su mirada escrutando por algo en mi rostro, sin embargo, al encontrar lo que buscaba (o al notar su ausencia) soltó un resoplido y abrió la puerta invitándome en silencio a pasar. Quise sonreír victorioso, pero me abstuve de

hacerlo. Solo pasé a su lado y comencé a escrutar la habitación cuando escuché la puerta cerrarse.

—Ahora sí dime lo que quieres —exigió—. Tengo cosas que hacer y no puedo darte mucho tiempo —me giré para enfrentarla, para aclarar las cosas, y vi sus brazos aún cruzados sobre su vientre. No sabía si era una pose demostrando indiferencia o si solo estaba tratando de protegerse a sí misma. Me convencí de que era la segunda opción o un poco de ambas.

Ella trataba de aparentar indiferencia para poder protegerse; lo hacía tan bien que solo pude pensar que era la práctica la que hacía al maestro. ¿Cuántas veces habría tenido ella que hacer lo mismo? Atacar, aparentar indiferencia o diversión solo para poder protegerse, para que nadie pudiera herirla.

«¿Qué fue lo que te pasó?».

—Lo siento, Kara —dije suspirando, sin tapujos ni vergüenza. Era verdad después de todo.

Sentía el haberla hecho sentir mal y haber elegido palabras que se pudieron malinterpretar. Su cabeza, antes gacha, se elevó tan rápido que me sorprendió que no tuviera un latigazo cervical.

—¿Lo sientes? —cuestionó confundida. Bajó los brazos a sus costados y frunció el ceño, su cabello balanceándose con el movimiento. Di un paso más cerca.

—Sí. Yo... siento si te lastimé o algo. No era mi intención hacerlo, solo estaba pensando en... —me corté. Ya ni siquiera recordaba en lo que había estado pensando. Su mirada se tornó fría y esa barbilla alzada volvió a hacer su aparición.

—¿Herirme? Claro que no. Tú mismo lo dijiste, Owen. Fue un error y no se va a volver a repetir —ahora fue mi turno de fruncir el ceño.

—Yo no dije tal cosa.

—Bueno, con tus acciones lo demostraste. Ahora, por favor... —dijo despejando el espacio de la puerta y abriéndola—, estoy en medio de algo.

—Kara...

—Vete, Owen. Por favor. No te lo quiero pedir de nuevo —su voz estaba llena de dolor, cosa que me hizo enojar. No con ella, sino conmigo, pero ni siquiera sabía muy bien el porqué de mi cambio de humor. Relajé un poco los

hombros que se me habían puesto tensos y me acerqué hasta donde ella estaba.

—Me voy, está bien. Pero quiero que te quede claro que lo que pasó no fue un error. ¿Un impulso? Claro que fue un impulso, pero un error, nunca. ¿Entiendes? Lo volvería a hacer una y otra vez —di un paso más hasta que nuestros cuerpos casi se rozaban y bajé la mirada para hallar sus ojos oscuros mirándome fijamente. Azul contra azul—. ¿Y sabes qué? Sé que tú también lo harías de nuevo. Sentí tus reacciones, Kara, y estoy seguro de que de haber sido un error no habrías reaccionado de ese modo, así que hazte un favor a ti misma y deja de mentirme ¿sí?

Su mentón tembló un poco y luego su voz fue un susurro cuando preguntó:

—¿Entonces no estás arrepentido de besarme?

Tenerla tan cerca otra vez, su olor rodeándome de nuevo y su calor venciendo las barreras que creaba mi ropa, nubló mi mente de nuevo con deseo. Sentía su respiración un poco acelerada contra mis labios y de repente el calor volvió a instalarse sobre mí. ¿Cómo es que tenía el poder de hacerme pasar de molesto a hambriento en un segundo?

—Demonios, no —dije demasiado convencido—. Como ya te dije, lo volvería a hacer —sus ojos se suavizaron ante mis palabras y exhaló con alivio. Elevó una mano hasta mi pecho esbozando una sonrisa y la colocó sobre mi corazón acelerado.

—¿Como... justo ahora?

—Tal vez luego —dije con pesar. Su rostro cayó y levanté mi mano para acunar su mejilla—. Es que no quiero interrumpirte más. Acabas de decir que estás ocupada y no quiero interferir con tus asuntos, Tal vez luego cuando te desocupes...

Una carcajada brotando de su pecho me interrumpió.

—Ay, Owen, a veces puedes ser tan ingenuo a pesar de ser un profesor —se puso de puntillas y rodeó mi cuello con sus delgados brazos, por lo que mis manos fueron automáticamente a su cintura—. Solo estaba molesta contigo. Pensé que no habías querido besarme y yo... Bueno, lo inventé para que me dejaras sola —confesó algo arrepentida. Arqueé ambas cejas y la miré con sorpresa por su declaración.

—¿Eso quiere decir que no estás ocupada? —pregunté.

—Nah-ah.

—¿Y que, si quiero continuar justo ahora lo que interrumpí, puedo hacerlo?

—Uh-huh.

Sonreí como un depredador a punto de atacar.

—Entonces continuemos —dije con voz áspera dos segundos antes de que nuestras bocas se asaltaran una vez más. Todo en nosotros eran suspiros aliviados y manos desesperadas. Parecíamos querer devorarnos el uno al otro. Prácticamente era lo que quería hacer con ella. Saborearla por todas partes y devorarla completa.

De alguna manera, Kara comenzó a guiarnos hacia su habitación y tumbarnos a los dos en la cama sin despegar ni un momento nuestros labios. Poco a poco y sin darnos cuenta, las prendas fueron desapareciendo hasta que quedamos recostados y desnudos, pieles cálidas presionadas juntas. Recuerdo haberme hundido en su interior y luego sentir, durante un momento, algo parecido a estar completo; pura dicha y felicidad. Nos movimos juntos en perfecta sincronía. Parecíamos conocernos íntimamente desde mucho tiempo atrás. Ella sabía lo que me hacía gruñir y yo conocía lo que la hacía suspirar. Nos exploramos de esa manera íntima y secreta toda la noche y parte de la madrugada hasta que caímos profundo en un sueño tranquilo. Estaba tan agotado y tan feliz, que apenas toqué la almohada me quedé dormido con Kara entre mis brazos. Pero en la mañana me desperté desconcertado.

Estaba solo en la cama de Kara y no había ningún rastro de ella en su departamento.



No la vi en todo el fin de semana. Me la pasé encerrado en mi departamento, sumido en un silencio mortal por si acaso Kara se dignaba a aparecer, pero nada. Me sentí tan extraño siendo el abandonado después del sexo, cuando se suponía que los hombres éramos lo que huíamos, ¿no?

Estaba irritado, muy molesto y... divertido, solo un poco. Es que jamás habría imaginado que ella haría eso; que me dejaría solo, desnudo y en su propio lugar, pero entonces Kara nunca había sido predecible. No actuaba como tú lo esperabas, y si lo hacía no era por la razón que creías.

¡Estaba loca! Esa mujer estaba completamente loca y lo peor era que me

había contagiado su locura. Sentía que deliraba con cada segundo que pasaba sin noticias suyas. ¿Me estaba evitando? Realmente esperaba que no, porque cuando la viera de nuevo le dejaría en claro que no podía solamente dejarme así. No podía tener sexo conmigo y luego botarme. Me sentía como una virgen ultrajada; sucio y utilizado. Bien, exagero, pero de verdad merecía una explicación.

Pasó el sábado lentamente sin rastro de ella, luego el domingo igual. Nada de nada. Para el lunes en la mañana yo ya estaba tan molesto, que sentía podía golpear a cualquier persona que se me cruzara y me mirara feo. Me vestí y desayuné algo ligero antes de salir y dirigirme a la universidad, a mi último día como profesor. Cuando la viera, le diría hasta lo que no. Llegué temprano con la esperanza de encontrarla ahí, pero no fue así. Se llenó el aula y comenzó la clase, sin embargo, Kara nunca llegó.

Mi enojo comenzó a transformarse en preocupación. ¿Y si había salido a comprarnos cafés y la atropellaron? ¿Y si la secuestraron?

«Dios mío santo».

Ya me empezaba a poner paranoico. Comencé a imaginarme mil escenas de película en mi cabeza, y para cuando la clase acabó salí casi volando del salón. Me dirigí a dirección y pregunté por su expediente. Tenía que haber algún número de emergencia apuntado. Cuando encontré el que decía «Mamá», lo marqué y la línea dio el avisó de que el número no existía. Llamé al teléfono de trabajo anotado y tampoco me pudieron decir nada sobre ella. No tenía a nadie como contacto de emergencia.

Ya no sabía qué hacer para dar con ella por lo que, agotado y con el miedo helándome el alma, me dirigí a mi hogar. Me resigné a que ese día ya no podía hacer nada. La noche ya estaba cayendo y yo estaba muy cansado. Con las piernas pesadas, subí las escaleras y llegué a mi lugar. Todo alrededor estaba sumido en silencio, como si nadie más habitara el edificio. Espeluznante...

Inserté la llave en la cerradura, pero justo antes de entrar un sonido al lado llamó mi atención. Detuve mis movimientos y traté de escuchar de nuevo. Ahí estaba otra vez. Era un... ¿gemido? Sí, era uno. Un gemido proveniente del departamento de Kara. No, no podía ser. Debía de estar escuchando mal. Ella no haría eso, ¿verdad? ¿Estar con otro poco tiempo después de haber estado conmigo?



Atontado, me acerqué a su puerta y pegué el oído en la superficie para poder escuchar mejor. No era morbo lo que sentía, solo... curiosidad. Necesitaba saber.

Otro sonido llegó a mí, esta vez algo más parecido a un lamento, y luego cristal rompiéndose. ¡Otra vez! Sentí un *déjà vu* cuando golpeé la puerta y la llamé.

—¿Kara? —un llanto fue la respuesta a mi llamado, por lo que seguí tocando preocupado—. ¡Joder, Kara, abre la puerta! Voy a tumbarla a la de tres si no me abres en este puto instante —no solía decir muchas groserías, pero esta ocasión lo ameritaba. Estar asustado, preocupado y frustrado sacaba eso de mí—. Uno... Dos... —puse la mano en el picaporte y para sorpresa mía giró con facilidad. Estaba abierto—. Tres.

Empujé la puerta y busqué la fuente del llanto, gemidos y lamentos. La habitación estaba a oscuras, solo una tenue luz parecía venir del baño, por lo que me dirigí ahí. Apenas había llegado a dar dos pasos, cuando de nuevo un llanto cubrió el lugar. Mis ojos vagaron por toda la sala y aterrizaron en un cuerpo tumbado en el suelo de la sala de estar frente al sillón. Una botella de licor casi vacía colgaba de sus delgados dedos.

—Oh, demonios... —la imagen de Kara llorando en el suelo borracha es algo que nunca podré superar—. ¿Kara? —la volví a llamar, pero ella no parecía escucharme. Me acerqué con pasos lentos y me acuclillé a su lado—. Kara, ¿qué pasa? Cuéntame, cariño.

Coloqué su cabello hacia un lado, incluso los mechones que se pegaban en sus mejillas bañadas con lágrimas, y acuné su rostro en una mano; solo entonces pareció reconocer mi presencia.

—Owen...

—Soy yo, amor. Dime qué te pasa. ¿Qué es lo que te tiene así? —pregunté con un tono deliberadamente dulce y calmado. No quería alarmarla. De repente su cuerpo comenzó a sacudirse y más lágrimas brotaron de sus ojos junto con un sonido lleno de dolor. Movié una de sus manos en su regazo y bajé la mirada para encontrarme que estaba llena de sangre. Examiné su alrededor y vi pequeños trozos de vidrios desperdigados. Una botella de alcohol estaba rota y a ella parecía no importarle.

Me puse de pie y la levanté en mis brazos.

—¿Por qué, Owen? —me cuestionó de repente—. ¿Por qué no puedo ser

feliz? ¿Es el karma? ¿Tan mala persona soy? Ella no merecía eso. Yo... soy una persona horrible, ¿no es así? Te traté tan mal. Perdóname, Owen. Perdóname y dile a ella que me perdone. Nunca fue mi intención. Yo la amaba, la amo. No puedo seguir...

Sus palabras parecían encajar una daga en mi corazón y lograron asustarme.

—¿De qué hablas, Kara? Has cambiado mucho. Cometiste errores, pero eso no quiere decir que eres horrible.

—¡Soy horrible! Merezco morir o algo peor. Merezco estar en su lugar. La maté, Owen. La maté y nunca podré tenerla de regreso —dijo entre sollozos. Garras de hielo comenzaron a presionar mis pulmones.

—Dios, me estás asustando. ¿De qué hablas? —inquirí en un susurro. Estaba borracha, cierto, pero no parecía estar alucinando. Se estaba abriendo y contándome todo lo que la corroía por dentro, podía sentirlo. Lo sabía. Sabía que esto de lo que hablaba era lo que la había hecho cambiar—. Kara...

—¡A mi hija! Maté a mi bebé, Owen. ¡Maté a Kayla y nunca podré tenerla de vuelta!

## Kara

Salir de la preparatoria con un bebé en mi vientre no era lo que tenía planeado. Pensaba trabajar un año para ahorrar dinero suficiente y poder mudarme de ese lugar que mis padres llamaban hogar. No era un hogar; por lo menos no para mí. Se sentía más como una prisión, un conjunto de paredes que me encerraban y sofocaban, donde el peso de los reproches no me dejaba respirar ni vivir tranquila.

Tratar de ser una hija perfecta, aparentar ser parte de una familia ideal, era más presión de la que podía soportar. Siempre estaba escuchando órdenes; cómo debía caminar, sentarme, hablar y comportarme en general. Ni siquiera me sentía como una persona. Era más como una marioneta. Como una muñeca que mis padres hacían y movían a su antojo y manera. Estaba harta de eso, de respirar ese ambiente lleno de veneno e hipocresía.

¿Creen que la gente rica lo tiene todo? Pues no es así. La mayoría de las veces incluso se olvidan de que no son perfectos y fingen ante los demás. Mi madre fingía frente a sus supuestas amigas que no era una ebria, mi padre que no la engañaba con su secretaria, y yo... Bueno, yo fingía ser feliz y estar bien con todo. Pero todo tiene su límite. Llega un punto en el que tantas palabras y sentimientos reprimidos te rompen, y así como una presa, todo sale con fuerza desmedida y destroza todo a su paso. Puede que yo no haya destrozado vidas, puede que sí, pero lo que sé con seguridad es que herí a mucha gente. Observaba con placer cómo mis palabras se encajaban en ellos como cuchillos afilados; solo por un momento, por la más mínima fracción de segundo, me sentía feliz de no ser la única miserable; pero entonces, justo después de humillar a las personas, me sentía como la peor de las bazofias.

Estaba rota. Mi propia familia, quienes se suponían debían protegerme,

cuidarme y velar por mí, fueron los responsables de ello. Cuando me miraba en el espejo no me reconocía. No... No tenía ni idea de quién era en realidad.

«¿Quién eres?», me preguntaba cuando miraba mis ojos azules. Me sentía como una caja de regalo. Muy bonita por fuera, llamativa, con colores alegres, pero me preguntaba qué había dentro. Nadie sabía con exactitud. Ni mis padres, ni mis amigos; ni Beck, mi novio, ni mis profesores. Nadie. Ni siquiera yo.

Pero, cosa extraña, cuando vi la prueba positiva diciéndome que efectivamente estaba embarazada, pude ver algo que me consoló. Fue como una luz, una brillante que me señalaba el final de mi vida sin sentido. Sería madre y tendría una razón por la cual seguir adelante. No me importaba que mis padres me gritaran y me amenazaran con cancelar mis tarjetas y quitarme el coche si no abortaba; no me interesaba que Beck fuera un chico inmaduro y que no estuviera preparado para tal responsabilidad; yo me encargaría sola de mi hijo o hija si era necesario.

A pesar de que la noticia modificó todos los planes que había tenido, me sentía por fin feliz; libre de una extraña manera. Fue algo bueno que Beck decidiera apoyarme, incluso cuando nuestros padres no estaban de acuerdo. Que éramos muy jóvenes, que no teníamos dinero, que éramos inmaduros... Esas eran algunas razones que nos daban para ni siquiera intentarlo. Que nuestra vida se iba a complicar... Bah, nada de eso me importaba en realidad. Solo quería seguir con esa aventura; porque eso era para mí. Una aventura con destino hacia mi felicidad.

Beck y yo nos mudamos a un pequeño departamento en un barrio muy feo, algo a lo que no estábamos acostumbrados, pero de igual manera nos fuimos adaptando con el tiempo. Conseguí un trabajo como camarera en un restaurante llamado Butner's, y Beck como velador. Su turno era en la noche por lo que casi no nos veíamos, pero no era como si me afectara mucho. Lo quería, pero no estaba enamorada de él, así como él no estaba enamorado de mí. Nos... entendíamos, supongo. Ambos de familias adineradas e hipócritas, fue así como nos conocimos; en una de sus reuniones donde presumían quién tenía lo más nuevo, lo más caro, o quién simplemente tenía más cosas.

Rápidamente congeniamos, pero nunca hubo ese... clic amoroso. Siempre fuimos más amigos que nada. Amigos que salieron durante dos años y tenían sexo y eran exclusivos, pero amigos, al fin y al cabo. Nunca se sintió de otra manera; por eso fue que no hubo todo ese drama adolescente de celos y bla,

bla, bla.

Tal vez fue por eso que vivir juntos durante los nueve meses siguientes no fue tan extraño. Él me daba dinero para ir a ver al médico y me acompañaba a mis revisiones mensuales. Mi bebé era una niña, me dijeron en una de las últimas visitas. Por fin se había dejado ver y yo estaba muy contenta por ello. ¿Se parecería a mí o a él?, me preguntaba. ¿Rubia de ojos castaños o morena de ojos azules? Esperaba que se pareciera a Beck, ya que era muy apuesto; no podía negarlo.

Durante una noche de descanso, comencé a sentir las contracciones. ¡Dolían como la mierda, joder! Llamé a Beck como habíamos acordado, pero el imbécil de su jefe no lo dejó salir temprano. Me dijo que me enviaría un taxi, que no entrara en pánico, y que trataría de encontrarme en el hospital una vez que se desocupara. Le dije que se diera prisa y veinte minutos después ya me estaba subiendo a un taxi con mi maletita en la mano. Para haber sido dos jóvenes de dieciocho años, creo que hicimos todo de una manera muy madura. Habíamos planeado todo a la perfección e incluso hicimos planes de emergencia por si alguna cosa no salía como habíamos pensado en un principio; como lo de su maldito jefe de mierda.

Llegué al hospital y pasé ocho horas en trabajo de parto, sola. Totalmente sola. No estaba mi novio ni mis padres ni mis amigos. Ni siquiera una maldita enfermera. Solo a veces iba el doctor a checar mi estado de dilatación, apuntaba y luego se iba sin decirme nada. La pasé con los dientes apretados y las sábanas arrugadas en mis puños; pero a pesar del dolor me sentía inmensamente feliz.

¡Iba a ser mamá!

Extraño, ¿no? No estaba aterrorizada. Claro, tenía algo de miedo, pero no pensaba que traer un niño al mundo a mi edad me fuera a arruinar la vida. Solo... me sentía feliz. Algo que no hacía muy seguido en mi vida «privilegiada».

Cuando fue hora de todo el *show*, pedí que me medicaran para no sentir tanto dolor, y en un abrir y cerrar de ojos, tenía a mi niña entre mis brazos. Fue inevitable llorar de la emoción. Estaba feliz y asustada; estaba abrumada con tantos sentimientos... Esa pequeña cosita rosa con pelo negro era mía. Yo la había llevado en mi vientre por nueve meses y le había cantado. Había sentido sus pataditas cuando la llamaba y se encajaba en mis costillas cuando comía chocolate. Nunca supe si le gustaba demasiado o si no le gustaba para

nada.

Pasé un día completo en el hospital y luego Beck llegó para llevarnos a casa. Él también se emocionó mucho cuando la vio, pero es que era perfecta. Era idéntica a mí, sin embargo, ella era perfecta. Sus padres estábamos orgullosos de poder haber hecho algo tan hermoso.

Recuerdo tenerla entre mis brazos, Beck recostado a mi lado, y llamarla por su nombre.

—Kayla... —susurré. Pensábamos que había estado dormida, pero entonces abrió los ojos y nos sonrió. ¡Nos sonrió! Era... Dios, era nuestra y haríamos lo que fuera para que lo tuviera todo. La amaba más que a mi propia vida. Esa sonrisa que nos dio me mostró que había hecho lo correcto al decidir quedarme con ella.

Solo un mes de incapacidad por maternidad me dieron, pero pronto tuve que volver a trabajar si queríamos llegar a fin de mes. Kayla se llevaba la mayor parte de nuestros ingresos, sin embargo, no nos pesaba nada. Éramos una familia. Una feliz que no fingía nada. Comencé a ver a Beck con otros ojos porque solo ver cómo trataba a nuestra hija me hacía inflar el pecho con orgullo; con amor y admiración. Podía verme con él durante el resto de nuestras vidas.

Un día en el que nuestros descansos coincidieron, cuando Kayla ya tenía casi dos meses y estaba dormida en su cuna, estábamos abrazados y hablamos sobre el matrimonio. No me sorprendió porque él era un buen muchacho y quería darle a nuestra hija una familia. Le dije que sí y planeamos hacerlo en un periodo de un año. Ambos estábamos realmente cansados, pero yo más que él. Me tocaba trabajar toda la mañana y tarde, y durante la noche atender a Kayla. Casi no dormía, y cuando lo hacía mi sueño era ligero para despertarme con rapidez si Kayla llegaba a necesitar algo.



*Hoy me siento especialmente cansada. Le he llamado a Beck para recordarle sobre los pañales y la leche de la niña. Ya queda muy poca, por lo que tengo que darle pecho hasta que caigo dormida, incluso si se me entume el brazo; pero no me importa. Solo tenerla así cerca de mí, en ese vínculo tan estrecho entre madre e hija, me hace sentir como si pudiera hacerlo todo. Haría todo solo por ella; para ella. Cuando llego a mi edificio después del*

*trabajo, toco la puerta de la Sra. Martha, la vecina que cuida de Kayla a veces cuando Beck no puede mientras yo trabajo, y le agradezco cuando la tomo entre mis brazos contenta de verme.*

*—¿Me has extrañado, mi vida? —le pregunto. Sé que no puede contestarme todavía, pero igual me gusta escuchar los soniditos que hace. Sonríe y entro a nuestro hogar; pequeño pero acogedor. Kayla es mi vida y cada vez que la miro me recuerda que todo este cansancio vale la pena, por ella y solo por ella. La llevo a mi habitación y la recuesto sobre la cuna para poder darme una ducha rápida. Salgo envuelta en una toalla con dirección a la cocina, tomo un plátano y me lo devoro entero antes de que Kayla comience a llorar.*

*—¿Tienes hambre? —cuestiono estirándome para tomarla en mis brazos y llevarla conmigo a la cama. Ella comienza a palmear mi pecho y me imagino que es su manera de decirme que sí. Me acuesto acomodándola a mi lado y comienzo a amamantarla. La miro cuando la tengo pegada a mí. Miro su cabello negro un poco rizado, sus párpados cerrados y su naricita respingona. Solo verla me llena de una ternura y amor infinitos. Nada se puede comparar al amor de una madre por sus hijos. Nada.*

*Comienzo a cantarle una canción de cuna mientras acaricio su cabecita y cierro los ojos un momento. Me siento tan cansada... Escucho los gorjeos que hace imitando la tonada de la canción y no puedo evitar pensar que es una niña muy inteligente. Algún día va a ser la perdición de los hombres; hermosa, inteligente y feliz. Me encargaré de que sea la niña más feliz.*

*No me doy cuenta de que me he quedado dormida hasta que una corriente de aire helado me hace estremecer y abrir los ojos. La noche ha caído de pronto y la habitación está sumida en completo silencio y oscuridad, así que estiro mi brazo para encender la lámpara y ver mejor a mi alrededor. Hay demasiado silencio y tengo un mal presentimiento acerca de esto.*

*Girando en busca de lo que sea que está poniéndome los pelos de punta, me encuentro con Kayla sumida en un tranquilo sueño. O eso es lo que creo en un principio, pero está demasiado... quieta. ¿Cuánto tiempo me he quedado dormida?*

*Su pechito no sube con las respiraciones, pero tal vez sea la luz que me juega una mala pasada. Eso me digo una y otra vez cuando, por miedo, me rehúso a acercarme.*

*Estoy así alrededor de cinco minutos solo observándola, imaginando que se encuentra profundamente dormida, hasta que estiro mi brazo para peinarla un poco. Acomodo su cabello con mis dedos y de repente comienzo a temblar sin control. Empiezo a sacudirme al darme cuenta de que su piel ya no es tan cálida. Un peso se instala en mi pecho y hace que me sea imposible respirar.*

*«No, no, por favor. Esto no puede estar pasando».*

*Controlando mis temblores y el picor tras mis ojos, bajo mi rostro hasta su cuerpo y me doy cuenta de lo que ya estaba imaginando. No respira.*

*Un desgarrador sonido inunda la habitación y tardo bastante en darme cuenta de que soy yo quien grita; soy yo quien está sollozando y gritando como loca.*

*«Estoy soñando», me digo una y otra vez. «Esto es un maldito sueño y en cualquier momento me voy a despertar». Sí, sé que voy a despertar entre los brazos de Beck y miraremos al techo unos segundos antes de que Kayla comience a quejarse de que tiene hambre. Ambos sonreiremos y estas lágrimas que surcan mi rostro desaparecerán. Me dará un beso y me dirá que Kayla y yo somos su vida entera. Me va a abrazar y prometer que nada nos va a separar. Él no va a abandonarme. Kayla está viva. Ella está viva y yo solo...*

*Me derrumbo sobre mis rodillas y hundo mi cabeza entre mis manos gritando. Escucho golpes en la puerta y los ignoro. Esto no es real. No. No es real. No maté a mi hija, no. No lo hice. Ella está durmiendo y esto es una maldita pesadilla de mierda.*

*Escucho la puerta abrirse con un golpe y luego a varia gente entrando, pisadas acercándose, pero no me levanto. Sigo tratando de despertar de este sueño; de este mundo ficticio creado solo por mi retorcida mente.*



¿Alguna vez te has sentido como que ya no tienes nada por lo que vivir? Bueno, yo sí lo sentí. Sentí que merecía morir porque todo era oscuro en mi interior. Fue como si el sol de repente se apagara; como si todo perdiera su sabor, su color y su olor; su sentido de ser y estar. Me sentía muerta, pero para mi mala suerte no lo estaba.



Los días siguientes a la muerte de mi bebé los pasé hundida en un dolor tan fuerte, tan profundo, que ni siquiera podía exteriorizarlo. No lloraba despierta, pero en la noche las pesadillas me hacían su víctima y despertaba gritando con ríos corriendo por mis sienes y el brazo protector de Beck rodeándome, palabras de consuelo murmuradas contra mi sien. Él era el único pilar que me sostenía para no hundirme en la locura.

El funeral... Dios, fue lo peor del mundo. Solo éramos nosotros dos. Beck y yo. Miramos con impotencia cómo bajaban su ataúd a la tierra y luego observé a Beck desmoronarse frente a mí. Cayó de rodillas sobre la tierra cuando estas no pudieron soportarlo más. Lloró y gritó por la injusticia; lloró como nunca lo había visto hacerlo y luego me apuntó con su dedo tembloroso, juzgándome, culpándome... odiándome.

—¡La mataste! —gritó, sin darse cuenta de que acababa de dispararme con esa afirmación—. ¡Mataste a nuestra hija, Kara! Nunca te voy a perdonar por esto, ¿entiendes? ¡Nunca! Me quitaste lo que más quería en la vida, lo más importante...

Fueron las últimas palabras que me dirigió y eso bastó para terminar de matarme. A pesar de que los doctores informaron que había sido muerte de cuna y yo trataba en el fondo de convencerme de que no era mi culpa, siempre volvía a eso; a culparme. Era inevitable hacerlo. Pensar que si hubiera permanecido despierta todo habría sido diferente...

No falta decir que después de eso Beck y yo nos separamos. Me dijo que no podía siquiera soportar verme, y lo comprendía; ni siquiera yo podía verme en el espejo sin pensar en ella. Éramos idénticas. Yo... Era mirarme en el espejo y recordar su dulce sonrisita; sus brazos y piernitas rechonchas agitarse cuando me escuchaba cantar. Era recordar que la maté y que, si mi vida había sido miserable antes, ahora era peor porque ya no quería continuar con ella; no quería seguir sin Kayla. Si antes había querido salir adelante y perseverar, ahora ya no le veía sentido.

¿Qué razones tenía? Nadie siquiera se preocupaba por mí.

Regresé con mis padres con la esperanza de encontrar algo de consuelo en ellos, sin embargo, salieron con sus «te lo dije» y sermones acerca de las consecuencias de ser una madre inmadura e irresponsable. No debió de haberme sorprendido tanto, pero lo hizo. ¿No entendían que estaba destrozada, deshecha, rota? ¿Por qué no podían solamente consolarme, decirme que todo estaría bien? Fácil. Porque mis padres nunca habían sido

así. A veces me preguntaba si no eran simplemente robots, porque eso explicaría toda su falta de emociones y empatía.

Cuando llegó el día de su primer cumpleaños, el de Kayla; me hundí más en mi hoyo de dolor. Recuerdo que ese día tomé las llaves de mi antiguo coche, me dirigí a una farmacia y pedí unas medicinas sin receta. Compré cinco cajas y una botella de licor. La cajera no pareció sospechar nada, o era solo que no le interesaba lo que hiciera con mi vida. Llegué de nuevo a casa, me tomé media botella de alcohol y luego rompí a llorar sin pudor. Mis padres no me querían, mis supuestas amigas me habían dado la espalda y Beck... Él me había abandonado cuando más lo necesité. La única persona que se había mostrado completamente feliz de verme alguna vez, estaba muerta por mi culpa.

Con ella en mente abrí las cajas, vacié todas las pastillas y decidida me metí un puño a la boca. Le di un trago a la botella y me recosté sobre la cama. Sonreí cuando comencé a sentirme oscura y vacía; un alma flotante. Pronto me reuniría con ella. Cerré los ojos con la esperanza de que pronto el dolor acabaría.

Cuando elevé los párpados de nuevo, me encontraba en una habitación blanca, en el hospital. Y, para nada extraño, me encontraba sola. Duré ahí cuatro días en observación y mis padres nunca se molestaron en visitarme. Tiempo después me enteré de que se habían ido de viaje a Nueva York con sus amigos. No fueron ellos quienes me encontraron, sino una chica del servicio.

«¿Nuestra hija quiso matarse porque perdió a su bebé? Seguro que son problemas de adolescentes, nada grave».

No me sorprendía eso, pero sí me sorprendí del rumbo que había tomado mi vida; del camino por el que me estaba llevando. Valorarme tan poco que quise dejar de existir. El último día en el hospital decidí que debía levantarme y seguir caminando, que iba a avanzar sin ver atrás. Por mí, por Kayla, porque mi vida ahora no podía ser peor. Les conté a mis padres que me iba de nuevo; que iba a estudiar, pero ellos no me tomaron en serio. Dijeron que no me iban a apoyar, no obstante, no me importó. De igual manera, estando en su casa me encontraba sola y sin su apoyo.

Comencé a trabajar de nuevo en Butner's y el personal se mostró amable conmigo. Al parecer comprendían mi situación. Bueno, no la comprendían, pero sabían que pasaba por una situación difícil así que no me pusieron trabas

para regresar a mi antiguo puesto.

Un día, Reil entró por esas puertas, me vio y me ofreció ser su modelo. Dije que sí. Y desde ahí todo comenzó a ir mejor. Ahorré dinero, renté un departamento y entré a la universidad, donde me había reencontrado con un hombre que me hacía recordar mi pasado; uno que me hacía sentir como la basura que fui hace tantos años con solo una mirada. Un hombre increíblemente bien parecido, dulce y atento. Uno que me hacía querer ser mejor; que me hacía sentir viva de nuevo.

Un hombre del que ya estaba comenzando a enamorarme con fuerza.

Pero él no me conocía en absoluto. No sabía lo que había hecho, que no merecía ser feliz. Sin embargo, pronto lo sabría y, como todos, me daría la espalda. Por eso era mejor comenzar a alejarme yo. No necesitaba volver a hundirme y él era capaz de eso. Cuando se diera cuenta de que yo era poca cosa para él, me abandonaría y yo volvería a mi oscuridad. Y lo peor era que esta vez no sabría cómo salir adelante.

No querría salir adelante.

## Owen

—Joder, Kara... Eso no fue tu culpa —susurré frotando su espalda, tratando de reconfortarla mientras ella seguía llorando sobre mi pecho.

Acababa de contarme todo lo que había tenido que soportar desde pequeña y se estaba viniendo abajo. Algo me decía que era la primera vez que se desmoronaba así; que no se había permitido flaquear nunca de esa manera, y si lo había hecho no había permitido que nadie fuera testigo de su angustia.

Kara era demasiado orgullosa como para dejar que la vieran llena de dolor. Sus manos agarraban puñados de la tela de mi camisa y yo no podía hacer nada más que estar ahí y dejar que se desahogara. Los sollozos sacudían su cuerpo con violencia y mi corazón se sentía más pequeño con cada sonido desgarrador que manaba de su pecho. Era horrible verla desmoronarse así justo frente a mis ojos y no poder hacer nada para mitigar su dolor. Me sentía impotente, miserable; no quería verla llorar nunca. Quería hacerla reír y que sus ojos se iluminaran, que sus dientes blancos destellaran y su melódica risa llenara mis oídos. Ella no merecía seguir martirizándose por algo que había estado fuera de su alcance. No había sido su culpa nada de lo que pasó y golpearía a quien se atreviera a decir lo contrario.

Había sido solo una niña solitaria en su propio hogar, no había contado con los padres amorosos y comprensivos que yo sí tuve ni con amigos sinceros. No había tenido nadie con quien desahogarse así que había hecho lo único que sabía hacer: atacar. Había atacado con fuerza a cualquier persona que pareciera más débil que ella, pero en este momento no me importaba haber sido una de esas personas. Claro, me había lastimado con sus comentarios ofensivos, con sus burlas y su lengua afilada; sí, me había marcado y hecho sentir inseguro..., pero por dentro ella había sido aún más vulnerable y débil

que yo. Había estado buscando llamar la atención, pidiendo ayuda a gritos... y nadie la había escuchado.

¿Era normal que quisiera perdonarla tan fácil? Quería decirle que se olvidara de todo lo que me había hecho, que yo también lo haría; que podíamos comenzar todo desde cero, que ya había madurado, aprendido las lecciones y sufrido gran parte de la vida. Quería decirle que me gustaría que nos diéramos una oportunidad para intentarlo. Que... ¡Mierda! Que la quería a pesar de que había intentado no hacerlo. Que, contra mi voluntad, se había ganado un espacio en mi corazón y colado en mis pensamientos.

—Pero no la cuidé, Owen. Fui egoísta y me quedé dormida porque estaba demasiado cansada como para prestarle solo un poco de atención. Si tan solo...

—Ya. Basta, Kara —pedí en un tono firme. No iba a permitir que siguiera culpándose de esa manera; no lo soportaba—. Fue algo que no pudiste controlar, que nadie pudo haber controlado. Lamentablemente esas cosas suceden y, aunque no lo he experimentado en carne propia, sé que debe doler como nada más puede hacerlo; sin embargo, no creo que sea el karma. O tal vez sí, joder, no tengo idea, pero no te lo merecías. Es verdad que no fuiste la mejor persona, pero ahora comprendo un poco más las razones detrás de tus palabras y acciones. Sé que no merecías lo que te pasó ni fuiste culpable de ese horrible suceso. No importa lo que tu exnovio pudo haberte dicho, no fue tu culpa. ¿Entiendes?

Mi agarre sobre ella se hizo un poco más fuerte por la propia molestia y frustración que estaba invadiendo mi ser. No me di cuenta de ello hasta que soltó un quejido y se removió entre mis brazos para tratar de aliviar la presión que tenía sobre su cuerpo. Se alejó un poco de mí, logrando hacerme sentir la pérdida de su calor, soltó un suspiro apesadumbrado y bajó la mirada a sus dedos entrelazados sobre su regazo.

Odiaba que estuviera triste. Era capaz de convertirme en su bufón personal solo para no tener que verla así nunca más.

—No sé por qué eres tan bueno conmigo, Owen. Ahora, quiero decir; porque cuando nos reencontramos también fuiste un poco imbécil, admítelo. Sin embargo, me lo merecía, así que no me puedo quejar. Yo fui peor contigo y sé que aún no he recibido mi merecido. Por lo menos no todo. Si tú decides alejarte de mí, ya no hablarme o lo que sea, lo entenderé. No quiero que estés aquí solo porque te causo lástima, preferiría que me dejaras sola en ese caso

—susurró, logrando que yo resoplara. ¿Acaso no había escuchado nada de lo que dije?

Me pasé las manos por el cabello tratando de encontrar otra manera de convencerla y negué con la cabeza.

—Dios, Kara. De verdad que no entiendes nada, ¿no? Joder, luego dicen que los hombres somos los ciegos —su mirada se elevó confusa hacia la mía y frunció un poco el entrecejo.

—¿De qué hablas?

—¿De verdad crees que estoy aquí por lástima? Pues no, señorita. Estoy aquí porque me preocupo por ti de verdad. Cuando desapareciste el viernes estaba molesto porque me habías abandonado sin despedirte, pero luego transcurrió el fin de semana, llegó el lunes y yo... —desvié la mirada—. Tenía miedo de lo que pudo haberte pasado. Imaginé lo peor, Kara, y no me gusta sentirme así, tan pendiente de otra persona, pero parece que contigo no puedo controlarlo. Tú me importas, me interesa cómo estés... —«Te quiero», quise decir, sin embargo, no me atreví a hacerlo—. Contigo todo es mejor —concluí en un susurro.

No me atrevía a encontrarme con sus ojos, de manera que mantuve la mirada fija en una mancha sobre el suelo. El silencio era lo único que llenaba la habitación. Nuestro mutismo decía más cosas de las que se podían expresar con palabras. No pasaron más de un par de minutos cuando la escuché removerse a mi lado. Vi su mano extenderse ante mí y luego sentí su calor sobre mi mandíbula, su toque delicado tirando un poco de mi rostro para que nuestros ojos se encontraran.

—También me importas mucho, Owen —expresó con la mirada turbada, entonces supe cuánto le había costado decir aquello—. Me importas más de lo que puedes imaginarte... y tengo mucho miedo —tomó una profunda respiración—. Pero por alguna extraña razón, confío en ti. Tienes el poder de volver a destrozarme, pero confío en que no lo harás —musitó.

No podía dejar de observar orgulloso la vulnerabilidad en sus ojos, admirado porque ella no tratara de esconderse más. Había esperado que dijera cualquier cosa menos aquello. ¿Estaba tratando de decirme que me quería como yo a ella? Esperaba que fuera sí.

—No me atrevería —confesé en un susurro—. No te haría daño a propósito. Nunca.

Sus ojos buscaron en los míos por... algo. Por una mentira, por la verdad, por cualquier cosa; pero supe cuándo lo encontró. Su mirada dejó de vagar por mi rostro y brilló al fijarse en la mía con una intensidad que me hizo sentir desnudo por un instante.

—Te quiero, Owen.

Con esa confesión liberé una exhalación que no había sido consciente de retener. Esas palabras me afectaron más de lo que alguna vez me atreveré a confesar, pero me sentí aliviado de saber que no era el único aquí que se sentía de esa manera.

Sin siquiera responderle, me abalancé sobre ella. Atrapé su rostro entre mis manos y comencé a besarla con desesperación. Quería demostrarle sin palabras lo aliviado que estaba de que ella me quisiera. Sus manos fueron a mis muñecas cuando comenzó a responderme el beso, sus labios y los míos se movieron con fiereza, acuciantes y aliviados, urgentes y desesperados. Podía sentirlo irradiando también de ella, el alivio. Estaba aliviada.

¿Había creído que huiría por lo que dijo? Se notaba que aún no me conocía lo suficiente.

Mis manos fueron a su nuca y ladeé la cabeza para obtener mejor acceso a sus labios, para sentirla más cerca. Necesitaba sentirla más cerca. Mis manos viajaron hacia abajo por sus costados a sus caderas y traté de atraerla hacia mí al mismo tiempo que ella empujaba ligeramente mi pecho.

—Para... —susurró entre besos. Casi me quejé. No deseaba parar, de verdad que no quería hacerlo, pero con un enorme pesar me detuve.

Cerré los ojos, despegué mis labios de los suyos no sin antes dejar un último pico en ellos, y recargué mi frente contra la suya.

—Dios, Kara. Eres cruel —dije a modo de broma. Sentí una sonrisa formándose en su rostro y abrí mis ojos para poder verlo. Kara sonriendo era un espectáculo que no quería perderme. Sin embargo, mi estómago cayó al ver que era una sonrisa triste—. ¿Qué pasa? —pregunté temeroso.

Si me decía que me quería, pero que lo nuestro no podía ser o una mierda de esas, rompería algo.

—Nada, solo... ¿me abrazas? No quiero... Necesito...

Sonreí con ternura al verla así de insegura. Era algo nuevo para mí, sin embargo, entendía que no necesitaba más que sentirme cerca después de abrirme su corazón.

—Claro, señorita —ladeé mi cabeza divertido y sus ojos se llenaron de agua. Mi semblante cayó—. Oh, mierda. ¿Ahora qué?

Soltó una risa ante mi cuestionamiento y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Desvió su mirada al techo y limpió las gotas con sus dedos.

—Sigo algo sensible, no me hagas mucho caso. Se me pasará en un par de minutos, solo necesito que me abrace.

Me arrastré por el colchón hasta quedar con la espalda apoyada en la cabecera, Kara mirándome, y le hice una seña para que me siguiera. Dos segundos después la tenía con la cabeza apoyada en mi pecho y un brazo echado sobre mi abdomen. Rodeé sus delicados hombros con uno de mis brazos y la apreté más contra mí. Hundí mi nariz en su cabello e inhalé el aroma que despedía. No supe si era un perfume, champú o si solamente era Kara, pero me encantaba respirarlo.

Nos quedamos unos minutos solo ahí tumbados; yo pensando en que Kara me quería y en que debía encontrar un nuevo trabajo; ella pensando en... no sé qué. Pero, a pesar de no estar haciendo nada, me sentía feliz, cómodo, completo. Me sentía como hacía mucho tiempo no lo hacía.

Mi mano comenzó a trazar círculos en la piel desnuda de su espalda, por encima de la cinturilla de sus pantalones, y la sentí temblar contra mí.

—¿Tienes frío? —pregunté con mis labios pegados a su cabeza. No quería moverme ni hacer algo que pudiera romper ese momento.

—A decir verdad, no. Solo... creo que sigo algo ebria —movió su rostro hasta que la punta de su nariz quedó a menos de un centímetro de mis labios y sonrió—. Me voy a dar una ducha rápida. ¿Podrías prepararme un café?

Hice una mueca interiormente porque ya podía sentir su pérdida, pero asentí.

—Solo te advierto que me queda horrible.

—Me arriesgaré.

Ella de un salto se puso de pie y la vi tambalearse un poco. Me enderecé de inmediato y estiré mi brazo para poder sostenerla, pero no necesitó el apoyo; ella sola logró estabilizarse.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Solo... Me levanté demasiado rápido —me dio una sonrisa para tranquilizarme y se soltó de mi agarre para ir a coger sus cosas.



Tomó una toalla y unas prendas de ropa antes de perderse en el interior de su baño. Suspirando, me puse de pie y me encaminé a la cocina donde me dedicué a prepararle un café. Como no sabía la manera en que lo tomaba, lo dejé sobre la mesa con la crema y el azúcar a un lado.

Tras unos minutos, la escuché salir de la ducha y luego la vi entrar en la cocina con su cabello húmedo. Las gotas caían de las puntas y humedecían los hombros de su camiseta verde.

—Tres de azúcar y cuatro de crema —dijo. Elevé las cejas ante la gran cantidad de azúcar que tomaba y ella carcajeó—. Todos me ven con esa expresión y sigo sin entender el porqué.

—Bueno, ¿tal vez sea porque es demasiada azúcar? Yo solo tomo una y dos de crema —se estiró para preparar su café y yo observé sus delicados movimientos. Todo en ella parecía ser calculado para que fuera elegante y ágil, como una bailarina.

—Por eso eres tan amargado —bromeó—. Te hace falta un poco más de dulce en tu vida.

Tomó la taza y la elevó a sus labios para poder tomar un sorbo. Podía ver el vapor saliendo de ella, pero a Kara no parecía afectarle el que estuviera casi hirviendo.

—No es horrible —dijo con sencillez. Cuando dejó la bebida de nuevo sobre la encimera, la tomé por la cintura y la encaré a mí.

—¿Ah, sí, señorita bromista? —ella asintió y puso sus manos alrededor de mi cuello—. Pues tengo el remedio perfecto.

—¿Y ese cuál sería? —quiso saber.

—Tus besos —respondí colocando un casto beso sobre sus labios. Luego moví mi boca hasta su oído y mordiendo su lóbulo susurré—: tu piel.

Sentí su piel erizarse y sonreí en su cuello ante su gemido ahogado.

—Owen...

Acuné su trasero en mis manos y acercándola más a mí, dije:

—Todo tu cuerpo, Kara —sentía el calor correr por mi cuerpo, quería hacerla mía de nuevo. Deseaba besarla toda y escucharla disfrutar.

—Owen —repitió. Esta vez colocando sus manos sobre mi pecho y empujando un poco para que me retirara—. No.

Fruncí el ceño por su negativa tan contundente.

—¿Qué? ¿Por qué no? Pensé que la última vez...

—No es eso —sacudió su cabeza y se separó un poco de mí cruzando los brazos sobre su vientre—. Solo... no sé. Ahora que te dije cómo me siento sería diferente para mí.

—¿Y eso qué tiene? —la cuestioné cada vez más confundido. Era obvio que iba a ser algo diferente esta vez para ambos. Los dos nos queríamos.

Se giró hacia mí y luego estiró sus brazos al aire antes de dejarlos caer a sus costados.

—Te dije que te quiero. Y tú no me dijiste nada.

Oh, joder. Con que era eso.

—Pero claro que te quiero, Kara. Te lo dije. Tal vez no con esas palabras, pero es lo que quería que entendieras. De verdad te quiero —me acerqué a ella y tomé sus manos entre las mías—. El beso que te di después de que me lo dijeras fue de alivio. Estaba aliviado por no ser el único sintiendo algo más.

La miré directo a los ojos para que viera que no mentía, para que viera que todo lo que sentía era real. Y ella lo vio. Sus ojos se iluminaron y una pequeña sonrisa tiró de sus labios.

—¿No estás jugando conmigo? —preguntó con voz de chiquilla. Sonreí de lado y acaricié su mejilla.

—No me atrevería. Eso sí te lo dije.

—Bien, entonces... ¿ahora qué?

Ladeé mi cabeza sin entender su pregunta.

—¿Ahora qué de qué?

—Pues eso. Te quiero, me quieres. ¿Ahora qué pasa con nosotros? —cuestionó con el ceño ligeramente fruncido.

Yo reí.

—Ahora te daré la oportunidad de hacerme feliz y tú me darás la oportunidad de complacerte en todo lo que quieras. Hay que intentarlo. No perdemos nada, ¿no? —inquirí. Ella sonrió con mis palabras, y esa sonrisa de verdad que iluminó todo dentro de mí.

—Vale. Intentémoslo —estuvo de acuerdo. Sonreí y la atrapé en un abrazo apretado.

—Dios, me hace muy feliz escucharlo —dejé un beso en su frente y luego apoyé la mejilla en su cabeza, su nariz presionada contra mi pecho.

Ese era un día muy feliz y esperaba que de ahora en adelante todo saliera bien. Esperaba que lo mío con Kara en verdad funcionara.

—¿Owen? —me llamó tras unos instantes—. ¿Puedo pedirte una última cosa? —aflojé un poco mi agarre sobre ella y la tomé por los hombros para poder verla al rostro.

—Lo que sea —informé. Ella miró dentro de mis ojos y luego sonrió tímida, pero decidida.

—Quiero que me hagas el amor.

## Kara

Suspiré recargada sobre el pecho de Owen, completamente satisfecha y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí en paz; feliz. Una leve sonrisa permanecía plantada en mi rostro mientras sus dedos dibujaban patrones sobre mi espalda con un ritmo pausado y constante, una cadencia relajante que me tenía en un estado de languidez.

Percibía su respiración calmada, sus labios presionados contra la cima de mi cabeza, y su cuerpo duro y cálido debajo de mí, dándome esa sensación de que todo iría bien ahora. La cercanía con él, la proximidad de esa manera tan íntima, se sentía perfecta. No solo placentera, también había algo más profundo ahí. Solo el tenerlo así conmigo me hacía sentir viva de nuevo, con ganas de seguir. Era mucho más de lo que alguna vez habría esperado sentir con Owen. Él era atento, cariñoso y se preocupaba por mi bienestar, que era más de lo que podía decir de quienes fueron las personas más «cercanas» a mí. Esos individuos que eran tan egoístas que solo se interesaban por ellos mismos, sin importarles lo que pasaba bajo sus narices a no ser que los afectara directamente.

Ellos y Owen eran dos tipos distintos de seres humanos y era algo que agradecía. Ahora, sintiendo lo que sentía por él, viendo cómo la dimensión de mi sentir iba creciendo día a día, no creía ser capaz de soportar su indiferencia o incluso su crueldad. Porque sí, así eran a veces mis propios padres conmigo: crueles. No en una manera física, pero sí mental. Ignorándome, menospreciándome, actuando como si yo y mis problemas fuéramos irrelevantes, nada importante...

Sacudí la cabeza deshaciéndome de esos recuerdos y sonreí al sentir los labios de Owen posarse sobre mi frente y murmurar algo ininteligible.

—¿Qué? —pregunté riendo. Sabía que estaba más dormido que despierto en ese momento, y el que intentara hablar me causó gracia. Me removí a su costado y deslicé mi mirada hacia sus increíbles ojos que, aunque me miraban entrecerrados por el cansancio, se podía decir que lucían alegres y satisfechos—. ¿Cansado?

Planté un beso en el centro su pecho y me incorporé sobre mis codos cuando él hizo amago de sentarse. Apoyó su espalda en la cabecera de madera y me atrajo de nuevo a su regazo para poder plantar un pequeño beso en mis labios.

—Mmm... Puede ser —lanzó una mirada al reloj sobre la mesa de noche y luego dejó escapar una risa—. Son las tres de la mañana. Eso lo explica todo.

Sorprendida, miré la hora para comprobar que fuera verdad lo que decía, y luego me volví a acurrucar en el hueco bajo su brazo. Reí feliz. Me agradaba la sensación que tenía, esa de que con él a mi lado nada malo podría pasarme. Me sentía segura y protegida, cosas que no había sentido en mucho tiempo, y no pensaba dejar escapar aquella sensación en un corto plazo.

Cerré los ojos con el dulce agotamiento recorriendo mi cuerpo y suspiré a gusto.

—Creo que debemos dormir —dije tratando de amortiguar un bostezo. Owen murmuró un asentimiento y se acostó de nuevo en el colchón, trayéndome con él al refugio que me proporcionaban sus fuertes y cálidos brazos.

—Espero que no te importe que duerma aquí, pero no creo siquiera ser capaz de cruzar el pasillo sin caer desmayado. Me siento... sin fuerzas. Me drenaste completo —susurró apretándome más contra su cuerpo. Rodeé su cintura con mis brazos y enterré mi nariz en el leve rastro de vello en su pecho.

Volví a sonreír. No parecía ser capaz de dejar de hacerlo. Esta vez eran sonrisas verdaderas, teñidas de agradecimiento y esperanza, no como las falsas y plásticas que toda mi vida había estado mostrando para que la gente no se diera cuenta de que, en realidad, no estaba bien; que estaba resquebrajada por dentro.

—¿Es eso una queja? —inquirí en broma, negándome a pensar en mi pasado. Ese ya había quedado atrás. Él rio al escucharme.

—No. Solo señalaba un hecho.

Ahora fue mi turno de reír por su confesión. Comencé a trazar patrones sobre su piel, sobre su torso desnudo, con toques ligeros de las yemas de mis dedos y observé sus diminutos vellos erizarse. Si ponía suficiente atención, podía ver delgadas líneas blancas marcando su piel por la rápida pérdida de peso que su cuerpo sufrió durante la adolescencia.

Sentí una punzada de culpabilidad. Esas marcas me recordaban lo mal que lo había tratado y lo poco que merecía estar así con él ahora, pero ¿qué podía decir? Yo era egoísta y no pensaba dejarlo ir. Lo quería solo para mí.

Pensando en lo bien que iba mejorando todo para mí, cerré los ojos y caí dormida en un sueño profundo y pacífico. Justo como hacía tiempo venía necesitándolo.



El mes siguiente pasó increíblemente rápido. Owen había conseguido un nuevo trabajo como suplente de maestro en otra universidad y mi situación económica, a pesar de no haber recibido ingresos extras como modelo, estaba muy bien administrada. De igual manera, si el caso hubiera sido diferente, sabía que contaba con mi novio para apoyarme. Decir que Owen era mi novio se sentía extraño, diferente, pero me hacía demasiado feliz. Cada vez que un pensamiento de él se colaba en mi cabeza, sonreía sin darme cuenta.

Si alguna vez me había guardado rencor, no lo demostraba ahora. Parecía como si fuéramos solo una pareja con un pasado normal, sin nada de heridas no cicatrizadas. Sí, chocábamos mucho el uno con el otro en algunos aspectos, pero dábamos lo mejor de nosotros para que nuestra relación funcionara y siguiera adelante. Si peleábamos no nos íbamos a dormir sin arreglarlo. Si algo hacía yo, era tragarme el orgullo. Prefería pedirle perdón y que estuviéramos bien a no doblegarme y tener la probabilidad de perderlo. Él hacía lo mismo. No podíamos estar el uno sin el otro mucho tiempo y eso nos preocupaba. No queríamos volvernos dependientes, porque eso no podía terminar bien para ninguno de los dos.

Pero disfrutábamos lo más posible nuestro tiempo juntos. No sabía qué era más asombroso; que él lograra hacerme olvidar todo lo malo o que yo lograra hacerlo feliz. Era estar juntos y desaparecer el mundo a nuestro alrededor.

Un jueves por la noche, cuando cumplimos nuestro primer mes saliendo, llegué a mi departamento y tiré mi bolso sobre la mesa del comedor. El turno

en el restaurante había sido demasiado cansado y a pesar de que había llevado zapatos bajos y cómodos, los pies me estaban matando.

—Hola —susurró una voz muy cerca de mi oído causando que me sobresaltara, diera un giro de ciento ochenta grados y dejara salir un grito. Cuando vi a Owen sonriéndome con una mirada de arrepentimiento en su rostro, me llevé la mano al pecho aliviada, aunque un poco enfadada por su acción.

—Joder, Owen, casi me has matado del susto —sentía las palpitations aceleradas de mi corazón bajo la palma de mi mano y el sudor frío que estalló en mi piel por la sorpresa de encontrarlo ahí.

—Lo siento —se disculpó con una pequeña sonrisa, sin embargo, lo conocía lo suficiente para decir que no estaba arrepentido, sino al contrario; había disfrutado mi reacción—, solo quería sorprenderte.

Sus palabras junto con su expresión de inocencia fingida y su gran apariencia, apagaron cualquier síntoma de molestia que pude haber presentado. Se acercó a mí cuando le sonreí y plantó un pequeño beso en mis labios. Repasé sus cejas con mis dedos pulgares y suspiré fingiendo indignación. No pude hacerlo durante mucho tiempo. Una sonrisa se me escapó.

—Pues lo has logrado —admití. Rodeé su cuello con mis manos y ahondé el beso, diciéndole con ese simple gesto lo mucho que lo había extrañado durante el día. Cuando el ósculo finalizó, Owen pegó su frente a la mía y besó mi nariz.

—Te traje algo —susurró.

Fruncí el ceño con confusión y él se alejó hacia la mesa donde había colocado mi bolso. El sonido de una envoltura siendo abierta llamó mi atención, pero fue la sonrisa tímida de Owen lo que aceleró mi corazón.

—¿Owen? —cuestioné curiosa al verlo acercarse de nuevo a mí con las manos detrás de su espalda. Solo un par de pasos nos separaban y podía ver algo en sus ojos, una emoción difícil de descifrar, pero que hizo a mi respiración fallar un poco.

—Sé que es algo pequeño —dijo extendiendo una sencilla rosa hacia mí junto con un aro plateado—, pero no pude evitar recordarte cuando los vi — el anillo también tenía una pequeña rosa de cristal azul en el medio y traté de recordar alguna ocasión en la que le hubiera dicho lo mucho que me gustaban

las rosas—. ¿Sabes qué es lo más asombroso de esta flor? —cuestionó tomando mi mano derecha y colocando el anillo sobre el dedo medio. Negué tragando saliva—. Que representa belleza y fortaleza al mismo tiempo.

»Es tan hermosa, tan delicada y suave..., pero tiene espinas para protegerse. No pude evitar pensar en ti al verlo —murmuró pasando un dedo por el frío metal—. Eres tan fuerte y vulnerable al mismo tiempo. Frágil, pero con herramientas para no permitir ser herida, para sobrevivir, no importa si daña a los demás con tal de mantenerse entera, ilesa, completa. Creo que, si la rosa fuera una persona, serías tú. Una preciosa guerrera que no se deja caer. Tendrían que arrancarte de raíz para marchitarte, y siento que, aun así, encontrarías la manera de seguir —finalizó pasando un dedo por mi mejilla en una suave caricia.

Yo tragué saliva con dificultad. Me quedé contemplando el anillo en mi mano por más tiempo del necesario, dejando que sus palabras dieran vueltas en mi cabeza. Jamás lo había visto así. Estaba todavía tratando de asimilar el remolino de sentimientos que se abrían paso en mi interior por aquel detalle tan bonito.

Dios, cómo lo quería. Demasiado para mi propio bien, me atrevía a decir. Pequeños gestos como ese solo me hacían darme cuenta de que lo que sentía por Owen iba creciendo a paso agigantado y temía que se saliera de control, que me absorbiera por completo. Parpadeé algunas veces para eliminar cualquier rastro de humedad que podía haberse instalado en mis ojos y sonreí apenas, todavía algo aturdida. Elevé mis ojos a los suyos y vi el temor escrito en ellos. Estaba esperando por mi reacción y todo el tiempo que había durado mirando su presente solo lo había puesto nervioso.

—Gracias —susurré. No creía que mi voz habría salido firme si hubiera intentado decir más de dos palabras en agradecimiento, así que solo me acerqué y rodeé su cintura fuertemente con mis brazos. Escuché su exhalación coloreada con alivio y luego sus cálidos brazos abarcaron mi espalda y me apretaron contra su pecho. Posó sus labios contra mi frente y exhaló.

—No es nada —murmuró. Sonriendo, sacudí la cabeza contra su pecho y lo apreté más.

—Significa todo para mí. No creo que te des cuenta de lo mucho que me has alegrado el día —elevé mis ojos a los suyos y él acunó mi rostro con una de sus manos.



—Pues espero poder hacerlo más seguido. Me gusta verte así, feliz y sonriente. Es como mereces estar todos los días de tu vida y mientras me permitas estar a tu lado me dedicaré a eso solamente. A hacerte feliz.

Yo también lo esperaba.

Tomando una profunda respiración, cerré los ojos y una sonrisa se plantó en mis labios. Owen me hacía feliz; incluso cuando discutíamos no se extinguía la dicha que sentía por estar con él. Tomándolo de la mano, lo guie al dormitorio y... Bueno, lo hice feliz.

Cuando salimos del cuarto para cocinar y cenar algo, Owen recibió una llamada y se disculpó para poder atenderla. Le dije que fuera mientras yo terminaba de preparar la pasta con salsa Alfredo. Me dio un beso en la sien y luego salió del apartamento.

*Heroes* de Alesso sonaba en la radio al tiempo que yo seguía cocinando y revolviendo la pasta mientras me movía al ritmo de la canción y la cantaba.

—Era mi hermana —me sobresaltó su voz—. Dijo que mañana tengo que ir a cenar con mis padres —escuché sus pasos acercarse y luego sus manos rodearon mi cintura y su barbilla se apoyó en mi hombro—. ¿Qué dices? ¿Quieres acompañarme? —preguntó, a lo que apagué la estufa para darme la vuelta entre sus brazos. Ya habíamos hablado sobre mí conociendo a sus padres y siempre terminábamos de la misma manera.

Suspiré tensa.

—Owen...

—Ya, ya sé. Crees que es muy pronto para eso, lo entiendo —expresó molesto, frustrado más bien, quitando de inmediato las manos de mi cintura.

Vi la expresión que cruzaba su rostro y me sentí mal por él. Sabía que era algo importante, pero yo no me sentía del todo cómoda con la idea. Su hermana me odiaba y él ni lo sabía. Owen quería poder gritar a los cuatro vientos que me quería, que estábamos juntos, pero yo todavía tenía algunas reservas en cuanto a conocer a su familia, sobre todo a sus padres porque... ¿y si decidían que yo no era suficiente mujer para su hijo?

—Amor... —lo llamé con voz débil.

—Ya, Kara, entiendo. De verdad —me interrumpió. Me brindó una sonrisa apretada y luego miró por encima de mi hombro, hacia la estufa, para encontrar un cambio del tema que siempre lograba ponernos tensos—. Se ve buena, ¿ya está lista?

Asentí con un movimiento de la cabeza y él se dirigió por los platos. Nos servimos y comimos en silencio, solo los sonidos de los carros pasando por la calle y los cubiertos chocando con los platos llenaban la estancia. Me encontraba pensando en que tal vez no fuera tan malo conocerlos; en que tal vez me aceptarían como era, tal vez no me juzgarían como mis padres siempre lo habían hecho, tal vez me sonreirían con sinceridad y tal vez... yo no fuera suficiente. De igual manera nunca lo había sido.

Seguí sumida en mis pensamientos, pesando los pros y los contras, tan concentrada que no sentí la mano de Owen sobre mi antebrazo hasta que me dio un ligero apretón y me llamó. Elevé mis ojos a los suyos y me di cuenta de que me observaba con una expresión más relajada y tierna, más comprensiva.

—Ya deja de pensar en eso, Kara. No pasa nada si no vas conmigo. Nosotros... avanzaremos a tu ritmo, ¿sí? No quiero presionarte y hacerte sentir mal o incómoda —el tono calmado e indulgente de su voz junto con sus palabras hizo que los músculos de mi cuello se relajaran solo un poco.

Le sonreí aliviada y luego, como gesto de agradecimiento, me acerqué a besarlo. Ese efímero contacto de sus labios con los míos era lo único que necesitaba para seguir pensando que todo iría bien, que nada podría salir mal teniéndolo a mi lado, estando así, abrigada entre sus brazos.

Pero, joder... Cuánto me equivoqué.

## Owen

El viernes cuando salí del trabajo, pasé a recoger a Kara a la universidad. Quería ir a comer con ella antes de ir a casa de mis padres así que la invité al restaurante donde ella trabajaba; era su día libre y merecía ser atendida en lugar de ser quien atendiera. A pesar de que se había negado bastante, al final logré convencerla de que era una buena idea y que nada iba a salir mal, cosa que por un momento dudé al entrar y ser atendidos por Marien.

Mi novia y exnovia trabajando juntas... no me gustaba, era incómodo. ¿Por qué? No lo sabía con certeza, pero sí tenía claro que no me agradaba la idea de que ellas convivieran tanto tiempo juntas.

—¡Kara! —exclamó Marien acercándose a ella en cuanto tomamos asiento. Se agachó para poder darle un abrazo sincero que me hizo sentir menos tenso. Si se llevaban bien siendo polos tan opuestos, entonces no debía preocuparme. ¿O sí? —. Pensé que hoy era tu día de descanso —dijo confundida al tiempo que daba un paso atrás.

Lanzó una mirada de reojo en mi dirección y luego sus ojos se abrieron como platos.

—De hecho, mi novio me trajo por eso mismo —expresó Kara, pero Marien no la escuchó.

El rostro de la rubia se partió en una enorme sonrisa y luego arrojó sus brazos alrededor de mi cuello. Chilló mi nombre y yo reí nervioso abrazándola de vuelta con torpeza. Marien siempre había sido demasiado afectuosa y era una de las cosas que siempre me habían gustado de ella, sin embargo, durante ese mes con Kara me había dado cuenta de que ella podía ser algo... posesiva. Era celosa, al igual que yo con ella, y sentía que esa situación la iba a poner mal, algo que no quería para nada.

Solté a Marien y ella debió entender la indirecta porque se alejó de mí para vernos a los dos con una genuina expresión de aprobación en su rostro. Miré hacia Kara, quien me miraba con una tensa sonrisa y los ojos ardiendo de furia contenida.

—Así que son novios, ¿eh? —Marien miró directo a mis ojos y suspiró—. No puedo creer lo pequeño que es el mundo.

—Ni yo —comenté riendo nervioso. Volví a ver a Kara y vi que se encontraba con la nariz enterrada en el menú, el cual de seguro ya se sabía de memoria—. Uh, ¿podemos ordenar de una vez? —pregunté con el tono más relajado que pude. Marien dio un respingo y luego sacó una pequeña libreta del bolsillo de su mandil.

—Oh, claro. Lo siento —rio—. Me emocioné por verlos juntos y... Bueno, lo siento —apoyó la punta de la pluma sobre la hoja de la libreta y miró hacia Kara—. ¿Listos para ordenar?

—Solo quiero un sándwich de pavo y un té, por favor —dijo. Kara la miró con sus ojos azules y pude ver cómo se ablandaban. Se notaba que le tenía mucho cariño y me pregunté qué tan bien la conocía. Si acaso conocía todo lo que yo desconocí cuando estuvimos juntos.

—Oh, está bien. Le diré a Raúl que te lo prepare como te gusta —Marien le sonrió y luego se giró hacia mí—. ¿Y tú, Owen?

Cerré el menú sin siquiera leerlo y le sonreí.

—Dame lo mismo que a Kara. En un rato más iré a casa de mi mamá y me va a matar si no me como todo lo que me sirva —dije en broma. Ambas mujeres rieron por el mal chiste y luego Marien se despidió dejándonos solos.

El local estaba casi desierto, si acaso una o dos personas comiendo solas en mesas bastante alejadas de nosotros, por lo que el silencio reinaba en el lugar. Solo la música de fondo a un volumen bajo estaba evitando que mis nervios explotaran. Me quedé ahí, callado, esperando a que Kara dijera lo que tenía que decir.

—Entonces... —comenzó con tono calmado, lo que me puso más nervioso aún—. Veo que tú y Marien se conocen —señaló, sonriéndole al mesero que trajo nuestras bebidas. Murmuró un agradecimiento y el chico se fue.

Me removí inquieto en la silla y respiré, repitiendo en mi cabeza que Kara era una persona racional y no iba a hacerme una escena por algo que había pasado hace mucho tiempo y no se podía cambiar.

—Sí. Ella y yo fuimos... —me interrumpí y empecé a jugar con la servilleta de tela sobre la mesa.

—Fueron... —repetió instándome a continuar. Volví a tomar aire y le di un trago a mi té para humedecer mi garganta de repente seca.

—Tuvimos algo así como una relación —expliqué, no queriendo alterarla. Escuché los chirridos de unas llantas fuera del local y miré por la ventana agradeciendo la pequeña distracción.

—Algo así como una relación —reiteró saboreando las palabras en su lengua. Hizo un mohín gracioso con sus labios y luego asintió como si estuviera de acuerdo con lo que estuviera pensando—. En otras palabras, fueron novios —concluyó.

Asentí sin decir nada más, sin desviar mis ojos de su rostro, esperando alguna expresión que me hiciera saber lo que pensaba, pero nunca llegó. Kara era una experta escondiendo sus emociones cuando quería, y justo ahora era lo que hacía. Se escondía otra vez. Se estaba refugiando de nuevo en su coraza y yo no quería eso cuando había batallado para que confiara en mí y me abriera su corazón. Su rostro era una máscara en blanco cuando fijó sus ojos en los míos, por lo que sentí un escalofrío recorrer mis brazos. La mujer frente a mí era tan diferente a la que había convivido las últimas semanas, pero muy parecida a la que había sido mi compañera en la secundaria.

—Kara —la llamé cuando comenzó a jugar con la pajilla en su bebida. Lucía pensativa, algo decaída, y aunque no sabía lo que pasaba por su cabeza, tampoco quería que terminara pensando en sus días grises. De vez en cuando la encontraba con la mirada perdida en algún lugar lejano y me preguntaba lo que estaría pensando. Sus ojos siempre lucían tristes y apagados en esos momentos, y yo me acercaba a abrazarla y decirle lo mucho que la quería. Eso siempre parecía funcionar, alegrarla. Me miró a los ojos y ladeó el rostro de manera curiosa esperando a que continuara.

Fue hace mucho y pues... eso. Ya pasó, ya fue, no tienes por qué ponerte así —dije con voz suave, como si le hablara a una pequeña niña asustada para que no diera media vuelta y huyera. Ella suspiró y se pasó la mano por la frente repetidas veces en un visible signo de frustración. ¿Consigo misma tal vez?

—Lo sé, Owen. Créeme que lo sé, pero es inevitable mi reacción. Solo... dame un segundo, ¿sí? Esta vez no estoy huyendo, solo necesito un poco de

tiempo; un par de minutos para asimilar que lo más cercano que tengo a una mejor amiga fue novia de mi actual novio —concluyó apoyando los codos sobre la mesa y masajeando sus sienes con las yemas de sus dedos. Exhalé pesadamente y me dejé caer sobre el respaldo de la silla esperando que a Kara se le pasara la molestia.

Sabía que, a pesar de todo, de cómo actuaba, de lo que quería hacer creer a la gente, Kara en el fondo seguía siendo insegura. Podía verla peleando con lo que abría camino en su interior, sabiendo que no debía dudar de mí y lo que sentía por ello.

El mismo chico que trajo las bebidas volvió con nuestros platillos e imaginé que Marien había visto el malestar en el rostro de su amiga. Siempre tan observadora y considerada con los demás, seguramente había decidido darnos espacio para arreglar la pelea que se había podido oler a varios metros de distancia. Bueno, no pelea, pero sí un desacuerdo. Y es que Kara y yo éramos tan diferentes que la mayoría de las veces no la entendía. Encajábamos, sin embargo, no comprendía nada. No a ella, a su forma de pensar o actuar...

Pero cómo la quería.

Cuando el mesero se marchó, Kara y yo comimos en silencio. Podía sentir la tensión radiando de ella y no quise decir nada que pudiera alterarla más, solo nos dedicamos de lleno a la comida. No hablamos, dejamos que la música llenara el silencio.

«Tenemos nuestras desgracias. El más oscuro de los días. Debemos resistir y mantenernos fuertes. Solo mira el amanecer. La promesa espera. Y recuerda que esta vida debe seguir».

Desconocía la canción que sonaba, pero me hizo recordar todo lo que Kara había pasado a lo largo de su vida. Observé su suave perfil, su nariz respingada y su boca llena con las comisuras curvadas ligeramente hacia abajo. Cómo odiaba ver esa mueca de infelicidad en ella. Mi frustración por su comportamiento, así como así, se desvaneció con un suspiro.

La miré comer su sándwich con los ojos pegados al plato, ojos que se miraban tristes pero resignados. Me pregunté qué habría sido de ella si alguien hubiera visto alguna vez lo mucho que sufría durante su niñez; qué habría sido diferente si alguien se hubiera preocupado genuinamente por ella durante la adolescencia. No tenía ni idea, pero ahora era una mujer hecha y

derecha; una mujer fuerte que había soportado muchas cosas y le demostraba al mundo que, tras una caída, ella se levantaba con la cabeza en alto y más ganas de salir adelante.

Queriendo —necesitando— tocar su piel en aquel momento, estiré mi brazo y coloqué mi mano sobre la suya. Solo ese contacto me hizo sentir mejor, y tenía la esperanza de que ella también se sintiera reconfortada. No quería verla triste nunca, ni siquiera por nimiedades como estas. Marien y yo habíamos tenido algo lindo, pero había pasado hace bastante tiempo, por lo que ella no debía preocuparse de nada, y lo mejor: en poco tiempo, Kara me había hecho sentir más de lo que nunca antes alguien pudo. Ni siquiera Marien.

Miró mi mano sobre la suya y luego elevó sus orbes celestes a los míos. Le di una sonrisa torcida y acaricié sus dedos con mi pulgar.

—Te quiero —confesé con seguridad, con voz firme sin dejar de verla a los ojos, para que se diera cuenta de que eso no cambiaría fácilmente. Suponía que era justo lo que necesitaba escuchar, porque sus hombros se hundieron con alivio y su semblante se suavizó.

—Te quiero —susurró de regreso. Dos palabras que, aunque no lo demostrara, también necesitaba escuchar salir de sus labios.

El ambiente se relajó después de eso y durante un rato más, nos quedamos ahí charlando acerca de mi nuevo trabajo y sobre sus ya no tan interesantes clases de Economía. Decía que ir a la universidad había perdido su encanto desde que otro maestro tomó mi lugar, sin embargo, sabía que la aliviaba el que me hubiera ido a otra parte para que pudiéramos establecer una relación.

Demasiado pronto fue hora de ir a casa de mis padres, así que pagué la comida y la llevé al departamento. Solamente estacioné afuera y apagué el motor para no perder más tiempo, pero no quería separarme de ella todavía. Quería llevarla a conocer a mis padres para que viera que iba en serio con ella, no obstante, ella se empeñaba en decir que no estaba lista y yo le había dicho que no la presionaría.

—Entonces, ¿te veo en la noche? —pregunté para alargar la despedida. Ella me sonrió concedora y se inclinó para besar mis labios con suavidad.

—Dejaré la puerta abierta para ti.

Sin decir nada más, se bajó del auto y, con un gesto de la mano, se despidió y entró al edificio.

Con renovado entusiasmo, encendí el coche de nuevo y conduje hasta la casa de mis padres. Lena ya se encontraba ahí cuando llegué le estaba ayudando a mi mamá a servir los platos, pero corrió a saludarme una vez que entré al que alguna vez fue mi hogar con mi madre siguiéndola de cerca.

—¡Owen! —clamó entusiasmada al tiempo que me rodeaba en un fuerte abrazo—. Ay, no sabes todo lo que tengo que contarte. Te pierdes y los chismes se acumulan, hermanito. ¿Dónde has estado? Por un momento pensé en contratar un investigador privado o algo. ¡He ido a tu departamento y nunca te encuentras! Pf, si no te conociera bien diría que te has estado escondiendo de mí —me reclamó finalizando nuestro abrazo y haciendo un puchero. Se cruzó de brazos y me miró con el ceño fruncido esperando una respuesta de mi parte.

Amaba a mi hermana con todo mi ser, así de dramática, parlanchina y todo. Sonreí preparado para contarle sobre Kara, pero mi madre nos interrumpió.

—Lena, deja el interrogatorio para más tarde. Por ahora vamos a comer antes de que se enfríe la comida, así que ve y avísale a tu padre que ya está todo listo —su voz no admitía ningún tipo de réplica, así que Lena solo pudo poner los ojos en blanco y hacer lo que mamá le pedía—. Te extrañé mucho, hijo —dijo abrazándome con fuerza. Le devolví el abrazo y besé su mejilla con ternura.

—Y yo a ti, mamá —la solté y puse mis manos sobre sus hombros con semblante arrepentido—. Perdón por no haber venido antes. Inicié un nuevo trabajo y... —sonreí—. Conseguí novia —admití en voz baja.

Sus ojos se abrieron asombrados y luego dejó escapar una risa.

—Dios, hijo. Eso es genial —me miró con orgullo maternal y luego elevó su mano para acariciar mi mejilla con esa suavidad característica de las madres—. Seguro que es una gran muchacha para haberte enamorado. Eres un buen hombre, hijo, y no dudo que esa chica también sea una hermosa persona —suspiró dejando caer la mano a su costado—. Qué rápido crecen mis hijos. De verdad que no puedo creer que ya casi cumplirás veinticinco años. ¡Todavía me acuerdo cuando mojabas la cama y...!

—Basta —la interrumpí riendo. Me alegré de que Kara hubiera decidido no acompañarme, ya que habría sido muy bochornoso que escuchara a mi madre contando todas mis vergonzosas anécdotas de la niñez.



Dejó escapar una carcajada ella también y luego nos sentamos en la mesa donde mi papá y Lena se encontraban ya ubicados. Mi hermana con su —casi extensión de su mano— celular y mi padre mirando un partido de béisbol.

—Hijo —me saludó con sequedad al igual que siempre. Nunca había sido el padre más expresivo y amoroso, pero sabía que nos quería y se preocupada por nosotros.

—Hola, papá —dije levantando la barbilla a modo de saludo.

Mi madre nos hizo agradecer a Dios por la comida y luego comenzamos a engullirla sin hablar durante un largo rato.

La comida casera era la mejor y, aunque Kara no cocinaba nada mal, estos platillos me hacían recordar mis días en casa y extrañarlos un poco. Levantarme con el olor del café recién hecho, oír el aceite saltar por el tocino y la televisión a un volumen bajo los domingos por la mañana; las peleas con Lena para ver quién ganaba primero el baño y la manera suave en la que nuestros padres nos reñían. Tantas cosas que tal vez nunca volverían a pasar y jamás había valorado esos detalles que en aquel entonces se me figuraron insignificantes.

La vida no regresa y lamentablemente muchas personas no aprecian los momentos buenos que esta les ha dado.

Después de terminar de comer, ayudé a mi mamá a lavar los platos y cuando volví ella ya había contado las nuevas noticias.

—Así que ya tienes novia, ¿eh, hermanito? Eso explica por qué estuviste tan perdido —volvió a reclamarme Lena con una sonrisa fingida. Suspiré recordando lo celosa que era y los malos ratos que había hecho pasar a algunas de mis relaciones pasadas.

—No es solo por ella que he estado fuera del radar, Lena. También conseguí un nuevo trabajo que exige mucho de mí.

—Uh-huh. ¿Y me vas a decir cómo se llama? —cuestionó con una ceja elevada en desafío.

Miré hacia mi madre y ella tenía sus ojos fijos en mí esperando la respuesta. Mi padre... Bueno, él estaba viendo la televisión todavía.

Aclaré mi garganta y me incliné hacia atrás en el asiento.

—Se llama Kara —dije con suavidad. Incluso su nombre merecía ser pronunciado con delicadeza—. Kara Rosseau. Fuimos juntos a la secundaria

—añadí, esperando que ella no la recordara.

Cuando vi de nuevo hacia Lena, ella tenía el ceño fruncido con confusión, y supe que estaba atando cabos. Pasé saliva con dificultad.

—Me suena su nombre —susurró entrecerrando los ojos—. ¿Cómo es ella?

Me puse de pie y me acerqué a besar la mejilla de la mujer que me dio la vida y después la frente de mi hermana.

—Ya tengo que irme —me excusé. Sabía que, si Lena se enteraba, era capaz de armar la tercera, cuarta y quinta guerra mundial—. Vengo a verlos el próximo fin de semana. Despidete de papá de mi parte.

Salí por la puerta principal ignorando el grito de mi hermana y luego me subí al coche para dirigirme al lugar de Kara, donde ella había dicho que me estaría esperando con la puerta abierta.

Los pensamientos sobre mi hermana se difuminaron conforme las imágenes de mi novia recostada en el sillón viendo películas mientras yo la rodeaba con mis brazos llenaban mi cabeza. Sí, Kara me tenía mal. Yo era adicto a ella y no tenía problema en aceptarlo con tal de poder tener mi siguiente dosis pronto.

## Kara

Una vez que me despedí de Owen, me adentré al edificio para descansar un poco antes de ir al gimnasio. Tenía unas ganas inmensas de sumergirme en la piscina y quemar toda mi frustración, toda esa maraña de sentimientos venenosos que trataban de quemarme desde dentro. Esos enfermizos celos para empezar. Celos de mi mejor amiga, o lo más cercano que tenía a una.

¿Owen y Marien? No quería siquiera imaginar todo lo que habían tenido, lo que una relación conlleva. Besos, caricias, palabras bonitas, intimidad, promesas... ¿qué tanto se habían querido? ¿Qué tan seria había sido su relación? ¿Owen ya la había olvidado? ¿Pensaba en ella estando conmigo? Todas esas dudas se revolvían en mi estómago y en mi pecho haciéndome sentir enferma físicamente, por eso necesitaba salir y despejar mi cabeza; nada mejor que una agotadora sesión de natación para poder lograrlo.

En lugar de descansar como me lo propuse en un principio cuando recién llegué, tomé mi mochila y la llené con las cosas que necesitaría: una toalla, ropa interior y mi traje de baño; luego salí de mi departamento y cogí el coche con destino al gimnasio. Una vez que llegué, saludé a algunos conocidos y me dirigí a la piscina que siempre se encontraba vacía. Me desvestí tomándome el tiempo de doblar con cuidado mi ropa, me coloqué el traje de baño y me lancé al agua que tanto anhelaba. Fue un alivio sentir la frescura que tanto necesitaba contra mi piel.

Los pensamientos negativos, así como así, desaparecieron, dejando a su paso paz y tranquilidad en mi interior. Esa era una de las razones, sino es que la principal, por las que amaba nadar. Porque era como si, una vez que estaba dentro de la pileta, todos los pensamientos pesimistas que me hacían daño se filtraran de mi cuerpo y se disolvieran en el agua. Cualquier duda acerca de lo

que Owen y yo teníamos de pronto se aclaró y estuve segura de que lo que nosotros poseíamos era algo puro, fuerte y que nunca —ninguno de los dos— lo habíamos tenido con alguien más. La intensidad que compartíamos era algo que no podía hallarse dos veces en la vida.

Él me comprendía, me cuidaba, me había perdonado, y yo... Yo solo me dedicaba a hacerlo feliz, a escucharlo y a redimirme cada día por el daño que le había hecho.

Así pasé alrededor de una hora, pataleando, sintiendo los músculos de mis piernas quemar, hasta que escuché en la calma del lugar que una puerta era abierta, rompiendo así la tranquilidad en la que me había sumido. Al llegar a la orilla, elevé la mirada y me encontré con alguien observándome fijamente. Una sonrisa se expandió en mi rostro al ver a Dan ahí de pie, esperándome. Salí de la alberca impulsándome sobre mis brazos, con el agua corriendo por mi cuerpo y pequeñas gotas aferrándose a mis pestañas impidiéndome ver con claridad. Tomé la toalla que había dejado sobre una silla cerca, la enrollé a mi alrededor y luego me acerqué a mi amigo para besar su mejilla.

—Hey, hola. ¿Qué haces por estos rumbos? Tenía entendido que habías salido de la ciudad y que era probable que no volvieras hasta el próximo mes —expresé confundida.

Dan me sonrió y con una mano revolvió mi cabello mojado.

—Nada, planes cancelados a última hora —contestó con simpleza—. Además, quería ver cómo iban las cosas entre tú y Owen. ¿Todo bien?

Sonreí de nuevo ante su preocupación. Desde que se había desvivido pidiéndome perdón por haberme juzgado sin saber todo el contexto que me rodeaba, se había vuelto en un gran amigo. Su lado coqueto no salía cuando estaba a mi lado, solo era él, un Dan protector que me cuidaba como si fuera su hermana menor, me hacía reír cuando mi ánimo estaba por los suelos, sin embargo, desde que Owen y yo estábamos juntos, ya no solía sentirme así. Él me iluminaba por dentro cuando mi interior era oscuro.

Una mirada soñadora se posó en mi rostro al recordarlo.

—Todo perfecto —contesté con sencillez.

Las cejas de mi amigo se elevaron en un gesto divertido.

—Puedo ver la cara de enamorada. Ya imagino cómo ha de estar él —sacudió su cabeza con fingido pesar a lo que choqué mi hombro con su brazo.

—Estamos muy bien. Todo ha ido demasiado bien de hecho.

—¿Dramas?

—Nah. Algunos desacuerdos, pero nada importante.

—Me alegra oírlo.

—Y a mí —confesé sonriendo—. Te ves... diferente —dije notando un cambio en su expresión, algo que no había estado ahí la última vez que lo vi.

Dan desvió su mirada a la piscina y luego sacudió la cabeza.

—No es nada —indicó, sin embargo, yo sabía que sí era algo, solo que no lo presioné. Él me contaría cuando quisiera hacerlo.

—Si tú lo dices... —lo vi asentir con convicción y suspiré—. Vale, te creo. Ahora cuéntame qué haces aquí.

—¿Pues qué más? —preguntó como si fuera obvio—. He venido por ti.



—Tengo que estar en casa temprano —expliqué mordiéndome las uñas—. Owen va a llegar y no recuerdo si tiene la llave de repuesto que le di. Es tan distraído que casi siempre la olvida, y si llega y yo no estoy...

—Tranquila —me interrumpió Dan riendo—. Estaremos ahí antes de que te des cuenta, ¿sí?

—Está bien —exhalé. Miré a nuestro alrededor y fruncí el ceño confundida—. ¿En dónde estamos?

Él se giró a verme y me lanzó una sonrisa insegura.

—Quiero que conozcas a alguien —susurró nervioso, luego abrió la puerta y bajó del coche con dirección a una casa al otro lado de la acera.

Lo seguí porque la curiosidad podía más que yo, y porque sabía que si no lo hacía duraríamos mucho más tiempo con él tratando de convencerme. Cerré la puerta y fui apresurada tras sus pasos. No quería quedarme sola atrás. Dios sabía la mala suerte que tenía y no quería morir atropellada o algo peor.

Apenas lo había alcanzado cuando la entrada de la casa fue abierta por una hermosa mujer delgada y de piel canela que nos recibió con una sonrisa sincera.

—¡Dan! Hola. Pasa, cariño. ¿Qué te trae por acá? —le dio un abrazo rápido y luego me miró con curiosidad—. ¿Y quién es tu amiga? —preguntó

con tono dulce.

Dan me miró por encima de su hombro y me dio un abrazo, atrayéndome a su lado.

—Lynn, esta es mi amiga Kara, de la que te había hablado —contestó ignorando mi semblante confundido. ¿Había estado hablando de mí?

—Sí, sí, lo recuerdo —murmuró con una risa amistosa—. ¡Pasen! Por favor, no se queden ahí.

Abrió más la puerta y entramos a una agradable salita de estar decorada de forma muy femenina. Parecía como si ahí no vivieran más que mujeres. Todo alrededor era de tonos cremas, rosados y tenía encajes o telas floreadas. Te daba la sensación de estar en una casita de muñecas, por lo que traté de no tocar nada alrededor.

—Por acá —nos pidió caminando hacia una mesa con cuatro sillas, un juego de platos y tazas de porcelana se encontraba distribuido sobre ella. Incluso tenía un platito de galletas que olían de maravilla.

Nos sentamos en las sillas sin mucha ceremonia, sin embargo, nos quedamos en silencio por algunos momentos. Lynn nos miraba con una sonrisa y Dan no hacía nada más que ver a su alrededor. Y yo... Bueno, yo me sentía sumamente incómoda ahí, sin saber qué hacer. ¿Para qué me había llevado Dan a ese lugar?

—Bueno —rompió el silencio mi amigo pasados algunos minutos—. Lynn, como ya te había comentado, Kara es modelo, pero justo ahora no tiene ocupaciones en ese ámbito, por lo que tampoco obtiene ese ingreso extra que necesita.

»Kara, Lynn es una amiga mía muy querida y antigua. Ella tiene su propia agencia, aunque es muy pequeña y apenas va comenzando, sin embargo, sé que ella puede ayudarte si lo necesitas. Por eso te traje aquí hoy. No quiero que vuelvas a tener problemas con el dinero y, conociéndote, sé que eres capaz de morirte de hambre solo para no pedir ayuda, cosa que estoy tratando de evitar. Soy consciente de que ahora es algo diferente porque estás con Owen, pero igual quería que te dieras cuenta de que hay muchas opciones fuera, ¿sí? No tienes por qué lamentarte cuando por ahí hay cosas mejores que una ocupación tan... superficial.

Elevé mis cejas ante su discurso.

—Uh...

—Ahora, después de haber dicho esto, las dejo para que hablen de negocios —se puso de pie y se dirigió a quién sabe dónde, dejándonos solas a mí y a Lynn. La miré con los ojos muy abiertos y reí al ver que ella portaba la misma expresión.

—Eso fue raro —admití.

—Dan es así —explicó haciendo un ademán con su mano en el aire—, muy fiel y protector con sus seres queridos. Deberías de sentirte afortunada —escuchamos el televisor encenderse y luego vi a Lynn sonreír levemente. Parecía que estaba... ¿enamorada de Dan? Los ojos le brillaban al hablar de él, al verlo. Sonreí ante esa perspectiva. Ella parecía una gran mujer, y Dan... Bueno, él era el mejor amigo, un muy buen hombre. Podía verlos claramente juntos.

—Es un gran amigo —ofrecí. La morena asintió y luego me observó con esos amables y sonrientes ojos marrones.

—Ahora, ¿te parece que hablemos sobre el trabajo?



Casi una hora después me encontraba tumbada sobre mi colchón mirando el techo y pensando en todo lo que me había propuesto Lynn. Necesitaba el dinero, eso a nadie le venía mal, pero era demasiado el tiempo que tenía que invertir y muy poca la ganancia que recibiría a cambio.

No sabía qué hacer. Quería, por un lado, olvidarme de esa opción de trabajo que tenía, porque, como había dicho Dan, era un ambiente muy superficial, además de falso y competitivo. Las chicas ahí hacían lo que fuera con tal de tener más oportunidades de brillar, no importaba con quién tuvieran que acostarse o sobre quién tuvieran que pasar. Era un entorno de lo más odioso, sin embargo, era de las pocas cosas que se me daban bien. Posar, sonreír, ser falsa y plástica. La práctica hace al maestro y Dios sabe que yo había tenido ya demasiada práctica.

Suspiré sopesando la oferta de Lynn. Tal vez luego necesitaría más datos acerca de su... agencia independiente. Lo bueno era que tenía su tarjeta y podía llamarla en cualquier momento en busca de información, o por lo menos eso fue lo que había entendido; que podría llamarla cuando quisiera si tenía dudas.

Me puse de pie y me dirigí al baño para cambiarme, cuando un mensaje entrante en mi celular lo hizo sonar. Sonreí con la idea de que fuera de Owen, así que corrí en ropa interior a tomarlo, sin embargo, la sonrisa se convirtió en una mueca de confusión al encontrar el nombre de Reil parpadeando en la pantalla. Tenía muchísimo tiempo que no sabía nada de él y me descolocaba el tener noticias suyas así de la nada.

Abrí el mensaje y mis cejas se elevaron con sorpresa al leer lo que escribía ahí.

**Reil:** «Kara, mañana estaré de regreso en la ciudad e iré a verte. Quiero hablar contigo. De hecho, tengo un trabajo muy importante y tú serías la modelo adecuada. ¿Te interesa? Está muy bien pagado, te lo garantizo. Te llamo mañana, solo quería avisarte para no tomarte de sorpresa. Espero que te encuentres bien y que me estés extrañando ;)».

Sonreí al terminar de leerlo. Parecía que no iba a necesitar el trabajo de Lynn después de todo.

Me dirigí de nuevo al baño donde removí mi maquillaje y lavé mi cara. Me enfundé en unos pantalones cortos y blusa sin mangas que usaba como pijama, luego fui a la sala donde encendí el televisor y me recosté sobre el sillón a esperar a Owen.

Me encontraba viendo una película romántica y muy aburrida, por lo que mis ojos comenzaron a pesar. No pasó mucho tiempo cuando escuché la puerta abrirse con cuidado indicándome la llegada de mi novio. Las esquinas de mis labios se elevaron, pero no moví ningún músculo.

—¿Kara? —me llamó en voz baja—. Ya llegué, amor.

El sonido de sus pasos contra el suelo llenaba la estancia, y luego fue su perfume el que inundó mis fosas nasales. Mis ojos se encontraban cerrados por el cansancio, sin embargo, no estaba dormida ni mucho menos. Solo me gustaba descansarlos un poco y escuchar mi alrededor.

Tras unos segundos sentí su mano acariciar mi frente y remover un mechón de cabello de mi rostro, luego sus labios cálidos posarse sobre los míos y susurrar mi nombre una vez más. Abrí mis ojos con lentitud y lo encontré postrado de rodillas ante mí, observándome con adoración.

Mi estómago dio una voltereta.

—Hola, cariño —susurró sonriendo—. Lamento despertarte.

Inhalando una profunda respiración, me incorporé sobre el sillón y me tallé



un ojo con el puño reprimiendo un bostezo.

—No estaba dormida, te estaba esperando —murmuré con voz adormilada. Él rio enternecido. No me creía.

—Bueno, ven, vamos a la cama.

Me tomó de la mano y me puso de pie para dirigirnos a la habitación, donde una vez que entramos, me recostó sobre el colchón y comenzó a desnudarme con lentitud. Me encantaba cuando me trataba así, con una delicadeza infinita, como si fuera lo máspreciado que tuviera y no me quisiera dañar; como si fuera de papel y cualquier movimiento brusco fuera capaz de romperme.

Lo ayudé a quitarse la ropa y luego nos abrazamos, así piel contra piel, tibios y cómodos, sin intentar nada más. Me acunaba entre sus brazos, lugar al que yo llamaba ahora mi hogar, y luego suspiró apretándome con un poco más de fuerza. Exhaló antes de posar sus labios en mi frente y murmurar unas palabras que no alcancé a distinguir, pero que estaban llenas de algo parecido a la tristeza.

—¿Qué pasa? —pregunté, consciente de que algo lo estaba molestando. Una risa silenciosa hizo vibrar su pecho y sentí que sacudía su cabeza en una negativa.

—Nada, solo que te extrañé —murmuró.

A pesar de que esas palabras me hicieron muy feliz, sabía que no era la razón de su actitud. Me removí entre sus brazos con incomodidad y me encontré con sus ojos abiertos en la penumbra de la habitación. Él sabía que no me gustaban las mentiras, por más insignificantes que fueran.

—No me mientas —pedí. Él volvió a reír.

—Creo que no me está gustando esto de que me conozcas tan bien —bromeó—. Y no estoy mintiendo, sí te extrañé —besó mi frente, luego acunó mi rostro entre sus manos y pegó nuestras frentes juntas—. ¿Ya no estás molesta? —inquirió con evidente preocupación.

Su aliento bailó sobre mis labios y los lamí en respuesta. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no besarlo y seguir concentrada en lo que estábamos hablando.

—¿Por qué iba a estar molesta? —pregunté confundida.

—Pues por lo de... Marien. Lo que pasó hoy temprano —se encogió de

hombros—. Vi cuánto te molestó, pero quiero que sepas que ya todo eso quedó en el pasado. Ahora estoy contigo y te quiero mucho, Kara. Nadie nunca me ha hecho sentir como tú lo haces —fijó sus ojos en los míos y elevó las cejas—. Lo sabes, ¿no? ¿Que solo eres tú para mí? ¿Que solo te quiero a ti?

Continuó viéndome directamente, haciéndome sentir mil emociones en la boca del estómago, y asentí. Sabía que no me mentía.

—También te quiero, Owen —dije en un susurro—, y confío en ti más que en nadie —confesé.

Me miró por un largo rato más y luego sonrió soltando un suspiro lleno de alivio.

—Yo también confío en ti. Con mi vida, Kara. Te quiero con mi vida entera.

Me volvió a abrazar pegando nuestros pechos juntos y en ese momento le creí todo. Le creí que me quería, le creí que confiaba en mí..., pero resulta que las cosas no se demuestran con palabras, sino con hechos, y eso fue en lo que falló.

Cuando llegaron las pruebas y los obstáculos a nuestra relación, él se olvidó y no me lo demostró.

## Owen

—Entonces —murmuró Kara mordiendo la punta del lápiz que sostenía—, cuando las líneas de oferta y demanda se unen, ¿es el punto de equilibrio económico?

Asentí riendo y besando la cima de su cabeza.

—Vas entendiendo.

Ella suspiró aliviada y recargó su sien en mi hombro, feliz de haber aprendido algo en la lección de hoy. A pesar de que yo ya no era su profesor, seguía ayudándola con la clase, la cual decía que era más complicada que cuando la impartía yo.

La señora Carmichael había vuelto al fin. Decía que era muy exigente, autoritaria y, según Kara, también aburrida. Decía que conmigo por lo menos tenía el estímulo visual, cosa que me hizo reír, pero que con ella solo le daban ganas de quedarse dormida y por eso necesitaba de mi ayuda más que antes. No podía darse el lujo de sacar malas notas, así que ahora yo era su asesor personal.

—Voy a la cafetería, ¿no encargan nada? —quiso saber Reil cuando salió de su habitación.

Hacía alrededor de dos semanas que mi amigo había vuelto de otra de sus tantas salidas de negocios y había quedado algo asombrado al enterarse de que Kara y yo ya éramos una pareja. Había reído a mandíbula batiente y luego murmurado entre dientes algo sobre no saber por qué se sorprendía. No sabía si se había referido a la evidente atracción entre nosotros o a algo más. No pregunté. Una punzada había comenzado a latir en mis entrañas cada vez que veía el cariño que se profesaban. Recordaba cómo yo había insistido en que ellos eran folla-amigos, en que mi amigo sentía algo más por ella que

simple amistad. Reil la miraba con adoración y Kara ni cuenta se daba. A veces creía encontrar resignación en el semblante del rubio, pero no estaba del todo seguro.

¿Tal vez mi amigo sí había estado enamorado de Kara después de todo?

El mundo era un jodido pañuelo diminuto.

—Yo nada, gracias —contesté. Giré a ver a Kara y la encontré estudiando aún sus apuntes—. ¿No pides nada, amor? —pregunté muy cerca de su oído. La vi estremecerse y sonreí complacido con la reacción que tenía ante mis provocaciones.

—No, gracias, Reil —se giró hacia él y le dio una mirada suplicante—. Pero si se te atraviesa una dona de chocolate por ahí...

—Ya, ya. A veces me pregunto si no estás embarazada, Ross. Últimamente has estado teniendo demasiados antojos, ¿no crees?

Kara le sacó la lengua y se acurrucó más a mi lado.

—Ya viene mi periodo, imbécil. Agradece que se me antoja el chocolate y no que me pongo de mal humor.

—Yo lo agradezco —murmuré contra su cabello.

Uno de sus codos impactó sin fuerza contra mis costillas y yo me carcajeé.

—Eso explica los montones de chocolates que traes cada mes. ¿Acaso también lo tienes anotado en tu calendario?

Su ceño fruncido en fingida molestia me hizo inclinarme a besar sus labios.

—Me gusta consentirte —musité separándome solo un poco. Luego me incliné a besarla de nuevo. Al principio trató de parecer indignada, pero entonces abrió su boca para mí y yo me dediqué a saborearla.

Me gustaba besarla. No, cambien eso. *Amaba* besarla. Era la única vez en la que me decía todo lo que sentía sin palabras, donde no se guardaba nada. Ni siquiera cuando teníamos intimidad lograba que se revelara tanto ante mí. A pesar de que ella aseguraba que me tenía confianza y no me escondía nada, sabía que había algo. No sabía qué con exactitud, no podía poner mi dedo en ello, pero un sentimiento de impotencia me embargaba al no poder solucionar lo que la molestaba, lo que no permitía que fuera cien por ciento sincera conmigo. Confiaba en que ella me hablaría cuando necesitara hacerlo, que no me escondía nada de importancia, pero... la duda. Esa maldita duda me comía lentamente y eso me frustraba.

Tal vez fuera el recuerdo de su hija o de sus padres que nunca la apoyaron. Incluso era probable que la atormentara el recuerdo de su ex abandonándola, como si ella no hubiera estado sufriendo también en aquel momento. No sabía lo que era, pero cada vez que la besaba parecía que todo desaparecía para ella y que solo quedábamos nosotros dos. Sin problemas, sin preocupaciones ni fantasmas que la torturaran. Sin un pasado tormentoso.

Por eso, a pesar de que la mayoría cerraba los ojos al besar, yo no lo hacía; yo la miraba. Nos besábamos y yo abría un poco los ojos para verla abandonarse ante mí. Así me sentía cerca de ella, bien; necesitado y poderoso. Amado.

—Ya empezaron, de nuevo —el encanto del momento fue roto por Reil, quien seguía merodeando en el interior del apartamento.

Con los labios hinchados y las mejillas sonrosadas, Kara se despegó de mí haciéndose hacia atrás, volviendo a tomar los apuntes en sus manos con una sonrisa apenada y desviando la atención de mi persona.

—Pensé que ya te habías ido —le recriminé a mi amigo, algo molesto por su interrupción.

¿Le molestaba a él también verme con Kara?

Él solo sonrió conoedor, sin dejarme ver cómo se sentía, y se encaminó a la puerta.

—Ahora vuelvo. Si van a hacer cosas indebidas, por favor, pongan un calcetín en la puerta —Kara bufó y yo reí recordando las palabras que alguna vez le había dicho—. No hagan nada que yo no haría —guiñó un ojo y entonces se fue.

Tras el sonido del portazo que propinó desvaneciéndose, el silencio volvió a instalarse entre nosotros, interrumpido solo por el mover de las hojas que Kara pasaba con delicadeza.

Admiré su perfil en silencio, sus gestos de concentración. Ceño profundizado, labios fruncidos, nariz arrugada. Linda. Incluso así, luciendo casi molesta, era hermosa. Jamás lo admitiré ante ella, pero amaba hacerla enojar porque... me encendía. No sé, por alguna razón desconocida me gustaba más. Verla enfadada me hacía hervir la sangre, por eso provocaba discusiones sin sentido, sin embargo, siempre terminábamos reconciliándonos, llevados por la pasión y el fuego de su temperamento.

Con mucha lentitud, vi cómo una sonrisa comenzaba a dibujarse en sus

labios. Dejó las hojas que cargaba en una mesa frente a ella y se giró a verme, tímida.

—Deja de mirarme —pidió.

—No puedo. Me gustas demasiado.

Su sonrisa se dulcificó aún más al escucharme, y entonces, sin aviso y de manera inesperada, sus ojos comenzaron a inundarse con lágrimas. Sí, aquellas gotas comenzaron a correr por sus mejillas y yo me quedé estático por la sorpresa, conmocionado. Mis ojos se abrieron como platos al ver aquello. No lo había esperado y no sabía cómo reaccionar, por lo que solo me quedé ahí mirándola fijamente. ¿Qué había dicho o hecho mal?

Repetí mentalmente todo lo que hice y dije en los pasados minutos y no encontré nada incorrecto o grosero; nada que se pudiera malinterpretar. Así que, con temor, acerqué mi mano a la suya y acaricié sus dedos en un gesto suave.

—¿Kara? Lo siento, cariño, ¿puedes decirme qué hice mal?

Dejó escapar una risa llorosa ante mi pregunta y luego enterró el rostro entre sus manos, llorando con más fuerza.

Al carajo. Las mujeres estaban locas.

Me puse de pie frustrado y elevé las manos al aire en un gesto que expresaba lo poco que entendía lo que pasaba por la mente de mi novia. Si en ese momento hubiera podido pedir un deseo, podría haber deseado leer su mente.

O desaparecer por arte de magia, una de dos.

—No hiciste nada —expresó después de unos segundos, algo que me alivió. Si ella decía que no había hecho nada malo, entonces no iba a preocuparme.

¿O sí?

Joder, a veces creía necesitar un manual para entender a aquella mujer.

—Entonces...

—Hormonas —explicó—. Y una conciencia que jamás va a estar tranquila.

Poniéndose de pie y sin dejarme decir nada más, se encaminó al baño frente a mi habitación. Y yo... Yo me senté en el sillón mirando al techo, esperando que me cayeran respuestas del cielo, o por lo menos un rayo para no tener que lidiar con esas emociones tan extrañas. Kara era, sin lugar a

dudas, la mujer más bipolar que me había tocado conocer y, para mi mala — o buena— suerte, de la que me había enamorado sin remedio.

Lo comprobé una vez que salió y me dio una sonrisa tímida, el único rastro de su llanto anterior eran los ojos ligeramente hinchados y enrojecidos.

—¿Mejor? —pregunté. Ella asintió y avanzó hasta quedar frente a mí.

Halé del dorso de sus rodillas y la hice sentarse a horcajadas sobre mis caderas, necesitando poder ver su rostro para, al menos así, ver si podía encontrar algo que me indicara lo que había pasado. Ni siquiera tuve que escrutar su expresión por mucho tiempo porque ella, con mirada arrepentida, confesó en voz baja y boca pequeña:

—Mi periodo.

La carcajada que brotó de mi pecho después de eso no pudo ser detenida. Tanto drama para nada.

—Tu periodo —repetí divertido.

—Y recuerdos feos. No son una buena combinación —añadió con voz delgada. Ahí ante mí, con sus grandes ojos brillantes, Kara parecía una niña pequeña, asustada e indefensa, que necesitaba de mi protección.

Acunando su nuca en una de mis manos, la insté a que se recargara sobre mi hombro y besé su frente.

—Sabes que te quiero, ¿no?

Y esas palabras mágicas bastaron para hacerla sonreír de nuevo.



Cuando Reil regresó y nos encontró en esa posición tan íntima, sonrió y sacudió su cabeza divertido, pero con sus ojos llenos conocimiento. Casi me atrevía a decir que sabía algo que yo no, que conocía más de Kara incluso que su propio novio.

Sabía que ellos tenían algunos años de conocerse, pero ¿qué tanto habían llegado a hacerlo? ¿Y con cuánta profundidad?

—Traje tu dona —le dijo sonriente a Kara—. Y a ti te traje un café negro —murmuró para mí. Kara rio ante el cambio de tono.

—Como tu alma —dije entre dientes.

—Como tu consciencia —regresó.

—Como tu...

—¡Ya! —nos cortó Kara—. Parecen niños de primaria. Compórtense como adultos, ¿sí?

La recordé acurrucada contra mí como una niña y sonreír al tiempo que sacudía la cabeza. ¿Ese comportamiento sí valía?

—Lo siento —canturreamos ambos al mismo tiempo.

Kara se levantó de mi regazo y corrió por su dosis de azúcar necesaria, se puso de puntillas y besó la mejilla de Reil en forma de agradecimiento, gesto... que no me gustó mucho. Ambos tenían una complicidad que me confundía y no era para nada divertido.

—Tienes veinte minutos —susurró él muy bajo cerca de su oído, sin embargo, alcancé a escucharlos.

¿Veinte minutos para qué?, me pregunté. El sentimiento de desconocer algo importante volvió a mí. Mi novia y mi mejor amigo me ocultaban algo, me mentían por omisión, y lo peor era que yo no me atrevía a enfrentarlos para que me dijeran la verdad.

¿Qué sería aquello? ¿Y por qué no me animaba a preguntarlo?

Kara asintió tomando la dona y el café, luego volvió a mi lado y se acomodó a mi costado entregándome el vaso caliente.

—En un momento más voy a salir —avisó dando una mordida al pan glaseado sobre su mano. Gimió gustosa por el dulce y sonreí a pesar de mi desconcierto.

—Oh, está bien —dudé un segundo admirándola engullir el postre—. ¿Quieres que te acompañe?

Ella volvió a hacer ese sonido gustoso y sacudió la cabeza en una negativa.

—No es necesario —sonrió y luego chupó el dulce de sus dedos—. Será rápido. Antes de que te des cuenta ya estaré de regreso.

—Bueno, entonces —dije receloso.

La vi ponerse de pie una vez más, ignorante de mi incomodidad, y encaminarse hacia mi habitación. Tenía unos cambios de ropa ahí a pesar de que vivía al otro lado del pasillo, no obstante, yo no decía nada, no me quejaba. Cuanto menos tiempo pasara yendo para allá, más tiempo la tenía a mi lado.

Asegurándome de que Reil no estaba cerca, la seguí a la habitación y me



adentré, cerrando la puerta tras de mí. Ahí estaba ella de pie en ropa interior, mirando una blusa y un vestido extendidos sobre la cama. Yo me acerqué entonces abrazándola con fuerza por detrás, tratando de decirle en ese gesto que podía confiar siempre en mí, que yo no iba a juzgarla ni a ocultarle nada tampoco. Yo era un libro abierto frente a ella, no le escondía ni un secreto, confiaba en Kara con mi vida, sin embargo, ella no parecía creerme ni querer abrirse del todo. Siempre ocultaba algo de mí y sentía que eso frenaba a nuestra relación.

Sus manos se posaron sobre las mías en su cintura y, con lentitud, se giró entre mis brazos para que quedáramos frente a frente. Me sonrió con algo de duda en sus ojos, preguntándome en silencio qué hacía allí, luego estiró su mano para acariciar mi mejilla con lentitud. Ella sabía que algo me molestaba, sin embargo, se lo oculté para no preocuparla. O eso traté de hacer, pero Kara era lista y muy observadora.

—¿Owen? ¿Qué pasa? —preguntó con tono dulce y mirada preocupada.

No quería decirle que me dolía el que no confiara en mí, no quería parecer desesperado, así que solo sacudí mi cabeza y la abracé contra mi pecho.

Su mejilla se posó en el lugar por encima de mi corazón y me dije a mí mismo que solo eran imaginaciones mías. Kara no me mentiría nunca, ¿no? La confianza era la base sólida en la que fundamentábamos nuestra relación. Si ella me ocultaba cosas, entonces eso significaría que no éramos tan sólidos como yo creía. Y aquello era impensable.

—Kara —la llamé inseguro.

—¿Sí?

—Tú... me dirías si te pasara algo, ¿no? Quiero decir, no me mentirías, ¿verdad? Sé que no serías capaz de ocultarme nada. Por favor, dímelo. Necesito que me lo asegures —murmuré con un toque de desesperación.

El tono de súplica y el agarre que sin querer fortalecí sobre ella, la pusieron alerta. Elevó sus ojos a mi rostro y escrutó mi expresión en busca de... algo.

—Jamás te mentiría, Owen —susurró afligida.

La sinceridad de su afirmación me hizo suspirar de alivio. Tenía que ser verdad eso. Quise creerlo, así que lo hice. Le creí. Confié en ella.

Suspirando aliviado, apoyé mi frente sobre la suya.

—Lo sé, lo sé. Es que... a veces siento como si me ocultaras algo, Kara. Y

eso me mata. Yo confío en ti y me duele creer que tú en mí no —confesé con los ojos cerrados, como si de esa manera mi declaración no me dejara tan vulnerable.

Le acababa de confesar a Kara que tenía el poder de herirme con sus mentiras si quisiera, así que esperaba que usara esa información para evitarnos problemas y malos tragos.

—No te oculto nada —susurró a un suspiro de mi boca—. Es más, para que veas que no te oculto nada te voy a contar algo.

Abrí los ojos y me encontré su mirada clavada en mí.

—¿Qué es?

—Hoy... tengo una reunión con los organizadores de una campaña de cosméticos muy importante de la cual Reil va a ser el fotógrafo —se mordió el labio inferior, debatiéndose entre contarme o no—. Y... Bueno, tengo el perfil que están buscando. Si deciden que soy buena candidata, trabajaré con ellos durante un pequeño periodo, y si están satisfechos con los resultados... me harán la imagen principal de la campaña. ¿Sabes lo que eso significa? —preguntó claramente emocionada. Moví la cabeza negando, divertido por la manera en que le brillaban los ojos de la emoción.

»¡Me van a pagar mucho dinero! Podré dejar el trabajo en Butner's y pagar mi matrícula y demás útiles sin esfuerzo. Seré reconocida, Owen. Esto me va a abrir muchas puertas, tendré más oportunidades —soltó un suspiro y sonrió—. Las cosas están yendo bien para mí y mi carrera, pero... —sacudió la cabeza interrumpiéndose.

—¿Pero...? —la insté a que continuara.

—Esto... va a ocupar mucho de mi tiempo. Del tiempo que paso contigo —susurró desviando la mirada y despegando nuestras frentes.

Mi corazón cayó.

—¿Es por eso por lo que no me lo habías querido decir?

—Iba a decírtelo —explicó en voz baja—, una vez que fuera seguro. No quería que te sintieras mal antes de tiempo —miró de nuevo a mis ojos y esbozó una triste sonrisa—. No es que te oculte nada por mentirte, Owen. Solo trato de no lastimarte si puedo evitarlo.

Tomando su rostro entre mis manos, planté un beso en sus labios y elevé una de mis comisuras.

—La verdad, Kara. Siempre. Aunque me duela, la prefiero mil veces a la mentira o una omisión, ¿de acuerdo?

Cerró sus ojos y se apoyó en mi toque.

—De acuerdo.



Reil y Kara tenían buen tiempo de haberse marchado, cuando Lena me sorprendió con su visita.

—No te esperaba —admití tendiéndole un vaso con agua y sentándome en la silla frente a ella.

—Lo sé, solo estaba cerca y pasé a visitarte —se encogió de hombros y luego sorbió de la bebida—. Es que... tengo noticias —susurró alegre.

Elevé mis cejas y la miré, fijándome en su apariencia cambiada. Su cabello antes rubio, ahora era castaño oscuro, casi negro, su color original. Su piel antes dorada, ahora lucía un poco más pálida. Al parecer había dejado de usar aquel bronceador que tanto amaba. Sus rizos ahora estaban lisos y más cortos. Lo único que seguía igual que siempre eran sus ojos azules, como los míos, aunque un poco más oscuros.

Como los de Kara.

—¿Oh, sí?

—Sí —la vi removerse emocionada en su asiento y luego tomar una profunda respiración—. Mi... novio, me ha conseguido una audición para una campaña muy importante. Están seleccionando a las mejores modelos de la agencia en donde me encuentro. Si me eligen viajaré mucho, hermanito. Seré famosa. Verás la cara de tu querida hermanita en revistas, anuncios, espectaculares... Ay, no, estoy muy emocionada, Owen —exhaló soñadora.

Me quedé pensando por un momento en sus palabras. ¿Se estaba refiriendo a la misma campaña de la que Kara me había hablado?

—Eso es... bueno —ofrecí.

—¿Bueno? ¡Es increíble! Genial. Hermoso, maravilloso, fabuloso, y todo lo que termine en *oso*.

Reí con su ocurrencia y aquella emoción digna de una niña con muñeca nueva.

—Pues mucha suerte, Lena. Solo espero que no tengas que ir desnudándote por ahí para conseguirlo —vi cómo sus mejillas se enrojecían, cosa que me sorprendió. Desvió la mirada y mi estómago cayó—. Lena...

Antes de que pudiera decir algo más, la puerta se abrió revelando a Kara y Reil.

—¡Hemos vuel...! Oh, hola —saludó Kara a mi hermana.

—Kara, ella es Lena, mi hermana. Lena, ella es mi novia Kara —las presenté, deseando que no se reconocieran de la secundaria.

Ambas se observaron durante un largo par de segundos y entonces se acercaron para besarse en las mejillas.

—Mucho gusto —murmuró Lena, algo reacia.

—Uhm, igualmente.

Vi la incomodidad que se había extendido ante ellas y carraspeé.

—Creo que ya conoces a Reil.

—Sí —elevó la mano para saludar y sonrió vacilante—. Uh, creo que mejor me voy —dijo Lena acercándose a mí y besando mi mejilla—. Luego te llamo —me susurró. Se dio la vuelta y encaró a Kara y Reil, quienes seguían de pie frente a la entrada—. Un gusto conocerte, Kara. Fue genial verte, Reil. Adiós.

El portazo que mi hermana dio tras su partida, me dejó en claro que había reconocido a Kara de las fotos escolares.

—Eso... fue extraño —matizó ella rompiendo con el silencio.

—Lo sé —estuvo de acuerdo Reil. Compartieron una mirada y él se echó a reír, logrando que Kara hiciera una mueca—. Bueno, me voy a mi habitación. Los dejo, par de tórtolos.

—Adiós, Reil, Gracias por todo.

—No fue nada —dijo con sinceridad, sonriéndole a Kara, luego adentrándose en su pieza y dejándonos solos. Me acerqué a ella, la abracé y enterré mi nariz en su cuello, inhalando su aroma.

—¿Cómo te fue?

—Bien. Fue... cansado. Es una larga historia —rio.

—Bueno, tengo tiempo —repliqué.

Halé de ella hasta el sillón y la hice sentarse a horcajadas sobre mí, donde

la convencí para que me contara todo, sin omitir detalles.

## Kara

—La última toma, chica —un *flash* me cegó momentáneamente, pero no parpadeé ni perdí la sonrisa en ningún instante.

Dina y Davis, los hermanos organizadores de la campaña cosmética, habían estado muy al pendiente de mi desempeño en las sesiones fotográficas y de mi desenvolvimiento frente a las cámaras. Siempre tenía que estar haciendo poses, sonriendo o haciendo gestos extraños y ellos evaluaban todas y cada una de mis reacciones. Ya habían pasado dos semanas desde los *castings* y las únicas finalistas, por así decirlo, éramos Lena y yo. Sí, me encontraba compitiendo contra mi cuñada, la hermana de mi novio, pero ¿qué tan malo era eso?

Parecía que Lena me odiaba sin razón, sin embargo, quise suponer que era porque de verdad quería ganar y quedarse con el jugoso contrato que le ofrecían a la ganadora.

«Lo siento, querida».

Reil, por desgracia, había tenido que irse de nuevo y se vio obligado a contratar a un nuevo fotógrafo suplente durante el poco tiempo que iba a estar fuera. A pesar de que le rogué que no me abandonara, no pudo quedarse porque era otro de sus tantos eventos apartados. Dijo que había sido programado hacía bastante tiempo y no podía solo cancelar así a última hora sin más. Su reputación como fotógrafo se vería manchada y no sé qué más. Entonces, el único apoyo que tenía en ese momento era el mío propio. Me daba ánimos y palmaditas mentales diciéndome que lo estaba haciendo bien, que yo podía, que era la mejor.

—¡Listo! Lena, tu turno, preciosa.

El fotógrafo no escondía que bateaba para el otro equipo, por eso era que

me sentía cómoda frente a él, algo que no podía decir de Marc Stone, el dueño de la academia a la cual yo pertenecía, al igual que Lena.

Marc era un señor en sus cuarenta y tantos, casi cincuenta años, muy bien conservado y, me atrevo a decir, apuesto. Lo malo era que siempre quería estar presente cuando las sesiones iniciaban y me hacía sentir... observada. Incómoda es un mejor término. Podía percibir su escrutinio sobre mí y me daba escalofríos, no de los buenos. Tenía esa mirada que te hacía sentir intimidada, como si te estuviera desnudando y tú no pudieras hacer nada por cubrirte. Por eso buscaba cualquier pretexto para escapar de su atento análisis visual en cuanto tenía la oportunidad.

En cuanto Max, el fotógrafo, me dijo que ya había terminado conmigo, me escabullí del estudio y me encaminé a los vestidores casi vacíos. Solo quería cambiarme con rapidez y luego ir al encuentro de Owen. No lo había visto mucho durante los quince días pasados y necesitaba poder sentirlo cerca de mí. A veces llegaba a mi departamento y me encontraba tan cansada que solo dormía hasta entrada la mañana, lo que significaba que no lo veía a pesar de vivir prácticamente juntos.

Lo bueno era que las vacaciones habían llegado, aunque mis calificaciones no hubieran sido tan buenas. Claro que pasé, sin embargo, no como me hubiera gustado. Pero es que Owen tenía la culpa. Justo cuando había estado en su departamento tratando de estudiar, salía él de la ducha sin camiseta y con gotas resbalándole por el torso. ¿Qué mujer iba a poder concentrarse en el estudio con semejante visión paseándose por delante de sus narices? Bueno, en definitiva, yo no podía. Mi carne era débil ante él y Owen era consciente de aquello. Cualquier dato que hubiera logrado retener, se borraba en cuanto lo veía semidesnudo.

¿Quién dijo que la vida es justa?

Era verlo, dejar de estudiar y llevarlo de la mano hasta la habitación mientras él reía por mi reacción.

Pero no era solo su cuerpo, sino todo él. La manera tan cariñosa en que me trataba, las miradas llenas de amor y ternura que me lanzaba, sus palabras de consuelo cuando mis ánimos estaban por los suelos... La manera en la que me cuidaba y me trataba. Todo en él me tenía totalmente enamorada. Todo había estado perfecto entre nosotros, o eso había pensado, sin embargo, todos tenemos secretos alguna vez y nosotros no fuimos una excepción por más que me hubiera gustado lo contrario.

Entré a las duchas que se encontraban ahí y me di un baño rápido. Estaba cansada y odiaba sentir mi piel pegajosa por el sudor, por lo que me enjaboné, enjuagué y en un par de minutos ya me encontraba fuera vistiéndome. Me puse una blusa arrugada que tenía en el fondo del bolso y los mismos pantalones de antes. Sacudí mi cabello y decidí dejarlo secar al natural, por lo que pasé al siguiente paso con el maquillaje. De hecho, me encontraba poniéndome una capa de labial cuando la puerta fue abierta con brusquedad.

Fue tal el susto que recibí, que di un pequeño brinco ocasionando que el labial me manchara por fuera del contorno de la boca.

—Pero qué...

—Lo siento.

Miré al hombre entrando frente a mí y fruncí el ceño. Llegué a pensar que por fin había logrado librarme de él, pero al parecer no era así.

—Señor Stone —murmuré con evidente desconfianza—. ¿En qué puedo ayudarlo?

Vi sus ojos barrer mi cuerpo y me estremecí con temor. ¿Qué hacía ese hombre ahí?

—Quería hablar con usted, señorita Rosseau. ¿Tiene unos minutos? Prometo que será rápido.

Miré el celular sobre el tocador frente al cual me había estado maquillando y me di cuenta de que todavía tenía algo de tiempo antes de que Owen saliera de su trabajo. Suspiré resignada.

—Uh, claro.

Marc caminó hasta quedar frente a mí y se sentó en el borde del tocador.

—Es acerca de la campaña —dijo. Eso captó mi atención—. Yo puedo hacer que usted firme el contrato con ellos. Sé que lo necesita más que Lena, esa chiquilla solo quiere ganar fama, en cambio, usted... Bueno, digamos que estoy al corriente de sus problemas económicos.

Arqueé las cejas ante aquel falso tono empático.

—Yo no tengo problemas económicos —admití. Era verdad que no me sobraba el dinero, pero tampoco me faltaba. Ya no.

—Tenía entendido que usted asistía a la universidad —murmuró visiblemente confundido. Su ceño se arrugó y miró al suelo como si este



tuviera la respuesta.

—Oh, sí, pero...

—¿Acaso no pidió préstamos para esto? —interrumpió mirándome directo a los ojos. Tragué saliva y asentí. Ese señor me intimidaba—. Todos sabemos que estudiar la universidad no es nada barato, Kara. Sabemos que muchos son embargados por no poder pagar los préstamos que el gobierno brinda, ya que las sumas son muy considerables y un trabajo de medio tiempo como camarera no alcanza a cubrirlos. En cambio, un contrato con tantas cifras... Fácil —chasqueó los dedos para demostrar su punto. Aplané los labios.

Sabía que tenía razón. Sabía que era verdad todo lo que estaba diciendo, pero no quería aceptarlo. No me agradaba depender de nadie ni lograr las cosas por influencia de otras personas. Me gustaba poder tener las cosas por mis propios méritos, por mi esfuerzo y mi entrega, por mi pasión al hacerlas, no porque alguien llegara y me las ofreciera en bandeja de plata.

—No veo cómo puede ayudarme ni qué debo dar a cambio —expresé con voz firme, cuando la verdad era que temblaba por dentro de miedo por lo que pudiera pedirme. Conocía lo que se decía de él y no era nada agradable.

Lo vi sonreír como un depredador y temí.

—Eso es lo de menos, Kara —se acercó un poco más y colocó una mano sobre mi hombro—. Luego podemos arreglar eso. Algo con lo que ambos estemos... conformes —concluyó con voz profunda e insinuante.

Su pulgar cepilló una caricia en mi cuello y me estremecí por aquel asqueroso toque. Sus dedos se aventuraron a los tirantes de mi blusa, pero no me moví; me sentía congelada, estaba en *shock*. No fue hasta que su mano se aventuró a bajar con lentitud por mi escote que reaccioné empujando su mano lejos de mi cuerpo.

Sin dudarlo, me puse de pie y comencé a tomar mis pertenencias con manos temblorosas. No era tonta, sabía lo que quería de mí, sin embargo, era algo que no le iba a dar. Su fama de seducir a jovencitas y luego botarlas como basura lo predecía. Les hacía promesas, les bajaba las estrellas, y luego las aplastaba cual insectos. Marc Stone sabía cómo obtener lo que quería cuando deseaba, sin embargo, si esta vez me deseaba a mí, iba a llevarse una enorme decepción. Yo no caería en sus tretas. No pasaría por encima de la confianza de Owen ni pisotearía a su hermana por obtener algo que probablemente no mereciera.

Cierto, los prestamos eran un grano en el culo, sin embargo, ya vería cómo apañármelas cuando llegara la hora de saldarlos. Los iba a pagar con dinero que ganara limpiamente con mi trabajo y esfuerzo, no... rebajándome.

Cuando me di la vuelta para enfrentarlo, noté que él también estaba de pie frente a mí, demasiado cerca, pero no me amedrenté. Elevé la barbilla y aclaré mi garganta, dispuesta a dejarle bien claro cómo era yo.

—Lo siento, señor Stone, pero voy a declinar su oferta —lo miré a los ojos con orgullo y seguridad llenando mis venas—. Si merezco ese contrato y ellos me eligen, genial. Si no..., pues no pasa nada. Ya veré yo cómo le hago para resolver *mis* problemas financieros. De todos modos, aprecio que se haya preocupado por mí —finalicé sonriendo con fingida educación.

Él soltó una breve risa seca que me confundió y logró erizarme la piel.

—Ay, Kara. No sabes lo que estás rechazando —masculló sacudiendo la cabeza. Le clavé una mirada despectiva y entrecerré mis ojos.

—Soy más que consciente de lo que me estoy salvando —repliqué. Le brindé la sonrisa más fría posible para resaltar el veneno en mi última frase y luego salí de ahí sintiéndome fúrica.

Me temblaba todo el cuerpo por la ira y frustración acumulada. Pensé que me había librado de ser chantajeada de esa manera, de que me vieran solamente como una cara bonita y un cuerpo del cual aprovecharse, pero al parecer no era así. En todas partes había gente tratando de aprovecharse de uno y eso era algo que debía aprender. En todas partes iba a haber personas que dirían querer ayudarte, pero no tendrían buenas intenciones y solo buscarían perjudicarte. Ahora solo debía mantener los ojos bien abiertos y cuidarme las espaldas. Marc Stone no parecía ser la clase de hombre que se quedaba sentado y sin hacer nada ante un rechazo como el mío.

Ni siquiera me di cuenta de que una lágrima había escapado de mi ojo, hasta que la sentí deslizarse por mi mejilla. Eso me hizo enojar todavía más. Pasé furiosa la palma de mi mano por mi rostro y limpié cualquier rastro de debilidad.

No me iba a dejar manejar por nadie.

Di vuelta en la esquina de un pasillo y choqué con un cuerpo menudo.

—Lo siento mu... —me interrumpí cuando me encontré con Lena mirándome furiosa—. ¿Lena?

—Lo sabía, siempre lo supe —escupió dejándome confusa. ¿Qué sabía?

La miré alejarse de mí con la frente en alto y pasos apresurados, sus tacones resonando en el pasillo desierto. No fue hasta que la vi desaparecer que sentí como si me instalaran una pesada loza sobre los hombros. De repente me sentía muy cansada, totalmente agotada. Solté un largo suspiro y hundí un poco los hombros sintiéndome herida y vencida, luego salí de ese horrible lugar.



—Kara.

Abrí un poco los ojos y me encontré a Owen mirándome con ojos cansados.

—Hola —murmuré con voz pesada por el sueño. Había llegado a mi lugar y me había recostado en lo que esperaba a que Owen llegara, sin embargo, al parecer me había quedado dormida—. ¿Tienes mucho que llegaste? —pregunté.

—Nah, si acaso unos cinco minutos, pero me gusta verte dormir.

Lo encontré sonriéndome y lo imité. Me apoyé sobre los codos un poco, logré incorporarme y dejarle un lugar a Owen para que se sentara a mi lado, cosa que hizo de inmediato.

—¿Cómo te fue hoy? —pregunté. Sentí su brazo rodear mis hombros y jalarme a su costado, por lo que apoyé mi cabeza en su pecho.

—Bah. Normal. Trabajo aquí, viejas chismorreando por allá —reí—. Lo mismo de siempre. ¿A ti cómo te fue?

Lo vi tomar el control remoto y encender la televisión, poniendo una película de acción que ya estaba bastante avanzada. Me acurruqué más a su lado y reflexioné acerca de la respuesta que debía darle. ¿La verdad completa? Conociendo a Owen querría ir a enfrentarse a ese hombre y tenía miedo del resultado. ¿Quién saldría perdiendo?

Decidí mejor darle una respuesta vaga para evitar problemas y confrontaciones.

—Pues es extraño estar compitiendo con tu hermana, ¿sabes?

Sentí su pecho vibrar con su risa silenciosa y sonreí de nuevo.

—Y teniendo en cuenta que Lena es bastante competitiva, no me queda

más remedio que advertirte que tengas cuidado —murmuró. Besó mi frente y luego apoyó su mejilla sobre mi cabeza.

—Tal vez ella sea la que debe cuidarse de mí —advertí.

—Uhm... No lo sé, ambas tienen su carácter. Me atemorizan.

Piqué sus costillas con mi índice, le mostré la lengua y él volvió a reír. Nos quedamos en silencio después de eso, por lo que cerré los ojos disfrutando del sentimiento de paz que me embargaba cuando lo tenía cerca.

—¿Owen?

—Mmm.

—Gracias —susurré. Lo sentí removerse un poco debajo de mí y luego su voz derramarse sobre mi rostro.

—¿Y eso? —inquirió sorprendido. Abrí los ojos y me di cuenta de que los suyos estaban clavados en mí. Me encogí de hombros.

—No lo sé —admití—. Por perdonarme, por hacerme feliz... Gracias por todo, supongo. Por ser tan tú y hacerme ser yo cuando estoy contigo. Porque cuando estamos juntos descubro quién soy. No hace falta fingir o buscar, simplemente soy yo, sin máscaras ni armadura. Te agradezco porque... me quieres. Me aceptas tal y como soy, no me juzgas ni me recriminas nada del pasado.

Dejé escapar un suspiro y me acerqué con lentitud a su rostro hasta depositar un ligero beso en sus labios.

—Kara...

—Gracias por dejarme amarte, Owen. Y gracias por...

Sus labios interrumpieron mis palabras con un intenso beso. Su boca asaltó a la mía con fiereza y sus brazos rodearon mi cintura con fuerza; nuestros pechos se juntaron, nuestras respiraciones se aceleraron. Me recostó con cuidado sobre el sillón, su cuerpo se cernió sobre el mío y sus manos apresuradas comenzaron a quitar las prendas entre nosotros. En poco tiempo, ese agradecimiento que sentía se lo demostré en cada una de mis caricias y los besos que prodigué por su cuerpo.

Así unidos y abrazados, moviéndonos al ritmo de nuestra desnuda y desesperada pasión, escuché por primera vez a los labios de Owen susurrar contra mi cuello:

—Te amo.

Y entonces sentí que estaba completa.



—Me llamó mi hermana —me contó Owen unos días después.

Era sábado y nos encontrábamos en su departamento mirando una película como siempre. La acabábamos de colocar, cuando su teléfono comenzó a sonar. Él había querido salir ese día, sin embargo, logré convencerlo de que era mejor que nos quedáramos en casa. Salir significaba que no podía tenerlo desnudo, y desde hacía varios días era lo único que quería. Deseaba tenerlo solo para mí, sin ropa si era posible y diciendo mi nombre una y otra vez, rogando con amor y desesperación.

Despegué mi mirada de la pantalla y lo encontré de pie a unos metros de mí con el ceño fruncido.

—¿Y? ¿Qué dice?

—Que quiere verme lo antes posible. Un asunto urgente, dijo —escuché la preocupación en su voz.

—Pues si quieres ir ahora...

—No, no. Es nuestro día —se acercó hasta mí y se inclinó a besar mi frente—. Tal vez mañana o el lunes vaya.

Se sentó a mi lado y me atrajo a su regazo, sin embargo, sentía la preocupación radiar todavía de su cuerpo. Seguramente Lena se lo había hecho sonar como un ruego desesperado, porque, a pesar de que Owen estaba justo junto a mí, sentía su mente lejana, pensando en su hermana y el supuesto asunto urgente. Y a pesar de que quería estar con él todo el día...

—Ve si necesitas ir. No quiero que estés preocupado pensando en eso. Mejor vas de una vez, te libras de ese pendiente, regresas y te tengo ahora sí todo para mí —ofrecí depositando un pequeño beso en su mandíbula. Lo miré a los ojos y él frunció más el ceño, debatiéndose entre hacerme caso o ignorarme.

—¿Segura?

Reí y tomé su rostro entre mis manos.

—Mucho —besé su nariz y luego me puse de pie—. Ahora ve.

No tuve que tratar de convencerlo mucho después de eso. Diez minutos

más tarde ya salía y la puerta se cerraba tras de él.

Seguí viendo la película, pero mi mente viajó a esos últimos días. El raro ambiente que se había instalado en el estudio, las miradas de desprecio que me lanzaba Lena y las de deseo que me daba Marc. El trato de Max —el fotógrafo— hacia mí había cambiado, incluso el que me brindaban Dina y Davis.

Ya estaba deseando que mis vacaciones en Butner's terminaran, que fuera lunes y poder ir a un ambiente más conocido y amigable. Extrañaba a Marien y sus diatribas sobre la planeación de su boda. Su dulzura, inocencia... Extrañaba que ella me viera sin maldad. Por eso fue que la incomodidad de saber que era la exnovia de Owen se había pasado tan rápido. Quiero decir, a veces sentía celos si me ponía a pensar en ello, pero trataba de evitarlo. Owen estaba conmigo ahora y él me quería. Me amaba y yo lo amaba.

La película acabó justo cuando abría los ojos. Al parecer me había quedado dormida de nuevo. Estiré mis brazos y cogí el control para ver un canal mientras Owen regresaba. Miré la hora y me di cuenta de que ya era tarde. Se me hacía raro que no hubiera llegado todavía.

Busqué mi celular alrededor y lo encontré metido entre los cojines del sofá. Lo tomé, marqué su número y luego la puerta se abrió revelando la figura del hombre que tanto amaba.

—Owen, pensé que...

El fuerte azote de la puerta cerrada me hizo callar. Al parecer no venía de buen humor.

Lo vi acercarse, o más bien tambalearse hacia mí, e inclinarse para besarme con brusquedad. Tomó mi rostro entre sus manos y comenzó a devorarme sin tregua. La violencia con la que me comía la boca comenzó a lastimarme, por lo que ladeé el rostro y empujé un poco su pecho, jadeante.

—¿Estás ebrio? —pregunté descolocada por su actitud. Jamás se había portado así.

—¿Ebrio? No. Molesto, dolido, traicionado, eso sí.

Sus palabras duras me sorprendieron. ¿Qué tan malo había sido el asunto del que su hermana habló?

—¿Quieres contarme qué pasó?

Se sentó a mi lado, hundió la cara entre sus manos y dejó escapar un

sollozo. Yo me acerqué más para acariciar su espalda..., pero él se alejó de mi toque.

—No, Kara. Justo ahora no quiero verte —musitó. Aquello me cayó como un balde de agua helada.

—Cariño...

—¡Dije que no! —gritó poniéndose de pie—. Solo vete.

Señaló la puerta con el dedo índice y yo asentí, sintiendo cómo el cuerpo comenzaba a temblarme. Me puse de pie y tomé una profunda respiración a través del nudo que se me había instalado en la garganta. Me dolía que no quisiera confiar en mí, pero comprendía que necesitaba su espacio. Tal vez había sido algo muy fuerte y precisaba terminar de asimilarlo él solo.

—Te veo mañana —susurré, temerosa de que mi voz se quebrara por el dolor que podía sentir emanando de él—. Te amo, Owen.

Su falta de respuesta hizo que mi corazón se encogiera un poco más.

Tomé mi celular, mis zapatos y salí de su apartamento cerrando la puerta con delicadeza tras de mí. Entré a mi lugar, me dirigí a la habitación y me recosté sobre mi fría y solitaria cama; el silencio de la noche siendo interrumpido por unos sollozos que venían del departamento contiguo, de Owen.

El corazón se me estrujó. Odiaba sentirme tan inútil, no estar ahí a su lado para consolarlo, pero me había pedido que me fuera y eso fue lo que había hecho. ¿Había estado mal? ¿Debí de haberme quedado a su lado, aunque no hubiera querido? ¿Debí haberlo obligado a hablar conmigo?

Mi interior estaba hecho un revoltijo de emociones y contradicciones. Solo esperaba que, en ese tiempo que estuviera sin mí, pudiera disminuir el sufrimiento y dolor que eran tan notorios en aquel instante.

Cerrando los ojos con fuerza, me hice un ovillo, rogando que al día siguiente todo se aclarara y él se sintiera mejor, que no me apartara de nuevo.

## Kara

El domingo temprano me despertaron unos fuertes ruidos en el departamento contiguo dejándome un poco aturdida. Cuando logré ubicarme, me desperecé y agucé el oído, sin embargo, el alboroto ya había cesado. De golpe recordé la noche anterior, la manera en la que Owen parecía haber estado sufriendo y la forma en la que había pedido que lo dejara solo. Me había dolido el que no hubiera querido tenerme cerca, pero ahora esperaba que eso hubiera pasado y que no volviera a alejarme.

Había pensado que esa etapa de esconderse y levantar muros entre nosotros ya había pasado. Yo me había abierto a él, le había contado lo que me torturaba, mi pasado, las razones por las que había sido como fui... Sin embargo, parecía que él daba un paso hacia atrás.

Estaba en *shock*, me dije. Seguramente la noticia/asunto/problema que Lena había querido tratar con él había sido algo muy grande, muy fuerte, y no había sabido cómo lidiar con ello y se fue contra mí, pero esperaba que la noche le hubiera servido para descansar, recapacitar y aclarar su mente. Esperaba que se diera cuenta de que la manera en que me trató no había sido la mejor.

Poniéndome de pie, sintiéndome realmente cansada, me dirigí al baño para tomar una ducha. Tenía la esperanza de que el agua fría me ayudara a espabilarme un poco, ya que yo tampoco había descansado muy bien con los sollozos de Owen arrullándome. ¿Qué había podido ser tan malo para ponerlo de esa manera? No lo sabía, pero quería estar a su lado para ayudarlo a sobrellevar lo que fuera que lo estuviera atormentando.

Después de enjabonarme y enjuagarme con rapidez, salí de la regadera y me puse la primera muda de ropa que encontré. Ese día no había fotos ni



trabajo ni escuela... Podía andar en fachas, de igual manera Owen ya me había visto así. Sin maquillarme ni peinarme, tomé mi celular y salí del departamento solo para dar un par de pasos y pararme frente al de mi novio.

Al principio toqué ligeramente, de todos modos, si estaba despierto me escucharía, pero tras unos minutos sin que abriera decidí dejar de insistir y marcar al teléfono del lugar.

Cinco llamadas.

Escuchaba el timbre del aparato dentro, pero Owen no cogía la llamada. ¿Habría caído en un sueño muy profundo? Comencé a llamar a su celular mejor. Siete llamadas sin respuesta alguna, y en la octava fue directo a buzón. Me dije que tal vez seguía necesitando su espacio. Me repetí mentalmente que pronto se le pasaría, que no era nada contra mí, pero en el fondo... sentía algo. Tenía un horrible presentimiento que me ahogaba, me presionaba el pecho y no me dejaba respirar con naturalidad. Paranoias mías, pensé. Por lo menos eso quería pensar.

Entré de nuevo a mi departamento, me cambié de ropa y luego salí con rumbo al cementerio. Necesitaba despejarme y solo en ese lugar podía lograrlo con totalidad. Me sentaba frente a la tumba de Kayla y hablaba con ella, le contaba todo y luego me sentía... en paz. Triste, vacía, pero mis preocupaciones se evaporaban por un rato. Mi mente quedaba en blanco y eso era lo que necesitaba en ese instante, dejar de pensar, porque si no me iba a volver loca.

Conduje hasta ese lúgubre lugar y entré preparándome internamente para la tristeza que pronto me embargaría como siempre lo hacía.



Cuando llegué de nuevo a mi edificio y a mi piso, volví a tocar la puerta de Owen, sin embargo, ningún sonido me dio la bienvenida. Todo seguía tan silencioso y tranquilo como antes de irme. Seguro que había salido y aún no llegaba, por eso no notaba ningún movimiento. Era mejor pensar eso a considerar la opción de que no quisiera abrirme.

Suspirando con cansancio, entré a mi lugar, me di una ducha sintiendo un enorme peso sobre mis hombros y luego caí rendida sobre mi cama. No desperté hasta el día siguiente.

Lunes. Volver de nuevo a la rutina del trabajo y luego las sesiones en la academia. Tener que adaptarme a estar todo el día de allá para acá, atendiendo gente, sonriendo, ignorando las preocupaciones que insistían en ocupar mi cabeza. Cero rastros de Owen.

Martes. Lo mismo que el lunes, solo que esta vez no hubo sesión y pude ir al gimnasio a descargar un poco de mi frustración. Sin rastro de Owen.

Miércoles, jueves y viernes... Lo mismo. Comencé a preocuparme demasiado. No podía concentrarme en nada más que no fuera la razón por la que no había visto a Owen en toda la semana. Quiero decir, vivíamos uno al lado del otro. ¿Cómo podía esquivarme con tanta facilidad? Comencé a tomarme el asunto personal.

No contestaba mis llamadas, no me abría la puerta ni respondía mis mensajes. Lena no me decía nada sobre él, solo me lanzaba miradas llenas de odio y giraba el rostro. Me ignoraba y me di cuenta de que con ella no iba a conseguir información. Le pregunté a Dan si no lo había visto por el gimnasio y él solo sacudió la cabeza en una negativa. Me preguntó si habíamos discutido, si estábamos peleados, sin embargo... yo no lo sabía. ¿Habíamos tenido una pelea y yo no me había dado cuenta?

Incluso llegué a preguntarle a Marien sobre él, pero... nada.

El viernes me decidí. El sábado iba a ser mi día de descanso, así que no me movería de su puerta ni para ir al baño hasta que lo viera y me hablara. Necesitaba saber qué estaba pasando con él, con nosotros, iba a averiguar la razón de su actitud tan distante.

Muy temprano, a eso de las cinco, me levanté, me preparé un café y salí con él y mi celular al pasillo. Me senté en el piso y recargué la espalda en la pared al lado de su puerta. Mi vigilia comenzaba.

Dos, tres, cuatro horas y seguía sin aparecerse. Pasó más tiempo, mi celular se descargó y me quedé sin distracción. El sueño hizo que me pesaran los ojos. Si no lo veía pronto, seguro caería dormida ahí en medio del pasillo. ¿Estaba adentro o no había llegado en todos estos días? Tal vez había salido de la ciudad por asuntos de fuerza mayor y yo estaba actuando como una niña inmadura. No sabía nada. El poco descanso junto con la mala alimentación de los pasados días me hacía sentir el cuerpo pesado. Estaba agotada y adormilada, pero tenía un nudo en el estómago por la preocupación que no me dejaba dar más de dos bocados. Creo que estaba entrando en un estado de

ansiedad y depresión otra vez.

Comencé a mordirme las uñas imaginando miles de razones por las que no se había contactado, cada una peor que la anterior.

—¿Kara?

Levanté la mirada esperanzada al escuchar mi nombre, pero me decepcioné al encontrar a Reil viéndome con el ceño fruncido. Parecía preocupado.

—Oh, hola, Reil.

—Pero ¿qué haces ahí? —miró el reloj en su muñeca y luego dejó caer el brazo a su costado—. Son las dos de la tarde. ¿Cuánto tiempo llevas en ese lugar? Luces horrible.

Se acercó a mí y lo dejé ayudarme a levantar mi cuerpo entumecido. ¿De verdad llevaba tantas horas ahí sentada? Eso explicaba por qué no sentía el trasero.

—Estoy esperando a Owen. No lo he visto desde... —mierda. Ya había perdido la cuenta de los días—. ¿Hoy qué es?

—Sábado —informó. Mi mentón tembló. De repente me embargaron unas enormes ganas de llorar.

—No lo he visto desde hace una semana y estoy preocupada —dije, mi voz rompiéndose—. No contesta mis llamadas ni mis mensajes, nadie lo ha visto ni me cuenta de él. Estoy... asustada, Reil. ¿Y si le pasó algo?

Mi amigo abrió la puerta de su piso y me dejó pasar. Comencé a caminar hacia el sofá con su mano guiándome en la espalda y me dejé caer en los cojines una vez que estuve cerca.

—Yo acabo de hablar con él ayer —se sentó a mi lado y analizó mi rostro—. ¿Pelearon?

Sacudí la cabeza.

—N-no. Por lo menos no que yo sepa —sorbí mi nariz y pasé el dorso de mi mano por debajo de esta. Ni siquiera me di cuenta de cuándo empecé a llorar.

—Eso es... raro —asentí en acuerdo y miré al techo cuando sentí más lágrimas acudir a mis ojos—. ¿Cómo fue la última vez que lo viste? —preguntó con voz suave.

Fruncí el ceño tratando de recordar. El cansancio estaba logrando que mis ojos se cerraran.

—Estábamos viendo una película... Luego se fue. Su hermana lo estaba llamando, creo. Uh... Me quedé dormida y él regresó muy tarde, creo que estaba ebrio. Me besó muy fuerte y luego me dijo que no quería verme —mi pecho se oprimió al recordarlo llorando—. Comenzó a sollozar y yo me fui.

—Joder, eso se escucha... delicado —volví a asentir—. ¿Y dices que no contesta tus llamadas?

—Ni los mensajes —susurré compungida. Reil se acercó más a mí y me abrazó para consolarme. Apoyé mi cabeza en su hombro.

—Eso sí es raro. Como te dije, yo le avisé que probablemente llegaría hoy en la noche y él me contestó que no estaba en el departamento, pero que se daría una vuelta en la tarde. Mi vuelo no se atrasó como habíamos esperado y aquí estoy, pero me sorprende que...

El ruido de unas llaves fuera de la entrada lo hizo callar. Mi corazón se aceleró con expectación y casi salió por mi garganta cuando lo vi abrir la puerta e ingresar luciendo muy mal. Se quedó petrificado al vernos ahí sentados. Sus ojos lucían irritados y cansados, parecía más delgado y su semblante gritaba que estaba sufriendo.

Parecía estar apagado.

—Hola —murmuré insegura. Sus ojos se clavaron en los míos, fríos y llenos de un oscuro sentimiento, luego se desviaron a Reil.

—Pensé que llegarías en la noche —dijo ignorando mi saludo. Al parecer se dio cuenta de la intimidad de nuestra posición, porque lo vi apretar la mandíbula y señalarme con su cabeza—. ¿También te la estás follando? —cuestionó con dureza. Ahogué un grito y sentí mi corazón caer.

—¿Qué? —preguntó Reil igual de estupefacto que yo. Mi amigo me miró con los ojos abiertos en incredulidad.

—Que si también te estás acostando con ella —Owen me observó con la expresión en blanco y luego recorrió mi cuerpo descaradamente—. He escuchado que le gusta escalar a base de polvos. Eso explicaría por qué sigues volviendo, es buena en la cama.

«Pero qué...».

No podía creer lo que estaba escuchando salir de sus labios. ¿Quién era ese hombre frente a mí? ¿Dónde estaba mi dulce novio?

—Creo que ustedes necesitan hablar —expresó Reil poniéndose de pie—.

Yo... iré a la academia a ver cómo va todo con la campaña. Si necesitas algo llámame —me susurró antes de comenzar a alejarse.

Lo seguí con la mirada hasta que desapareció tras la puerta y luego el silencio se instaló entre nosotros, tenso y doloroso. Tras unos segundos, me atreví a elevar la mirada y lo encontré estudiando sus zapatos, sus manos enterradas en los bolsillos de los pantalones. Lucía perdido y yo me encontraba totalmente confundida.

—¿Dónde estabas? —me atreví a preguntar. Elevó un segundo la mirada a mis ojos y entonces volvió al punto que había estado estudiando con anterioridad.

—Lejos de ti —susurró, haciéndome estremecer.

Aquella respuesta me dolió en el alma. Eso quería decir que sí había estado alejado de mí a propósito, que me había estado evitando. Y yo acá había estado preocupada, inventando mil excusas para su desaparición.

Tomé una respiración irregular y junté mis manos sobre mi regazo para que no viera cómo tiritaban.

—¿Por qué? —quise saber. Mi voz se quebró al final de la pregunta, pero no me importó. Solo quería entender lo que estaba pasando.

Su mandíbula volvió a apretarse y cerró los ojos como si tuviera dolor.

—No soportaba la idea de verte —confesó.

Un nudo se instaló en mi garganta al escuchar aquello y entonces mi cuerpo entero comenzó a temblar.

—¿Me puedes decir por qué? —volví a preguntar, cada vez sintiéndome más pequeña, débil e insegura.

Una risa seca y burlona me hizo ahogar un sollozo. Me dolía su actitud tan... lejana. No había palabras para describirlo. Distante, frío, cruel.

—Porque eres una cínica —escupió.

—Mírame, Owen —pedí. Observé cómo tomaba una profunda respiración y luego clavaba sus fríos ojos en los míos—. Yo... No sé. ¿Te hice sentir mal de alguna manera sin darme cuenta? Dime qué fue lo que hice mal.

Sacudió la cabeza y volvió a apartar la mirada de mí.

—Aquí el único que hizo mal las cosas fui yo, Kara, al creerte y confiar en ti. Debí suponer que no habías cambiado ni un poco, pero me tenías tan deslumbrado que quise creerte todo, quise... —lo vi apretar la mandíbula

cuando sus ojos se humedecieron.

Me estaba matando el no saber lo que había pasado, lo que me estaba perdiendo y qué lo tenía así, comportándose de esa manera tan fría y grosera conmigo.

—Owen...

—Me mentiste, Kara. Me traicionaste de la peor manera, pero me lo merecía por crédulo.

Lo miré con horror.

—Jamás te he mentado, cariño, ni te he traicionado.

—¡No me llames así! —rugió mirándome ahora sí—. No tienes derecho. Y, por una vez, da la puta cara y acepta que te descubrimos en tu jueguito —masculló temblando de ira. Cada palabra que salía de sus labios me confundía más.

Sacudí la cabeza sin saber aún de lo que estaba hablando y estiré mi brazo hacia él. Lo dejé caer inerte a mi costado de nuevo al verlo observar mi gesto con recelo.

—No entiendo qué es lo que estás diciéndome.

Resoplando, elevó sus manos al cielo en un gesto de exasperación.

—¡Vi las fotos, Kara! ¡Vi el vídeo! —su voz se rompió y lágrimas comenzaron a salir de sus ojos—. Te vi revolcándote con ese tipo en los vestuarios de la agencia. Y tú le sonreías... —un sollozo sacudió su cuerpo e hizo que yo también comenzara a llorar.

Me dolía ver cuánto sufría, y me sentía peor al saber que, en cierto modo, yo era la culpable de eso.

—¡No sé de cuales fotos ni vídeo me estás hablando! —confesé sacudiendo la cabeza. Acababa de decir esas palabras cuando Owen tomó su celular, buscó algo en él y entonces me lo lanzó al regazo sin cuidado.

—¡De eso te estoy hablando, joder!

Ignoré la manera tan brusca con la que me había arrojado el aparato y lo tomé entre mis manos temblorosas. La primera foto era de mí sentada en el vestuario, Marc muy cerca de mi cuerpo con la mano en mi hombro. La siguiente con los dedos descendiendo por mi escote, mi mirada clavada en la suya. Vista así... parecía una imagen muy íntima, pero nada más alejado de la realidad.

Vi la siguiente foto. Yo de pie, sonriendo con falsedad, él muy cerca de mí. La siguiente foto, era yo... No, un momento, esa no era yo. Era otra chica que tenía mi mismo corte de cabello, de espaldas, solo en ropa interior y tacones. La mano de Marc se encontraba en su cintura.

Ya no había más fotos, lo siguiente era un vídeo. Mi mano comenzó a temblar más, temerosa de lo que vería.

Pulsé reproducir.

Claramente era un vídeo sexual. Se podía observar el cuerpo de un hombre de espaldas y unas manos y piernas blancas rodeando su torso y caderas, los cuerpos moviéndose sincronizados. No había sonido, era bastante claro lo que estaban haciendo ahí, pero esa no era yo. Unos segundos después, el hombre la giraba y comenzaba a follarla en otra posición diferente. Así durante varios segundos más. Al último, cuando todo había terminado, él se retiró; ella se dio la vuelta cubriéndose con la camisa del hombre y miró hacia la cámara.

Me congelé.

Esos ojos azules, ese negro cabello corto... Era yo. Era mi rostro en ese vídeo.

Un sudor frío estalló por mi piel. ¿Cómo demonios era eso posible? ¿Cómo podía explicarlo si ni siquiera yo sabía lo que estaba pasando?

Me encontraba en *shock*.

Despacio, bajé el celular y me encontré con la mirada herida y acusadora de Owen. Sabía lo que estaba pensando. Lo sabía porque era probable que yo hubiera pensado lo mismo si me hubiera encontrado en su lugar. Inhalé profundamente y lo miré con fijeza a los ojos.

—No soy yo —susurré. Owen resopló y dejó escapar una carcajada llena de escepticismo—. En serio. No sé cómo terminó mi rostro en ese vídeo, pero no soy yo —dije lo más calmada posible.

—¿Ahora me vas a decir que es falso o es que tienes una gemela malvada? ¿Y las fotos qué? ¿También son falsas? —preguntó molesto, dolido... sintiéndose traicionado.

—Las fotos sí son reales, pero el contexto era diferente. Él me buscó para ofrecirme el contrato de la campaña a cambio de... favores —Owen rio—. Es verdad, yo le dije que podía ganármelo sola. Que se fuera a la mierda. No con esas palabras, pero fue algo así.

Lo miré con súplica y él se pasó las manos por su cabello en un gesto frustrado.

—Eso no es lo que escuché —dijo al fin.

—¿Y qué escuchaste? Owen, no sé quién te mostró esto, pero debes creerme. Esa persona te mintió. Yo... —mi voz se quebró una vez más—. Te amo, Owen. No sería capaz de hacerte eso. ¿Acaso no me crees?

Sus ojos llenos de dolor se clavaron en los míos y sacudió la cabeza. El silencio volvió a instalarse, lóbrego y pesado.

—No sé, Kara. Estoy... No sé. Necesito tiempo. Creo que... Pienso que es mejor que lo dejemos aquí —murmuró resignado. El pánico me invadió.

—No. No me dejes, Owen —supliqué aterrorizada. Me puse de pie y me acerqué a él—. No me dejes. Vas a ver que voy a aclarar todo. Es más, pregúntale a Lena. ¿Ella fue quien te dijo esas cosas? Presiónala para que te diga la verdad.

Estiré mi brazo para tocarlo, pero él dio un paso fuera de mi alcance. Mi ánimo cayó al suelo.

—Lena sería incapaz de mentirme —susurró, lo que me hirió sobremanera.

—¿Y yo sí soy capaz?! —rabié dolida. Alcé mi barbilla sin importarme las lágrimas que salían de las comisuras de mis ojos—. ¿Crees que no he cambiado, que no te amo?! ¿Que todo lo que hemos vivido, lo que te he dicho, ha sido una mentira?! —un sollozo rasgó mi garganta y tuve que obligarme a respirar para poder calmarme—. ¿En serio crees que sería capaz de hacerte daño? —cuestioné en un susurro unos segundos después, mirando directamente a sus ojos. Él no contestó. Entonces, con todo el dolor de mi corazón, abrí los ojos. Supe en ese instante que, contrario a lo que había creído, Owen jamás creyó verdaderamente en mi cambio—. Pues entonces es que no me conoces —finalicé sintiendo dolor... y decepción.

Owen clavó su mirada en el suelo al escucharme y sus hombros de hundieron.

—No lo sé, Kara. Siempre sentí que me escondías cosas... ¿cómo sé que no es eso? Yo... necesito pensarlo. Es que tal vez si lo admitieras podría manejarlo, pero sigues negándolo y yo...

El que dudara de mí de esa manera, lo comprobaba. Owen no confiaba en mí. No *quería* creerme. Si tan solo me hubiera buscado, me hubiera preguntado... Si tan solo no me hubiera callado aquel día.



—Bien —susurré—. Si quieres dudar de mí, si no quieres creerme... — busqué alrededor por mi celular y lo tomé—, entonces no lo hagas —limpié las estúpidas lágrimas que seguía derramando y empujé su pecho inamovible—. Cree lo que quieras. Créele a todo mundo menos a mí. Al fin y al cabo, soy una zorra mentirosa y traicionera, ¿no?

Comencé a caminar hacia la puerta, pero luego me di la vuelta y me planté frente a él estirando mi mano.

—Quiero la llave de mi departamento.

—La dejé debajo de tu puerta —contestó mirándome con odio. Le devolví la mirada sin dudar. No iba a dejar que viera lo destrozada que me encontraba por dentro, a pesar de que ya le había rogado que no me dejara y que me había visto llorar.

—Supongo que esto es el final, ¿no? —expresé. Él asintió sin titubear—. Perfecto. No quiero estar con alguien que piensa lo peor de mí.

—Es lo mejor —masculló entre dientes—. No quiero estar con alguien como tú.

—¡Vete a la mierda! —grité, luego salí de su apartamento y fui al mío, donde una vez dentro me derrumbé y me permití ser débil.

Solo un momento. Solo un instante quería permitirme dejar caer todos mis escudos y barreras. Después de ese día, aunque me doliera y dificultara, iba a tratar de seguir adelante. Yo merecía a alguien que no creyera lo peor de mí, que me tuviera confianza y no se la viviera cuestionando todos mis actos y palabras, así que trataría de superar a Owen.

No iba a morir ni dejarme caer a causa de un hombre, por más que lo amara.

Lo que yo no sabía era que aquel acontecimiento formaba solo la punta del iceberg problemático que sería mi vida a partir de ese entonces.

## Owen

—La vas a desgastar si sigues viéndola tanto —murmuró Dan a mi lado, irritado, haciendo referencia a Kara, de quien parecía que no podía despegar mis ojos. Por más que intentaba distraerme con otra cosa, siempre volvía a ella después de unos segundos. Parecía inevitable y, sinceramente, me hacía sentir débil y estúpido.

Bufando por sus palabras, le lancé una mirada furibunda y devolví mi atención a las pesas. Quería eliminar la imagen de Kara y ese chico sonriéndose en el pasillo del gimnasio, sin embargo, no podía. Los celos, la ira, la decepción y otras emociones corrían por mis venas, me quemaban y envenenaban mi mente, hacían doler mi corazón. A pesar de que ya habían pasado un par de semanas desde que ella y yo nos habíamos separado y que me había dicho a mí mismo que la superaría a ella y a su traición, no parecía ser capaz de avanzar, de seguir con mi vida. Solo sentía que, con cada día que pasaba, me hundía más en la miseria.

Recordaba sus ojos y sus mejillas llenas de lágrimas, la seguridad en su voz, el dolor en su ruego y mirada suplicante... Y me sentía morir. Quería creerle, en serio que lo deseaba, sin embargo, recordaba verla en el vídeo y el sabor de la traición volvía a instalarse en el fondo de mi garganta.

¿Cómo podía creerle cuando las pruebas eran tan claras? Cuando yo la vi ahí, en mi pantalla, sonriéndole a otro hombre y dejándose acariciar por este.

Cerré los ojos con fuerza mientras trataba de controlar mis emociones y dejé escapar un suspiro lleno de frustración. Rememoré la manera en la que la había tratado después de varios días sin verla, por haberme ido a la casa de mis padres, y me quise golpear. Había sido rudo, grosero, sarcástico y completamente injusto; para nada como yo era en realidad. Me había dejado

llevar por todo lo que sentía en ese instante sin importarme nada más, la lastimé... Había visto cómo sus murallas se elevaban de nuevo, cómo ese escudo se envolvía a su alrededor y esa máscara se instalaba una vez más en su lugar. Había hecho que volviera a ser como antes y justo entonces me podía dar cuenta.

Mis ojos viajaron a ella de nuevo y apreté la mandíbula por la escena frente a mí. Un tipo coqueteaba con Kara y ella le correspondía en cierto modo con sonrisas y miradas, pero yo la había llegado a conocer y me daba cuenta de que su mente se encontraba lejos. Veía sus ojos apagados y su sonrisa plástica. Lo había visto desde el día siguiente a nuestro rompimiento cuando salimos de nuestros lugares al mismo tiempo. Sus ojos hinchados y enrojecidos me habían lanzado una mirada... vacía. No había odio, dolor ni rencor. Ninguna emoción en realidad.

Habría preferido mil veces que me encajaran un cuchillo en el pecho en aquel momento. La había llamado, quise que habláramos, pero ella me ignoró por completo. Y lo entendía. Yo había tenido mi oportunidad de escucharla, de dejar que se explicara, pero decidí cerrarme y creer ciegamente en mi hermana. Tal vez si la hubiera dejado contar su versión de los hechos...

Además, Lena había desaparecido. Después de un escueto mensaje diciéndome que se iba de vacaciones con unas amigas, fue como si se hubiera desvanecido en el aire solamente. No contestaba mis mensajes ni llamadas, solo me había enviado un correo diciendo que había llegado a su destino casi quince días atrás, pero eso había sido todo. Aquel viaje había sido en el momento más inoportuno. Necesitaba hablar con ella y que me contara todo de nuevo.

Recordé la vez que había llegado a su apartamento y ella se había encontrado llorando diciendo que su novio la había engañado y que habían terminado por eso, sin embargo, en lugar de sentir pena por ella, me alegré de que hubiera acabado con ese tipo. Lo único que yo había sabido era que el hombre era bastante mayor para ella y que iba a terminar rompiéndole el corazón. Me había encontrado a punto de decir «Te lo dije», cuando soltó la bomba y me dijo que la había engañado con Kara, que ella los había visto y tenía pruebas.

Había sido Lena quien tomó las fotografías y el vídeo. Había lucido tan destrozada que no me permití dudar de sus palabras, al fin y al cabo, ella también había sufrido una traición por parte de la persona que amaba.

Además, era mi hermana y ella nunca haría algo para lastimarme... ¿cierto?

Después de haber terminado con Kara, de haberla visto tan apagada, ya no me hallaba tan seguro.

Una risa que conocía a la perfección me hizo salir de mi estupor. Mi atención fue desviada hacia la fuente de ese sonido y aparté los ojos con rapidez cuando vi a aquel hombre peligrosamente cerca de Kara, invadiendo su espacio personal, y ella sin inmutarse, sin hacer nada por alejarse. Parecía que quería besarla y ella no parecía querer retirarse. No era mi asunto, me dije. Ella ya no era mi asunto. Debía dejarla hacer lo que quisiera y no meterme en su vida...

Ni siquiera me di cuenta del momento en el que comencé a caminar hacia ellos. Mis pies se movían por sí mismos, al parecer sin querer obedecerme, y muy pronto me encontré a medio metro de distancia.

—Kara —la llamé. Su mirada se despegó del tipo frente a ella y se fijó en mí.

*Rota.* Esa era la única palabra con la que podía describirla. Solo alguien que había llegado a conocerla como yo, a fondo, podía darse cuenta de la tristeza y desolación escritas en la profundidad de sus ojos.

—Owen —respondió. Hice una mueca ante el tono con el que dijo mi nombre. Tan... vacío. Me estremecí inconscientemente, pero ella ni siquiera lo notó.

Miré a su acompañante, quien nos observaba con atención. Hice una educada inclinación de cabeza y él elevó el mentón en un rápido saludo. De inmediato volví mi atención a ella.

—¿Puedo hablar contigo? —inquirí. El hombre posó una mano de manera posesiva sobre su cintura y Kara se dejó—. A solas —recalqué con la mandíbula tensa al ver que él no parecía querer irse a ningún lado. Kara elevó una ceja ante el tono de mi petición, tal vez un poco más brusco de lo que me habría gustado.

—No quiero hablar contigo, Owen. Así como tú no quisiste escucharme, ahora yo soy quien no quiere escucharte —musitó. Fue un susurro en voz neutra, pero lo sentí como un golpe físico. El aire salió apresurado de mis pulmones y sentí mis hombros caer solo un poco, derrotados.

—Por favor, Kara. Solo...

—Ella dijo que no, hombre. Déjanos tranquilos.

Una irritación recorrió todo mi cuerpo y me hizo apretar los puños a mis costados ante la intromisión del desconocido. Tomé una profunda respiración y traté de calmarme. No iba a iniciar una pelea en el lugar.

—No estoy hablando contigo —murmuré con furia contenida.

Él elevó una ceja, sonriendo divertido, y apretó más la mano sobre el cuerpo de mi exnovia.

—Ni con ella —señaló.

Pero ¿quién carajos se creía ese tipo?

Volví a inhalar un gran aliento y me obligué a no hacer nada estúpido, a pesar de que mi cuerpo temblaba entero por la rabia y frustración.

—¿Puedes, por favor, retirarte y dejarme hablar un minuto con ella? —pregunté con los dientes apretados. Estaba tratando de ser amable, pero aquel individuo estaba acabando con mi paciencia.

De verdad necesitaba hablar con Kara. Quería hacerlo de una vez para tratar de aclarar las cosas, pero esa persona solo se estaba metiendo donde no le llamaban y estaba quitándome valioso tiempo. Una risa seca salió de sus labios y curvó una comisura de su boca en una sonrisa arrogante.

—Yo creo que no.

Cuando vi cómo volvía a apretar sus dedos alrededor de su cintura en un gesto posesivo no me pude controlar más. Juro que vi rojo en ese momento y lo único que supe fue que lancé un puñetazo directo a su mandíbula. Un grito escapó de Kara y luego se escuchó el golpe sordo de un cuerpo chocando contra el suelo. El sonido de las pisadas de la gente apresurándose a ver lo que había pasado era cada vez más fuerte y cercano. El puño me dolía, sabía que iba a hincharse, pero no quise atenderme en ese momento. Solo quería un tiempo con Kara.

—¿Ahora sí vas a hablar conmigo? —pregunté agotado. Clavé mis ojos en los suyos y quise que viera lo desesperado que me encontraba.

—Joder, Owen. Estás loco —exclamó, sin embargo, tomó mi brazo y me sacó al exterior, al estacionamiento—. ¿Qué es lo que tanto te urge decirme? —preguntó cruzándose de brazos.

Quería verla a los ojos, pero ella tenía la mirada perdida en algún lugar tras de mí. Lucía tan diferente y no precisamente en el buen sentido. Sabía que era mi única oportunidad para decirle todo lo que quería, para que me escuchara,

pero mis labios parecían haberse pegado y las palabras se atascaban en mi garganta. Quería decirle que me sentía incompleto sin ella, que no me importaba lo que hubiera pasado, podíamos arreglarlo; que era capaz de arrastrarme por el fango con tal de tenerla a mi lado y que podía perdonarle haberme sido infiel. Así de mucho la necesitaba.

¿Era tonto? Tal vez, pero no me importaba en aquel momento.

Abrí la boca para decirle todo aquello, pero entonces sus ojos me miraron y en todo lo que podía pensar era que la quería de vuelta a mi lado. ¿Cómo era que, en tan poco tiempo, había llegado a amarla tanto? Sentí que el pecho se me apretaba al ver sus ojos apagados, el brillo que tanto los caracterizaba desaparecido, y lo único que pude decir fue:

—Te ves fatal.

Quise golpearle al instante, sobre todo cuando un atisbo de dolor parpadeó en su mirada. Rápidamente lo escondió. Dejó escapar una risa sin humor y rodó los ojos.

—Gracias, puedo decir lo mismo de ti.

Nos quedamos en silencio, viendo cómo el sol comenzaba a ocultarse y a pintar el cielo de colores. Los únicos sonidos presentes eran los carros pasando y la gente dentro del gimnasio gritando o haciendo cualquier cosa.

—Te extraño —me escuché decir. Así, en un hilo de voz, temiendo que si decía algo más me quebraría de nuevo frente a sus ojos.

La vi elevar las cejas en sorpresa. No había sido algo que ella esperara, pero antes de que pudiera responderme, salió Dan buscándola. Le dijo que ya se marchaba y entonces ella se fue sin darme una última mirada, sin decir nada. Se subió a su auto y luego ambos se marcharon dejándome ahí parado sintiéndome marchito por dentro.

Volví al interior después de varios minutos observando el estacionamiento casi vacío y tomé mis cosas ignorando las miradas de reprobación que me lanzaban algunos miembros por el golpe que le había dado a aquel tipo. Colgué la mochila sobre mi hombro y entonces me dirigí a mi apartamento, donde estaría sufriendo por tener a Kara tan cerca, pero sin poder acortar nuestra distancia.

En el trayecto de regreso en mi coche no hice nada más que conducir en silencio. Mi mente se encontraba en blanco, pero seguía sintiendo dolor, duda y culpabilidad. No tenía nada claro. ¿Le creía a Kara? Y si no era así: ¿Sería

capaz de volver con ella? ¿Podría perdonarla?

Apreté mi agarre sobre el volante y tensé la mandíbula. La extrañaba como loco y la necesitaba a mi lado, pero no estaba seguro de nada, ni siquiera de lo que sentía. Todo mi interior era un revoltijo. ¿Cómo puedes seguir amando a alguien que te traiciona? ¿Cómo puede algo así doler tanto, hasta el punto de superar el sufrimiento físico?

Llegué a mi edificio sintiéndome caer a pedazos. Aparqué, subí a mi lugar y me encontré a Reil sentado en el sillón con los codos recargados sobre sus rodillas. Lucía cansado.

—Hey —susurré. Mi amigo levantó la mirada perdida y me sonrió de manera casi imperceptible—. ¿Todo bien? —quise saber. Él dejó escapar una risa seca.

—Supongo.

—Entonces, ¿por qué esa cara?

—Es la única que tengo —bromeó. Me reí por su mal chiste y lancé mi mochila al suelo.

Moría de sed, así que me dirigí a la cocina para beber algo.

—¿Quieres tomar algo? —grité. Unos pasos se acercaron y escuché el remover de una silla.

—No, gracias —tomé el vaso, lo llené de agua y entonces encaré a Reil, quien parecía querer decir algo. Después de haber bebido casi la mitad de mi vaso, exhaló—. Oye, ¿has visto a Kara? Necesito hablar con ella.

Eso llamó mi atención. Bajé el vaso y fruncí el ceño al tiempo que sacudía la cabeza en dirección a la puerta.

—¿Ya la buscaste en su apartamento? —él asintió—. ¿Intentaste marcar a su celular?

Resopló y pasó ambas manos por su cabello en un gesto que comenzó a preocuparme. Reil siempre se tomaba las cosas con calma.

—Sí. Ya llamé a la cafetería y me dijeron que ya no trabajaba en ese lugar.

—¿Qué? —pregunté sorprendido—. ¿Renunció?

Él sacudió la cabeza, alterado. Comencé a alterarme yo también.

—No, Owen. Al parecer la despidieron por discutir con un cliente. Ella... Joder, estoy preocupado —musitó pasando la mano por su frente. Tragué

saliva, temeroso de preguntar.

—¿Por?

La mirada que antes había estado clavada en la barra se elevó angustiada para fijarse en la mía.

—Dejaron de solicitar su participación en la agencia. Me acaban de llamar, querían que yo le diera la noticia, ya que fui yo quien la llevó y...

Dejé de escuchar. Mi rostro palideció ante la información que llenaba mi cabeza. Kara se había quedado sin ingresos. Si antes había estado batallando con el dinero, ahora no sabía lo que sería de ella. Seguramente volvería a privarse de la comida y pondría su salud en segundo lugar. Ella era una completa orgullosa y no pediría ayuda de nadie, de eso estaba seguro.

Pero... ¿y la renta? Esperaba que encontrara rápido un trabajo, lo necesitaba. Estaba tentado a ofrecerle mi ayuda, sin embargo, estaba seguro de que la rechazaría.

¡Maldición!

—No puede ser...

—Owen, dime algo —pidió Reil. Mi mirada antes perdida se encontró con la suya preocupada y asentí—. ¿Todo está bien con ustedes? Digo, cuando me fui no habían estado bien, pero tenía la esperanza de que lo arreglaran. Lo... ¿lo lograron?

Hice una mueca y agaché mi cabeza, suspirando.

—Esto... No. Ella... Bueno, Kara y yo ya no estamos juntos.

—No jodas —reí de manera seca ante su maldición—. ¿Puedo saber qué pasó?

Repetí esa pregunta en mi cabeza varias veces. ¿Podía saberlo? Él parecía conocer mejor a Kara que yo y, aunque me dolía, también podía ser de utilidad.

Respiré profundamente un par de veces, luego me dispuse a contarle mientras nos sentábamos en el sillón. Le dije lo sucedido sin guardarme nada. Le mostré las evidencias llegado el momento. Le conté todo. Cómo me sentía desde antes de ese suceso, mi reacción al enterarme y la manera en que había reaccionado Kara, hasta le dije las cosas que me había dicho Lena. Todo se lo expliqué tratando de no omitir detalles.

Tal vez pasó una media hora hasta que por fin terminé mientras él veía el



vídeo por cuarta o quinta vez. Tenía la mirada fija en la pantalla y yo me encontraba sentado jugueteando con los dedos de mis manos. Me sentía como si estuviera esperando una sentencia o un veredicto final.

Cuando por fin elevó su mirada, dejó escapar un suspiro que no auguraba nada bueno.

—No sé cómo decirte esto así que solo lo soltaré, ¿vale? —asentí y él inhaló profundo—. El vídeo está editado. La última parte, sobre todo. Es... Si estás familiarizado con las herramientas de edición digital es muy fácil notarlo. Yo como fotógrafo siempre manejo estas cosas y... Sí, es muy notorio —se acercó a mí y señaló una escena en pausa, justo donde salía su rostro.

»No sé si puedes notar los píxeles justo alrededor del rostro de Kara y cómo este se ve más claro. Y medio segundo después, el video termina. Tomaron una foto y la colocaron de manera que pareciera que es ella. Alguien hizo un buen trabajo, pero no tan bueno como para que yo pudiera pasarlo por alto —finalizó.

—Pero... Las fotos...

—Oh, esas sí son las originales. Aunque, si te das cuenta, Kara no sale haciendo nada malo y en la última... ¿te consta que es Kara? Si editaron el vídeo, ¿quién dice que no colocaron una foto ajena? Conozco a Kara y ella es la persona más leal que existe. Ha sufrido tanto en su vida y ha seguido adelante sin ayuda de nadie. Es autosuficiente, orgullosa y muy terca, llega a donde quiere si se lo propone..., pero ella no escalaría de esta manera. Es honesta, humilde y generosa. Te ama, Owen; ella no sería capaz de hacerte esto, pensé que lo sabrías —murmuró, logrando que me ahogara en culpabilidad.

Sentía que el pecho me iba a explotar. No podía respirar con normalidad y los ojos me quemaban por la desesperación y el arrepentimiento. Las manos me temblaban por la revelación. Mi propia hermana me había mentado. Y yo... Yo había acusado a Kara de ser una mentirosa e infiel. Yo no le había creído, no la dejé hablar. Yo... era un idiota.

Y no la merecía.

Este pensamiento me sentó como una patada en el estómago.

—Dios mío —susurré, al borde de las lágrimas. Un nudo se instaló en mi garganta y me impidió tomar aire.

—Creo que le debes una disculpa —susurró Reil a mi lado, colocando una mano sobre mi hombro. Casi reí ante sus palabras.

¿Una disculpa? Yo le debía todo.

Sin pensarlo mucho me puse de pie y salí para enfrentar la puerta contigua. Me temblaban las manos y tuve que apoyarlas en el marco justo después de tocar. Esperaba que ella se encontrara ahí. Necesitaba decirle ahora sí todo y deshacerme en disculpas por haber dudado de ella. Volví a tocar con más fuerza y luego pasé una mano por mi rostro, desesperado. Mi cuerpo vibraba completo por todas las emociones contenidas. Necesitaba sacarlas, desahogarme antes de explotar.

Cuando estuve a punto de tocar de nuevo, la puerta se abrió y reveló a una Kara sorprendida. Tenía el pelo sujeto en una pequeña coleta y no usaba nada de maquillaje. Las ojeras eran bastante visibles, al igual que su palidez y sus mejillas hundidas. Tan frágil y hermosa...

El nudo volvió a mi garganta y las lágrimas picaron tras mis ojos. Elevé ambas manos y acuné su rostro para poder pegar mi frente contra la suya. Sabía que podía notar lo mucho que temblaba en ese momento, pero no dijo nada ni se retiró. Tampoco hizo amago de tocarme. Cuando fijé mi mirada en la suya, mis ojos estaban humedecidos y arrepentidos.

—Perdóname —susurré con voz ronca, rota—. Perdóname, Kara, lo lamento tanto. Debí haberte creído. Ahora sé que estuve equivocado y te traté tan mal... Perdóname, perdóname, por favor —repetí. Entonces no me importó que algunas lágrimas se derramaran y mojaran mis manos. Solo quería que viera lo mucho que lo lamentaba.

—No me creíste cuando te lo dije —masculló sacudiendo la cabeza y dando un paso atrás, alejándose de mi toque—. Dudaste de mí y no me permitiste decir nada, no quisiste escucharme.

La última palabra salió rota y me fijé en que su mentón estaba comenzando a temblar.

—Kara, yo lo sient...

—Dijiste que no querías estar con alguien como yo —murmuró interrumpiéndome, llena de dolor. Sus paredes se estaban resquebrajando de nuevo ante mis ojos y podía ver cómo los sentimientos iban reflejándose de nuevo en su mirada—. Me humillaste frente a mi amigo, Owen. Me insultaste y creíste lo peor de mí. No me dejaste explicarte nada, me tachaste de infiel y

mentirosa a pesar de que te abrí mi corazón y de que me permití ser vulnerable porque creí que tú me protegerías de cualquier cosa. Te conté tantas cosas porque confiaba en ti con todo mi corazón. Dejé que vieras lo mal que me encontraba y traicionaste la confianza que te tenía de la peor manera, ¿y ahora solo vienes y dices que me extrañas? —sollozó.

»Eres un hipócrita bipolar, mentiroso y te odio. Tomaste todo el amor que te tenía y lo convertiste en el peor sentimiento que existe. Te odio tanto, Owen. No te mereces todo el tiempo que gasto pensando en ti ni todo el que pasé lamentándome. ¡Te odio! Ojalá y algún día te des cuenta de lo mal que te equivocaste —gritó dando un paso hacia mí y golpeando mi pecho con su pequeña mano—, y entonces yo ya no estaré para ti. No estaré para nadie.

»Me has roto de nuevo y esta vez no voy a poder arreglarme porque el daño es mayor. ¿Es esta tu venganza por lo que te hice? ¿Es lo que querías? ¿Ver cómo me venía abajo frente a tus ojos? —las lágrimas corrían libres por sus mejillas enrojecidas y su cuerpo se sacudía lleno de rabia y dolor mientras depositaba débiles golpes sobre mi torso. Me dolía verla tan deshecha, y todo por mi culpa. Por mi ceguera y terquedad.

Tomé sus dos manos con una de las mías y rodeé su cintura con mi brazo libre atrayéndola hacia mí.

—Te odio —siguió sollozando con fuerza mientras trataba de alejarse—. Has acabado conmigo.

—Shhh, cariño —susurré pegándola a mi cuerpo, odiándome a mí mismo con la misma intensidad con la que ella me despreciaba. Ella luchaba entre lágrimas para zafarse de mi cuerpo, pero muy pronto se rindió y tomó mi camiseta en sus puños.

—Nunca te voy a perdonar —lloró en mi pecho.

—Lo sé.

—Eres un imbécil.

—También lo sé —murmuré contra su cabello. Comencé a acariciar su espalda y me permití disfrutar de su cercanía. Seguramente no iba a durar mucho más.

Apoyé mi mejilla contra su cabello y apreté los ojos cerrados mientras la sentía temblar entre mis brazos. Si antes la había querido de vuelta entre mis brazos sin estar seguro de la verdad, ahora que la sabía no había duda de que haría lo que fuera por recuperarla. A ella, a su amor y su confianza. Podría

pasarme toda la vida compensándola, reparando sus grietas y sanando sus heridas. Solo quería que me perdonara. Kara tenía un enorme corazón, aunque se empeñara en hacer creer lo contrario. Sabía que, si lo intentaba lo suficiente, ella podría perdonarme.

Un par de minutos después, cuando se hubo calmado, se separó de mí y quedó con su cabeza gacha.

—Tengo que irme —murmuró, luego sorbió su nariz y pasó una mano por sus mejillas húmedas.

—Está bien. Pero quiero hablar contigo cuando sea posible, ¿sí?

Sus ojos por fin se elevaron y así, hinchados e irritados, se fijaron en los míos.

—No lo sé, luego lo veremos.

Y sin decir nada más entró a su apartamento cerrando la puerta con cuidado tras de sí. Yo me quedé ahí como un idiota, mirando fijamente la madera, pensando en que tenía un largo camino por delante solo para poder conseguir su perdón.

Volví a entrar en mi lugar y encontré a Reil tumbado viendo un *reality show*.

—¿Cómo fue? —preguntó—. ¿La encontraste?

—Sí, ella está... ahí —dije señalando a la pared, refiriéndome a su piso—. Creo que deberías de ir tú ahora.

Antes de que pudiera terminar la frase, Reil ya estaba saliendo al pasillo. Ahora fui yo quien se sentó en el sillón, esperando a que mi amigo volviera. Cerré los ojos, apoyé la cabeza contra el respaldo y puse atención a los sonidos que comenzaron a rodearme. Una puerta siendo abierta y cerrada, murmullos, más murmullos. Fue una plática bastante extensa, supuse. Luego pasos y un sonido que no pude identificar.

Silencio.

Por último, después de un largo momento, Reil abriendo la puerta de nuevo y murmurando:

—Kara se ha ido.

## Kara

Miré por última vez mi piso desierto y suspiré sintiéndome triste, igual de vacía que el departamento. Al cerrar esa puerta sabía que estaba terminando con otra dolorosa etapa de mi vida. Había creído que en ese lugar todo iba a salir bien, que empezaría de cero, que renacería..., pero todo lo que pasó fue que volví a caer, y esa vez con más fuerza.

Las marcas que el impacto de la realidad había dejado en mi alma, no iban a sanar con facilidad. Tal vez no sanaran. Viejas heridas habían sido abiertas. Así, sangrantes, dolorosas y punzantes se extendían por todo mi interior. Suponía que algo incorrecto debía haber hecho para merecer tanto mal, para sufrir tanto durante largo tiempo. Ya ni siquiera tenía ganas de luchar. Cuando eres golpeado por la vida tantas veces de manera tan brutal, comienzas a pensar que lo mereces. Yo creía que lo merecía; que la felicidad no era algo hecho para mí... o que tal vez ni siquiera existía.

Abrí la puerta y dejé la habitación sin darle otro vistazo. Era demasiado doloroso tener que pasar página. El encuentro con Owen seguía carcomiéndome el corazón, sus palabras taladrando mi cabeza y burlándose de mí sin piedad. ¿Ahora sí me creía? Después de que le había demostrado lo incapaz que era de lastimarlo, después de que le abrí mi corazón y vacié mi alma en sus manos para que la cuidara... dudó de mí, y aquello era algo que no iba a saber perdonar.

—Kara —la voz de Reil me sacó de mi autocompasión. Elevé la mirada para encontrarme con sus ojos y traté de sonreír, sin embargo, su mirada llena de lástima me dijo que no lo había logrado.

—Hola, Reil. ¿Cómo estás? —pregunté en un susurro. Él metió las manos dentro de los bolsillos de su pantalón y ladeó su cabeza mirando la maleta

que me encontraba sosteniendo.

—Creo que yo debería preguntarte eso a ti, así que... ¿cómo te encuentras?

Sus ojos estaban llenos de conocimiento. Sabía que no me encontraba bien y quería escucharlo de mis labios. Miré hacia mis pies y sentí mi barbilla temblar, las lágrimas atorándose en mi garganta e impidiéndome soltar más que un hilo de voz. No quería que más gente me viera romperme, sin embargo, me encontraba demasiado cansada como para elevar mis murallas de nuevo.

—Viva —admití.

«O algo parecido».

—Eso es bueno.

Sonreí con tristeza y sacudí la cabeza. En ese momento no me sentía para nada bien. Percibía vacío mi interior. Nada de lo que hacía para distraerme lograba hacerme sentir bien. Me encontraba sola en el mundo, triste, herida... Eso no era vivir.

Apreté la agarradera de la maleta en mi mano y vi a Reil.

—Uhm, me tengo que ir. Yo... Me están esperando.

Hice un gesto con la cabeza hacia las escaleras y mi amigo asintió.

—¿Te mudas?

—Sí. Ya no puedo permitirme pagar la renta ahora —confesé encogiéndome de hombros—. Creo que ya lo sabes, pero ahora no tengo trabajo como modelo. Ni como mesera. Entonces...

—Comprendo.

—Sí.

Miré hacia la puerta cerrada del piso de Owen y Reil, entonces cerré los ojos y me di la vuelta.

—Oye, Kara —llamó mi amigo. Me detuve—. Solo quiero que sepas que yo no dudé de ti nunca. Te conozco lo suficiente y sé que eres incapaz de hacer algo así —dijo en un susurro que apretó mi corazón.

Reil no había dudado de mí, pero Owen sí. Tal vez nunca creyó en mí. Era probable que desde el principio nuestra relación hubiera estado condenada. Miré a mi amigo por encima del hombro y le di una sonrisa temblorosa de agradecimiento. No estaba segura de ser capaz de decir algo sin echarme a

llorar. Giré mi rostro de nuevo, enderecé los hombros y entonces salí del edificio con rumbo al auto de Dan.



—Tú dime dónde es —pidió una vez que entramos a aquel lujoso barrio.

Mi corazón estaba acelerado por el miedo y mis palmas sudaban por la ansiedad. Tenía ya varios años sin saber de ellos más que la llamada que les había hecho el día anterior, pero estaba segura de que no habían cambiado en nada, de que seguían siendo los mismos de siempre. Y a pesar de que aquello me aterraba, el pensar que volvería a sentirme como una niña abandonada, eran mi única opción si no quería terminar en la calle.

Mi orgullo ya no importaba. ¿De qué valía si me mataba de hambre?

—Aquí en la esquina a la derecha —susurré sintiéndome cada vez más pequeña.

Pude notar cómo Dan me observaba por el rabillo de su ojo, sin embargo, lo ignoré. No quería que volviera a ofrecerme vivir con él durante un tiempo. Sabía que estaba tratando de iniciar algo serio con una chica y no quería que hubiera malentendidos entre ellos a causa de mí. No necesitaba más drama o problemas en mi vida, no podía cargar con más culpa sobre mis hombros; entonces sí me hundiría y no estaba segura de ser capaz de levantarme. A duras penas podía ahora con mi carga emocional.

—Kara...

—Es en esa casa blanca de tres pisos —le informé interrumpiéndolo—. La que tiene el carro rojo en la entrada.

Lo vi asentir a mis indicaciones y no volvió a decir nada. Dan estacionó frente al lugar que le mencionaba y apagó el coche, girando sobre su asiento para verme con intensidad.

—No es ninguna molestia para mí, Kara, de verdad. Solo no quiero que ellos terminen de... —se interrumpió y aplanó los labios, frustrado por no poder encontrar las palabras correctas.

—¿De hundirme? —completé. Sus ojos se fijaron en mí, preocupados, y no pude evitar reír sin humor—. No te preocupes, ya estoy en el fondo. Más abajo no puedo llegar.

Le di una sonrisa vacilante y abrí la puerta. Dan salió para sacar mi

equipaje del maletero.

—Solo una llamada. Es lo único que necesitas para que yo esté aquí en un santiamén, ¿entiendes? Solo estaré a una llamada de distancia.

Miré hacia esos ojos preocupados y asentí conmovida. Ese hombre, junto a Reil, había sido mi mayor apoyo durante esas pasadas semanas y lo iba a extrañar demasiado.

—Gracias por todo —murmuré.

Dan me atrajo hacia su pecho en un abrazo apretado y, por millonésima vez en el día, lloré. Parecía que no podía hacer nada más que llorar. Todo, cualquier cosa, tocaba las fibras sensibles de mi interior y me hacía sollozar hasta el cansancio. Tal vez era por eso. Porque estaba cansada y no podía controlarme, no podía esforzarme y tratar de aparentar que estaba bien. Dan solo se quedó ahí acariciando mi espalda y susurrando en mi cabello que todo iba a estar bien. Pero aquello ya no era algo en lo que creyera. En el fondo yo sabía que no era verdad.

Nada estaba bien y era probable que nunca lo estuviera para mí.

—No es nada, Kara. Por ti haría todo —rompió el agarre que tenía sobre mi cuerpo y limpió mis lágrimas con sus pulgares—. Solo una llamada y vendré corriendo por ti. No lo olvides.

Sonreí a duras penas y besé su mejilla, entonces la puerta de la casa fue abierta y una mujer rubia con penetrante mirada verdosa me observó con una sonrisa plástica que había llegado a conocer bien y que me daba la bienvenida a mi propio infierno.

Me encaminé al interior arrastrando la maleta mientras mi madre no dejaba de parlotear acerca de los planes que tenía para la semana. La casa era enorme, pero conocía cada pasillo a la perfección desde mi infancia, cada atajo, así que no tardé mucho en llegar a la que había sido mi habitación de niña. Seguía igual que siempre. Una suave alfombra de un color vino cubría el piso y amortiguaba mis pasos. Una cama enorme forrada con sábanas violetas, del mismo color que las paredes, se encontraba en el centro del cuarto. Me acerqué a ella y dejé la maleta encima. Dos grandes ventanales cubiertos por delgadas telas color crema dejaban entrar la luz a raudales. La habitación era dos veces más grande que el departamento en el que había estado viviendo, pero extrañamente me hacía sentir... encerrada, sofocada; como una prisionera.



Di una lenta vuelta familiarizándome de nuevo con los alrededores y entonces mi mirada se topó con aquel enorme espejo de cuerpo completo. Iba de piso a techo y me devolvía la imagen de una muchacha. Ladeé el rostro. Era increíble lo poco que estaba familiarizada con aquella mujer.

Lucía tan mal, tan triste, pero eso no disminuía su belleza. Si acaso la acentuaba.

Continué mirando mi reflejo, hasta que sentí que una mano sobre mi hombro tiraba un poco de mí.

—No deberías descuidarte tanto —dijo mi madre frunciendo el ceño—, así nunca vas a encontrar un marido.

Casi reí. En cualquier otro momento lo habría hecho. En cualquier día normal le habría dicho que cuando buscara un marido me aseguraría de que no estuviera conmigo solo por mi físico, pero en aquel instante preferí quedarme callada. No tenía ánimos para iniciar una discusión.

Suspirando, me alejé de ella y comencé a desempacar mi maleta.

—Voy a darme una ducha y después dormiré. Estoy cansada —dije en voz baja.

No giré para ver el semblante de mi madre, quien seguramente me miraba con desaprobación, pero alcancé a escuchar aquel sonido que hacía cuando estaba frustrada. Casi la pude ver frunciendo los labios.

—Bien —aceptó al fin—. Le diré a Mina que te avise cuando esté la comida.

Un portazo me avisó que había salido de mi pieza, así que me dejé caer sobre mi espalda sobre el colchón. No sabía qué había esperado que pasaría al verla, pero su fría indiferencia volvió a herirme como lo había hecho durante mi infancia. No debería haberme sorprendido su actitud, pero lo hizo. Logró volver a hacerme sentir pequeña, inútil y desprotegida.

Y debía empezar a hacerme a la idea de que así sería durante todo el tiempo que me quedara con ellos.

Cerré los ojos cuando sentí un par de lágrimas rodar por mis sienes y mi pecho se sacudió al tomar una temblorosa respiración. Quería sentir la esperanza de que con el tiempo las cosas mejorarían, pero ya no era tan ingenua. Mis esperanzas se habían disuelto en el aire... y una persona sin esperanzas, no encuentra razones para seguir.



Me encontraba sentada en la ventana de mi vieja habitación mirando hacia el cielo nublado cuando la puerta fue abierta de manera muy brusca.

—Los Connor van a venir a cenar esta noche para darte la bienvenida de nuevo, así que espero te encuentres presentable para las siete y bajas al comedor con nosotros —anunció mi madre antes de volver a cerrar la puerta.

Ni siquiera había quitado mi mirada del paisaje exterior mientras la escuchaba decir aquello. Siempre había sido así; ella dictaba y yo obedecía sin rechistar, sin embargo, esa vez no me encontraba de ánimos para aquella cena. Apenas tenía dos días viviendo con ellos y ya me sentía más vacía que antes de llegar.

Apoyé mi mejilla sobre mis rodillas y abracé mis piernas en un intento por mantenerme completa. Ver a los Connor traería viejos recuerdos que quería dejar enterrados en el fondo de mi mente. No estaba segura de poder verlos y no volver a sentir la culpabilidad que me llenaba cuando me daban sus miradas llenas de censura. Ellos siempre me habían culpado de lo sucedido.

¿Cómo no iba a hacerlo yo si todo el mundo insistía en ello?

Solté un suspiro que empañó el vidrio y dibujé una K sobre la superficie, entonces sentí a mis ojos llenarse de lágrimas una vez más. ¿Acaso alguna vez dejaría de doler tanto la pérdida de mi bebé?

Dejé que aquellas gotas rodaran por mis mejillas y cerré los ojos imaginando que Kayla se encontraba conmigo, a mi lado, brindándome paz y consuelo con su presencia tan angelical. La imaginé llamándome mamá y riendo mientras jugábamos juntas. Sollocé al pensar en sus rulos negros rebotando y sus inocentes ojos azules viéndome con adoración, como si fuera su heroína y una mujer indestructible que lo podía hacer todo por ella.

¿Por qué me la habían arrebatado? Era la pregunta que siempre taladraba mi cabeza. ¿Por qué? ¿Por qué ella? ¿Y por qué a mí? Podía haber sido una perra desde chica, pero no había merecido que me la quitaran así de esa manera tan cruel. Yo la había amado y hecho todo por ella. La seguía amando. Siempre lo haría.

—Perdón, Kayla. Perdóname por no haberte salvado, mi amor.

Me permití desahogarme mientras recordaba el bombardeo verbal de mis padres durante esos últimos días y sus inútiles consejos superficiales. El

abandono y la desconfianza de Owen, la burla en los ojos de Lena y el rencor en los de Marc. La decepción en el semblante de todos mis compañeros. Los apodosos que me soltaban mientras salía de ahí. Puta, zorra, perra, mentirosa, trepadora... Nada nuevo que no hubiera escuchado antes, pero en aquel momento me había encontrado tan entumecida emocionalmente que no traté de defenderme. De igual manera la gente siempre creía lo que quería creer. ¿De qué iba a servir defenderme? De nada, por eso me quedé callada y permití que me bombardearan con palabras.

Había dejado de sentir por un momento y tenía la esperanza que así fuera hasta que volviera a sanar, pero esta ilusión fue apagada con rapidez cuando Owen llamó a mi departamento y comenzó a disculparse. El dolor que había sentido entonces fue tan desgarrador que sentí por un momento que me iba a matar. Y lo deseé por segunda vez en mi vida. Yo solo... quería dejar de sufrir. El mundo me estaba cayendo encima, o al menos así lo sentía yo, y solo quería que me aplastara hasta asfixiarme, hasta que no pudiera respirar y hasta que se llevara el dolor que me consumía.

La aflicción había sido tanta que no la pude mantener dentro de mí y exploté. Le había dicho la verdad, lo dejé ver lo mal que me encontraba... Le dije que lo odiaba, cuando la única verdad era que odiaba no poder dejar de amarlo. Incluso, mientras golpeaba su pecho y sollozaba, había estado pensando en que quería volver al día que Marc me arrinconó en el vestuario y contarle todo a Owen. Las cosas habrían sido diferentes entonces.

Limpiando mis lágrimas, me puse de pie y me encaminé al baño, donde tomé una larga ducha que esperaba lavara mi angustia. Me quedé sentada en el piso sintiendo las gotas caer en mi espalda con fuerza y clavé la mirada en la pared, perdida durante un largo tiempo hasta que el agua se volvió fría. Aun así, no hice ningún movimiento para salir de ahí durante otro buen rato.

Cuando mi madre abrió la puerta de mi habitación yo ya estaba vestida. Llevaba un vestido negro ceñido por debajo de las rodillas. No tenía ni una gota de maquillaje en el rostro y ella lo notó de inmediato.

—Te ves horrible —expresó haciendo una mueca de desagrado—. Dios, Kara. Mírate. ¿Qué te ha pasado?

«Oh, nada, mamá. Solo, ya sabes, siento que tengo el mundo encima y he estado pensando en acabar con mi vida una vez más. Me la he pasado preguntándome qué fue lo que hice para que la vida me odiara tanto y me lanzara tantos obstáculos que no estoy segura de poder superar y eso me

martiriza, pero no es nada importante, no te preocupes», pensé decirle, sin embargo, no estaba segura de que apreciara una respuesta tan franca. Al fin y al cabo, en ese lugar se respiraba la hipocresía y la sinceridad estaba sobrevalorada.

—No he dormido muy bien últimamente —respondí en su lugar.

Ella esbozó una sonrisa pequeña y se acercó hasta quedar tras de mí.

—Creo que si te pones un poco de maquillaje serás capaz de conquistar a Beck nuevamente. ¿Te imaginas? Nuestras familias volverían a estar unidas. ¿No es emocionante?

La verdad era que no. Beck Connor me odiaba y yo no podría soportar verlo sin recordar todo lo que habíamos pasado. Y en aquel momento, era algo que quería evitar.

—Sí —susurré, guardando para mí mis verdaderas opiniones.

Me estaba convirtiendo una vez más en el títere de mis padres, pero estaba bien para mí. Mientras las emociones se mantuvieran encerradas, podría seguir adelante; no correría el riesgo de volver a salir lastimada. Empezaba a comprender el estilo de vida que la gente rica llevaba. Mientras no fueras genuino, mientras la falsedad gobernara tu manera de ser, hacer y decir, entonces no corrías riesgo de ser aplastado por la magnitud de tus sentimientos, ya que estos se encontrarían guardados en un cajón.

La cena transcurrió sin problemas. Beck no había podido asistir porque tenía mucho trabajo según sus padres, pero no estaba muy segura de ello. Tal vez se hubiera sentido como yo y no había deseado verme, solo que él sí era capaz de plantar rostro a sus padres y negarse a sus deseos. Me pregunté si habría cambiado mucho desde la última vez que lo vi. Si había vuelto a sonreír alguna vez, si esos ojos marrones habían vuelto a brillar o se había quedado tan vacío como la vez que enterramos a Kayla.

Habíamos sido tan solo unos niños, pero ya habíamos madurado. Por lo menos yo lo había hecho. A mis veintitrés años de edad ya había pasado por cosas que gente de cincuenta jamás habría pensado. Y había creído que era tan fuerte como para valerme por mí misma, y lo hice por un tiempo. No me importaba nada ni nadie, por lo que sus opiniones me daban igual. La única persona que me había importado realmente no había vivido más que unos meses y me hizo conocer en ese corto tiempo lo que era la verdadera dicha. Y luego, cuando se fue de mi lado, me apagué por dentro.

Y entonces me reencontré con Owen. Había conocido la felicidad por segunda vez entre sus brazos. Él me hizo volver a sentir viva, a reír, a ser feliz... y me dejó peor de lo que había estado antes. Lo dejé conocerme como nunca nadie lo había hecho, le demostré quién era la verdadera yo, pero no fue suficiente para él.

No fui suficiente para él.

—Permiso —pedí cuando sentí mis ojos llenarse de lágrimas. Me puse de pie y corrí a mi habitación sintiendo que me daba un ataque de ansiedad.

Me di cuenta de que, si me quedaba en ese lugar, lo único que iba a lograr era estancarme. Si me quedaba ahí jamás iba a ser capaz de avanzar y dejar mi pasado atrás, así que empaqué todas mis pertenencias —las cuales no eras muchas— y llamé a Dan.

—Necesito que vengas por mí —rogué con voz temblorosa una vez que contestó.

No fue necesario decir nada más.

## Kara

Llegamos al departamento de Dan bastante tiempo después de salir de casa de mis padres, pero yo seguía sintiéndome entumecida. Mi mente se encontraba lejos, rememorando viejos tiempos, recordando tiempos felices; mis pensamientos estaban dispersos, torturándome. Cuando mi amigo abrió la puerta del coche y me instó a entrar a su lugar con un movimiento de su mano, yo todavía seguía lejos. Me moví en automático. No presté atención a la decoración interior, solo entré y lo dejé llevarme del brazo como habría hecho con una niña pequeña. Me guio por la sala, la cocina y un estrecho pasillo hasta llegar a una puerta blanca al final de este.

—Esta va a ser tu habitación durante todo el tiempo que necesites —informó—. Creo que adentro está todo lo que puedes necesitar, y si no encuentras algo me dices, ¿entiendes? El baño es el cuarto justo enfrente.

Asentí a la vez que él abría la puerta y me mostraba el interior. Todo dentro era blanco, a excepción del cobertor de la cama —sobre el cual Dan colocó mi maleta— que era azul como el cielo y para mi sorpresa me sentí tranquila con solo poner un pie en el cuarto. Se respiraba paz, algo que necesitaba con urgencia en mi existencia, y calma; armonía y tranquilidad. Estudié con detalle alrededor de la pequeña pieza y esboqué una tímida sonrisa.

—Gracias.

—Sé que es pequeño, pero...

—Es perfecto —lo interrumpí. Me di la vuelta para encararlo y asentí—. En verdad, así está más que bien, no te preocupes.

Lo vi dudar por un momento mientras buscaba algo dentro de mis ojos, pero entonces se relajó y dejó escapar una corta risa. Parecía nervioso. Me

acerqué a abrazarlo por la cintura y recargué mi cabeza sobre su pecho preguntándome por qué no podía haberme interesado por él. Me conocía mejor que nadie y eso lo había logrado en un corto espacio de tiempo.

Sentí su mano sobre mi espalda, acariciándola para reconfortarme, y luego su otro brazo rodeó mis hombros en un gesto protector. Sentía como si Dan fuera mi hermano mayor en aquel momento, mi mejor amigo, mi guardián. Parecía querer encargarse de que no me pasara nada malo y era un alivio saber que tenía a alguien que velaba por mí aun cuando no era su obligación. Parecía haberse autoimpuesto ese deber, el de cuidarme, y lo agradecía en gran medida.

—Si necesitas cualquier cosa no dudes en llamarme —expresó besando mi frente en un gesto fraternal—. Te voy a dejar para que descanses. Tengo algunas cosas que hacer fuera.

Asentí con la mejilla recargada todavía sobre su pecho y él dio un paso hacia atrás liberándose de mi agarre.

—Gracias —volví a decir. Él se encogió de hombros y sonrió.

—No hay por qué agradecer. Estás en tu casa, haz lo que te apetezca.

Lo vi cerrar la puerta y entonces me tumbé sobre el suave colchón. Decidí darme una ducha rápida ahora que tenía privacidad. Tomé una muda de ropa y me dirigí al otro lado del pasillo. Cuando entré al pequeño cuarto blanco, sonreí. Tenía una bañera. Comencé a llenarla y, cuando estuvo a la altura y temperatura correcta, me metí en el agua relajándome un poco. Entonces, como si no pudiera evitarlo, comencé a llorar en silencio otra vez.

Al estar tan sola y calmada, mis pensamientos y recuerdos comenzaron a bombardearme con fuerza. Odiaba sentirme así tan débil, sabía que necesitaba ayuda porque sentía que estaba llegando a un punto muy bajo; uno que la última vez casi había acabado conmigo. Me había dado un impulso de acabar con mi vida y... no quería volver ahí.

Había sido horrible y sabía que, si seguía así, entonces volvería a pasar. Ya sentía esos impulsos en ocasiones, cuando dolía tanto que no encontraba otra salida. Pero quería vivir. A pesar de que ya no quería seguir sufriendo, quería vivir, seguir adelante; no deseaba rendirme. Quería volver a levantarme, sacudir mis rodillas y encontrar el camino que no me llevaría a la perdición. Quería dejar todo el dolor atrás y no volver a pensar en ello.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que mis lágrimas y sollozos débiles

cesaron, hasta que mi resolución de no darme por vencida creció, pero el agua ya estaba algo fría por lo que supuse que había pasado el tiempo suficiente. Mi piel estaba comenzando a arrugarse y no era algo que me agradara mucho, así que me puse de pie y envolví mi cuerpo con una esponjosa y grande toalla blanca.

Me vestí con ropa cómoda, sequé mi cabello y entonces me vi en el espejo. Miré con atención mis mejillas hundidas y mis ojos apagados, inclusive mi piel que lucía opaca. Me quedé viendo mi reflejo durante mucho tiempo tratando de reconocer a la persona frente a mí. No era la niña inmadura y caprichosa que había lastimado a otros para sentirse mejor; no era la chica que acababa de perder a su ser más amado y solo deseaba morir; no era la mujer enamorada que había sido feliz durante un momento fugaz.

Entonces... ¿quién era?

No lo sabía con precisión. A veces era un misterio incluso para mí misma, pero era algo que iba a averiguar. Empezaba de nuevo, renacía de mis cenizas una vez más y ahora debía tomar un rumbo distinto. Solo esperaba que esta vez nada me derrumbara; no estaba segura de poder volver a levantarme.



Los días pasaron rápido, dando paso a las semanas y casi un mes transcurrió. A pesar de que comencé a buscar un nuevo trabajo no encontraba nada. Cada día llegaba a casa de Dan y él me preguntaba cómo me había ido, a lo que yo sacudía la cabeza decepcionada. Él solo me abrazaba, besaba mi cabeza y decía que ya saldría algo bueno para mí.

Se volvió una rutina. Salía temprano a buscar trabajo, regresaba a casa, hacía la comida y entonces me ponía a limpiar. Dan bromeaba diciendo que comenzaría a pagarme por dejar su casa tan impecable, pero sabía que detrás de ese tono juguetón lo estaba considerando en serio. Igual si llegaba a ofrecerlo, diría que no. Ya suficiente hacía por mí dejándome ocupar una habitación de su lugar. Sabía que eso le estaba causando problemas con la mujer que estaba saliendo, y aunque él decía que no era nada, yo sabía que no era así.

Las cosas cambiaron abruptamente una mañana que amanecí especialmente triste.

Había todavía días en los que me sentía tan alicaída que no deseaba hacer



nada más que llorar hasta quedarme dormida, y esa mañana había sido —para mi mala fortuna— uno de esos días.

Me desperté temprano, alrededor de las cuatro de la mañana por una pesadilla. Había estado soñando que estaba recostada al lado de Owen, abrazada a él, riendo, bromeando, y entonces un llanto de bebé había provenido de una cuna al lado de nuestra cama. Me ponía de pie sonriente y caminaba hasta el lugar donde estaba la criatura, pero al momento de llegar todo se ponía oscuro y me encontraba con un muñeco con ojos negros, vacíos. Giraba aterrada a ver a Owen y él me señalaba con su dedo diciendo que lo había matado y que me odiaba. Entonces una multitud de personas aparecía de la nada y me apuntaban al igual que él diciéndome mala madre, bruja, asesina... Mil cosas más que me hicieron despertar jadeando con lágrimas en los ojos en busca de aire.

Cuando caí en la cuenta de que era solo un horrible sueño, me solté llorando sin pudor. Hecha un tembloroso ovillo en la cama no paré hasta que el sol salió e iluminó la estancia. No tenía ánimos ni motivos para levantarme, pero sabía que debía hacerlo. Era triste en realidad. El no tener razones para empezar un nuevo día, pero de igual manera hacerlo. A pesar de que no quería saber nada del mundo, debía hacer las cosas que me tocaban y necesitaba un café bien cargado para lograrlo, por lo que abrí la puerta para salir. Comencé a caminar por el pasillo pensando que la casa estaba sola, hasta que escuché unas voces alzándose y me detuve. Una discusión se llevaba a cabo en la habitación contigua.

—No me gusta que se quede aquí, Dan. ¿Qué pensarías tú si yo tuviera a un chico atractivo viviendo conmigo?

—Es diferente, Anna. Ella me necesita, no tiene a nadie más.

Un bufido lleno de odio salió de la chica. Sabía que estaba espiando una conversación privada, pero también tenía la seguridad de que hablaban de mí, por lo que no me moví de mi escondite. Quería escuchar todo lo que dijeran.

—No, Dan. La quiero fuera de aquí lo antes posible.

Casi podía verla cruzar los brazos adoptando una posición que no admitía discusión cuando el silencio se hizo en el lugar.

—No —espetó Dan convencido, logrando que los ojos me escocieran.

¿Estaba poniéndome antes que a su novia?

—¿Qué? —la escuché cuestionar atónita.

—Dije que no, Anna. Kara se queda aquí conmigo hasta que lo necesite.

Mis ojos se cerraron con temor y dolor. No quería que ellos discutieran por mi culpa.

—¿Disculpa? Creo que no estás entendiendo, cariño —explicó con severidad y un fingido tono dulzón—. Te estoy dando a elegir. Es ella o soy yo. Así de fácil.

Sin querer escuchar la respuesta, me di la vuelta y entré de nuevo a la habitación cerrando con cuidado la puerta tras de mí. Busqué mi maleta y una pequeña mochila que luego devolvería a Dan y comencé a echar toda mi ropa y demás pertenencias dentro de ellas. No iba a quedarme ahí y ser la causa por la que mi mejor amigo, un hombre increíble, perdiera a la mujer con la que estaba, a la que quería y con la que al parecer iba en serio.

Una vez que alisté mis cosas, me recogí el pelo en una pequeña coleta y, sin molestarme en maquillarme, salí de ahí cargando mi equipaje. Tenía un nudo en el estómago a causa de la incertidumbre de lo que haría después, lo que vendría, pero decidí que no quería pensar en eso todavía. En cuanto el sonido de las llantitas de mi maleta llenó el pequeño pasillo, las voces que se encontraban cerca se apagaron.

—He pedido un taxi —susurré mirando un punto en la alfombra bajo mis pies.

No me atrevía a mirar a la pareja frente a mí. Me sentía humillada y avergonzada. Me sentía como basura, como un mendigo pidiendo caridad.

Tanto Dan como su novia se quedaron callados, quietos durante un largo momento cuando esas palabras dejaron mi boca. Me atreví a elevar la mirada y traté de sonreír con seguridad al verlos, algo que no sentía en ese momento. No tenía dinero ni nadie a quien acudir, pero de alguna manera me las iba a arreglar. Siempre lo había hecho y esa vez no sería la excepción.

Ambos se lanzaron una mirada de reojo y luego mi amigo suspiró pasándose una mano por el cabello.

—Tú no te vas a ningún lado, Kara.

Sacudí la cabeza y dejé escapar una risa extraña.

—Me voy a quedar con una amiga —mentí. Él entrecerró sus ojos hacia mí. Sabía que no tenía a nadie, pero no me importó y me encogí de hombros—. Me dijiste que podría quedarme mientras lo necesitara y ya no lo hago. Además, no quiero traerles problemas. Así es mejor para todos —tomé un

gran aliento y desvié la mirada hacia la salida—. Gracias, Dan. Por... todo. Nos estamos viendo pronto.

Le sonreí sin acercarme a abrazarlo —no quería incomodar a Anna— y caminé hacia la puerta.

—Kara...

—Todo está bien —volví a mentir. Era tan fácil hacerlo—. No te preocupes por mí.

Entonces abrí la puerta y salí de ese lugar hacia el fresco día que contradecía mi sentir. El sol brillaba en lo alto y el cielo azul se encontraba despejado. Incluso los pájaros cantaban y yo... sonreí. Lo tomé como una señal de que las cosas que vendrían ahora para mí serían buenas.

Suspirando, me hice del agarre de mi maleta y comencé a caminar sin rumbo. Solo quería despejarme un rato, luego vería qué hacer. Crucé varias calles, vi a niños corriendo, jugando, disfrutando de su inocencia. Admiré la paz que se sentía en aquellos rumbos. Nadie lucía triste o preocupado, y me pregunté si, como yo, también escondían su verdadero sentir tras una máscara. Seguí caminando durante varios minutos, tal vez una hora, hasta que pude visualizar un parque verde extendiéndose frente a mí. Sin pensarlo dos veces fui ahí y dejé caer mi cuerpo sobre el césped húmedo y fresco, entonces me recosté y cerré los ojos.

Me puse a pensar en lo que iba a hacer para salir de ese hoyo en el que estaba metida tan profundo. No era solo por Owen. Era por... todo. Y ya no quería seguir así. Necesitaba ayuda con urgencia. Necesitaba apoyo, lo sabía, pero... no tenía nada ni a nadie. Solo Dan se preocupaba por mí, sin embargo, ya no iba a aceptar más de su ayuda. No si tenía problemas por ello.

Ya no estaba dispuesta a dejar que alguien más sufriera o perdiera por mi culpa.

Apreté los párpados un poco y traté de controlar el dolor que perforó mi pecho al pensar en que, si Kayla hubiera estado a mi lado, de alguna manera habría sabido qué hacer. Los escasos meses que la había tenido conmigo me había sentido poderosa, sabia, invencible, y desde que la había perdido sentía que mi vida ya no tenía rumbo, que vagaba sin saber a dónde iba.

—¿Por qué lloras? —una dulce vocecilla me trajo de regreso al mundo real.

Abrí un ojo y contuve la respiración al ver a una pequeña niña con un

vestido rosa frente a mí. Era hermosa. Grandes bucles negros enmarcaban su tierno y rechoncho rostro, unos grandes ojos azules me miraban inocentes y curiosos.

—Hola —susurré con miedo a que mi voz se rompiera—. ¿Cómo te llamas, preciosa?

—Mi mamá me dice que no les diga mi nombre a extraños. ¿Por qué lloras? —volvió a preguntar.

Alcé mi mano hasta mi mejilla y me di cuenta de que, efectivamente, lágrimas cubrían mi rostro. Sorbí por la nariz y pasé el dorso de mis manos por mi cara para secar aquellas gotas. No quería que ella me viera llorar.

—Pues... —no sabía qué decirle. Ella se sentó a mi lado y me pregunté por un momento con quién vendría.

—¿Estás triste? —me cuestionó frunciendo el ceño como si sintiera dolor. Un nudo se plantó en mi garganta y asentí.

—Un poco.

—¿Por qué?

Reí llorosa ante sus preguntas y entonces miré al cielo.

—Porque... a veces las personas están tristes.

—¿Por qué?

—Porque les pasan cosas malas —respondí con sinceridad.

—¿A ti te pasaron cosas malas?

—Algo así.

Suspiré y miré hacia la niña, quien hacía una mueca con su boca, pensativa.

—Mi mami dice que a veces las cosas malas le pasan a la gente buena, pero que todo tiene su repon... *repompensa*.

—Recompensa —la corregí riendo.

—Eso. Dice que yo soy su repon... Lo que dijiste. Que soy su... bendición.

—Seguro que sí —admití.

—Y también dice que nada dura para siempre. Ni siquiera las cosas malas —apreté los labios queriendo contener el sollozo que luchaba por salir de mi cuerpo—. Así que no estés triste, vas a tener tu *repompensa*.

¡Dios! ¿Acaso los niños iban a darme lecciones de vida ahora?

—Gracias —susurré, intentado apaciguarme. Ella sacudió su cabeza y ladeó el rostro—. ¿Cuántos años tienes? —pregunté.

Elevó cuatro deditos al aire y me di cuenta de que mi hija tendría su misma edad entonces. Probablemente sería igual de hermosa y curiosa. Por alguna razón, en lugar de querer llorar, me encontré sonriendo. La había amado, la amaba y siempre lo haría, pero estaba aceptando poco a poco que ella ya no estaba y no estaría de vuelta nunca. Claro, me sentía todavía culpable por su partida, sentía que habría podido hacer algo para impedirlo, pero sabía que yo no había provocado su muerte. No... No había sido mi culpa.

—¿Me vas a decir tu nombre? —cuestioné. Ella sacudió la cabeza negando y causó que los rulos se sacudieran a su alrededor. Yo reí—. Yo me llamo Kara.

Sus ojos se abrieron asombrados y su boca formó una pequeña o.

—¡Mi mamá se llama Lara! —exclamó enérgica. Su emoción infantil resultaba de lo más tierna.

—Tiene bonito nombre.

—¡Layla!

Un grito preocupado rompió la quietud del lugar. Miré hacia el frente solo para encontrar a una mujer joven mirando a su alrededor preocupada.

—Esa es mi mami —apuntó la niña. Un nudo se asentó en mi estómago.

«Layla».

¿Acaso era una coincidencia?

—Entonces ve con ella. Parece estar buscándote.

Los ojos de la mujer me vieron en aquel instante, luego a la niña a mi lado y sus hombros se relajaron visiblemente. Comenzó a caminar con prisa hacia nosotras y cuando llegó se agachó a recoger a su hija en brazos.

—Lo siento —me dijo sonriendo—. Le gusta hablar con todo el mundo. Solo me di la vuelta un segundo y... desapareció de mi vista.

Se puso de pie y los brazos de Layla rodearon el cuello de su madre, su carita todavía viéndome.

—Solo ten cuidado —le pedí—. No siempre va a haber gente con buenas intenciones.

Ella asintió seria en mi dirección y suspiró.

—Lo sé —comenzó a alejarse con Layla murmurando algo en su oído, pero algunos segundos después se detuvo y giró sonriéndome—. Los niños pueden ser oportunos a veces, ¿eh? Mucha suerte en tu vida. Y no olvides que las recompensas llegan cuando uno menos las espera —me guiñó un ojo y entonces retomó su camino.

La piel se me erizó cuando sus palabras se hundieron en mí. Las vi irse platicando y sonriendo mientras caminaban hacia algún otro lugar y sentí una especie de nostalgia que hizo a mi corazón doler. Volví a recostarme, pensando en lo que había pasado, y entonces cerré los ojos dejándome llevar por la extraña paz que me invadía.

Cuando desperté me di cuenta de que el sol comenzaba a bajar. Bostecé desperezándome, avergonzada por haber caído en un lugar público, y estudié mis alrededores. Casi no había nadie en el parque, así que froté mis ojos con mis puños y comencé a pensar. La noche se estaba acercando y yo no tenía ningún lugar a donde ir. No tenía dinero para alquilar alguna habitación ni para comprar algo de comer. Saqué mi celular de mis pantalones y me di cuenta de que tenía varias llamadas perdidas y algunos mensajes sin leer. Eran de Dan. Preguntaba dónde estaba, si me encontraba bien... Cada uno pareciendo más desesperado que el anterior. Le envié un mensaje rápido diciendo que estaba bien para aplacar su angustia.

Froté mi rostro con una mano y me quedé viendo la pequeña pantalla. Necesitaba llamar a alguien, pero... ¿a quién?

Busqué entre mis contactos y entonces me detuve en uno. Mantuve mi mirada fija en ese nombre, debatiéndome entre llamar o buscar alguna otra opción. Torcí la boca en una mueca y entonces pulsé el botón de marcado. No podía pensar en nadie mejor.

Uno, dos, tres timbres se dejaron oír y entonces su saludo llenó la línea.

—¿Kara? —se escuchaba la sorpresa en su voz.

—Uh, hola. Sí, soy yo y... Eh, me preguntaba si podías hacerme un favor.

—Lo que sea.

Dejé escapar un suspiro de alivio y entonces le indiqué lo que quería.

Cuando Reil estacionó frente al parque unos minutos después de que hubiera cortado la llamada, tomé mis cosas apresurada y me dirigí hacia su coche. Me coloqué detrás para indicarle que abriera el maletero y entonces lo

hizo. Metí mi maleta, mi mochila y una vez listo todo rodeé el auto para introducirme en el asiento del pasajero.

—Muchas gracias por... —me interrumpí al darme cuenta de que no era Reil quien estaba sentado a mi lado. Mi cuerpo comenzó a temblar preso del dolor y mi respiración se alteró—. ¿Qué haces aquí? —susurré con voz rota.

Owen hizo una mueca de dolor y estiró su brazo para tocar mi mano. No lo dejé. Me pegué a la puerta y miré su rostro tan diferente, más delgado. Lucía cansado y triste. Deshecho. ¿Tan mal como yo?

—Kara... —su voz me envió de vuelta a los meses pasados y no pude evitarlo. Comencé a llorar de nuevo. Enterré mi rostro entre mis manos y sollocé sin pudor, mis hombros sacudiéndose con fuerza—. Dios, Kara, perdóname.

Negué con la cabeza mientras hipaba violentamente. Lloraba con tanta fuerza que pensé que se me desgarraría la garganta. Fue verlo de nuevo y sentir que el mundo se me venía encima. Recordé los buenos momentos a su lado para luego recordar la manera en la que terminó todo: sin dejarme hablar, sin confiar. Fue como una avalancha de emociones y yo estaba demasiado frágil como para soportar ese peso otra vez.

Odiaba que me viera así, tan vulnerable y débil, pero ya no podía levantar mis paredes y protegerme; no cuando él ya había visto a través de ellas. Yo había erigido muros y él había construido puentes para llegar a mi corazón. Había construido un baluarte a mi alrededor, y él, sin saber cómo o cuándo, sin utilizar violencia ni atacar, había logrado entrar y desestabilizar mi existencia. Había derrumbado mis defensas... y esta vez volvía a ser igual.

Traté de tranquilizarme un poco diciéndome que no pasaría nada. Tomé respiraciones profundas para relajarme, las dejé salir con lentitud, y repetí esta acción varias veces hasta que, algunos minutos después, mi respiración se había normalizado. Entonces me di cuenta de que el auto seguía apagado y no nos habíamos movido del lugar.

—Quiero hablar contigo —explicó. Yo no quería hacerlo así que sacudí la cabeza—. Kara...

—Solo sácanos de aquí —susurré.

Desvié mi mirada a la ventana y entonces el auto se encendió y nos llevó lejos del parque.

## Owen

Mientras manejaba de regreso a casa, no podía dejar de pensar en la llamada de Reil. Él había tenido que viajar ese mismo día. De hecho, se había encontrado rumbo al aeropuerto cuando Kara lo llamó pidiendo ayuda. Sin dudarle me había marcado y pedido que me hiciera cargo. Yo había estado de acuerdo, nervioso por volver a verla. Sabía que se había estado quedando en casa de Dan y también era bien sabido que eran grandes amigos, por eso me había sorprendido bastante el saber que ella ya no tenía lugar donde quedarse.

Reil no quiso decirme más, así como Dan tampoco había querido informarme nada durante las semanas pasadas. Le había pedido, prácticamente rogado, que me dijera dónde estaba para hablar con ella, pero él, con el semblante serio, me había dicho que lo mejor era darle su espacio.

—Está muy mal, Owen. Lo que menos necesita ahora es que le compliques más la existencia —me había dicho—. Debes dejarla sanar.

Y yo solo había aceptado que tenía razón. Kara debía sanar, curar su interior..., pero yo quería ayudarla y estar a su lado en el proceso.

Me imaginaba que tantas cosas en tan poco tiempo le debían de haber afectado demasiado, y que una persona incondicional le vendría bien. Solo me preguntaba si ella me dejaría ser esa persona. Si me dejaría estar a su lado, amarla y tratar de redimirme por mi estupidez.

Mientras conducía rumbo al departamento, le lancé un par de miradas por el rabillo del ojo. Kara miraba por la ventana, más interesada por lo que había fuera del auto que por lo que se encontraba dentro. Lucía tan triste, tan hermosa, y odiaba saber que gran parte de las sombras en ese semblante estuvieran ahí por mi culpa.

Ella había confiado en mí, había vertido su alma y corazón en mis manos



para que la cuidara, y yo le había fallado. No había querido escuchar cuando quiso explicarme. No había querido *confiar*. Creí que ella no había cambiado en nada y la lastimé. *Nos* lastimé.

Apreté el volante con furia al recordar la conversación con mi hermana unas noches atrás.

Ella había llegado a verme porque estaba preocupada por mí, porque me había desconectado del mundo salvo por mi trabajo.

Levantarme, ir a trabajar, regresar y, en ocasiones, ir al gimnasio para sonsacarle algo de información a Dan sobre aquella mujer en la que no podía dejar de pensar; la misma que tenía en aquel instante a mi lado. Esa había sido mi rutina durante las últimas semanas.

Cuando Lena había llegado, le pedí que me contara lo que en realidad había pasado, pero ella fingió no saber de lo que hablaba. Le había contado que sabía lo del vídeo, que sabía que estaba editado y que las fotos no decían nada por sí solas. Le había exigido a mi hermana que me dijera la verdad, que me contara quién había sido el responsable de aquello, de esa trampa hacia Kara, y ella solo había llorado y se había derrumbado sobre el sofá.

Había suavizado mi tono sin saber que su llanto era por la culpa que la carcomía y le había contado a grandes rasgos la vida de Kara y la manera en que ese suceso la había hecho volver al pozo del cual apenas había estado logrando salir.

*Yo* la había hundido y me odiaba por ello.

Después de un largo rato de tratar de persuadirla, al fin se había calmado y comenzó a contarme todo. Dijo que había pensado que alejándome de ella me haría bien, que ella lo había planeado junto con su novio, el hombre de las fotos y el vídeo.

Tras haber escuchado aquello, la rabia y el dolor se apoderaron de mí y le pedí que se fuera. Me había hecho pensar tan mal de Kara, pero la verdad era que no podía culpar a mi hermana por la manera en que había actuado. Sí, su treta podía haber influido en algo, pero tuve muchas opciones, demasiadas maneras en las que pude haber tratado el asunto con Kara, y elegí la peor. Decidí creer lo peor de ella, cerrarme y no escucharla. Decidí lastimarla. Decidí ser un idiota.

Y no estaba seguro de que algún día ella fuera a perdonarme.

Dejé escapar un suspiro al recordar todo esto, sintiéndome cansado y

vencido; dolido por no poder arreglar todo.

«Si tan solo pudiera regresar el tiempo...».

Cuando llegamos a un semáforo en rojo, me tomé la libertad de estudiar el perfil de Kara. Sus mejillas hundidas, sus ojos tristes y las comisuras de su boca curvadas hacia abajo me decían que se sentía tan mal como yo, incluso más. Me pregunté hasta qué punto habría llegado en esta ocasión. Si habría intentado acabar con su vida como la vez que perdió a su hija.

Un horrible dolor atravesó mi pecho y sacó todo el aliento de mis pulmones cuando ese pensamiento llegó a mí. Imaginar que Kara hubiera llegado de nuevo tan bajo... Apreté el agarre sobre el volante y conduje hasta visualizar nuestro edificio y aparcar frente a él. Apagué el coche y me giré hacia ella que seguía viendo por la ventana.

—Antes de entrar quiero decirte algo —susurré.

—No quiero escucharlo.

—Kara...

—Dije que no. No quiero, ¿entiendes? Yo... —suspiró—. No me siento con la fuerza suficiente para tratar contigo. Me duele verte, hablarte, estar sentada a tu lado. Me duele todo lo que tenga que ver contigo —susurró haciendo que mi corazón se comprimiera— y, si alguna vez me quisiste de verdad, te voy a pedir que me dejes en paz.

La última palabra salió rota y tuve que cerrar los ojos con fuerza para no derrumbarme ahí mismo frente a ella. ¿Que si alguna vez la había querido? Yo la había amado. La seguía amando. La *amaba* tanto que dolía.

Y todo era mi culpa.

—Vale —murmuré en acuerdo. Si no quería hablarme, lo aceptaría. No quería dañarla más—. Reil ha salido de viaje y...

Un gemido ahogado hizo que me detuviera en seco.

—¿Y en dónde se supone que me quede? —preguntó con algo de temor en su voz. Sabía que no le iba a gustar la respuesta, pero era la única que había por ahora.

—Conmigo —dije en un suspiro.

El silencio cayó pesado entre nosotros. No quería moverme, hablar o incluso respirar por miedo a que se negara y huyera. Solo me quedé quieto rogando en mi interior que se quedara por lo menos esta noche. Necesitaba

sentirla cerca de mí, saberla bien, segura.

El pequeño interior del coche estaba impregnado con su aroma y yo no quería hacer nada más que acercarme para poder estrecharla entre mis brazos. Lucía tan frágil a la luz de la luna, tan pequeña... y débil, como si pudiera quebrarse con el más ligero de los soplidos.

No quedaba nada de la Kara terca, gruñona que alguna vez había conocido. Ni la tierna, amorosa mujer con la que había tenido una relación. Pero cuando se giró a mí por solo un segundo, cuando me miró, encontré un destello en sus ojos que me hizo sentir esperanza. Pude ver las ganas que tenía de seguir adelante, esas ganas de seguir luchando, de no darse por vencida, y en aquel instante la amé más por ser tan fuerte, por no dejarse vencer tan fácil.

Su puerta se abrió sin que dijera nada más y pronto se encontró fuera y detrás del coche esperando a que abriera el maletero. Lo hice, entonces salí para poder ayudarla a cargar su equipaje, sin embargo, ella ya lo tenía fuera y caminaba lejos antes de que hubiera alcanzado a cerrar mi puerta.

Suspiré derrotado y la observé entrar al edificio con su pesada carga, literal y figurativa. Cuando abrí la puerta del departamento y la dejé pasar, me encaminé a la cocina y calenté algo de la comida china que había pedido antes de la llamada de Reil. Serví porciones en dos platos, tomé uno y caminé hacia la habitación de mi amigo, donde Kara ya se había instalado.

Toqué la puerta y abrí sin esperar respuesta. Ella estaba sentada sobre la cama, su espalda pegada a la pared y su vista perdida en el vacío.

—¿Comida china? —ofrecí en voz baja.

Parpadeó varias veces para después enfocar su mirada en mí. ¿Cómo podían unos ojos aparentar ser tan viejos? Se podía distinguir la vida difícil que había llevado con tan solo un vistazo a esos enormes pozos azules. Así eran sus ojos. Como dos pozos profundos en los que, si te asomabas, si no tenías cuidado, corrías la posibilidad de caer y no salir.

Yo había caído. Con fuerza. Y lo volvería a hacer sin dudarlo una y otra vez.

La sacudida de su cabeza me trajo de vuelta al mundo real.

—No tengo hambre —susurró.

Me acerqué sin pedir permiso y me senté cerca de sus pies, manteniendo una distancia prudente. Ella recogió sus piernas alejándolas de mí y se rodeó las rodillas con los brazos. En esa posición, Kara parecía una niña perdida y

llena de miedo.

—Debes comer, Kara. ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste? —inquirí.

La mueca en su rostro me dijo que no lo recordaba, por lo que supuse que debía haber pasado ya bastante tiempo. Era por eso que lucía tan demacrada. Me pregunté cuánto peso habría bajado ya.

—Pero solo un poco que no tengo mucha hambre —aceptó. Le tendí el plato con una sonrisa de triunfo y la vi jugar con la comida durante un rato. Después de algunos minutos comenzó a comer y acabó casi la mitad. No era mucho, pero era algo y un pequeño triunfo.

—Te dejo para que descanses —musité. Ella asintió y se recostó sobre la cama sin tener la intención de cambiarse de ropa—. Buenas noches. Si necesitas cualquier cosa ya sabes donde estoy.

Salí del cuarto sin esperar respuesta y lancé una mirada a la puerta de mi habitación. Tenía mucho tiempo sin dormir ahí. Cuando trataba de hacerlo las imágenes de Kara desnuda, bromista, sonriente debajo de mí, me bombardeaban haciéndome sentir mal.

Ella había estado siempre tan vulnerable, confiándome su cuerpo, su corazón, creyendo que lo cuidaría, y lo había hecho en aquellos momentos. En aquellos instantes de intimidad a veces se decía más que cuando hablábamos y era por eso que me dolía recordarlo. Porque sabía que no volvería a recuperar ninguno de esos momentos.

Me dirigí a la cocina y comí en silencio lo que había en mi plato, luego fui al sillón y me tumbé sobre él, aunque siempre recordaba que fue en aquel lugar donde nos dijimos por primera vez que nos amábamos.

Antes de que estallara todo.

Me sentía tan cansado que ni siquiera me di cuenta del momento en que caí dormido. Fue una llamada lo que me despertó a la mañana siguiente. Tenía el corazón y la respiración acelerada cuando abrí los ojos y un persistente miedo anclado en mi interior. No podía recordar lo que había soñado, pero apostaba que había sido una pesadilla.

Alcancé mi celular en la mesita frente al televisor y contesté sin ver quién llamaba.

—¿Sí? —mi voz sonaba rasposa por el sueño.

—¿Cómo está?

Era Reil preguntando por Kara.

—Bien, supongo. Triste, más delgada, lucía cansada anoche, pero parecía estar... bien.

Una risa femenina al otro lado me hizo fruncir el ceño.

—Me alegra que esté saliendo adelante, pero no puedo decir que me sorprenda. Ya sabía que lo haría. Ahora... arregla todo. No vuelvas a meter la pata, ¿entiendes? O yo personalmente me voy a encargar de ti.

Sonreí con tristeza y pasé una mano por mi rostro para despejarme. Podía que Kara no tuviera muchos amigos, pero los que tenía eran leales hasta la muerte y ferozmente protectores.

—Alto y claro.

—Oh, y otra cosa más. Estaré fuera un mes o dos, pero seguiré pagando la renta, ya sabes. Kara puede quedarse todo el tiempo que quiera en mi habitación. Creo que es todo. Luego la llamo para escuchar de su propia boca cómo lo está haciendo. Lo iba a hacer ahorita, pero quiero que descanse. Encárgate de que coma bien y esas cosas, ¿sí?

—Claro.

—Y lo digo en serio, Owen. Vuelve a lastimarla y te las vas a ver conmigo.

No me dio oportunidad de contestar porque ya había colgado. A veces sí que sentía que Reil estaba enamorado de ella en secreto.

Apreté mi mandíbula, molesto de repente.

El que se preocupara tanto por ella era señal de que la consideraba una gran amiga solamente, ¿no? Volví a recostarme y lancé un brazo sobre mis ojos. No quería pensar en nada que no fuera una manera para recuperar a Kara y demostrarle que estaba arrepentido, que había aprendido mi lección.

El sonido de una puerta siendo azotada me puso alerta. Me puse de pie y me dirigí a la habitación de Reil. La puerta estaba abierta y no se miraba a Kara adentro, solo un montón de sábanas desordenadas sobre la cama.

Caminé hasta quedar frente al baño y toqué con suavidad.

—Kara, ¿estás bien?

Era demasiado temprano para que estuviera despierta. Ella dormía hasta tarde siempre que tenía la oportunidad.

La respuesta a mi pregunta fue un llanto ahogado que logró preocuparme. Volví a tocar la puerta con más fuerza y le advertí que iba a entrar si no me contestaba. Giré el pomo cuando no obtuve respuesta de nuevo y me sorprendí al encontrar que no tenía seguro. Abrí con cuidado, asomé la cabeza y ahí, en el piso justo a un lado del inodoro, estaba sentada Kara con el rostro entre las rodillas, llorando y temblando.

—Kara...

Me acerqué a ella tan rápido como mi cuerpo lo permitió y me arrodillé a su lado. No soportaba el verla así, tan deshecha, y fue por eso que la envolví en mis brazos. Quería que sintiera que no estaba sola, que me tenía a mí, aunque solo fuera por un instante. Sus brazos no vacilaron al rodear mi cuello. Su agarre era fuerte, casi desesperado, y mientras frotaba su espalda para tratar de tranquilizarla me pregunté qué era lo que había pasado para ponerla así.

No pregunté nada, sin embargo. Antes de hablar necesitaba calmarse, por lo que susurré palabras consoladoras y la dejé que llorara sobre mi hombro. Así nos quedamos durante algunos minutos, hasta que por fin se tranquilizó. Cuando su respiración fue suave y constante, la despegué de mi pecho y miré a sus ojos tristes e irritados.

—¿Quieres contarme? —pregunté. Vi cómo titubeaba. Pude apreciar con claridad la duda en sus ojos. No sabía si podía confiar en mí de nuevo y eso me dolía. Pero la comprendía—. No tienes que decirme nada si no deseas.

Volví a atraerla a mi cuerpo y presioné mi mejilla contra su coronilla. Si no quería contarme, entonces me contentaría con que solo me dejara sostenerla cerca y brindarle consuelo. Aceptaría lo que me ofreciera, lo que quisiera darme.

—Fue un mal sueño —susurró—. Los he estado teniendo bastante, pero este... Este fue especialmente malo.

Presionó su mano contra su vientre y luego su cuerpo comenzó a temblar de nuevo.

—¿Quieres algo de agua? —pregunté.

—No. Solo quiero quedarme un rato así si no te importa.

—Para nada —susurré abrazándola un poco más fuerte.

Cerré mis ojos y tomé una respiración profunda. Sentía como si hubiera pasado mucho tiempo debajo del agua y hasta ahora pudiera llenar mis

pulmones. El tenerla en mis brazos hacía que esa sensación de ahogo se disipara. Besé su cabello una y otra vez y le murmuré lo mucho que lo sentía. Que no estaba sola, que me tenía a mí, que no pensaba marcharme ni dejarla marchar, pero su mente se encontraba lejos y realmente no escuchó nada de lo que dije.

No me importaba.

—Necesito lavarme los dientes —admitió en un murmullo.

Asentí reticente y nos puse de pie.

—Prepararé algo para comer mientras haces lo que necesites.

—De acuerdo —dijo sin verme a los ojos. Salí del baño y fui a la cocina donde preparé algo de café y unas tostadas.

Quería hablar con Kara y decirle que me gustaría ayudarla, pero no sabía cómo iniciar la conversación sin que se cerrara a mí de nuevo. Estaba dolida y no sabía hasta qué punto. Quería entrar a su cabeza para poder entender su sentir. Deseaba que confiara en mí de nuevo, si no como su pareja, entonces como su amigo. Como había dicho antes, en ese punto estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa que ella me ofreciera.

Me encontraba bebiendo de mi taza de café cuando ella entró con paso lento y se sentó en la mesa con la mirada perdida y actitud insegura. Tomó una tostada del plato, cerró los ojos y comenzó a masticar con lentitud.

Tuve que desviar la mirada cuando lágrimas empezaron a caer por sus pálidas mejillas.

Kara no estaba bien. Algo me decía que no era solo mi culpa, que era un asunto más grande que mi falta de confianza hacia ella, pero igual sentía que debía hacer algo. Con cuidado me acerqué y tomé asiento a su lado. Puse mi mano sobre la suya y sus ojos parpadearon hacia mí.

—Kara, sé que tal vez no confías mucho en mí, pero quiero decirte que estoy aquí para cualquier cosa que necesites. Ya sea hablar o lo que sea, aquí estoy.

Le di un ligero apretón y vi que su barbilla comenzaba a temblar. Abrió la boca para decir algo, entonces dudó y la cerró. Sacudió la cabeza después de unos segundos, como tratando de deshacerse de sus pensamientos, y fijó la vista en un punto sobre la mesa.

—Gracias —susurró. Consideré entonces contarle que Lena había

confesado todo, pero decidí que no era tiempo todavía.

—No hay por qué —miré a la taza frente a mí—. ¿Quieres algo de café?

Ella asintió y yo se lo serví como le gustaba. Mucha azúcar.

Recordé el día en que me había dicho que necesitaba más dulce para mi amarga vida y sonreí. Parecía que habían pasado años de eso.

Se lo di una vez que lo terminé de preparar y le sonreí. Ella no lo notó. Bebió a pequeños sorbos de la taza y luego, cuando terminó, se disculpó diciendo que se encontraba algo cansada. Se dirigió a la habitación de Reil y me sentí algo celoso de que fuera su cama en la que dormía y no en la mía.

Era ridículo, pero no podía evitarlo. Paseé durante un rato antes de que fuera hora de irme a trabajar. Quería llamar y decir que me encontraba enfermo, pasar todo el día cerca de Kara, aunque no me dirigiera la palabra, pero no estaba bien. Dejé una nota bajo su puerta diciendo que volvería más tarde y que me llamara si necesitaba algo.

Me sentía ansioso, y no en el buen sentido. No quería dejarla sola, sin embargo, tampoco podía pausar mi vida. Tenía comida que comprar, cuentas que pagar, y para eso necesitaba seguir trabajando. Me dije que cuando llegara haría algo con Kara. La convencería de que viera una película conmigo o algo. Que no estuviera recluida en su habitación.

Llegué a mi trabajo, chequé mi horario de llegada y me dispuse a trabajar, sin embargo, no lo hice con la misma eficiencia de siempre. Mi cabeza volvía una y otra vez a Kara sentada temblorosa en el suelo del baño después de haber vomitado, llorando, diciéndome que tenía horribles pesadillas.

Y el ligero destello en sus ojos indicándome que no se iba a rendir.



## Kara

No quería hacer nada, así que no lo hice. Durante la primera semana con Owen me quedé la mayor parte del tiempo recluida en mi habitación o, mejor dicho, en la habitación de Reil.

Salía en la mañana cuando Owen me pedía que desayunara a su lado, pero nunca se iniciaba una conversación. Solo comíamos en silencio, el sonido de los cubiertos raspando sobre los platos llenaba el ambiente junto con el aroma a café. De vez en cuando, con mi visión periférica, lo atrapaba con la mirada fija en mi perfil. Me observaba con esos ojos tristes y llenos de compasión.

Y lo odiaba. No me agradaba que me tuviera lástima, que nadie lo hiciera; nunca me había gustado. Prefería mil veces recibir su odio que su pena. Tal vez por eso había sido así en la adolescencia.

A veces cuando Owen llegaba de trabajar llamaba a mi puerta y decía que había adquirido una nueva película para que viéramos juntos. Me encontré ansiando aquellos momentos. A pesar de que mi mente recordaba que él también me había lastimado, mi cuerpo parecía haberlo olvidado y reaccionaba a su cercanía. Se me aceleraba el corazón, me temblaban las rodillas y me sudaban las manos como a una chiquilla. Respiraba su aroma y me relajaba, sentía su calor y suspiraba.

Pero luego, en la noche, cuando me iba a dormir, todo regresaba a mí de golpe. Y sufría. Las pesadillas no se habían disipado y cada vez eran peores. Me torturaban incluso despierta. Me revolvían el estómago y hacían que huyera con rapidez al baño interrumpiendo mi descanso y dejándome en un estado de cansancio perpetuo. No me daba hambre. Solo quería dormir y no despertar. Sentía que no tenía a nadie por quien seguir. La gente importante en mi vida me había abandonado, dado la espalda o decidido que yo no era lo

suficientemente buena para tener su amor y compañía.

Habría sido tan fácil solo desaparecer y hacer de este mundo un lugar mejor. Sentía que así sería, que les haría un favor a todos si tan solo... me fuera.

Me hallaba sentada en el sillón de la sala cuando decidí que no podía seguir así. Sabía que había algo mal en mí y no quería seguir de esa manera. Era cansado y muy doloroso.

Recordando los pasados meses me di cuenta de que, aunque él, Owen, me había hecho muy feliz, siempre había estado esa oscuridad en el fondo esperando el momento indicado para absorberme y volver a apoderarse de mi mente. Desde la muerte de Kayla nunca había vuelto a ser la misma ni lo volvería a ser.

Pero necesitaba ayuda y lo aceptaba.

La puerta del departamento se abrió y vi a Owen entrar con un semblante exhausto. Triste, cansado, vencido... Parecía mayor, y de igual manera se las arregló para sonreírme e intentar hacerme sentir que todo estaría bien. Se veía a punto de colapsar y de igual manera velaba por mí, por mi tranquilidad, y trataba de alejar mis temores.

Mis ojos se rasaron de lágrimas al comprender que estaba arrepentido de verdad, que yo no era la única persona sufriendo en esta situación, que no era la única víctima. Él se preocupaba por mí y yo no le estaba dando ninguna razón para que creyera que iba a estar bien y que pudiera relajarse. Con mi actitud solo le lanzaba señales de alerta parpadeantes que le advertían que me desmoronaba, que en cualquier momento terminaría por derrumbarme y nada ni nadie sería capaz de levantarme de nuevo.

Sentí un nudo de culpabilidad formarse en mi garganta y tuve que parpadear repetidamente para que aquellas gotas saladas no escaparan de su prisión. Cuando por fin pude clavar mi vista clara en él, me di cuenta de que su frente se había arrugado en un gesto preocupado. Por mí, no por él. Se preocupaba por mí. Siempre por mí.

—¿Kara?

Dio un paso vacilante, como si creyera que acercarse a mí me haría atacarlo, y eso terminó de cerrar el trato. Estallé en llanto justo frente a sus ojos confusos y entonces dejó la vacilación aparte. Llegó a mi lado en un par de rápidas zancadas y me refugió en su pecho, dentro de sus brazos. Dejé de

ser la mujer rencorosa que se revolcaba en su autocompasión y permití que me arrullara.

No lo alejé. Esta vez no quería hacerlo.

Aferré con fuerza su camisa en mis puños, la empapé con mis lágrimas y él nunca se quejó. Solo permitió que me desahogara y acarició mi espalda, me reconfortó. Algo hizo clic en mi cabeza en ese momento y me di cuenta con una claridad increíble: Owen no me tenía lástima. No, claro que no. Yo le importaba tanto que le dolía mi propio sufrimiento.

—Lo siento —sollocé en su pecho—. Lo siento tanto, Owen. Lo siento de verdad.

—No pasa nada, cariño —podía escuchar el alivio claro en su voz—. Aquí estoy para ti.

—Necesito ayuda —dije, elevando la mirada, y clavándola en sus ojos, admitiendo aquello por primera vez frente a alguien que no fuera yo—. Hay algo mal en mí y necesito arreglarlo. Necesito ayuda.

—La buscaremos. No te preocupes por eso, Kara. Encontraremos ayuda y todo estará bien —prometió.

Quise creerle. Necesitaba creerle. Apreté con fuerza mis párpados cerrados y me concentré en el estable latido de su corazón bajo mi mejilla; lento, fuerte, constante. Permití que cualquier mal pensamiento saliera de mi cabeza y dejé mi mente en blanco, solo concentrándome en sus brazos que me rodeaban y en el golpeteo de su corazón contra mi sien.



Los días después de ese se volvieron más... soportables. Me sentí como si no estuviera sola, y de hecho no lo estaba. Owen se encontraba a mi lado, pendiente de mí. Cuidaba que comiera y no me dejaba sola más que para ir a trabajar. Me obligó a salir con él cuando tenía que comprar víveres o hacer mandados. Me gustaba la soledad, pero sabía que la oscuridad se encontraba en el fondo de mi mente, esperando para consumirme de nuevo y no quería volver ahí. Apenas estaba logrando salir y sentirme diferente.

No bien, no feliz, pero sí distinta para mejor.

Dan había venido a visitarme y a amenazar a Owen. Me reí de eso. Había sido la primera risa sincera que dejaba escapar en mucho tiempo. También

Marien había acudido a ver cómo me encontraba. Ella no lo amenazó, más bien le pidió que me cuidara.

Y por último Reil. Me llamaba todos los días y luego de preguntarme cómo estaba, me pedía que lo comunicara con Owen. Solo Dios sabía qué era lo que decía, ya que después de sus charlas siempre parecía algo más preocupado.

—¿Lista?

Elevé la mirada para encontrarme con los ojos de Owen estudiándome desde la entrada. Parpadeé algunas veces y le ofrecí una pequeña sonrisa.

—Supongo.

Me puse de pie, alisé mi blusa y caminé hacia la puerta que sostenía abierta.

Ese día tenía mi primera cita con una psiquiatra. Había ido anteriormente con un psicólogo, pero este me había derivado con otra doctora. Me habían mandado a hacer pruebas de sangre y esas cosas para checar que mi comportamiento no fuera solamente un problema hormonal, pero los resultados no habían llegado todavía. Owen igual había insistido en que tenía que hablar con alguien y me había conseguido aquella cita lo antes posible. La doctora había aceptado y dicho que no pasaba nada si los resultados no llegaban para el día de la cita, igual podía ir a charlar con ella.

Charlar. Como con una amiga en un café.

Me encontraba nerviosa. Me sentía mareada y parecía que los pulmones no querían expandirse dentro de mi pecho. Tomaba cortas respiraciones superficiales, ya que mi sistema respiratorio no quería cooperar conmigo. Los dientes me castañeteaban y las manos me temblaban. Sentía que me iba a desmayar en cualquier momento. Por un instante deseé hacerlo, golpearme la cabeza y no volver a despertar.

El suave agarre de un brazo sobre mi bíceps me recordó que no estaba sola. Los ojos azules que me miraban con preocupación me hicieron pensar en aquellas personas que me querían y se preocupaban por mí.

—Joder, Kara. Respira, por favor.

El tono asustado de su voz me dijo que yo no era la única ansiosa por la reunión que tenía a continuación.

Me recargué en la pared tras de mí y me obligué a tragarme el pánico que

sentía en la boca del estómago. Me quedé algunos segundos ahí con los ojos cerrados, respirando, obligando a mis pulmones a que acogieran el oxígeno que necesitaba. Pensé en la niña del parque, Layla, y en sus palabras. Tan inocente esa pequeña y dándome ánimos, alentándome a que no me rindiera.

El fin de mi tormenta personal estaba cerca. O eso quería creer. Tenía la esperanza de que así fuera.

Bajamos al auto y nos dirigimos al lugar donde me ayudarían a salir de la tristeza perpetua en donde me encontraba en aquellos momentos.

—Estaré justo afuera —musitó cuando llegamos.

Lo miré por encima de mi hombro y asentí agradecida. Más que informarme me estaba asegurando que no estaba sola. Lo entendía. Le brindé una pequeña sonrisa y entonces entré a donde me esperaban.

Una amable mujer en el vestíbulo me indicó la puerta que debía abrir y fui hasta ahí, donde me encontré en una sala color crema y una mujer en sus cuarentas en el centro de la habitación.

—Hola. Tú debes ser Kara. Soy la doctora Madison —su suave voz llamó mi atención y su semblante pacífico aún más—. Por favor, toma asiento —pidió indicando un sillón frente al suyo.

El espacio estaba bastante iluminado y estudié mi alrededor, aunque no había muchas cosas para ver. Una estantería con varios libros, algunas fotos personales, dos sillones y una pequeña mesilla al lado de ella.

Acogedor.

Hice caso a lo que me pedía y me senté con cuidado en el suave sillón que se hundió bajo mi peso.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, Kara. ¿Cómo estás?

«Bien».

La respuesta de costumbre picaba en mi lengua ansiosa por ser liberada. Excepto que yo no estaba bien. ¿Mal? Tampoco. Bueno, no lo sabía. No estaba segura de saber cómo me sentía ni qué quería hacer con mi vida.

Tomé una profunda respiración y vi dentro de su paciente mirada.

—Yo... no lo sé —admití temerosa.

Las comisuras de sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa y asintió

tras anotar brevemente algo en la libreta que, no había notado, se hallaba sobre sus piernas.

—Bien. Pero estás aquí para averiguarlo, ¿cierto? Y yo quiero ayudarte a hacerlo, pero debes ser sincera conmigo —un nudo se formó en mi garganta al escuchar lo último y fijé la mirada en mis dedos. No estaba segura de querer abrirme a otras personas para que vieran dentro de mí—. ¿Crees que puedes hacerlo, Kara? No por mí ni por nadie más. Solo por ti.

Cerré los ojos con fuerza. No por Owen ni por mis amigos. No por aquella gente que me quería y se preocupaba por mí más que yo misma. Si estaba en esa cita era porque yo quería mejorar. Por mí.

Dudé solo un par de segundos, pero cuando me encontré con sus ojos me armé de valor y, suspirando, asentí.

—Puedo hacerlo.

Hablar con Madison se hizo cada vez más fácil conforme pasaban las semanas. Hablar sobre mis padres, mi infancia y mi adolescencia; sobre Kayla, su muerte y la depresión que sobrevino; sobre Owen y cómo había pensado que todo iba a ir bien. Le hablaba sobre todo y ella solo escuchaba y hacía preguntas, anotaciones, observaciones y explicaciones ocasionales.

No fue hasta casi un mes después de empezar a verla que mi vida volvió a dar un giro inesperado. Owen me había dejado frente a la clínica con la promesa de que volvería pronto. Solo tenía unas cuantas cosas que hacer y entonces volvería por mí. Yo le había dicho que no se preocupara por aquello, que se ocupara de sus cosas con calma, pero él había insistido en que no le tomaría mucho tiempo.

Había sonreído, depositado un beso en mi mejilla y luego se había marchado dejándome con ese sentimiento picando mi pecho. Nuestra relación había estado mejorando y la comunicación creciendo. Aún nos sentíamos un poco incómodos en ciertas ocasiones, pero en general todo iba viento en popa.

Entré saludando a Mica, la recepcionista, con una sonrisa y luego dirigiéndome a donde Madison me esperaba. Sin decir palabra alguna me senté frente a ella y esperé a que dijera algo. Ella era siempre la primera en hablar.

—Kara. ¿Qué tal el día de hoy? —preguntó sin quitar la vista de un papel frente a ella.

—Mejor —admití. Una sonrisa tocó sus labios y entonces se centró en mí dejando aquella hoja en la mesita a su lado.

—¿Sin pesadillas?

—Dormí como bebé.

Crucé mis piernas al estilo indio sobre el sillón. Ella volvió a elevar la hoja que había estado estudiando y sonrió.

—Los resultados llegaron por fin. Algo tarde, pero están aquí —volvió a leer algunas líneas en el papel y frunció los labios, pensativa—. Todo parece estar en orden. Las hormonas se ven en un pico alto, pero es normal en tu estado. Sin embargo, las plaquetas están algo bajas. ¿Has estado comiendo bien?

Parpadeé repetidas veces y asentí.

—Lo normal. A veces no tengo apetito y no como —suponía que por eso había días en los que me sentía tan cansada, pero era igual que siempre.

Su frente volvió a arrugarse en concentración y yo me preocupé.

¿Qué podía estar mal?

—¿Cómo ha sido tu periodo? —inquirió.

—Uh, ¿normal? Una vez al mes, aunque algo escaso... ¿por qué?

La hoja fue dejada sobre sus piernas y sus ojos se encontraron con los míos. Lucía preocupada. Quedó en silencio algunos minutos, suponía que estaba buscando las palabras correctas para decirme lo que me pasaba.

Oh Dios. ¿Acaso me estaba muriendo?

El pensamiento me aterró.

—¿No has sentido nada diferente estos últimos meses? Además de tu depresión. Algo físico. Vómitos, mareo, cansancio...

Asentí despacio temiendo lo que se avecinaba y ella suspiró.

—Me estás asustando —susurré.

—Lo siento. No quiero que te preocupes, no es nada malo. Bueno... No hay manera de decir esto con delicadeza, así que solo lo diré, ¿sí? —asentí pasando saliva y ella se quitó sus gafas. Las colocó con cuidado sobre sus rodillas y estuve a punto de acercarme a sacudirla por los hombros—. Lo que pasa es que estás embarazada Kara —dijo al fin—. De once semanas si no me equivoco —concluyó.

Yo no dije nada, no era cierto. Eso quería pensar. Madison me estaba jugando una mala broma. Mi primera reacción fue reír, pero entonces, cuando vi su semblante tan serio, mi risa murió con rapidez y fue reemplazada por preocupación.

Yo no podía estar embarazada. No podía. Simplemente no. Eso sería... horrible. Ya había demostrado ser una hija, novia y madre horrible. Una persona horrible en general. ¿Qué podía esperarle a la pobre criatura que venía en camino?

El estómago se me revolvió. Comencé a sacudir mi cabeza cuando Madison empezó a hablar. No prestaba atención a lo que decía, solo podía pensar en que ese bebé no merecía tenerme a mí como madre. Me puse de pie sintiéndome mareada y salí de la sala sin hacer caso de la voz que me llamaba. Caminé en automático hacia la salida, pero me detuve al ver a través del vidrio a Owen sentado en el auto.

El padre del bebé que llevaba dentro de mí.

Él odiaría eso. No podía enterarse. Por ninguna razón debía saber lo que había en mi vientre. Me desharía de eso antes de que siquiera pudiera sospechar.

Salí de la clínica y entré al auto sin saludarlo. Encendió el motor y nos pusimos en marcha.

—¿Te sientes bien? —preguntó después de algunos minutos en silencio.

Lo miré y me odié por lo que iba a hacer. Pero era lo correcto. No podía permitir que se repitiera la historia.

Sacudí la cabeza y la recargué en el respaldo suspirando con pesadez.

—La verdad es que no. ¿Crees que podemos llegar a una farmacia para comprar algo? La cabeza me está matando.

La sonrisa que me dio casi acabó conmigo.

—Claro que sí.



Las manos me temblaban mientras le entregaba el dinero a la cajera. Tomé las pastillas dentro de la bolsa y salí del lugar como si estuviera en llamas. Mi estómago estaba revuelto y la cabeza me daba vueltas.

Y todo porque ya había tomado una resolución.



Owen y yo nos dirigimos al departamento y, una vez que llegamos, me encerré dentro del baño. No quería verlo mientras tomaba aquello que solucionaría mi problema. No podía verlo sabiendo que me desharía de nuestro hijo.

Nuestro bebé.

Dios mío.

Las piernas me fallaron y me derrumbé sobre el frío piso. Mi cabeza se contradecía y me confundía con los pensamientos aleatorios que nadaban en ella.

Razones por las cuales debía hacerlo, motivos por los cuales debía conservarlo...

Me eché a llorar sin poder soportarlo. Si alguna vez Owen llegara a saberlo, no me perdonaría. Pero era lo mejor para los dos.

Para los tres.

Tomé la caja entre mis manos temblorosas y la abrí. Dos pastillas que me debía tomar con veinticuatro horas de diferencia.

Eran tan pequeñas sobre mi palma, pero tenían el poder de destruir una vida. O dos. O tres.

Cerré los ojos con fuerza y apreté aquellas perlas en mi puño.

Era lo correcto.

Me puse de pie y me encontré con mis ojos en el espejo.

—Hazlo —me insté—. Solo hazlo y acaba con esto.

El sonido de unos golpes sobre la puerta me hizo saltar.

—¿Kara? —llamó Owen.

Debía apurarme.

Ignoré el dolor en mi pecho, las lágrimas corriendo por mis mejillas, el nudo en mi garganta y volví a repetirme por enésima vez que era lo correcto.

Llevé aquel puño tembloroso a mi boca, abrí los labios y dejé escapar un sollozo sabiendo que debía ingerir esas píldoras...

Pero no pude hacerlo.

Tiré aquellas pastillas y comencé a llorar con fuerza, perdida en mis pensamientos. No me di cuenta del momento en que Owen entró hasta que sentí sus brazos rodeándome, queriendo protegerme.

Él merecía una madre mejor para sus hijos.

—Dios, Kara. Dime lo que pasa —pidió con dolor al verme tan destrozada. No quería hacerlo. Iba a odiarme.

Sacudí la cabeza en una negativa y él insistió al tiempo que me levantaba como si no pesara nada y me llevaba a la habitación. A la suya, no a la de Reil. A la habitación donde nos habíamos amado tantas veces. Donde habíamos sido sinceros, felices, donde nos habíamos perdido en el otro. Me sentó con cuidado sobre el colchón y me obligó a verlo a los ojos.

—No importa qué sea, Kara. Juro que no me iré de tu lado. Te dejaré hablar, escucharé todo lo que tengas que decir y entonces te ayudaré a resolver el asunto. Sé que lo que pido no es justo, pero quiero que confíes en mí. Solo... confía en mí —pidió en un suspiro.

Juntó su frente con la mía y rozó sus labios sobre los míos murmurando lo mismo una y otra vez como una plegaria. Que confiara en él.

—Está bien —susurré.

—¿Me vas a contar? —preguntó sin alejarse.

Nuestros alientos se entremezclaban y nuestras narices se rozaban.

—Sí.

Entonces me miró a los ojos y, con algo de duda, me besó con suavidad. Cerré los ojos aliviada al sentir su contacto y mi barbilla comenzó a temblar.

—No llores, Kara. Me partes el corazón —dijo volviendo a besarme.

Suave, tímido, temeroso... Ese beso era lo que necesitaba de él. Una solitaria lágrima corrió por mi mejilla y entonces le devolví el gesto con la misma inseguridad. Parecía como si estuviéramos conociéndonos apenas. Habíamos estado lejos tanto tiempo, pero ya no quería permanecer más tiempo sin él a mi lado. Rodeé su cuello con mis brazos y lo pegué a mi cuerpo. Necesitaba tenerlo cerca.

Comenzamos a besarnos, primero con dulzura y miedo, luego con desesperación, con fuerza y pasión. Me besó tan fuerte que fracturó todos mis miedos, temores e inseguridades. Me abrazó con tal fuerza que pude sentir cómo volvía a unir todas las piezas de mi alma destrozada; los trozos de mi corazón roto. Con su cercanía luminosa espantó las sombras de dudas acerca de él, de nosotros, y me dije que tenía que decirlo antes de que nada pasara.

—Owen —lo llamé separándome, tomando aire y llenándome de valor.

Sus ojos brillantes, hambrientos y llenos de cariño se encontraron con los míos—. Yo... tengo que decirte algo.

—Dilo entonces —me apremió. Acarició mi mejilla con dulzura y cerré los ojos ante su toque.

Traté de convencerme de que ese gesto debía significar tanto para él como para mí. De que me quería y esta vez estaría aquí. De que lo peor ya había pasado, que esta vez iba a quedarse.

Cuando volví a elevar los párpados, me ahogué en la profundidad de su mirada y me obligué a decirle.

—Estoy embarazada.

## Owen

Sus ojos se achicaron con miedo cuando no respondí de inmediato, pero yo me encontraba en *shock* por su confesión. Ella acababa de admitir que estaba esperando un bebé y yo no podía reaccionar. No... No sabía cómo me sentía respecto a eso.

—Solo creí que debías saberlo —musitó al borde del llanto—, no tienes por qué...

Corté sus palabras con un beso sintiendo miedo por lo que fuera que iba a decir. No quería que dijera nada que pudiera lastimarme o a ella misma. Cerré los ojos cuando nuestros labios entraron en contacto y dejé que la calidez que desprendía ese roce bañara mi interior y lo permeara de calma y seguridad.

Volver a besarla, a tenerla así de cerca, era lo que había estado queriendo. La deseaba, y no solo a su cuerpo. Deseaba sus risas, su confianza, su amor, su alma, su corazón... Lo deseaba todo de ella. Deseaba una familia con ella.

Sí, lo hacía sin duda, pero... ¿en ese momento?

Me hallaba aterrado. No estaba seguro de encontrarme preparado, sin embargo, no iba a darle la espalda. Iba a quedarme a su lado y juntos criaríamos a nuestro hijo. Daríamos lo mejor de nosotros, seríamos buenos padres, de eso no me cabía ni la menor duda. Esa criatura sería bendecida con unos padres que la amarían sin límites.

—Me haré cargo —expresé convencido—. Nos haremos cargo del bebé. Tú y yo. Juntos, ¿de acuerdo? Yo... haré lo que quieras que haga. Si quieres que nos casemos, lo haremos. ¿Que nos mudemos? También. Solo... dime qué hacer, porque estoy aterrado y no tengo ni la más mínima idea de cómo actuar —confesé con sinceridad—. Y la verdad es que no quiero hacer nada

mal contigo ni con nuestro hijo. No puedo permitírmelo.

Tomé sus manos entre las mías y las elevé a mi rostro para besarlas con reverencia, primero una y después la otra; cada nudillo, cada dedo. Ella temblaba completa y yo también. Ambos teníamos miedo, pero íbamos a hacerlo bien. Saldríamos adelante juntos. No había otra manera y yo no la quería de todos modos.

La vi bajar los párpados y exhalar con alivio, lágrimas mojando sus pestañas, pero no derramándose.

—Pensé... Dios, no sé. Pensé que te molestarías conmigo, que dudarías de tu paternidad, que... no lo querías —concluyó ahogando un sollozo.

Sentí el alivio recorrerme al escuchar que aquel niño era mío, a pesar de que ya lo había sabido. Creo que en el fondo tenía miedo de que ella hubiera hecho algo por despecho, llena de dolor y rencor. Pero incluso si no lo hubiera sido, yo lo habría criado y considerado como mío. Por ella.

—Por Dios, no. ¿Cómo puedes pensar eso? Estoy asustado, sorprendido, y sí, algo nervioso, pero no molesto. Nunca molesto y menos contigo, Kara. Estoy... —una imagen de ella sosteniendo un bebé y sonriendo en mi dirección destelló en mi mente—. Estoy emocionado si te soy sincero.

La sonrisa que se plantó en su rostro fue pequeña y estaba teñida de tristeza, pero la tomé como una buena señal.

—Yo tengo miedo —susurró—. No quiero que...

Mordió su labio inferior con fuerza interrumpiéndose y sacudió la cabeza.

—Kara...

—Este bebé merece una madre mejor —continuó con voz temblorosa—. Tú mereces a alguien mejor. Yo no creo que...

—Cariño...

—... no soy la indicada para este papel y estoy aterrada de que...

—¡Kara! —alcé la voz para sacarla de esa idea equivocada. Ella interrumpió su diatriba y fijó sus ojos en mí—. Estoy contigo —susurré—. Me tienes aquí para apoyarte. Ya no estás sola —acaricié su mejilla con delicadeza sin dejar de verla a los ojos y sonreí—. No lo volverás a estar jamás. Lo prometo.

La vi bajar los párpados con lentitud y morder su labio inferior de nuevo.

—Sigo teniendo miedo —admitió.

—Es normal, yo también lo tengo.

Estábamos explorando terrenos desconocidos, era más que normal sentir temor. Pero íbamos a atravesarlos juntos, tomados de la mano, brindándonos apoyo y consuelo mutuo, diciéndonos que ahí estábamos para el otro. Si uno tropezaba, el otro lo ayudaría a levantarse; lo sostendría y esperaría a que se recuperara para seguir avanzando.

Su mirada insegura y cristalizada vagando de aquí para allá me hizo saber que era Kayla quien se encontraba en su mente y su recuerdo la torturaba. Aquellas facciones estaban grabadas con dolor.

—No quiero fallar de nuevo —exhaló torturada, comprimiendo así mi corazón.

Abracé sus delicados hombros y la atraje a mi pecho para besar su cabeza. No sabía qué decir, así que solo la retuve a mi lado y acaricié su piel hasta que se relajó y cayó en un sueño profundo. Velé su descanso. Recorrí sus delicadas facciones con la punta de mis dedos y me asombré de que aquella delicada mujer que tenía frente a mí, entre mis brazos, fuera toda una guerrera cargando con heridas de batallas emocionales.

Si ella había pasado por eso y había salido adelante, yo podía ser fuerte también y manejar la situación con éxito.

Mi mano vagó inconsciente hasta su vientre y lo acaricié pensando en que comenzaría a crecer con aquella criatura dentro. No sé si era lo cavernícola en mí, pero en lo único que podía pensar era en que, tanto Kara como el bebé, eran míos y debía cuidarlos y protegerlos.

Me acurruqué un poco sintiendo el calor que desprendía Kara y cerré los ojos cuando una comodidad familiar me bañó completo. Sonreí sintiendo que todo iba a ir bien y entonces me rendí y la acompañé en su inconsciencia.



Los días siguientes fueron diferentes. Se percibía el miedo en el ambiente, mas no había ya esa tristeza tan marcada que se había sentido con anterioridad. Se podía respirar la esperanza de un futuro mejor y eso mejoraba nuestros ánimos. Kara ya había programado su primera cita con el obstetra y me había pedido que la acompañara ese mismo día. No sabía si era que quería compartir el momento conmigo o si solo estaba aterrada de ir sola, pero acepté.

Estábamos sentados en la silenciosa sala de espera y podía ver cómo ella retorció sus dedos sobre su pantalón. Parecía nerviosa y asustada, su respiración superficial era una señal.

—Va a salir bien —susurré para que nadie más que ella escuchara. Tomé su mano y le di un apretón para tranquilizarla. Su boca se curvó en una ligera sonrisa y me incliné a besarla cuando el deseo de hacerlo me superó.

A pesar de que habíamos iniciado de nuevo, Kara no se había escondido tras su antifaz esta vez. Me dejaba verla tal y como era realmente, conocer las etapas que no había conocido antes, apreciar cada detalle de su forma de ser. Aún no se sentía del todo cómoda volviendo a las demostraciones de afecto y por eso me sorprendió mucho que devolviera el gesto.

Fueron unos pocos segundos solamente en los que pude saborearla. Cuando el beso fue roto por la voz del médico llamándonos, sonreí y acaricé su labio inferior.

—Vamos —tomé la mano que había apretado y la guie a la habitación donde nos esperaban.

Una vez dentro le indicaron a Kara que se tumbara sobre una silla alta y reclinada para poder hacer el ultrasonido. Elevó su blusa, le colocaron un gel y luego pusieron un pequeño aparato sobre su vientre. En una pantalla comenzaron a verse manchas blancas y supuse que algo de eso debía ser el bebé.

—Oh, ahí está su cabeza, miren —explicó señalando una curva en la pantalla.

Yo no le encontraba forma, a decir verdad, pero asentí cuando Kara me miró.

—A juzgar por el tamaño y el desarrollo, puedo decir que tiene doce semanas —alrededor de tres meses había sido la última vez que ella y yo estuvimos juntos. Lo recordaba a la perfección—. ¿Quieren escucharlo? —preguntó.

Fruncí el ceño sin entender a lo que se refería, pero entonces el doctor golpeó un pequeño botón que encendió unas bocinas. Un rítmico golpeteo inundó el espacio en el que nos encontrábamos y mi boca por poco no cae abierta al darme cuenta de lo que me hallaba escuchando.

El latido de un corazón. El corazoncito de mi bebé, de nuestro hijo. El ritmo que indicaba que estaba vivo. Yo... le había dado vida junto con Kara.

Ambos éramos responsables de aquella pequeña figurita que se apreciaba en el monitor. Mis ojos se rasaron al comprender aquello y dejé escapar una risa emocionada. Mi pecho amenazaba con explotar de la felicidad.

Iba a ser papá.

Miré a Kara y ella apretaba sus labios intentando no llorar. Su barbilla temblaba y sus ojos estaban repletos de agua. Tomé su mano y volví a apretarla. No estaba sola en esto y quería que lo recordara.

El doctor terminó de explicar algunas cosas a las que no puse atención y le recetó vitaminas y otras cosas para el embarazo. Salí del lugar casi flotando en una nube. Cuando volvimos en el auto fue en total silencio, pero yo no podía despegar la sonrisa de mi rostro.

Cuando por fin llegamos a casa, deposité la bolsa con vitaminas sobre la barra en un movimiento fluido. Kara se quedó de pie en el umbral y yo me la quedé viendo.

Tan asustada como lucía se podía apreciar el cambio en su interior.

Yo quería sentirla de nuevo. Lucía hermosa y lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que la amaba y que quería besarla. Habían pasado meses desde la última vez que habíamos estado juntos y *necesitaba* volver a estar con ella en el plano más físico e íntimo.

—Ven aquí —pedí en voz baja.

Ella dio un paso vacilante hacia mí al escuchar mi voz y recargué mi cadera en el filo de la barra cruzando mis brazos sobre el pecho. No iba a presionarla ni apurarla. Quería que estuviera segura y se tomara su tiempo. Esperé que se animara a venir a mí y, cuando lo hizo, coloqué mis manos sobre su cintura atrayéndola hasta que quedó entre mis piernas. Dejé que mis ojos absorbieran cada centímetro de su piel, cada plano y curva de su cuerpo; cada pequeño detalle.

—¿Sabes lo preciosa que eres? —pregunté. Ella bajó la cabeza y yo volví a elevarla colocando un dedo bajo su barbilla—. No te escondas de mí.

Sus ojos brillaban al fijarse en los míos, sin embargo, no supe distinguir la emoción que había en ellos. Coloqué mi mano en su nuca con suavidad para no asustarla y la atraje a mi rostro para volver a besarla. No opuso ninguna resistencia. No cuando apenas rozábamos nuestros labios ni cuando se profundizó la exploración de bocas. No cuando comencé a explorar la piel desnuda debajo de su blusa ni cuando halé de ella para llevarla al dormitorio.



No quería presionarla, por lo que fui lento, por si ella deseaba detenerme en cualquier momento.

La apreté a mi pecho y mis manos recorrieron su espalda aún vestida, acariciaron sus brazos, sus mejillas con infinito cuidado. El suspiro que escapó de la profundidad de su pecho me dijo que lo estaba haciendo bien. Nuestra manera de tener intimidad nunca había sido lo que se decía suave anteriormente. Había sido apasionada, sin inhibiciones, intensa y muy satisfactoria, pero esta vez... quería tomarme mi tiempo. Deseaba explorar cada rincón de su cuerpo y hacerla sentir bien. Hacerle saber que era lo máspreciado que tenía con cada beso y caricia que prodigara por su figura.

Con lentitud nos despojé de la ropa, primero a ella y luego a mí, y nos extendí sobre el colchón quedando piel contra piel, desnudos en cuerpo y alma. Besé su rostro repetidas veces y busqué la indecisión en su gesto. Una mirada llena de certeza fue lo que recibí.

Recordando lo que había sentido más temprano en el ultrasonido me perdí dentro de ella, en la profundidad de su cuerpo y sus dulces sonidos. Le hice saber que estaba enamorado como nunca de ella, de nuestro bebé, que estaba orgulloso... y feliz después de tanto tiempo.



—¿Cómo te sientes? —pregunté acariciando su espalda desnuda.

La sentí acurrucarse más a mi costado y suspirar con la mejilla presionada en mi hombro. Sus dedos trazaban pequeños círculos en mi pecho y su aliento me hacía cosquillas.

—Me siento... bien. Muy bien —sus palabras eran apenas audibles—. Aliviada. En paz. Como... si lo más difícil ya hubiera pasado. Es cierto que te harás cargo del bebé —concluyó. No era una pregunta, fue más una afirmación.

—Es verdad.

—Es cierto que no me vas a dejar sola.

—Muy cierto.

—Y también que... ¿me amas? —inquirió.

Fruncí el ceño y moví mi rostro para encontrarme con su mirada temerosa.

—Es de lo que menos deberías dudar.

Ahuequé su barbilla en la palma de mi mano y la vi tratando de mostrarle en una mirada lo mucho que sentía. No quería que hubiera dudas, inseguridades ni secretos en nuestra relación de nuevo. No quería que escondiéramos nada. No quería echarlo a perder de nuevo.

Teníamos una nueva oportunidad para enmendar las cosas y no iba a desaprovecharla. Iba a hacer lo que fuera necesario para demostrarle que estaba un ciento diez por ciento en esta relación.

—No lo dudo. Solo... quería asegurarme —sonrió ligeramente y sus ojos brillaron.

—Bien. Pues puedes estar segura de ello.

Volvimos a relajarnos y mi mente empezó a correr. Me dije que teníamos que hablar sobre lo que había pasado, saber que no había rencores y que supiera lo arrepentido que estaba.

Cerré los ojos sin querer hacerlo, pero consciente de que esa plática era algo necesario que debía llevarse a cabo. Sentí sus labios depositar un beso en mi pecho y sonreí.

Íbamos a hablar, pero todavía no. Quería quedarme así un rato más.

## Kara

—¿Y cómo te sientes hoy? —preguntó Madison.

Me encontraba sentada en uno de esos cómodos sillones y tenía una tenue sonrisa pintada en el rostro. La tranquilidad en su lugar de trabajo siempre me sorprendía. Era genial ver cómo un espacio tan bien acomodado podía darte cierta sensación de paz. Tomé un profundo aliento y lo dejé escapar con lentitud.

—Bien —contesté. Ella sonrió.

Podía ver que mi contestación no era solo por decir. No era a la que todos estaban acostumbrados a pronunciar cuando se les preguntaba lo mismo. La mía era cierta por primera vez en muchísimo tiempo.

Haber despertado aquel día, hacía ya meses, al lado de Owen después de contarle todo y escucharlo prometerme que se quedaría conmigo, me había hecho sentir protegida y vulnerable al mismo tiempo. Recordar la conversación que habíamos tenido tan solo un día antes de eso acerca del hijo que esperábamos y nuestra relación, había ayudado a despejar un poco mis miedos. Había dicho que me amaba y yo... yo le había creído.

El amor no era tan fácil de fingir. No lo es. Se puede apreciar si es genuino en los gestos de las personas, en sus miradas, en sus actos y decisiones. Las palabras pueden ser vanas, sin embargo, se demuestra todo con hechos. Él me lo había demostrado y lo seguía demostrando día a día, semana a semana, mes a mes. Él había querido estar conmigo de verdad, apoyarme; había querido hacerse cargo de nuestro hijo y cuidar de él, de mí. No había fingido que todo estaba perfecto, sino que me había dejado ver que él también sentía un poco de temor. Me había infundido ánimo a lo largo de los días y se había emocionado realmente cuando escuchó por primera vez el latido de su

corazoncito.

Aquel golpeteo lleno de vida fue lo que habíamos necesitado oír. Lo que yo había necesitado escuchar de nuevo para darme cuenta de que no podía seguir así, autodestruyéndome, autocompadeciéndome. Ya no era responsable solo por mí, sino por la pequeña vida que se desarrollaba en mi interior.

—Entonces voy a tomar eso como un progreso —expresó sonriente. Yo la imité.

Estaba empezando a verla más como una amiga que como una terapeuta. No sabía si expresaba el mismo interés y esas mismas ganas de ayudar a todos sus pacientes, pero me gustaba mucho que fuera tan entregada en lo que hacía. Su profesión la apasionaba; no la veía solo como una forma de ganar dinero, sino que en verdad quería socorrer a la gente que lo necesitaba. Y vaya que yo la había necesitado.

Todavía lo sigo haciendo.

—Lo es.

Miré por la ventana que daba al exterior del edificio y noté que el auto de Owen se encontraba en el estacionamiento, esperando por mí. No pude evitar sonreír levemente al ver su silueta en el interior, sus ojos cerrados y su cabeza recargada en el respaldo.

—¿Podrías decir que eres feliz? —cuestionó Madison.

Lo pensé por un momento, solo un par de segundos y entonces, todavía con algo de duda, asentí. Sin duda era más feliz que antes. Mis ganas de seguir adelante, de vivir, habían vuelto. Sonreía a menudo, mucho más cuando tenía a Owen a mi lado, y a pesar de que a veces tenía pensamientos sombríos, no dejaba que estos me consumieran. Me sentía... viva, y en gran parte era gracias a Owen.

No era que todo fuera por él. No se trata sobre encontrar el amor y ser feliz, como si todos tus problemas se arreglaran al enamorarte. La depresión no se cura por arte de magia, el dolor no desaparece tan fácil. Se trata más bien acerca de no sentirte sola; sobre hallar a alguien incondicional que te demuestre lo valiosa que eres como persona, que te demuestre que existe alguien a quien le importas; se trata sobre poder confiar en alguien con tu vida y en que esta no te va a traicionar ni dejar. Se trata de volver a sentir que vivir vale la pena, de encontrarle sentido a tu vida, de convencerte de que no

todo siempre va a ser oscuro. Se trata sobre perdonar y dejar ir; sobre dejarte ayudar.

El amor no es la luz al final del sombrío túnel. Es más bien una farola, de esas que iluminan los caminos oscuros. No es encontrarlo y que todo sea felicidad, sino caminar por un sendero en el cual no sabes si habrá baches u obstáculos que se te presenten, contando con que las farolas te alumbrarán, confiando en que te permitirán sortear las dificultades que se te presenten con su ayuda. No siempre vas a poder esquivarlas, pero sí encontrar la forma para salir de ellas. Va a haber trayectos oscuros en los que temerás caer y otros tan claros en los que no tendrás dudas. Al final, si vas tomado de la mano de la persona correcta, podrás llegar al final del camino. Tal vez no completamente ileso, pero sí completo, y eso es lo importante. Salir de la oscuridad.

Solo tienes que aceptar la ayuda que se te ofrece.

Yo la acepté. A pesar de que al principio había creído que no la merecía, la acepté.

—Sí, lo soy —me escuché decir.

Madison volvió a apuntar algo en su libreta y luego siguió haciendo preguntas, invitándome a contarle lo que sentía, a no guardarme nada. Ya no era tan difícil hacerlo como lo era al principio. Ahora sabía que dejar al descubierto mis miedos e inseguridades, decirle mis puntos endebles, no era peligroso, no me dejaba más vulnerable ni me hacía más débil. Ella quería ayudarme, no perjudicarme.

Al finalizar la sesión, vi cómo la mirada de Mad se posaba sobre mi vientre y me di cuenta de que lo había estado acunando inconscientemente con ambas manos. Cualquiera que me viera en ese momento podría decir que estaba tratando de protegerlo de algo.

—¿Aún sigues teniendo miedo? —preguntó en un susurro.

Sabía que esta pregunta era extraoficial y por un momento opté por no responderla, sin embargo, al final me armé de valor y le dije la verdad.

—Solo tengo miedo de fallarle como le hice a Kayla.

La exhalación que salió de su boca me hizo recordar lo que ella pensaba acerca de mi mayor temor.

—Tienes que dejarlo ir, Kara.

—No es tan fácil. No es... —recordé a Beck gritándome y cerré los ojos

momentáneamente—. No es tan sencillo —susurré al borde de las lágrimas.

—Lo sé, lo sé. Pero con el tiempo lo lograrás. Yo te ayudaré a hacerlo, me aseguraré de ello.

Mis comisuras se alzaron con tristeza y asentí recobrando la compostura. Eso era algo que aún no podía superar. Había dejado casi todo atrás con el pasar de los meses al lado de Owen gracias a él y Madison, pero... no a Beck. Definitivamente, no a Kayla. A ella jamás podría dejarla atrás.

Tras una despedida y una promesa de vernos pronto, salí de su consultorio y me encaminé al auto de Owen.



—¿Qué quieres comer? —preguntó cerca de mi oído.

Era su día libre y, tras mi sesión de terapia, llegamos a casa para acurrucarnos sobre el sillón a ver películas. Le había ofrecido que fuéramos al lugar que deseara, sin embargo, había insistido en que solo quería pasarlo conmigo y con Ander. Tras veinte semanas de embarazo y que mi bebé por fin se dejara ver, supimos que esperábamos un niño a quien habíamos decidido llamar Ander.

Pensé en su pregunta y froté mi barriga.

—Creo que aquí tu hijo tiene antojo de camarones —gorjeé. Owen dejó escapar una risa y presionó un beso contra mi sien.

—¿Mi hijo o tú?

—Ambos —indiqué.

Otra risa hizo vibrar su pecho antes de que se pusiera de pie y tomara las llaves sobre la mesita de café.

—Bien, iré a buscar camarones. Vuelvo cuando los encuentre.

—Está bien —sonreí cuando se dobló por la cintura para besar mis labios y entonces caminó hacia la puerta—. Ve con cuidado.

—Lo haré, te amo.

—Te amo.

Escuché la puerta cerrarse y el motor del auto encenderse al tiempo que mi celular comenzaba a sonar. Fui a contestarlo, pero dejó de sonar antes de que lo alcanzara. Mi enorme panza me hacía demasiado lenta.

Cuando vi que era una llamada perdida de Dan, no dudé en regresar la llamada. Marqué y no tardó más de tres segundos en contestar.

—¿Kara?

—Hola, Dan —saludé alegre. Caminé de nuevo hasta el sofá y me dejé caer con cuidado sobre él.

—*Hola, cariño. ¿Cómo estás?*

Resoplé ante esa pregunta y me acomodé cuando sentí que Ander comenzaba a moverse. Siempre protestaba cuando me acomodaba de una manera en la que a él no le gustaba.

—Gorda, pero eso no es nada nuevo. Estoy muy bien, ¿y tú?

—*Me alegra que estés bien. Yo, genial, gracias. Oye, llamaba porque necesito hablar contigo* —indicó. Eso logró llamar mi atención.

—Soy toda oídos, dime.

—*Uh, ¿recuerdas a Lynn? Una amiga que te presenté. Alta, morena... Su academia de modelos apenas está despegando y...*

—Oh, sí —lo interrumpí. Recordaba a esa amable mujer—. ¿Qué pasa con ella?

—*Bueno, lo que pasa es que querían contratar a una de sus modelos para una campaña de maternidad, pero...*

—¿No tiene a nadie que encaje en el perfil? —quise adivinar. La pausa que siguió me confirmó que tenía razón.

—*Eres muy lista* —dijo divertido.

—¿Y quiere contratarme para que la ayude?

—*Muy, muy lista. De verdad.*

Reí ante su intento de cumplido y cerré los ojos.

—No lo sé, Dan.

—*¡Vamos, Kara! Solo serán un par de sesiones y ella te pagará. Tienes la experiencia y... Bueno, eres la indicada. Coméntalo con Owen si quieres y me das una respuesta luego. No tiene que ser hoy..., pero sí lo antes posible. ¿Lo pensarás?* —inquirió inseguro.

Dejé escapar un suspiro muy ruidoso y dramático.

—¿Tengo otra opción?

—No —escuché una voz femenina que parecía provenir de donde estaba Dan y pareció que él tapaba la bocina—. *Escucha, tengo que irme, pero te llamaré luego. Muchas gracias, Kara.*

—No hay por qué.

—*Me daré una vuelta por tu casa pronto. Debo seguir vigilando que Owen te trate bien* —reí por esa declaración y mi amigo guardó silencio por un par de segundos. Cuando habló de nuevo su voz era suave y cálida—. *Me alegra escucharte tan feliz. Mereces serlo.*

Algo en mi interior dolió ante aquellas palabras, como si lo estrujaran en un apretado puño, y tuve que morderme el labio inferior. Incluso respirar dolía. Recordaba que antes, cuando la gente me decía que debía ser feliz, que merecía serlo, algo dentro de mí lo negaba. Había algo que me decía que merecía todo lo malo que me pasara, que no importaba cuánto intentara dejar de sufrir, nunca lo lograría porque el karma era el que se estaba encargando de que pagara todo el mal que había hecho antes.

Pero hoy sentía que sus palabras eran verdad. Que sí, merecía ser feliz, dejar de sufrir, estar bien... Que merecía que mi vida fuera buena.

Traté de tragar el repentino nudo que se formó en mi garganta y con voz ronca susurré un agradecimiento.

—Gracias. Por ser tan buen amigo y preocuparte por mí.

—*Siempre, Kara. Te marco luego, cuídate.*

—Adiós.

Arrojé el teléfono a mi lado y agradecí al cielo por haberme dado un amigo tan incondicional como lo era Dan. No todas las personas contaban con la suerte de tener un amigo en quien podían confiar ciegamente; que los defendía con uñas y dientes. También tenía a Reil, quien se había alejado un poco de nosotros, pero con quien no perdíamos contacto.

Él llamaba de vez en cuando para ver cómo estaba, para asegurarse de que estuviera bien, feliz, y de que no me faltara nada. Y Marien... Ella seguía siendo un sol como siempre. Trayéndome de aquí para acá, emocionada porque iba a ser la madrina del bebé y porque su boda sería también dentro de poco.

Dios... cómo amaba a mis amigos.

Cerré los ojos y me acomodé para poder estar recostada sin que Ander



tuviera que comenzar a patearme. Ni siquiera me di cuenta del momento en el que caí dormida, pero eso pasaba más a menudo de lo que me gustaba admitir. A veces me sentía tan cansada que tocaba la almohada y quedaba inconsciente. En ocasiones ni siquiera llegaba a la almohada, solo me sentaba y el sueño me noqueaba.

No fue hasta que sentí que unos labios se presionaban contra mi frente que abrí los ojos. Owen estaba frente a mí, sonriendo.

—Lamento tardar tanto, pero no encontraba camarones por ningún lado.

Restregué los puños sobre mis ojos y me incorporé. Me di cuenta de que ya era algo tarde y no pude imaginar cuántas vueltas tenía que haber dado para encontrar lo que se me había antojado. Era obvio que había buscado sin cesar y fue por eso que no pude decirle que ya no tenía hambre. En lugar de eso le agradecí y le hice lugar a mi lado para que pudiera sentarse y comer junto conmigo.

—Dan me llamó —dije cuando ya casi había acabado. Él tenía ya bastante tiempo de haber terminado de comer y se encontraba viendo la televisión con uno de sus brazos rodeando mis hombros.

—¿Y qué dice? ¿Sigue amenazándome?

Sacudí la cabeza divertida por su pregunta y apoyé mi mejilla en su pecho.

—No, una de sus amigas maneja una agencia de modelaje y necesita modelos de maternidad. Quiere que yo la ayude —le informé.

Su pecho subía y bajaba con sus constantes respiraciones, lentas y profundas. El latido de su corazón bajo mi oído palpitaba al ritmo del mío propio, como si estuvieran conectados de alguna forma. Ambos pulsaban con fuerza, seguros de sí mismos, en un compás inquebrantable.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó quitando su atención de la pantalla e instalándola toda sobre mí.

—Nada. Quería primero hablarlo contigo.

Una tenue sonrisa se apostó sobre sus labios.

—Por mí no hay ningún problema. Si quieres hacerlo, adelante.

Eso es lo que me gustaba de él. No era un hombre controlador. No buscaba manejar lo que hacía cada segundo de mi tiempo ni intentaba que pensara lo mismo que él en nada. Si algo no le parecía bien me lo comentaba, pero eso era todo lo que hacía. Me dejaba hacer lo que pensara que era lo mejor para

mí. Éramos dos personas —no una sola— compartiendo un lazo irrompible.

No contesté nada más. Solo me quedé ahí a su lado y disfruté de su compañía, de la calidez que su cuerpo desprendía... y de la paz que me colmaba por dentro. Estaba sintiendo que los ojos se me volvían a cerrar cuando la puerta fue golpeada un par de veces. Elevé la cabeza para ver el ceño fruncido de Owen y me di cuenta de que no estaba esperando ninguna visita.

—¿Quién será? —pregunté desperezándome.

—No lo sé. Iré a ver —se puso de pie y se encaminó hacia la puerta, donde pude ver que se tensaba muy claramente al abrirla—. ¿Qué haces aquí? —gruñó. No parecía feliz de ver a quien fuera que estuviera del otro lado.

—Quería verte. Y a ella. ¿Puedo pasar? Quiero... explicarme —aquella voz femenina sonaba tan débil y arrepentida que no tardé mucho tiempo en darme cuenta de que era Lena quien nos visitaba—. Necesito explicarle, Owen. No quiero que sigas odiándome.

—No creo que...

—Está bien —interrumpí poniéndome de pie—, déjala pasar.

Los tensos hombros de Owen siguieron bloqueando la entrada incluso cuando caminé hasta colocarme tras de él. No quería que nos enfrentáramos, eso era obvio, pero yo deseaba verla. No para escuchar su disculpa —si es que acaso venía a dar una—, sin embargo, sí que necesitaba la explicación. Deseaba saber cuál fue la razón por la que fue capaz de hacer lo que hizo.

Necesitaba saberlo para poder dejar atrás ese tema de una vez y poder seguir con mi vida sin dudas.

## Kara

Nos sentamos los tres en el comedor y Owen tomó mi mano por debajo de la mesa. Me dio un firme apretón haciéndome saber que no estaba sola, entonces esperamos a que su hermana comenzara a hablar.

Lena lucía pálida, nerviosa, y me atrevía a decir que se sentía culpable por lo que había hecho. Sus ojos tristes estaban fijos en sus dedos inquietos y su labio inferior no paraba de temblar. Parecía que iba a echarse a llorar en cualquier momento y me llegué a sentir mal por ella.

—Pensé que estaba haciéndole un bien a Owen —comenzó diciendo en apenas un hilo de voz—. Pensé que... que todo sería igual que antes, que no habías cambiado y lo harías sufrir de nuevo —elevó su mirada a la mía y el dolor en sus ojos me atravesó—. No sabes, Kara. No sabes cuánto sufrió mi hermano por tu culpa. Lo escuchaba llorar cuando creía que nadie lo hacía, lo veía aparentar fuerza y luego derrumbarse en pedazos. Era mi hermano mayor, quien me cuidaba y era mi cómplice, y tú le estabas arruinando la existencia —murmuró. Un sollozo escapó de su boca y luego mordió su labio inferior tratando de contener los demás.

Yo tuve que verlo fingir que no pasaba nada mientras se apagaba poco a poco —escupió casi con rabia—. Tus palabras, la manera tan mal en que lo tratabas... ¡Te odiaba tanto! Siempre lo he hecho. Eras una perra y pensé que... —su voz se apagó—. Pensé que tal vez yo podría cobrarme la venganza que merecía en su lugar. Él no sería capaz de hacerlo. A pesar de que él también te odiaba en cierta manera, era demasiado bueno para tratar de arruinarte. Y luego estaba tan enamorado de ti, tan ciego...

Rio sin humor y sacudió la cabeza, la mirada perdida en algún punto detrás de mí.

—No sabes cuánto lo lamento —susurré—. Yo...

—Sí, sí, lo sientes, lo que sea. Eso no puede reparar el daño que le hiciste en aquellos días. El arrepentimiento no puede deshacer todas tus malas decisiones ni las consecuencias de estas, el efecto que han tenido en los demás. Tu remordimiento no puede regresar el tiempo para evitar causarles daño a las personas que heriste. El golpe ya lo diste, no puedes retractarte. Puedes lamentarte el resto de tu vida, disculparte, pero eso no va a cambiar el pasado, ¿cierto?

—Lena, por favor —dijo Owen tajante—. Lo importante es que todo ha quedado atrás. No volvamos la vista, ¿vale? Quiero comenzar de nuevo con ella. Como dicen, el pasado pisado.

Lena sonrió con tristeza y negó sin hacer caso a las palabras de su hermano.

—Las palabras son armas muy filosas, dolorosas e inclusive mortales; más que los golpes. Un golpe se cura, cicatriza rápido y el dolor se olvida, pero las palabras son más difíciles de superar. Te marcan hondo y de por vida. Eras la niña de la cual mi hermano estaba enamorado y te empeñaste en hacerlo menos frente a toda la escuela durante años. ¿Sabes lo que le hace eso a una persona, Kara? ¿Alguna vez has sufrido todo lo que mi hermano? ¿Sabes cuántas veces prefirió quedarse en casa antes de salir y enfrentar un día más de tortura? No creo que lo sepas. Siempre fuiste una mimada grosera y desagradecida que no miraba más allá de su nariz, a la que no le interesaba nada si no le afectaba a ella. Pensé que... que lo hacías solo por diversión. Que hacías miserables a los demás solo porque te aburrías —explicó.

»Yo nunca te voy a perdonar lo que le hiciste a él. Nunca. Ninguna excusa es válida para justificar lo que hiciste. Creo en el karma. Creo que todo en esta vida se te devuelve y creo que todo lo malo que has sufrido son las consecuencias de tus acciones pasadas que vienen a perseguirte. Me alegraba de eso, ¿sabes? De saber que estabas sufriendo. Y luego... no sé. Me di cuenta de que nada había sido como yo pensaba en realidad. Owen me abrió los ojos y me hizo ver cuán equivocada había estado, pero ya era tarde. Yo ya había causado el mayor daño posible. Lo peor es que quise ayudarlo, pero terminé lastimándolo más. Irónico, ¿no?

Su voz era desolada al decir esas palabras, pero tenía toda la razón. Nunca me había puesto a pensar en nada de eso. Solo había querido que la gente fuera tan infeliz como yo. Pero ¿y si hubiera sido alguien diferente a Owen?

¿Alguien menos fuerte? ¿O si hubiera presionado un poco más? ¿Hasta qué punto habría podido llevar a las víctimas de mis insultos?

Sabía lo que era sentir tanto peso sobre ti, sentirte tan presionado que no hallabas modo de salir de nuevo a la superficie. Sabía lo que era pensar que solo existía una salida a tanto dolor. ¿Qué habría pasado si mis palabras hubieran sido las causantes de la pérdida de una vida?

Una palma tibia sobre mi antebrazo me sacó de mis cavilaciones. Era Owen. Me miraba sin acusarme. Sin la rabia o el rencor que yo en su lugar habría mostrado. Le había hecho la vida imposible y él lo que hacía era ayudarme a salir de un pozo profundo.

—Nada de eso me importa, Kara, lo sabes —señaló en voz baja—. Yo ya lo he olvidado.

Escuché su voz calmada y me cubrió como un manto el corazón. Era cierto y yo lo sabía. Él me había perdonado, pero dudaba que yo pudiera olvidarlo algún día. Lo más difícil siempre es perdonarte a ti mismo por lo que hiciste mal y tratar de seguir adelante. Yo no podía disculpar mis acciones, no importaban las razones que hubieran estado tras de ellas. Había sido cruel y con toda la intención. Nunca iba a poder olvidar que, por mi culpa, este increíble hombre había sido infeliz durante años. Lo único que podía hacer era tratar de redimirme, mostrarle lo mucho que valía y lo mucho que debía ser amado; lo mucho que lo admiraba por ser tan fuerte, por él mismo y por mí.

No podía decírselo, porque de ninguna manera podría demostrarle la inmensidad de mi sentir con un puñado de palabras, pero podía expresarlo con hechos. Si él creía que yo lo merecía después de todo lo que le hice pasar, lo dejaría creerlo; trataría de demostrarle que sí era digna de su amor, para que así nunca se arrepintiera de su decisión de quedarse conmigo.

—Lo sé —murmuré apretando su mano y brindándole una pequeña sonrisa.

—Solo quería que supieras el porqué de mi actuar. Debería pedir perdón, pero... lo único que lamento en realidad es que mi hermano haya sufrido por mi culpa. ¿Crees que puedas perdonarme? —cuestionó con la vista fija en Owen.

Él me miró por un par de segundos y luego volvió a concentrarse en Lena.

—No soy la persona a la que deberías pedirle disculpas —indicó. Sabía

que se refería a mí, que debía ser yo a quien le pidiera perdón, pero, si lo hubiera hecho, no habrían sido sinceras. Yo lo sabía.

—Comprendo —dije antes de que nadie dijera nada—. De verdad lo hago, y... está bien. No necesitas disculparte, lo único que necesitaba saber era por qué —concluí.

Sentía la intensidad de la mirada de Owen fija en mi perfil, pero no flaqueé. No necesitaba las disculpas de Lena porque ella no las sentía y yo tampoco la habría perdonado. Ambas éramos rencorosas y ambas amábamos a Owen con intensidad, aunque de maneras distintas. Nos miramos, ojos azules enfrentados, y nos dijimos todo en ese enlace. Hicimos en silencio una tregua por el bien de ese hombre maravilloso que merecía la felicidad.

—Entonces me retiro —dijo después de un minuto en silencio. No esperó a que dijéramos nada; se puso de pie, besó la mejilla de Owen y se fue cerrando la puerta con cuidado tras de sí.

Yo sonreí cuando el silencio reinó.

Mi vida comenzaba a asentarse, pero aun así sentía que faltaba algo importante. Tal vez con el tiempo lograría saber lo que era, pero esperaría. No me iba a apresurar, dejaría que ese asunto me encontrara a mí y no al revés.

—No la he perdonado —escuché que Owen decía a mi lado.

—Deberías, es tu hermana.

—Sí, pero tú eres mi mujer y ella te hizo mucho daño —dijo poniéndose de pie. Retiró mi asiento y me ayudó a levantarme, entonces me llevó al sofá donde habíamos estado juntos antes de que ella llegara.

Su mujer. Me gustaba cómo sonaba eso.

—Nos hizo —lo corregí—, pero ya la escuchaste. Está arrepentida y estoy bastante segura de que toda su misión en busca de venganza ha terminado —mencioné recordando nuestro trato mudo.

—Por su bien, eso espero.

—¿Es una amenaza eso que oigo implícito ahí? —pregunté en broma cuando encendió el televisor.

Sus ojos se posaron sobre mi rostro. Estaba mortalmente serio.

—Cualquiera que tenga la intención de hacerte daño o de separarnos se las verá conmigo. Entiendes eso, ¿no? No me importa si es mi propia hermana,

no voy a permitir que te hieran de nuevo. Puedes estar segura de eso.

No pude hacer otra cosa que asentir. Me gustaba cuando se ponía en ese plan protector, pero al mismo tiempo no quería que me viera como alguien que debía ser protegida. No quería parecer débil.

—No necesitas interceder por mí, Owen. Soy una chica grande y sé apañármelas sola —señalé con una sonrisa que él imitó.

—Lo sé, pero ya has pasado por mucho y quiero que me dejes cuidarte. No porque crea que no puedes, sino porque quiero hacerlo.

Presionó un beso sobre mi nariz y entonces me atrajo hacia su costado, su brazo rodeando mis hombros. Mis labios no podían dejar de estar curvados. Me sentía tan feliz y libre teniéndolo a mi lado.

—Sabes que te amo, ¿no?

—Sí —murmuró—. Lo sé.



—¡Esta es perfecta! —exclamó Lynn muy emocionada.

Me había puesto en contacto con ella una semana después de la llamada de Dan y nos habíamos reunido para negociar. El acuerdo que me había estado ofreciendo, resultó ser tan bueno que no pude negarme.

Habíamos empezado tan solo unos cuantos días más tarde y yo había quedado encantada con el ambiente, por lo que varios meses después aún seguía trabajando con ella. Las modelos con las que Lynn trabajaba eran maravillosas personas; educadas, amables y sinceras. Siempre estaban ofreciendo su ayuda cuando creían que necesitaba algo y me consentían. Al parecer tenían una debilidad por las mujeres embarazadas.

Meg, una de las modelos, siempre estaba a mi lado y frotaba mi vientre en cada oportunidad que tenía. No sabía si creía que le daría suerte o simplemente le agradaba tocarme. Una vez incluso estaba en plena sesión de fotos, cuando alguien le avisó que Ander había comenzado a patearme y abandonó todo con tal de ir a sentirlo. Era una amiga increíble.

—Lo es —confirmó Meg—, solo mira su cara. Resplandece por el embarazo. Qué envidia.

Todas las chicas asintieron en acuerdo y yo solo pude reír.

—Están todas locas.

Me hallaba sentada en uno de los sillones dentro de la oficina de Lynn y ella se encontraba sentada a mi lado con su portátil sobre las piernas. Estábamos viendo todas las fotos que me habían hecho esa misma tarde para poder elegir las que enviaría al final. Las demás chicas habían insistido en acompañarnos y ambas habíamos aceptado de buena gana. Éramos todas amigas después de todo.

—Entonces nos quedamos con la siete, doce, quince y treinta como el primer paquete —dijo Lynn. Siguió diciendo algo sobre edición y retoques, pero mis pensamientos devoraron mi atención completa.

El día anterior había tenido cita con el obstetra justo después de mi cita con Madison. Solo quedaban cinco semanas, según él, para que me aliviara, pero algo me decía que pasaría antes de ese tiempo. Ander era un niño muy inquieto que parecía desesperado por salir al mundo, y tanto Owen como yo, estábamos ansiosos por tenerlo entre nuestros brazos.

Habíamos pasado mucho tiempo arreglando todo para cuando él llegara. Reil había vuelto a la ciudad con una novia, y Owen y yo nos habíamos visto obligados a conseguir nuestro propio lugar a pesar de la insistencia de nuestro amigo porque nos quedáramos. Algún compañero de trabajo de Owen le había informado que iba a mudarse y que su casa estaba en venta. Fuimos a verla y quedé encantada. Era un lugar pequeño, pero espacioso, en un vecindario agradable. La oficina le quedaba un poco más retirada, pero valía la pena. Como la casa ya venía amueblada, ellos llegaron a un trato y apenas hacía un par de semanas atrás que habíamos terminado de mudarnos.

Todo era perfecto, demasiado, y tenía miedo. El sentimiento de que faltaba algo seguía en el fondo de mi mente acechándome. Sentía que este asunto llegaría cuando todo fuera pura luz y volvería a empañar mi felicidad. Aquella era mi mayor preocupación.

—... por un café. Kara, ¿me oyes?

La voz de Lynn dispersó mis pensamientos.

—Lo siento, ¿qué?

Ella rio.

—Que las chicas ya se van y en vista de que tu hombre no ha llegado, estaba pensando en ir a la cafetería de la esquina. ¿Qué dices?

—Me parece bien —acepté.



Nos despedimos de todas y entonces salimos en busca de su café. Como quedaba cerca y yo necesitaba caminar un poco cada día, decidió que fuéramos a pie. Íbamos conversando, ya casi llegando al local, cuando Lynn recibió una llamada urgente.

—Ve —dije—, yo le enviaré un mensaje a Owen y le diré que estoy aquí.

—¿Segura? —preguntó dudosa. Reí.

—Ve, mujer. No me pasará nada.

Casi tuve que empujarla para que fuera a atender su asunto. Me trataban como si yo no pudiera arreglármelas sola. Estaba embarazada, no discapacitada.

Entré a la cafetería, pedí un pedazo de pastel de zanahoria y me senté en la mesa de la esquina. El lugar estaba casi vacío, a excepción de una parejita de adolescentes que parecía más concentrada en besarse que en comer, por lo que el silencio reinaba.

**Yo:** «Ya terminamos. Estoy en la cafetería de la esquina».

Envié el mensaje y de inmediato obtuve respuesta.

**Owen:** «Voy en camino. Te amo».

Sonreí al leerlo y guardé el celular para comenzar a engullir el pedazo de pastel frente a mí. Estaba delicioso y el silencio del lugar hacía que pudiera disfrutarlo al máximo. Llevaba apenas un par de bocados cuando lo vi entrar. Lo supe de inmediato.

Era Beck. Su cabello rubio, sus ojos castaños y una falta de sonrisa en su apuesto rostro. Era él.

Y me miraba fijamente.

Lo primero que pensé fue que debía salir de ahí. La última vez que nos habíamos visto fue en el funeral de nuestra hija y las cosas no habían resultado bien. Después quise solo fingir como si no lo hubiera reconocido, de esa manera, si él no quería hablarme, no habría problema. Pero al final... lo supe. Esto era lo que me había estado molestando. Este era el asunto que debía resolver para estar en paz conmigo misma, para poder seguir adelante sin llevar mi pasado a cuestas.

Así que, aspirando un gran aliento, me armé de valor y me puse de pie.

## Kara

Sus ojos se ampliaron cuando me vio incorporarme; el embarazo era más que notable. Un millar de emociones pasaron por su rostro, pero no alcancé a descifrar cuál era la más destacada de todas. Me acerqué con cuidado, como si él fuera un asustado animal herido y yo temiera que fuera a huir o atacar en cualquier momento. Me sentía inquieta, nerviosa y extrañamente aliviada por lo que venía. Sabía que iba a resolver este tema de una vez por todas, que cambiaría de página y empezaría un nuevo capítulo en la historia de mi vida.

Su mirada me cuestionó cuando me detuve a solo un par de pasos de distancia. Sus ojos vagaron por mi rostro en busca de... algo, y yo aproveché la ocasión para estudiarlo de regreso.

Hacía alrededor de cuatro años que no lo veía y en ese tiempo había cambiado bastante. Sus rasgos habían terminado por volverse más angulosos y el rostro aniñado que alguna vez tuvo había desaparecido sin dejar rastro alguno. Sus ojos eran duros, transmitían mucho dolor y me pregunté si él habría sufrido más después de la pérdida de Kayla. Me pregunté si yo habría tenido esa mirada alguna vez; esa que parecía desolada y sin esperanzas.

Había llegado a sentirme así alguna vez no hacía mucho tiempo atrás, pero verlo en alguien más, en Beck precisamente, me hacía reflexionar.

El corazón me dolió por él. Me dolió porque siempre había sido un buen chico y no merecía nada malo. Sin embargo, no siempre se obtiene lo justo. La vida no siempre te da lo que mereces; a veces te manda lo que necesitas. Tal vez ambos necesitábamos lo malo en nuestra existencia para aprender a no rendirnos. Tal vez requeríamos sentir la pérdida, el dolor y la angustia para volvernos inmunes a las cosas sin importancia. Tal vez precisábamos de los obstáculos para obtener resistencia.

De repente recordé esas ocasiones cuando, al borde de la locura, pedía al cielo con desesperación, a Dios, a la vida, a quien fuera que me escuchara, que, por favor, acabara con mi sufrimiento. Siempre pensaba que no era escuchada. Sentía que era el pago por todo lo malo, mi castigo, mi condena; no obstante, viendo a esos días pasados, pude darme cuenta de que tal vez no recibí lo que pedía, pero sí lo que me hacía falta. Fuerza. Cada prueba, cada dificultad, cada suceso doloroso, me hizo más fuerte; e incluso cuando llegué a pensar que no podía más, que me quebraría, logré resistir y había conseguido seguir adelante.

Me obligué a sonreír algo temblorosa cuando me di cuenta de que Beck me seguía observando impertérrito y que no sería él quien hablaría primero. Acomodé un mechón de cabello tras mi oreja después de tomar una profunda respiración y lo vi seguir el movimiento de mi mano.

—Hola, Beck —murmuré—. Tiempo sin verte.

Una de las comisuras de su boca se estiró cuando sus ojos se volvieron a encontrar con los míos. Asintió con educación.

—Kara —su voz profunda no había cambiado para nada—. Te ves bien —dijo. Hizo un gesto con su cabeza hacia mi vientre redondo y llevé una mano a ese lugar sin pensarlo.

—Gorda, querrás decir.

—Radiante —corrigió. Tragó saliva con dificultad y desvió la mirada, entonces dejó escapar un largo suspiro—. ¿Nos sentamos? —questionó en voz baja. Ladeó su cabeza para señalar la mesa en la que había estado sentada y yo moví la cabeza de acuerdo—. Así que, ¿todo va bien en tu vida? —preguntó una vez que tomamos asiento. Solo pude reír.

¿Qué podía decirle? No iba a contarle todo el trágico camino que había tenido que recorrer para poder llegar hasta donde me encontraba entonces, así que tomé su pregunta literalmente y asentí.

—Todo va muy bien. ¿A ti qué tal te ha ido? —quise saber—. Te ves... mayor.

Una risa sincera brotó de su pecho y causó que sus ojos se achicaran y unas tenues arrugas los rodearan en las esquinas. Seguía viéndose bien.

—Me siento mayor —confesó divertido. Sacudió la cabeza en medio de un suspiro y se pasó la mano por la mandíbula—. Las cosas han sido... complicadas, supongo, pero todo ha ido bien. Estoy aquí, ¿no? Vivo, sano...

—¿Feliz? —me atreví a preguntar. Sus ojos serios se encontraron con los míos y de repente me sentí insegura.

—¿Y tú? —cuestionó.

—Lo intento.

—Yo también —respondió luciendo cansado de repente—. Siempre he pensado en lo que te diría si volvía a verte, pero ahora que te tengo enfrente... no sé. Siento que ninguna palabra es la correcta. Siento que nada de lo que pueda decirte va a ser suficiente para disculparme por lo último que te dije cuando...

—Entiendo —interrumpí.

—No, no entiendes, Kara. Yo...

—Estabas herido, Beck —dije escuchando cómo se me quebraba la voz. Años habían pasado, pero seguía doliendo como si el tiempo no hubiera transcurrido. Supongo que, en mi interior, muy dentro de mí, el tiempo no había pasado; las heridas no habían sanado—. A veces, cuando tenemos miedo o estamos sufriendo, decimos cosas que no queremos decir, cosas de las que nos arrepentimos después. Lo he aprendido —dije con una sonrisa triste—, así que no te preocupes. De verdad entiendo —le aseguré.

Quise tranquilizarlo porque, a pesar de que sus palabras me habían hecho dudar de mí durante mucho tiempo, no quería que sufriera lo que yo. Me había lastimado, pero quería que siguiera adelante; que se perdonara, que su conciencia lo dejara tranquilo. Vivir con el sentimiento de culpa era horrible. Era como una sombra siguiéndote a todas partes, un manto asfixiante del que no te podías deshacer por más que lo intentaras. En ocasiones tu propia mente podía ser tu peor enemiga, el remordimiento de conciencia su mejor arma.

Beck tomó un profundo aliento al escucharme terminar de hablar y cerró los ojos haciendo una mueca de dolor.

—Kayla... Lo de ella no fue tu culpa. Quiero que lo sepas, yo no debí hacerte creer lo contrario. Estuvo fuera de tu control, de nuestro control, y yo no debí... —pasó ambas manos por su rostro y negó visiblemente alterado—. Nada fue tu culpa y yo debí de haberme asegurado de que lo supieras. Debí haberme quedado a tu lado y apoyarte. Debí...

—Éramos solo unos niños —susurré, excusándolo.

Él rio sin humor al oírme, como si no quisiera aceptarlo, como si quisiera seguir culpándose. Sin embargo, después de algunos segundos, exhaló

pareciendo cambiar de opinión.

—Sí, supongo que tienes razón —ambos guardamos silencio durante un largo instante, cada uno perdido en sus pensamientos—. A veces... A veces me pregunto qué habría sido de Kayla si no hubiera pasado todo aquello. Si habríamos sido buenos padres o si... O si habríamos fracasado. Si habríamos sido igual que nuestros padres con nosotros —murmuró.

Rio sin humor sacudiendo la cabeza, pero yo me quedé pensando en aquello.

«Igual que nuestros padres...».

No. Como ellos jamás habríamos sido, estaba segura de ello. Para nosotros lo más importante siempre fue ella, todo lo demás quedaba en un segundo plano. Ella pudo haber tenido una familia completa, una vida feliz, unos padres que la habrían amado sin igual..., pero la vida nos la arrebató sin compasión. Y era por eso, porque lo sabía, porque siempre lo había sabido, por lo que me dolía más que nada la partida de Kayla.

El mundo se privó de ver crecer a una hermosa y maravillosa niña... y sus padres nos privamos de la felicidad por mucho tiempo después de su marcha.

Me mordí el interior de la mejilla al sentir un nudo en la garganta.

—Lo habríamos hecho bien —dije con voz ahogada—. La amábamos, hacíamos todo lo posible para darle lo que necesitaba. Creo que en ese corto tiempo lo hicimos mejor de lo que nuestros padres lo hicieron, ¿no crees?

Lo vi morderse la esquina del labio y supe que se estaba conteniendo también. Sus rápidos parpadeos me mostraron que seguía sufriendo con el tema tanto como yo.

—¿Te sigue doliendo? —preguntó con la respiración acelerada. Parecía estar haciendo lo posible por no echarse a llorar.

—Sí —admití en un hilo de voz—. No creo que deje de hacerlo en esta vida.

Beck asintió recuperando la compostura y aclarando su garganta.

—Entiendo. Yo creo lo mismo, pero... ¿sabes? Nunca te dije lo buena madre que eras. Debería de habértelo dicho. Y sé que lo serás para quien viene en camino —dijo cabeceando hacia mi vientre, refiriéndose a Ander—. Distes lo mejor de ti anteriormente y lo harás de nuevo. Tú no eres como tu madre, Kara. Tú ves primero por las personas que te importan y luego por ti.

El padre es afortunado de que seas tú quien lleve su hijo —concluyó estirando su mano y dándome un apretón en la mía.

Sonreí al escucharlo. Tuve que hacerlo porque si no iba a ponerme a llorar y no era algo que quisiera en ese momento. Mi sonrisa era amplia, demasiado, y sentí que las lágrimas colgaban ya de mis pestañas inferiores. Sus palabras, las hormonas del embarazo, el cierre que necesitábamos... Todo eso junto era la combinación perfecta para ponerme sentimental.

Lo que siempre había querido oír de Beck, del padre de Kayla, del primer hombre que quise y el único que me comprendía en lo que era la pérdida de una hija, ahora estaba saliendo de sus labios y nada hubiera podido lograr el sentimiento que sus palabras despertaron en mí. Una sensación de liberación.

Fue como si me hubiera soltado unas cadenas que yo no sabía que me ataban manteniéndome en el pasado, que me impedían avanzar en la medida justa y necesaria.

—Espero que te vaya muy bien con tu familia —susurró. Volvió a darme un apretón en la mano y luego se puso de pie—. Yo... tengo que irme. Solo venía por un café y después regresaré a la oficina —ahí, parado frente a mí, sonrió con ternura y melancolía—. Te irá muy bien en la vida —aseguró en voz baja. Y yo decidí creerle.

—Cuídate, Beck —pedí.

—Y tú.

Se acercó a besar mi mejilla y entonces lo vi alejarse hacia el mostrador. Ni siquiera me di cuenta de que seguía sonriendo hasta que giré el rostro un poco y vi mi reflejo en la ventana.

Estaba feliz. Estaba *muy* feliz y tenía ganas de llorar y reír al mismo tiempo. El fin de mi eterno suplicio había llegado con esa charla que tanto había necesitado y ahora me sentía capaz de hacer cualquier cosa.

Enterré mi rostro entre mis manos cuando el sentimiento fue demasiado intenso y me permití llorar un poco. Ni siquiera sabía por qué lo hacía, pero no era algo que pudiera controlar. Tal vez era porque estaba siguiendo adelante y el camino se veía despejado frente a mí. No veía nubes grises ni tormentas en mi futuro cercano, y tenía fe en que así sería durante un buen tiempo. Ahora estaba de vuelta con Owen, tenía a Ander en camino y amistades verdaderas que me ayudaban y se preocupaban por mí; un trabajo que me gustaba, que me llenaba, y toda una vida por delante.

Tenía metas, ganas de vivir, energías, deseos de salir... Tenía la sensación de que la vida era buena y yo estaba anhelando vivirla.



—Te noto algo rara —dijo Owen tenso a mi lado en el coche—. ¿Pasó algo? ¿Está todo bien con las chicas?

Reí ante su evidente preocupación y estiré mi mano para apretar sus dedos.

—Todo bien. Todo perfecto, de hecho —tomé una profunda respiración y cerré los ojos—. Hoy vi a Beck en la cafetería. Hablamos. Fue... liberador.

Sus dedos se entrelazaron con los míos y lo sentí mirarme.

—¿Beck? ¿Tu ex?

—El papá de Kayla, sí.

—Oh. Y ¿qué dijo?

—Nada —dije en voz baja—. Bueno... Se disculpó conmigo. Dijo que nada había sido mi culpa. Hablamos sobre Kayla, sobre nuestros padres, nuestra vida... Al parecer también la ha pasado mal. Me deseó lo mejor contigo y Ander, y entonces se fue. No fue una gran charla, pero dijimos lo que teníamos que decirnos. Y sé que escuché lo que necesitaba escuchar.

Sentí que el auto se detenía y abrí un ojo para ver que por fin estábamos en casa. En *nuestra* casa.

—¿Y por eso lloraste? —cuestionó. Volví mi vista para encontrarme con sus ojos y él estiró su mano para pasar el pulgar por mi mejilla—. Tienes el maquillaje un poco corrido, me di cuenta. Y te conozco —agregó con una sonrisa—. Entraste al auto con una actitud un poco diferente y ahora sé lo que es. ¿Te sientes mejor?

Apoyé mi mejilla en su mano sin romper el contacto visual y asentí.

—Sí.

—Me alegra que hayas cerrado ese ciclo de tu vida. Ahora quiero que seamos solo nosotros, sin remordimientos ni arrepentimientos —quise abrir la boca para decir algo, pero entonces su dedo se posó sobre mis labios—. Sé que siempre la vas a extrañar, Kara, y que te va a doler. Era tu hija después de todo, siempre lo va a ser. No te estoy pidiendo que la olvides, solo que aceptes que no fuiste tú quien falló. Pasó y no fue tu culpa. Quiero que lo

admitas para ti misma y que entonces la recuerdes solo con cariño. ¿Crees que puedes hacer eso? —preguntó con un toque de angustia en su voz, y yo no pude hacer nada sino asentir.

—Ya lo hago.

—Bien —sonrió entonces y bajó del auto dirigiéndose a mi lado para ayudarme a bajar también.

—Yo puedo. No necesito tu ayuda —dije riendo.

—Lo sé, pero es que me gusta tenerte cerca —besó la cima de mi cabeza y me llevó dentro.

Estaba acostumbrándome poco a poco a sentirlo tan cercano. Siempre atento y dulce, haciéndome sentir amada y especial. Lo escuché moverse por la cocina después de hacerme sentar en el sillón de la sala y lo imaginé preparando algo de comer. Owen creía que por estar embarazada no era capaz ya de hacer nada, aunque no voy a negar que me gustaba que me consintiera de esa manera. Totalmente podía malacostumbrarme.

Subí mis pies al sillón sintiendo cómo se hinchaban e hice una mueca. Iba a tener que hacer un montón de ejercicio para bajar de peso después del embarazo. Sin embargo, a Owen parecía gustarle mi cuerpo justo en ese momento.

Estaba mal.

Cerré los ojos y comencé a tararear una melodía que le había cantado a Kayla también. Sobé mi barriga donde Ander estaba comenzando a moverse y casi de inmediato se relajó.

«Gracia maravillosa, tan dulce el sonido. Que salvó a un infeliz como yo. Una vez estuve perdido, pero ahora me he encontrado. Fui ciego, pero ahora veo».

Continué cantando durante un momento más hasta que escuché un pequeño ruido que me hizo alzar la vista e interrumpir la melodía. Owen estaba recargado sobre el marco de la puerta, mirándome con ojos enternecidos y una ligera sonrisa pintada en los labios.

—Cada vez que te escucho cantarle me enamoro más de ti —susurró. Se acercó con paso veloz y se acuclilló frente a mí—. Tengo tanta suerte de tenerte —dijo fascinado, entonces me besó.

Y yo estuve convencida de que la vida no podía ser mejor.



## Epílogo

### Owen

Felicidad.

Es una palabra tan fácil de pronunciar, pero un sentimiento tan difícil de encontrar, de mantener.

La mayoría de la gente conoce su significado, sin embargo, no somos conscientes de que no todos tienen la fortuna de experimentarla. Damos por sentado tantas cosas; pequeñas cosas que, si nos ponemos a pensar, no valoramos lo suficiente.

Unos padres que nos aman incondicionalmente, hermanos capaces de hacer cualquier cosa por nosotros y amigos que nos abren los ojos; ropa nueva y cómoda, comida deliciosa, un verdadero y cálido hogar... No fue hasta que supe la situación por la que había estado pasando Kara que me di cuenta de lo afortunado que había sido durante toda mi vida. La escuela secundaria fue difícil, sí, pero ¿qué adolescente no se siente como si tuviera el mundo sobre la espalda alguna vez?

Me sentía tan mal, me quejaba, inclusive lloraba, pero mi vida no fue ni la mitad de complicada como lo fue la de la mujer que ahora tengo a mi lado. Y la amo por ser tan fuerte.

La veo sonreír y no puedo evitar hacerlo yo también. La gente la ve riendo y no imaginan todo lo que tuvo que pasar para que ese gesto fuera sincero y no ensayado; no entienden que para ser feliz tuvo que pasar la peor de las desgracias, vivir desdichada. No saben lo afortunado que me siento porque sé, soy una de las razones por las que sus ojos ahora brillan. Ella y la familia que he iniciado a su lado son mi motor de vida ahora. No sé qué sería mi vida sin ellos y, con suerte, nunca tendré que averiguarlo.

Después de que Kara hubiera cerrado el capítulo anterior de su vida, todo

empezó a ser más fácil. No solo en nuestra relación, sino para ella también. La cautela con la que había parecido moverse siempre, desapareció. Ese temor en la profundidad de su mirada, como si esperara que yo también desapareciera de un momento a otro, se fue para siempre.

Nunca supe qué era lo que pasaba por su mente, pero no me gustaba que pareciera esperar lo peor siempre. Trataba de alejar todas esas inseguridades día a día porque, aunque la entendía, también era algo cansado. No confiaba en ella misma, por lo que tampoco confiaba del todo en mí. Pero entonces *algo* cambió después de que hablara con su ex. Con Beck.

¿Qué fue? No lo sé con certeza, pero lo sigo agradeciendo hasta el día de hoy.

—Te has vuelto a perder —la escuché decir cerca de mi oído.

Parpadeé un par de veces y volví en mí al verla de pie a solo unos centímetros de distancia. Sonreía con ternura y amor brillando en sus ojos azules. Le devolví la sonrisa y envolví mis manos alrededor de su cintura.

—Pasa mucho, ¿no?

Ella asintió y acarició mi nariz con un dedo.

—Solo me gustaría saber qué pasa por tu mente cada vez que te pierdes así.

—Nada malo —le aseguré. Su ceño se frunció ligeramente y halé de ella para que se colocara a horcajadas sobre mí. Sus ojos buscaban dentro de los míos por alguna mala señal y eso me hizo reír.

Últimamente había estado pensando demasiado en nosotros, pero no eran dudas. Solo me preguntaba en qué momento de la vida todo cambió y se volvió tan bueno.

—Me da miedo cuando te vas así —susurró pasando sus dedos sobre mis labios.

Tomé su muñeca con delicadeza, besé sus yemas y le sonreí para tranquilizarla; todo esto sin dejar de verla a los ojos.

—Solo pienso.

—¿En?

—Nosotros —confesé—. En ti más que nada. En lo mucho que me gusta verte feliz.

Sus ojos se estrecharon cuando sonrió.

—Tú me haces feliz —dijo con dulzura.

—En lo mucho que me gusta hacerte feliz —continuó—. En Ander, en la familia que pronto empezaremos. En lo que nos depara el destino.

Besé su palma abierta y cerré los ojos el sentir los dedos de su otra mano jugando con el cabello de mi nuca.

Siempre tenía esos gestos tan lindos, muestras de su amor que para cualquier otra persona hubieran podido parecer insignificantes, pero que para mí lo eran todo.

—¿Tienes miedo? —preguntó después de que algunos segundos transcurrieron en silencio. Abrí los ojos confundido y ladeé la cabeza.

—¿Miedo de qué? —quise saber.

—De lo bien que va todo. De que no dure.

Sacudí la cabeza al escuchar su titubeo y apreté mi agarre sobre su cadera.

—No. Contigo no le temo a nada.

Ella volvió a sonreír y se acercó a besarme.

—Bien, porque yo tampoco. Por primera vez en mucho tiempo no tengo miedo. Me siento libre —continuó— y es extraño, pero nada me preocupa porque te tengo conmigo. Sé que todo estará bien y que, si las cosas se ponen difíciles, las arreglaremos.

—Juntos.

—Sí —estuvo de acuerdo. Coloqué mi mano sobre su vientre y ella hizo lo mismo—. No puedo creer que en menos de quince días lo tendremos entre nuestros brazos —susurró.

Sonreí ante la emoción en su voz y asentí.

—Eso si no se adelanta.

—Esperemos que no —dejó escapar una risa divertida y me inclinó a besarla.

—Estoy tan orgulloso de ti —dije sin pensar. La sorpresa brilló en sus ojos y me miró con atención.

—¿Y eso por qué? —inquirió curiosa.

—Ya sabes. Por ser tan fuerte siempre —ella volvió a reír, pero esta vez con un tinte melancólico.

—No siempre lo fui.

—Pero no te rendiste —insistí—, y te admiro por eso.

La vi morder su labio inferior en desacuerdo y entonces suspiró. No dijo nada más, solo recostó su mejilla sobre mi hombro y lanzó ambas piernas a mi costado, así se quedaba más cómoda.

Su cabello hacía cosquillas en la punta de mi nariz, pero no me moví. Me gustaba inhalar su aroma. A veces, cuando ella se despertaba antes que yo, tomaba su almohada y enterraba mi nariz en ella. Siempre me hacía sonreír, lo sigue haciendo, y no tengo ni idea del porqué.

Vainilla y Kara. Relajante y seductor. Un olor tan dulce como ella.

A veces, cuando la abrazaba, su aroma se me quedaba impregnado durante horas. Iba a trabajar y sentía como si aún ahí, en la oficina, estuviera a mi lado.

Enrosqué un mechón alrededor de mi dedo y posé mis labios sobre su frente. Cuando se acurrucaba así a mi lado me hacía sentir necesario; era un sentimiento extraño. Ella era un hueso duro de roer, tantas cosas por las que había pasado le habían forjado un carácter, pero luego venía y se encogía a mi lado como una niña desprotegida que necesitaba ser cuidada y yo me sentía grande.

Hecha un ovillo pegada a mi cuerpo algo florecía en mi interior y comenzaba a susurrarle cosas dulces. Cuánto la amaba, lo mucho que me hacía feliz. Ella solo sonreía con los ojos cerrados y se alimentaba de mis palabras. La tristeza en el ambiente se había evaporado.

Cada día nuestra relación se fortalecía más. Juntos forjábamos lazos casi inquebrantables, recordándonos diariamente por qué estábamos juntos, lo que amábamos del otro. Un «buenos días», un beso en la mañana, un «te amo» antes de ir al trabajo. La comunicación era esencial para no dejar que las dudas e inseguridades se sembraran y abrieran brecha entre nosotros.

No nos dábamos por sentado. Cada día había algo nuevo que aprender a su lado.

—Marien viene por mí en un rato más —murmuró sacándome de los pensamientos en los que me había vuelto a introducir sin querer.

—¿Va a ir Saíd? —quise saber.

Él y Marien se habían casado el mes anterior, por lo que nos habíamos encontrado de vez en cuando. El tipo hacía lo que fuera por hacer a la rubia feliz. Tenía esa veneración en sus ojos cada vez que la miraba y me alegré de

que hubiera terminado al lado de un hombre que la amaba tanto.

—Sí. Quiere llevarme a comer antes de que se vayan a su luna de miel tardía. Salen mañana temprano y hoy es la última oportunidad —dijo soltando una risa.

Asentí y besé su cabeza.

—Entonces deberías ir a cambiarte.



Acababa de terminar de cenar cuando escuché un coche alejarse y supe que Kara había llegado a casa. Le abrí la puerta antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo ella.

—No me voy a romper por girar el pomo —refunfuñó dando un paso en el interior. Reí por su frustración y la seguí a la sala, donde se dejó caer con cuidado sobre el sillón.

—Se llama ser caballeroso —dije sentándome a su lado y rodeando sus hombros con mi brazo. Kara dejó escapar un suspiro cansado y de inmediato me puse alerta—. ¿Qué pasa? —pregunté. Ella acomodó su mejilla contra mi pecho y negó.

—Nada. Solo... debiste verlos, Owen. Están tan enamorados. El rostro de Marien brilla y Saíd se ve tan feliz. No sé, son perfectos juntos —volvió a suspirar.

—Nosotros también estamos enamorados, ¿no?

—Sí, pero es diferente verlo en otras personas —expresó riendo—. Y ellos son asquerosamente ricos ahora, como una novela romántica. La vida perfecta.

—No puede ser mejor que levantarme todos los días a tu lado —dije depositando un beso en su cuello.

Kara colocó una mano sobre mi pecho y asintió.

—Nada puede ser mejor que eso. Solo... —sacudió la cabeza y dejó la frase colgando en el aire.

—¿Solo...?

—Nada. Nada es mejor que esto —se apresuró a decir mientras intentaba ponerse de pie—. Estoy cansada. ¿Vamos a dormir?

Fruncí el ceño al verla alejarse de mí con lentitud. Algo no me terminaba de cuadrar en su actitud. Me incorporé, la alcancé en un par de pasos y la tomé con cuidado por los hombros para girarla y que me enfrentara.

—¿Recuerdas de lo que hablamos cuando decidimos que lo íbamos a intentar? —pregunté. Ella asintió—. Dijimos que nada de secretos entre nosotros.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué el cambio? —pregunté expectante.

—Es una tontería —rio.

Acaricié su mejilla y besé su nariz.

—Igual quiero saberlo.

La llevé a nuestra habitación y la desnudé, queriendo solo sentir su piel contra la mía cuando nos recostáramos sobre las sábanas frescas.

—Es que... —comenzó una vez estuvimos sobre el colchón—, cuando los vi tan emocionados y felices... No sé, sentí una pizca de envidia y ni sé por qué. Quiero decir, soy feliz. Más de lo que he sido en mucho tiempo. Estoy contigo y vamos a tener un bebé. Te amo, sé que tú me amas y por eso no sé cuál es esa cosa que siento que me falta. Seguro son las hormonas —quiso justificarse.

Estábamos cara a cara, cada uno recostado sobre su lado, y busqué dentro de sus ojos. No estaba insegura acerca de si quería estar conmigo, eso lo sabía, así que solo podía ser otra cosa.

Apreté mi agarre sobre su cintura y la atraje un poco más a mí hasta que sentí su vientre redondeado contra mi abdomen.

—Creo que sé lo que es —dije en un suspiro.

—Ilumíname entonces porque yo no tengo ni idea.

—Creo que quieres tener lo que tienen ellos —coloqué un dedo sobre su boca cuando vi que iba a protestar y enarqué mis cejas—. Creo que quieres una boda, Kara. Creo que quieres que nos casemos —insinué.

Ella parpadeó un par de veces antes de que sus labios formaran una pequeña o.

—Pero eso no tiene sentido. Ya estoy contigo, ¿por qué iba a necesitar...?

—Dije querer —la interrumpí—, no necesitar. Tal vez, solo tal vez, en el fondo sigues un poco insegura y deseas algo más para asegurarte de que no te voy a dejar. Un papel firmado, tal vez, y un anillo. Y antes de que te molestes por lo que estoy diciendo, quiero asegurarte que yo también lo quiero —dije sonriendo. Rápido me di la vuelta sobre mi costado y abrí el cajón en la mesita a mi lado—. No es como tenía planeado hacerlo —solté cuando le mostré una sortija y ella contuvo el aliento—, pero ahora se ha presentado la oportunidad y está bien, supongo.

—Oh Dios...

—Kara, te amo. Dios sabe que lo hago, más de lo que hubiera imaginado alguna vez. Eres hermosa, dulce y la mujer más valiente y fuerte con la que he tenido el placer de encontrarme. Tu vida no ha sido fácil, pero nunca has dejado que eso te detenga. Eres perseverante, orgullosa y nada me hace más feliz que saber que formaremos una familia juntos. Ambos nos hemos equivocado, pero estamos aprendiendo a hacer las cosas bien. Ahora, quiero que nuestra unión sea legítima. Quiero poder decir que eres mi esposa con orgullo y que, al ver el anillo en mi mano, todos sepan que nadie tiene una oportunidad conmigo porque te pertenezco.

Vi sus ojos húmedos, esa sonrisa brillante y esa mirada llena de fuerza y amor, y decidí que estaba bien lo que hacía. Esto era solo el brillante principio de nuestra vida juntos.

—Cásate conmigo —pedí.

Y ella aceptó.

—Nada me gustaría más.



Ahora, después de varios años, estamos felizmente casados y tenemos dos hermosos hijos. Somos más felices que nunca y, a pesar de nuestras diferencias, seguimos adelante día a día. Kara logró superarse pese a todo lo que pasamos —lo que ella pasó— y le demostró a todos aquellos que dudaron de ella que era inteligente y era capaz de hacer lo que se propusiera. Continuó su carrera universitaria después de nacer Ander y, a pesar de que le fue difícil combinar la maternidad con el estudio —y de que la oscuridad en su mente todavía la acechaba—, se graduó con honores y me hizo el hombre más orgulloso. Me equivoqué al pensar que no podía amarla más. Cada día

me demuestra que es posible incrementar el sentimiento de admiración y devoción que me inspira.

Hemos tenido épocas difíciles, todas las parejas las tienen, pero no nos dejamos caer. Ella es fuerte y yo también lo soy. No estamos juntos porque no sepamos estar sin el otro, sino porque sabemos estarlo y aun así decidimos quedarnos. Porque tenemos un pasado, disfrutamos el presente y planeamos labrar un futuro hombro con hombro. No puedo verme con otra mujer que no sea Kara. Es mi esposa y mejor amiga. Y la vida con ella, aunque imperfecta, es increíble.

No concibo pasar la vida al lado de alguien más, no cuando ella me ha enseñado tanto. No cuando, después de pasar por las peores situaciones, Kara ha aprendido a plantar los pies sobre la tierra y caminar con la frente en alto; a tomar mi mano y enseñarme a avanzar juntos, sin miedo, hacia un futuro incierto con destino desconocido.

Ella me ha indicado cómo perdonar, ser fuerte y ser agradecido. Cómo, para ser feliz, debo dejar ir, aprender de mis malas decisiones y seguir adelante; no estancarme en el arrepentimiento ni el rencor, porque el pasado no puede ser cambiado, pero el futuro sí puede ser forjado y tal vez podamos compensar nuestros errores.

Me ha enseñado que no importa la que la vida nos lance, podemos seguir adelante. Que es posible que tropecemos e incluso lleguemos a caer, pero no debemos quedarnos ahí; mucho menos cuando nos tienden una mano ofreciendo ayuda.

Su ejemplo me ha demostrado que, sí, la vida es dura, pero vale la pena vivirla. Una vez que te decides, te armas de valor y reúnes fuerzas, puedes superarlo todo y seguir adelante *sin ver atrás* nunca más.

**Fin**



## Escena extra

Toqué la puerta con fuerza y esperé a que alguien me atendiera. Estaba nerviosa. Tenía unos cuantos años sin verla ya y no sabía qué pasaría. Puede que durante este tiempo ella no hubiera cambiado, pero yo sí, y aquello era lo que quería que viera. Quería demostrarle que a pesar de todo era feliz, que ella no había tenido razón nunca al decir que no lograría nada. Acababa de recibirme de la universidad. Tenía una licenciatura en Contabilidad —y planeaba estudiar una maestría en Finanzas—, un hijo hermoso y un esposo maravilloso.

Estaba orgullosa de mí misma. Estaba orgullosa de haber logrado tanto por mí misma, sin usar contactos ni dinero de mis padres. Estaba orgullosa de no haber hecho caso a lo que me «aconsejaban». Estaba orgullosa, feliz, satisfecha con mi vida.

Sonreí al escuchar pasos acercarse a la puerta y acomodé a Ander sobre mi cadera.

—Tengo hambre —dijo con su vocecilla aniñada.

Acomodé mis gafas de sol por encima de mi cabeza y clavé mis ojos oscuros en los suyos más claros.

Owen y yo habíamos pensado que sería parecido a nosotros, con cabello oscuro y ojos azules. Pero no. Salió idéntico a su abuela materna. Ander era rubio y tenía los ojos tan verdes como mi madre.

Me había llegado a preguntar más de una vez por qué su cabello era amarillo y el mío negro, como el de su papi. Y por qué nuestros ojos no eran del mismo color tampoco. Yo le decía que era porque se parecía a su abuela.

«¿Quién es mi abuela?», preguntaba confundido.

Se me partía el corazón al verlo tan decepcionado. Porque según él no nos parecíamos, aunque tenía mis cejas y nariz, y los labios y barbilla de Owen; porque no conocía a sus abuelos a causa de que no nos llevábamos muy bien.

Pero hoy iba a conocerla.

—Yo sé, mi amor. Ahorita que entremos te doy tus galletas, ¿sí?

Él movió aquella cabecita llena de rizos rubios, haciendo un puchero, y besé su nariz. Sus brazos rodearon mi cuello en el mismo momento en que mi madre abrió la puerta.

Se quedó de pie mirándome con sorpresa y luego al niño que cargaba en mis brazos. Volvió a darme un repaso de arriba abajo, seguramente reparando en mi falta de maquillaje o mis ojeras marcadas.

Ander había estado algo enfermito los pasados días, así que me había quedado a su lado por las noches, asegurándome de que sus vías estuvieran despejadas mientras dormía, hasta que mejoró. Mi aspecto no era el mejor por aquello, pero hacía ya un tiempo que mi aspecto había quedado relegado. Había cosas más importantes para mí.

—¿Kara?

—Hola, mamá —volví a acomodar a Ander sobre mi cadera y su carita giró para encontrarse con los ojos de su abuela—. ¿Podemos pasar? —inquirí.

Ella balbuceó, claramente sorprendida.

—Eh, sí. Claro.

Abrió la puerta y Ander y yo pasamos al fresco interior.

—¿Ella es mi abuela? —preguntó mi hijo bajito en mi oído. Yo reí.

—Sí, peque. Es tu abuela.

—¿Cómo se llama? —quiso saber.

—Clarissa —la voz de mi madre se hizo oír—. ¿Cómo te llamas tú?

—Ander.

Bajé a mi hijo al piso, pero no solté su mano. Él se pegó más a mi pierna sin despegar la vista de la mujer rubia frente a él. Estaba asustado... y lo comprendía. Aquella mujer me había aterrorizado durante años.

Busqué por un paquete de galletas entre mi bolso y me coloqué en cuclillas para abrirlo y tenderle una galleta a Ander.

—Toma, hijo —él la tomó sin dudar, paseó la mirada por sus alrededores mientras la mordía y me soltó la mano para acercarse a su abuela.

Vi a mi madre llevarse la mano al cuello en un gesto que delataba su

nerviosismo. Yo sonreí sin humor al darme cuenta de que su seguridad se resquebrajaba al ver a mi hijo. Ander pasó por un lado de su abuela y fue a sentarse en el sillón para comer su galleta con calma. Los rizos en su cabeza se movían con cada mordida que daba y sonreí sin ser consciente.

—Es idéntico a mí.

El susurro de mi madre me hizo desviar la atención hacia ella.

—Es tu nieto, ¿qué esperabas?

La vi tragar con dificultad al escucharme decir esto y desvió su mirada hacia mi hijo. Tal vez fue mi imaginación jugándome una broma, pero creí ver sus ojos suavizarse y humedecerse.

—Es hermoso.

—Es perfecto —la corregí con algo de dureza.

Inevitablemente estaba tratando de protegerlo del daño que sabía mi madre podía causar con sus palabras. Me encontraba tensa, preparada para tomar a mi hijo en brazos y huir si era necesario.

Mi madre asintió esbozando una leve sonrisa.

—Lo es. ¿Puedo... cargarlo?

Me miró casi suplicante y yo me pregunté quién rayos era aquella mujer o qué bicho le había picado. Parecía tan dulce y yo aquella etapa no la había llegado a conocer nunca.

—Ander, cariño, ¿quieres abrazar a tu abuela?

Los ojitos verdes de mi niño parpadearon con inocencia sobre mí y entonces se fijaron en mi madre. Y sonrió. Bajó del sillón con movimientos torpes y se acercó con los bracitos estirados hacia aquella mujer que yo jamás había visto actuar así, de manera... maternal.

Mi madre se acuclilló para tomarlo en sus brazos y no pude evitar el dolor en mi pecho al ver a Ander acurrucarse entre sus brazos y apoyar su cabecita en su hombro. Ella apoyó su mejilla sobre sus rizos rubios y cerró los ojos. Y yo sonreí.

Al parecer, ser abuela si se le daba bien.

Después de un rato Ander exigió bajarse y volvió a subirse al sillón para continuar comiendo sus galletas.

—Hasta que hago algo bien, ¿no? —dije con sarcasmo.

Mi madre se había acomodado a mi lado y ambas observábamos a mi hijo. Pude sentir que me lanzaba una mirada de reojo y entonces suspiró.

—No seas tonta, Kara. Los hijos no se hacen bien o mal. Se *crian* bien o mal —recalcó.

Observé que sus hombros se tensaban al decir esto y aquello llamó mi atención.

—Sé que estoy criando bien a Ander —me puse a la defensiva.

—Yo no dije lo contrario.

—¿Entonces a qué vino ese comentario?

Mi madre me lanzó una mirada llena de censura al escuchar que elevaba el tono de voz.

—No vino a nada.

—Y una mierda —siseé furiosa.

—¡Kara!

—¿Qué? Estás intentando decirme que también voy a fracasar en esto, ¿no?

Los ojos abiertos y sorprendidos de mi madre solo me hicieron enfurecer más.

—No. Lo que trato de decir... —miró de reojo a mi hijo antes de girarse y encararme—. Lo que intento decir, es que sé que no fui la mejor madre y lo lamento.

Elevó la barbilla al terminar de decir esto y yo parpadeé confundida un par de veces.

—¿Qué? Tú...

—De alguna manera siempre supe que sería un fracaso en esto de la crianza. Cuando naciste... solo supe que no lo lograría. No estaba lista para ser madre y no intenté ser una. Y de alguna manera, aquí estás. Siendo mejor madre de lo que yo fui o seré jamás.

Mientras la escuchaba no podía creerlo. No podía creer que, aunque esas palabras escapaban de sus labios, esa... disculpa, o lo que sea que fuera, casi parecía un insulto. Su tono de voz, su postura...

—No entiendo.

—No espero que lo hagas, Kara.

—¿Es eso una disculpa? —quise saber. Ella negó.

—No. No es una disculpa, no es una excusa. Solo es la verdad. Y la verdad es que me enorgullece que no seas como yo. —Miró de nuevo hacia Ander y ese gesto adusto que portaba se esfumó—. Me gustaría ser parte de su vida si me dejas.

Sonreí ante esas palabras. Parecían más una orden que una petición, pero de igual manera asentí.

A pesar de que tenía mis dudas y de que no la había perdonado por lo que había sido mi infancia —no sabía si algún día podría hacerlo—, no podía apartarla de la vida de mi hijo. Él merecía tener a su abuela si quería... y él la quería. Sin conocerla realmente, él ya la quería, y lo comprobé cuando bajó una vez más del sillón y le tendió una galleta a mi madre.

—Para ti —dijo con su vocecilla dulce. Y al ver a mi madre sonreír con ternura, me dije que estaba bien. Le daría una oportunidad.

Después de todo, la vida me había dado varias oportunidades ya y yo no era nadie para negársela. Tal vez con el tiempo ella y yo lograríamos arreglar nuestras diferencias —o tal vez no—, pero no se sabía.

Solo el tiempo decidiría cuando llegara la hora de sanar y perdonar, de soltar y dejar ir, y vivir sin rencor en mi corazón.



## **Carolina Méndez**

Nació el 31 de agosto de 1993 en Mexicali (Baja California). Estudiante de contabilidad mexicana, siempre ha amado leer y cuenta que desde muy pequeña devoraba los libros escolares de lecturas, siempre ansiando más. Encontró su pasión en la escritura al toparse con la plataforma de lectura Wattpad, en 2014, donde publicó sus primeros escritos y decidió quedarse al sentirse bien recibida. Considera que escribir es algo que le ayuda, al igual que leer, a centrarse y a ver las cosas desde diferentes ángulos. Y es por ello que, aunque el romance es el tema dominante en sus novelas, está abierta a experimentar con nuevos géneros.

Joana Marcús Sastre



*Las apariencias engañan*

IRRESISTIBLE  
*propuesta*

Nova Casa Editorial

# Irresistible propuesta

Marcus, Joana  
9788416942350  
440 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Recuerda: las apariencias engañan

Jessica Evans está enamorada profundamente de Matt Figgins desde hace unos cuatro años. Aunque, a sus ojos, Jessica no existe. Pero es comprensible, ya que Matt es de las personas más conocidas en el instituto Eastwood.

Por otro lado, Scott Danvers es un compañero del equipo de Matt, y por algunas circunstancias, necesita un favor de Jessica, por lo que le propone algo irresistible; ella fingirá ser su novia durante un mes a cambio de que él la acerque a Matt.

A pesar de que para Jessica Scott sería la última opción como amigo entre todos los hombres del mundo, acepta.



¿Saldrá bien la Irresistible Propuesta?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Elena García

# LA MARCA DE SARA

*Privada de libertad...*

  
Nova Casa Editorial

# La marca de Sara

García, Elena

9788417142087

452 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Sara es una estudiante de 20 años que, tras la repentina muerte de su padre por culpa de los problemas económicos que acechan a su familia, se ve forzada a abandonar la carrera universitaria que cursa.

Estos graves problemas económicos por los que están pasando le obligan a buscar un empleo para evitar que una orden judicial se adueñe de lo único que tienen: su hogar. Ahí vive junto a su madre, enferma, y sus hermanos, de 14 y 9 años. Su inexperiencia en el mundo laboral la lleva directamente a una trampa, y cuando se da cuenta de ello ya parece demasiado tarde. ¿Quién es ese hombre que parece querer ayudarla? ¿Podrá confiar en él? ¿Tiene otra opción?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Karla Levy

# Siete meses

Esta no es una historia de amor...  
es una historia del corazón.

Nova Casa Editorial

# Siete meses

Levy, Karla  
9788416942824  
344 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Alguna vez te has enamorado, de manera tal, que sientes que el aire no es suficiente para llenarte los pulmones de suspiros? ¿Así tanto, pero tanto, que parece que todo es posible?

Yo también.

En el Mundial de fútbol del 2006, viajando por las pintorescas ciudades de Alemania, me enamoré de un francés. Con solo mirarlo a los ojos, las piernas dejaban de responderme.

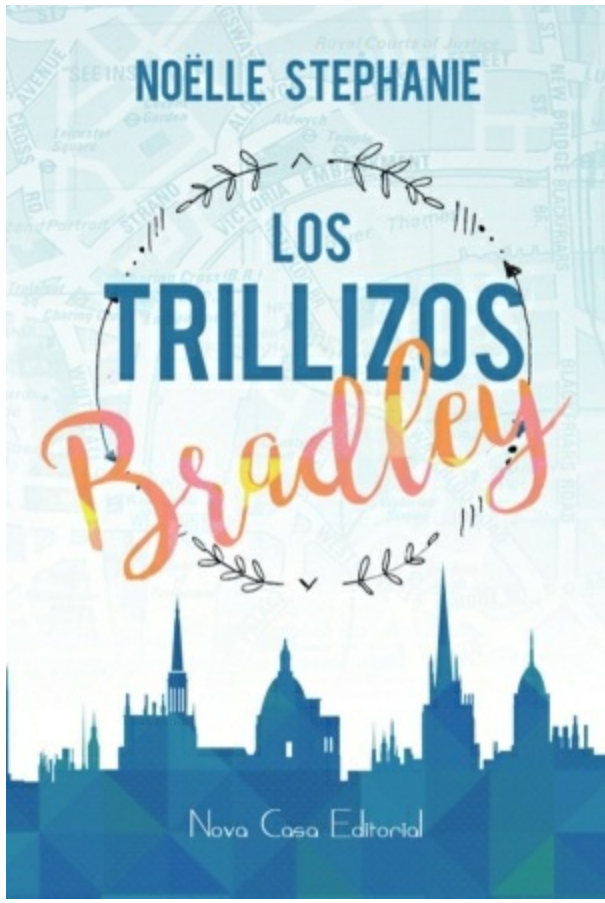
¿Alguna vez te han roto el corazón en tantos pedacitos que no sabes si podrás volver a sentir?

A mí también.

Este es el primer libro de la serie "Meses", donde Alex

nos cuenta, entre múltiples viajes por Europa, un antes y un después que voltearán su vida de cabeza. Más que una historia de amor, esto que tienes en tus manos es una historia del corazón. Una novela basada en una historia real en la que no todo es verdad, pero tampoco es mentira.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# Los trillizos Bradley

Stephanie, Noëlle

9788416942282

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Naly decide apuntarse al programa de familias de acogida en la universidad, lo último que espera es que el desorden ocupe su nueva vivienda. Los Bradley son de lo más peculiar. Con unos padres empresarios que pasan sus días de viaje, los tres hermanos idénticos han tirado la casa por la ventana. No solo por su edad, sino también por su personalidad; Hal, Edward y Welsey, son de lo más opuestos. Mientras Hal es totalmente coqueto, estúpido, mujeriego y engreído; su hermano Edward es la persona más misteriosa, callada y malhumorada que Naly ha podido conocer. Pero, en toda familia hay uno bueno: Welsey, el mayor de los trillizos es simpático, confidencial y buen amigo. El chico perfecto, ¿no? No obstante, su aspecto hace pensar que se acaba de escapar de una película de los años cuarenta.



Naly, lejos de la oportunidad de irse, solo puede optar por solucionar la relación.

¿Podrá ayudar a lo hermanos a solucionar sus diferencias? Y, si no es así, ¿se dejará arrastrar?

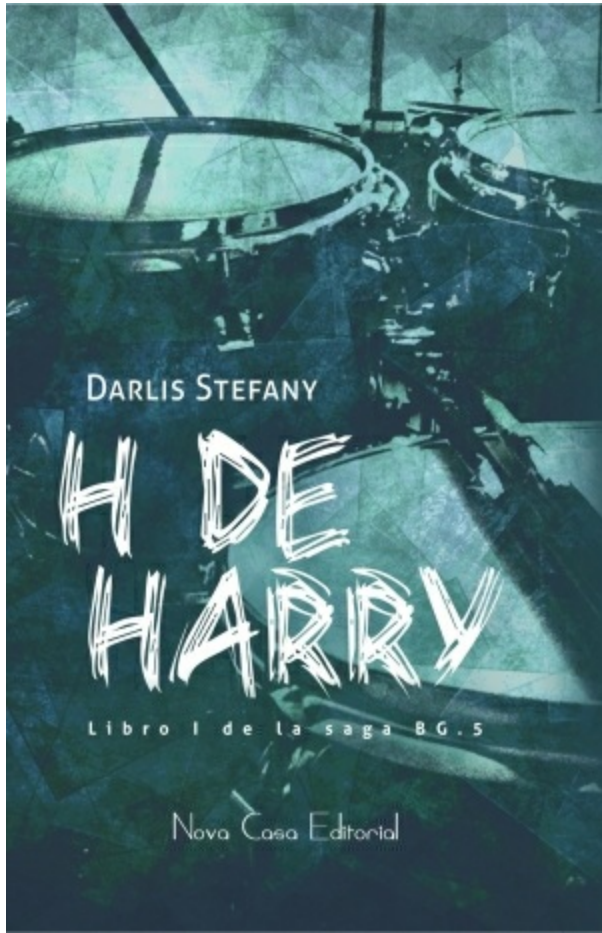
Una historia de amor en la que todas las direcciones parecerán igual de correctas.

La perfecta descripción de la lucha de un amor dividido en tres partes.

Porque, ¿qué hay mejor que vivir con un chico guapo?

Vivir con tres.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



DARLIS STEFANY

# HIDE HARRY

Libro 1 de la saga B.G.5

Nova Casa Editorial

# H de Harry

Stefany, Darlis  
9788416942640  
744 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Kaethennis ha disfrutado de los placeres de la vida. Mucho. Casi se puede decir que demasiado. Es un alma libre, o al menos así se definiría ella. Kaethennis solo tuvo una debilidad, un desliz: Jake.

Jake le dio la espalda a Kaethennis, él simplemente huyó, literalmente.

Harry Jefferson vive por la batería, sus manos son sus herramientas de trabajo. Pero una de ellas ha sido lesionada cuando Dexter, su compañero de banda y hermano, juega con sus baquetas y accidentalmente le golpea con estas.

BG.5 está de visita en Liverpool. Los Stuart viven en Liverpool.

Harry ha ido al hospital y Kaethennis... también.

Él la ha ayudado y ella podría ayudarlo a él...

Ahora Harry y Kaethennis no pueden mantener sus manos quietas.

Kaethennis no sabe si la «H» es de Harry o de huir.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Table of Contents

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[Kara](#)

[2](#)

[Owen](#)

[3](#)

[Kara](#)

[4](#)

[Owen](#)

[5](#)

[Kara](#)

[6](#)

[Owen](#)

[7](#)

[Kara](#)

[8](#)

[Owen](#)

[9](#)

[Kara](#)

[10](#)

[Owen](#)

[11](#)

[Kara](#)

[12](#)

[Owen](#)

[13](#)

[Kara](#)

[14](#)

[Owen](#)

[15](#)

[Kara](#)

<u>16</u>	<u>Owen</u>
<u>17</u>	<u>Kara</u>
<u>18</u>	<u>Owen</u>
<u>19</u>	<u>Kara</u>
<u>20</u>	<u>Owen</u>
<u>21</u>	<u>Kara</u>
<u>22</u>	<u>Owen</u>
<u>23</u>	<u>Kara</u>
<u>24</u>	<u>Kara</u>
<u>25</u>	<u>Owen</u>
<u>26</u>	<u>Kara</u>
<u>27</u>	<u>Kara</u>
<u>28</u>	<u>Owen</u>
<u>29</u>	<u>Kara</u>
<u>30</u>	<u>Owen</u>
<u>31</u>	<u>Kara</u>
<u>32</u>	<u>Kara</u>
<u>33</u>	<u>Kara</u>
<u>Epílogo</u>	

Owen

Escena extra

Carolina Méndez